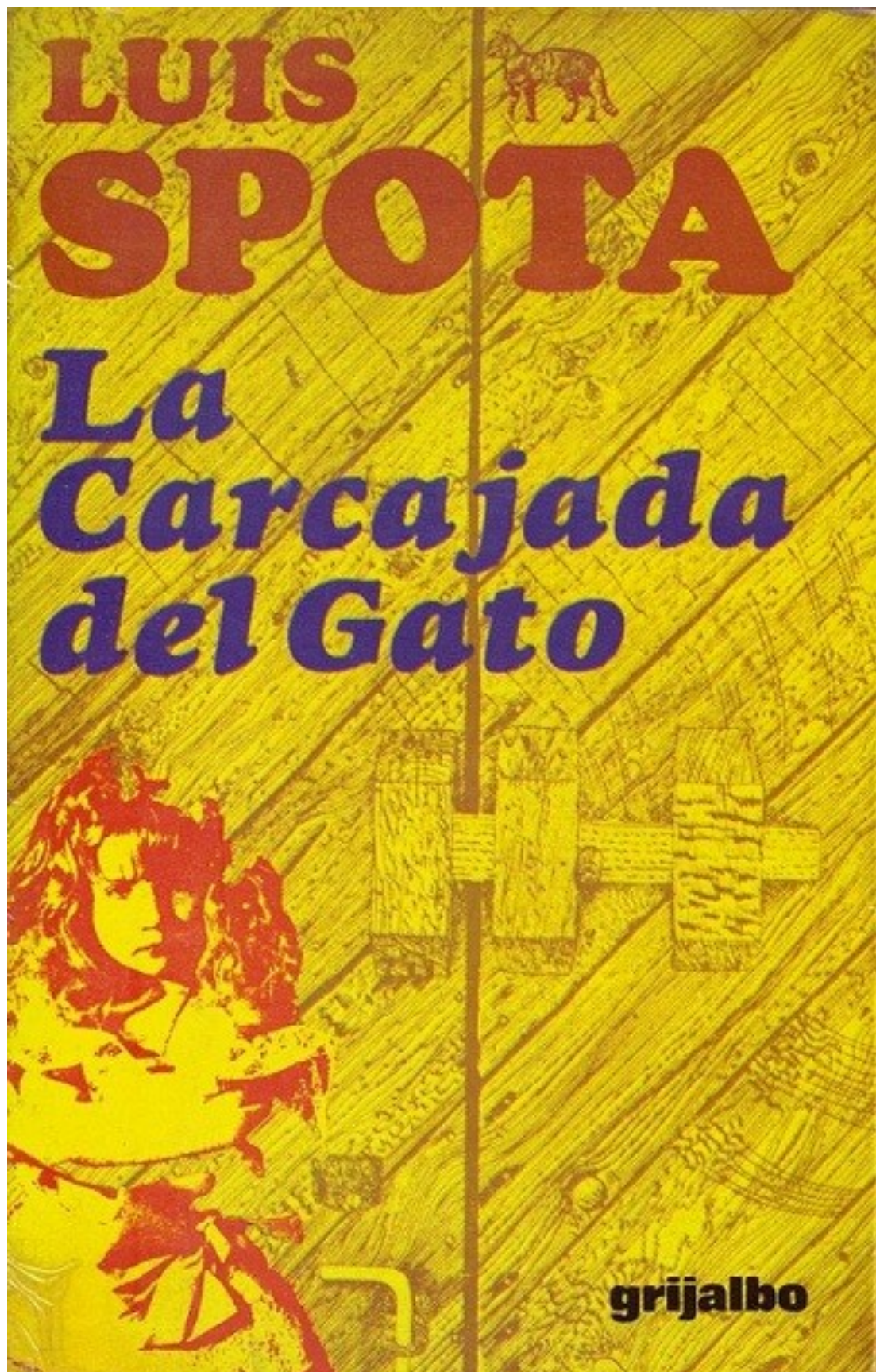




Luis Spota

LA CARCAJADA DEL GATO

EDITORIAL GRIJALBO, S. A.
MÉXICO, D. F. — BARCELONA — BUENOS AIRES

© 1964, Luis SPOTA
Edición original de la EDITORIAL JOAQUÍN MORTIZ, S. A.
D. R. (c) 1977, EDITORIAL GRIJALBO, S. A.
Av. Granjas 82, México 16, D. F.
QUINTA EDICIÓN
Reservados todos los derechos.
Este libro no puede ser reproducido,
en todo o en parte, en forma alguna, sin permiso.

LUIS SPOTA
del Gato

Ariano43

La Carcajada

ISBN 958—419—035—2
IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MÉXICO

A
HORACIO LABASTIDA

*Je suis esclave de l'Époux infernal, celui qui a
perdu les vierges folies. C'est bien ce démon—là.
Ce n'est pos un spectre, ce n'est pos un fantôme.
Mais moi qui ai perdu la sagesse, qui suis damnée
et marte au monde — on ne me tuera pos. Com—
ment vous le décrire! Je ne sais même plus parler.
Je suis en deuil, je pleure, j'ai peur. Un peu de fraîcheur,
Seigneur, si vous voulez; si vous voulez bien!*

*...Ses délicatesses mystérieuses m'avaient séduite.
J'ai oublié tout mon devoir humain pour le suivre.
Quelle vie! La vraie vie est absenté. Nous ne
somines pas au monde. Je vais où il va, il le faut.
Et souvent il s'emporte contre moi, moi, la pauvre
ame. Le Démon! — C'est un Démon, vous savez,
ce n'est pas un homme.*

ARTHUR RIMBAUD, Une saison en enfer.

ÉSTA ES LA NOCHE DEL CRIMEN QUE NO TENDRÁ castigo, porque nadie dudará que la muerte de Lázaró fue consecuencia de un accidente. Dentro de sesenta minutos, la vida concluirá para él en una agonía de cianuro. Que sea así, lo han dispuesto Claudia y los dos hijos mayores. También, que se emplee veneno para consumar el homicidio. La única que ignora la decisión de la familia es Momo. No se le tomó parecer, pues una chica de trece años no comprende, y es mejor que ignore, ciertas cosas. Por ejemplo — que se planea asesinar a su padre para salvarla.

Lo que ocurrirá aquí en una hora justa no será un crimen en el sentido exacto de la palabra. Será una ejecución. Aunque corresponda a Claudia la tarea material de verter el cianuro en la sopa de migas que él ordenó para la cena (y que comerá con el gusto de siempre sin darse cuenta de que está envenenada), Job y Yuri compartirán con su madre en idéntica medida la responsabilidad del acto. Responsabilidad que no rehúsan de ningún modo.

Aún no muere Lázaró y ya cada uno comienza a sentirse libre del terror que les infunde, y los tres, a alegrarse de que ésta vaya a ser la última noche del hombre al que odian. En su fuero interno, ahora que la sentencia ha sido dictada, lamentan haber titubeado tanto tiempo antes de constituirse en jueces del verdugo de la familia. Para ellos, Lázaró es el verdugo. Por cruel, áspero y sádico merece que se le ajusticie como Claudia, Yuri y Job han resuelto: a sangre fría, sin piedad ni remordimiento.

Temen, no obstante, que él adivine lo que traman. Lázaró posee el don casi sobrenatural de conocer siempre, con escaso margen de error, hasta el pensamiento más íntimo de quienes con él habitan en esta cárcel sin ventanas; en esta isla de altos muros, sólidas puertas herradas, laberínticos pasadizos, en la que viven por completo aislados del mundo de la ciudad — que Yuri, Job y Momo no han visto nunca y que Claudia no recuerda ya. Sus temores son inútiles. Lázaró no sospechará que va a morir hoy. Lo más cerca que se hallará de saber que están asesinándolo, será cuando diga:

—La sopa tiene un sabor raro... —pero seguirá comiéndola tranquila y confiadamente hasta la última cucharada.

Para Claudia y los jóvenes comprometidos será ése un momento de gran tensión; igual, aunque diferente en origen, a la que compartieron, hace pocos minutos, cuando ella, luego de escuchar el veredicto particular de sus hijos, anunció:

—Lázaró morirá esta noche... —levantándose de la mesa donde celebraron el cónclave y dando así fin a la breve asamblea de la venganza.

En la casa de Lázaró no existen relojes. Tampoco calendarios, ni, menos aún, espejos. Sin máquinas que lo cuenten, el tiempo carece de importancia; significa nada para quienes, porque así lo quiere su padre, han vivido sin saber qué son un segundo, un minuto, una hora. O una semana, un mes o un año. Conocen sí, lo que es un día: para Claudia, Yuri, Momo y Job, el lapso de estudio y trabajo, meditación y gimnasia, que va de la primera luz a la última; del despertar al alba, al retorno al

sueño con las sombras tempranas. A ello se debe que Job ignore que su edad alcanza ya diecinueve años y que Yuri no sepa que en octubre cumplió diecisiete. Claudia, que alguna vez lo supo, tampoco recuerda ya qué es el tiempo. Vagamente le consta que transcurre a medida que sus hijos crecen; o que en sus manos se acusa más el tatuaje de las arrugas; que su carne se torna mustia; que su pelo se agrisa o que se multiplican los huecos en sus encías. Una muy vaga idea es la que aún conserva Claudia respecto al tiempo que ha vivido en esa casa. Hasta hace dos lustros sabía con cierta precisión que su encierro duraba ya otros tantos. Después perdió el hilo y renunció a continuar la paciente contabilidad de los días, las semanas y los meses. ¿Para qué, si el valor del tiempo dejó de cotizarse en su esperanza?

Jamás ha comprendido por qué Lázaro se niega a decirle qué año corre y cuántos hace que cada uno de sus hijos está en la vida. Lo más que él dice es:

—¿Qué caso tiene que lo sepas? —y pone punto final de silencio a la discusión de un tema que Claudia ha aprendido a saber que le fastidia.

Rara vez, ahora, hablan del asunto. La última que lo hicieron, hace mucho, fue cuando nació Momo y Claudia quiso saber qué diferencia de edad había entre la pequeña y su hermana mayor, Yuri. Lázaro la miró lentamente y retuvo mucho la respuesta, como si estuviese meditando si debía decirla o no. Fue la suya una de sus miradas peculiares: turbia de oscura desconfianza, aguda de recelos, gélida de cálculo.

—Cuatro años —fue lo que dijo, y ella hubo de aceptar su dicho como cierto, porque carecía, como aún carece, del elemento necesario (la fecha en que nació Yuri) para constatarlo por comparación. Partiendo de dato tan vago Claudia ha podido conjeturar que si Momo es cuatro años menor que Yuri, Job lo es dos mayor que ésta. Lo que a fin de cuentas nada aclara, pues no le es posible establecer, así sea en forma aproximada, la edad de su hijo.

No pocas veces ha reflexionado que si tuviese lápiz y papel quizá fuera menos difícil hacer el cálculo de cuántos años han transcurrido desde que olvidó que su prisión se prolongaba ya diez. Pero no los tiene, porque el hombre del que es rehén cuida de que jamás queden a su alcance. La privó de ambos, de manera por demás ostensible para que ella se diese cuenta de que lo hacía, a raíz de la disputa a que dio origen su hallazgo de la libreta; un centenar de páginas manuscritas —letra menuda, apretada, clara, de trazo fluido como es usual que la tenga quien perfeccionó su técnica en el comercio— a las que Claudia confiaba el tesoro secreto de sus ideales románticos: constancia gráfica de sus sentimientos, ceniza en palabras de la nostalgia de la época de su vida inmediatamente anterior a su encuentro con Lázaro.

Aunque apenas hoy tomó cuerpo de decisión inquebrantable, la idea del homicidio es antigua en la conciencia de Claudia. Su memoria ineficaz ha olvidado que el odio plantó su larva la noche de la querella y que desde entonces ha estado creciendo y nutriéndose en la tierra fértil del rencor y del miedo. Fue durante las horas de lágrimas y cólera que siguieron a las injurias, a los azotes y a la infamia que él consumó en su carne, cuando Claudia deseó por primera vez que Lázaro muriera; mas no por obra del Destino (en el tiempo y en las circunstancias por éste decidido) sino de manera violenta, determinada por su voluntad y ejecutada por su mano. Fue durante esas horas cuando pensó, también por primera vez, recurrir al veneno —cómplice silencioso e infalible— para consumir el asesinato. Esta idea, suerte que habrían de correr todas las del mismo género, fue pronto a hacer compañía a las muchas en que abunda el arca de sus impulsos fallidos. ¿Volverá Claudia a

desecharla por el escrúpulo de colocarse en conflicto con el dogma de respeto a la vida ajena que le impone la fe que aún profesa? No. Dentro de cincuenta y cinco minutos su viejo afán de venganza (el crimen como único remedio a un dilema al que sólo el exterminio físico de Lázaro puede poner fin) será satisfecho cabalmente.

Puede decirse que fue esa noche cuando Claudia conoció verdaderamente a Lázaro. Cuatro años, casi cinco, de vivir juntos; de compartir el diario esfuerzo de la existencia, de trabajar con la rudeza que impone la necesidad de ganar el sustento, la habían convencido de que ese hombre quizás un poco excéntrico era bueno, si bien pronto a irritarse si Job perturbaba con su llanto de criatura de veinte meses los misteriosos estudios a que consagraba, en el aislamiento de su primer cubil, la mayor parte de las horas nocturnas. El doble mayor que ella, Lázaro era compañero y maestro, guía de su espíritu, y en cierta forma, un poco su padre. Saberse amado con respeto, ya que no con pasión, lo halagaba tanto como a Claudia que su esposo (aun hoy lo considera así, pese a que no los une ni el sacramento ni el contrato de ley) le correspondiera con un afecto tranquilo, sólido y profundo, y no tornadizo como suele ser el de varones más jóvenes. La madurez de Lázaro, madurez de edad y de intelecto, era para la mujer que compartía su lecho de eremita, símbolo de lo que ampara contra el peligro y sirve de sostén a quienes se sienten débiles e inermes en la vida. (Igual a un aura, a una luz que no se ve pero cuyo brillo deslumbra, de Lázaro trasciende una fuerza singular, un poder casi mágico, de ser invulnerable. Se tiene la sensación de que nada lo arredra, intimida o preocupa. El secreto de su fuerza radica, conforme a sus palabras, en su paciencia.) En la época, ya remota, en que solía dialogar con Claudia, era frecuente oírle decir en tono didáctico:

—Es fuerte quien sabe ser paciente. Cuesta trabajo someterse a la disciplina de la paciencia. Cuando ello se logra, y a veces una vida no basta, hemos encontrado por fin el camino de la perfección.

La primera vez que Claudia le escuchó aludir a la perfección, le hizo una pregunta:

—¿Hay hombres perfectos? —a la que Lázaro respondió de manera rotunda:

—Sí. Pocos, pero los hay. —Y luego agregó, como si lo lamentara: —Cuando nace, el hombre es una mera aproximación, un sencillo esbozo de lo que puede y tiene derecho a ser. La naturaleza nos pone en la vida, al término de un proceso biológico, incompletos, no hechos, apenas como un embrión. Nuestra responsabilidad es ir creándonos, lográndonos, construyéndonos día a día. Estar en el mundo, como tú o como el niño, por ejemplo, es vivir... pero no ser. Una piedra está, se le mira, se le toca, se le usa; pero no vive. Así el hombre; no vive mientras ignore quién es y desentrañe el misterio superior de por qué ha nacido. Si logra llegar a la verdad última, al conocimiento absoluto de sí, alcanza la perfección. Son escasos, sin embargo, esos seres privilegiados; escasos porque no todos saben lo que buscan; o porque, aun sabiéndolo, carecen de la fuerza que demanda perseverar en un trabajo a menudo ímprobo, que rara vez merece el premio del éxito.

Luego Claudia hizo otra pregunta:

—¿Y quién quiere llegar a ser perfecto? —que obtuvo de Lázaro la respuesta de una mirada de paciente condescendencia.

Bajo su tutela, se inició Claudia en el aprendizaje de la paciencia. Complacía al maestro que las lecciones de su ejemplo fructificaran en el espíritu de la disciplina y también que ésta consistiera en adaptarse, al parecer sin sacrificio, a un estilo de vida nuevo y por completo distinto al que hasta entonces había conocido. Ir adaptándose significó ir renunciando más cada día al derecho a ejercer su voluntad.

Sin embargo, menos difícil le resultó someterla a la del hombre taciturno e insomne, que exilarse del mundo, privarse por completo del trato con otros seres excepto Lázaro y Job, y enclaustrarse —ignoraba que para casi toda su juventud— en la casa—sepultura que ella ayudó a edificar.

En esos primeros años plácidos y en los terribles que siguieron a la querrela por la libreta, Claudia aprendió a ser paciente y logró adquirir, como Lázaro quería, la fuerza de voluntad, el temple de carácter, la decisión de propósito que le permitirán hoy, en no más de cincuenta y tres minutos, matar sin remordimientos al padre de sus hijos.

Antes de abordar en detalle el tema particular del manuscrito (no era propiamente el de un *Diario*, sino una colección un tanto caótica de máximas, epigramas, viñetas románticas, evocaciones nostálgicas y breves relatos al modo de los evasionistas) y recordar las dolorosas consecuencias que para Claudia acarrearía su hallazgo, conviene bucear un poco en las aguas muertas del pasado; de ese momento del pasado que era, para Claudia, el presente inmediato y angustioso.

Angustia. Tal era el sentimiento que llenaba de tinieblas el juicio de Claudia la tarde de junio en que sus ojos sorprendieron a los de Lázaro atisbándola desde el extremo opuesto del sucio, pictórico y sórdido vagón de segunda clase en que viajaban ambos, procedentes de la misma innominada ciudad de provincia, hacia la gran urbe. Ella, por primera vez en su vida. Él, al cabo de un recorrido de negocios. Angustia, y también ideas de suicidio, que debían estar a la vista de todos, o a la de Lázaro al menos, porque fueron a las que aludió apenas logró sentarse a su lado.

—¿Por qué quiere matarse? —le dijo tranquilamente, como si se conocieran, acariciándole el rostro con sus ojos bondadosos—. La vida es bella, y más cuando se tienen, como usted, diecisiete años...

La voz del hombre que hablaba de esa manera íntima y cordial, era muy suave, de una suavidad inquietante y fluida; y sin embargo, Claudia se sobresaltó, como si hubiese sido un grito, al escucharla. Hizo el intento de levantarse y huir, no sabía a dónde, de ese individuo de rostro anguloso y tranquilo ademán que la importunaba, no como los frescos que buscan intimar con las muchachas que viajan solas, sino porque había penetrado el secreto de sus pensamientos. Él extendió la mano, pequeña y de muy fuertes dedos, y con gran delicadeza, si bien de modo firme y perentorio, la obligó a permanecer.

—Hace varias horas que la observo y en todo ese tiempo no ha pensado usted en otra cosa que en morir. ¿Por qué, criatura?

No sin cólera, mientras en sus mejillas se alternaba la palidez de la sorpresa con el rubor de la vergüenza, Claudia encaró al desconocido. Captó éste la intención de su gesto y dijo:

—Toda vida humana me importa; por eso le pregunto, ¿por qué quiere castigarse, matándose?

Con un valor que le asombró poseer, Claudia mantuvo su dura mirada de rechazo en los ojos del hombre. Lo vio sonreír —una sonrisa que a partir de esa tarde aparecería muchas veces en los labios de Lázaro— y luego, siempre en voz baja, que era perfectamente clara y audible entre los ruidos de las charlas, los ronquidos de los que dormían en el sopor del crepúsculo, el llanto de los niños, los pregones de un chamarilero y el rodar monótono de las ruedas, le escuchó agregar: —O, más bien, ¿a quién quiere castigar con el remordimiento de su muerte?

Perturbada por lo que el hombre acababa de decir, bajó los ojos, trató de ocultarlos al examen tenaz de los de Lázaro. Sintió de pronto un enorme miedo. ¿De qué luciferinos poderes estaba investido quien podía, sin conocerla, sin haber

cruzado jamás antes palabra con ella, adivinar con tal exactitud lo que su mente cavilaba? Porque Claudia, en efecto, alentaba ideas de suicidio para vengarse de alguien; para echar sobre el culpable de su desesperación la responsabilidad íntegra de su trágico fin.

Absolutamente seguro de haber tocado con sus palabras la llaga que el rencor mantenía abierta en los recuerdos de la muchacha, su compañero de asiento reflexionó, para que ella lo hiciera también: —Si muriera usted ahora, el hombre al que odia no sabría que usted ha muerto; que se ha matado para inculparlo. Su venganza sería inútil. .. No tiene caso, pues, llegar a ese extremo...

En la decadencia de la tarde el paisaje adquiriría una belleza académica y triste. Montañas color de hierro siempre adelante y siempre atrás de los valles sucesivos. Cicatrices de caminos de azafrán que se entrelazaban polvorientos en la llanura muerta de sed. Magros rebaños de cabras y ovejas a la vanguardia de la noche inminente. Cielo que iba quedándose frío a medida que la luz perdía sus últimos ardores. Un tren que se ahogaba sin aliento en las cuestas y se precipitaba luego hacia el alivio de las planicies interminables.

No volvió él a hablar durante un largo tiempo de kilómetros. Aguja de luz y estrépito, el tren penetraba cada vez más hondo en la carne apretada de la noche. Colgados de las tenebrosas laderas de los montes, los caseríos parecían, con sus luces multicolores, bengalas vivas y plurales en el cielo. Espeso, el sudor de la sombra iba anegando igual a un líquido negro los vagones del largo convoy. Si antes la habían perturbado sus palabras, ahora perturbaba a Claudia, y no sabía por qué, el silencio de su compañero. Cuando alguien, en un asiento cercano, se dio fuego al cigarrillo, alcanzó a atisbar de reojo con un poco de miedo y curiosidad, el rostro de Lázaro. Rostro serio, a la vez severo y tierno, de hombre de buena estatura, esbelto y nervudo, que frisaría —dedujo por algunas canas de su bigote y de su pelo de corte militar— en los cuarenta años.

A la noche siguió el silencio. Como una ceniza blanda comenzó a cubrir lentamente a los viajeros. Las charlas de los hombres perdieron brío, interés las confidencias que compartían las mujeres, y ánimo para continuar sus ruidosos ires y venires a lo largo del angosto pasillo del vagón, los niños. Cada uno, sin darse cuenta, empezó a bostezar, a sentir el peso del cansancio y lo duro de las tablas del incómodo asiento. Todos a dejarse ganar, al fin, por la pereza. Pereza para enhebrar conversaciones, hilar anécdotas de índole sexual, hilvanar relatos de tragedias grandguignolescas, o para anudar censuras a los responsables de las múltiples calamidades que atosigan, iguales a tábanos, a los miembros de esa heterogénea comunidad de personas pobres, o empobrecidas, campesinas casi todas, de manos callosas y bastos modales, a quienes el azar había reunido allí y que al término del viaje se despedirían unas de otras como viejos amigos que ya eran, a sabiendas de que nunca más volverían a verse. Pocas hablaban, y no alto y fuerte como antes, sino en voz baja, como si quisieran, a causa de un súbito pudor que magnificaba la noche, guardar secreto el tema de su charla. Sólo de tiempo en tiempo —cuando los traqueteos del tren se hacían violentos o muy agudos los rechinos de las ruedas en las curvas— lloriqueaba un chico. La madre lo aplacaba entonces con monótonos siseos de arrullo, o si era de hambre su llanto, con el consuelo de un seno. Pronto, hasta los débiles murmullos en sordina se extinguieron también totalmente y una especie de desmayo, el pequeño y transitorio que produce el cansancio de una larga jornada, se apoderó de todos los pasajeros.

A medida que se contagiaban de silencio y participaban en la plácida embriaguez colectiva del sueño, Claudia sufría —primer síntoma del miedo— la angustia cada

minuto más intensa de no poder respirar; la vivida sensación de hallarse atada y amordazada, próxima ya a la muerte, en el interior de una cámara de vacío, o de estar ahogándose en el fondo de una profunda pileta de aguas cenagosas. Con patéticas muecas de pez fuera de su elemento, tragaba aire a grandes bocanadas; pero ese aire, cálido y ya envenenado por el humor de los viajeros, la asfixiaba aún más y, lo que era peor, agregaba a sus insoportables molestias la amenaza del vómito. A punto de perder el sentido logró abrir la ventanilla. El fresco viento rural que entró de golpe, puso en desorden las hebras negras de su pelo, la cegó con su polvito agresivo, y le llevó a los pulmones el alivio del oxígeno. Poco a poco comenzó a sentirse menos enferma, a respirar con libertad, a dominar los espasmos de su estómago. De bruces sobre el antepecho permaneció quizá un cuarto de hora, hasta que las orejas, la nariz, los labios, la piel toda de la cara, de las manos y los brazos se le cubrieron de finas escamas de hielo; y hasta que una voz de hombre se alzó, perentoria, de entre un confuso rumor de gruñidos soñolientos para ordenar: — Cierren ya esa ventana...

El estruendo del tren y las grandes voces del viento que la ensordecían impidieron a Claudia escuchar las protestas de los viajeros, a quienes molestaba tanto como el ruido, el frío que acuchillaba su sueño. El contacto de una mano, que reconoció inmediatamente apenas le rozó el hombro para llamarle la atención, la hizo retraerse a la defensiva. Entrevisó, en la luz gris del foco más cercano, el rostro de Lázaro y en su boca el asomo de una sonrisa. Luego recibió el mensaje de su voz:

—El aire les molesta. ¿Me permite que cierre?

Claudia se apartó de la ventanilla, sintiéndose culpable de no sabía qué, y dejó espacio para que él se inclinara a cerrarla. En cuanto lo hubo hecho, Lázaro volvió a sentarse. Al cabo quizá de un minuto, se interesó amablemente: —¿Se siente ya mejor?

—Sí —admitió ella, muy quedo; y ésa fue la primera palabra que sus labios entregaron a Lázaro en respuesta a una de sus preguntas.

—En un aire tan sucio como éste —subrayó él, concediéndole razón por haber abierto la ventanilla— es frecuente sufrir de asfixia... También, cuando se tiene miedo a la soledad...

Como si la hubiera pinchado, Claudia se volvió rápida e involuntariamente a mirarlo; una mirada altanera como había sido la que le lanzó al rostro, en el comienzo de la tarde, cuando él la abordó para entrometerse en la intimidad de sus pensamientos de suicidio. Pero, ahora, Lázaro no aceptó el reto de esos ojos en llamas, coléricos y duros. Mostrándose a ellos de perfil, para ignorar si su comentario merecía la reprobación de un gesto de disgusto, añadió como si le constara:

—Hace un momento usted se sentía muy sola. Por eso estaba ahogándose...

—No es cierto. Abrí... porque tenía calor.

Pasó Lázaro por alto la pueril excusa (había calor, sí, dentro del vagón, mas no tanto como para abrir una ventanilla, sacar la cabeza al aire de la noche, mantenerla en él un cuarto de hora y aspirarlo con la avidez de un moribundo) y sentenciosamente, como si el temor a la soledad no le fuera por completo desconocido, expresó:

—Nunca es mayor nuestra soledad que cuando vemos dormir a los demás. ¿Sabe por qué?

Dijo Claudia, con franqueza que a él le pareció encantadora, que lo ignoraba. Lázaro alzó el brazo y vagamente con la mano señaló a los que reposaban en la promiscuidad del sueño. Cuerpos revueltos, confundidos, desvernizados. Husos

de frío. Cabezas caídas sobre el hombro del vecino, sirviendo de apoyo a la del compañero, o echadas para atrás. Bocas abiertas, amplias vías de escape al caudal sonoro de los alientos fétidos. Baba de vidrio en los labios. Párpados de plomo.

—Parecen muertos.

—Sí —y ella se estremeció.

—Sentimos miedo y soledad cuando ellos duermen, porque pensamos, y no estamos muy equivocados, que somos los únicos vivos en un mundo de cadáveres. A muchas personas les asusta rezagarse de la vida, de la muerte, de las ideas... —Y antes de que Claudia pudiera asimilar el significado de lo que Lázaro trataba de comunicarle, disparó él a bocajarro una pregunta: —¿Teme usted a la muerte?

Tras un titubeo, durante el cual reflexionó qué inmenso pavor le infundía la idea de morir, Claudia afirmó rotunda:

—No.

—En verdad, ¿no?

—No.

—¿Es porque no le teme por lo que quiere morir? ¿No será a la inversa? Que quiere morir porque le acobarda seguir viviendo...

Como Lázaro esperaba, ella no respondió. Prefirió abatir sus ojos, ocultarlos, velarlos a la perpetua interrogación que había en los de él; entretener los dedos de sus manos en un hilillo suelto de su falda. Después de una pausa —oportunidad que le brindaba para que lo rebatiera— prosiguió:

—Siempre tenemos miedo, porque el miedo es la emoción negativa que nos domina desde que perdemos el valor de la inconciencia. Esto es, desde que por nosotros mismos desistimos de hacer aquello que represente peligro, real o ficticio, para nuestra seguridad personal. Vivimos en el terror. A vivir, lo que es absurdo. A morir, que lo es más. A fuerza de sentirlo en el curso de la vida, no gozamos de ésta plenamente, y nos olvidamos de prepararnos para cuando la muerte llegue. La vida...

Hablaba, como después sabría que era costumbre en él, en tono levemente dogmático, dando a las palabras y a ciertas frases que juzgaba básicas de su discurso, un énfasis apenas perceptible y muy eficaz para atrapar la atención de quien lo escuchaba y para hacerle sentir —igual que ahora a Claudia— que estaba revelándole uno de los muchos Grandes Secretos de que era depositario. Quizás una persona de juicio maduro tomara con ciertas reservas esos conceptos de almanaque, esa filosofía facilota, ramplona y sin mucho vuelo, y considerara no poco burdos los trucos dialécticos de que echaba mano para cautivar la crédula candidez de su auditorio. Sin embargo, para una joven a quien las circunstancias habían puesto en la encrucijada de la soledad, para una provinciana sin malicia y al propio tiempo curiosa y asustadiza como una ardilla, el discurso de Lázaro, y tanto como el discurso, la persona de Lázaro, producíanle un efecto hipnótico, una suerte de deslumbramiento singulares a los que no podía resistirse.

Dueño ya del interés total de Claudia (indicios inequívocos de que lo que estaba diciéndole estimulaba su imaginación, eran su silencio atento, su actitud alerta, su gesto de continua sorpresa, el brillo sostenido de sus ojos), Lázaro habló otro largo rato sobre un tema que parecía preocuparlo mucho: la vida y la muerte:

—Fuera de unos cuantos seres de excepción, la mayoría de los hombres muere sin saber para qué ha vivido. La mayoría, también, vive sin saber para qué va a morir. La vida, pienso yo, es sólo un periodo de prueba, que se nos concede para que demostremos si somos o no dignos de morir, de iniciar La Experiencia Superior.

Así que progresaba el metódico desarrollo de sus ideas, en Lázaro iba operándose una singular metamorfosis que admiraba a Claudia tanto como la atemorizaba hallarse en presencia y casi a merced de un hombre como nunca imaginó que existiera, dueño de inmenso saber, de subyugante personalidad y de un atractivo, más espiritual que físico, que comenzaba a encontrar irresistible. Su habla era tranquila, comedidos sus ademanes, amables sus gestos. Sus ojos, en cambio, ardían en fuego vivísimo, bien distinto al que pone en los de un hombre mayor el deseo de seducir a la mujer que codicia. A medida que la usaba, su voz enriquecía con matices y acentos de tal modo extraños, que la muchacha *sentía* escuchar más con la piel de todo su cuerpo que con los oídos.

—Tememos a la muerte como a la vida por mera ignorancia, porque ambas nos son desconocidas en su verdadero significado. Tontamente imaginamos que vivir es disfrutar, hartarnos tan sin medida como nos es posible, de una serie de placeres secundarios: el amor, por ejemplo, o la riqueza, y todo lo que de ellos se deriva. Erróneamente nos entristecemos al suponer que la muerte es el fin de todo eso, tan banal y fugaz. Le he hablado de los seres de excepción...

El furor que desbordaba a Lázaro, muy semejante al que acomete a un cierto tipo de místicos o de alucinados, lo consumía en una pasión que por violenta estaba muy lejos de ser ficticia. Pronunciaba cada una de las palabras con el convencimiento absoluto de que era cierta; con la certeza total de que la inspiraba la verdad. Verlo así, comportándose como un poseso, temblando a veces, sin advertirlo, en una epilepsia de entusiasmo, dejándose arrebatarse por su propio lirismo — maravillaba a Claudia hasta el punto de producirle un mareo de aturdimiento y miedo.

—Los seres de excepción —repitió, y el fulgor de su mirada se hizo más intenso, como si hubiese aumentado súbitamente de voltaje. La espuma blanca de la saliva manaba de las comisuras de su boca y el vaho del sudor cubríale por completo la frente y las mejillas—. Esos, no abundan porque es difícil que el hombre, víctima perenne del temor a la muerte, halle en el curso de su existencia tiempo para reflexionar que la vida no es un simple encadenamiento de actos fisiológicos, animales, mecánicos diríase: dormir, comer, reproducirse; sino una etapa, breve casi siempre, de transición entre dos estados del individuo: el *ser* temporalmente, la vida actual, y el *ser* definitivamente: la vida en el Cosmos Mágico. Quienes alcanzan la gracia de saber por qué viven, alcanzan, por ese solo hecho, la Perfección... a la búsqueda de la cual todos debíamos dedicarnos. ¿No le parece?

Como habría de ocurrirse después millares de veces a lo largo de los venideros veinte años de su vida —de esa muerte que ha sido su vida hasta hoy— Claudia se sintió en ese momento, mientras Lázaro la acuciaba con otra de sus agudas miradas, inmensamente tonta. —Pues, sí... —farfulló, perdiendo la respiración. ¿Cómo no sentirse tonta y llena de azoro, si ya inconscientemente empezaba a dejarse fascinar por él? La inquietud que ahora le causaba su presencia, los rubores que empurpuraban su rostro, el temblor que ponía alas a sus manos, el miedo que hacía tropezar su pulso, la curiosidad irreprimible de querer saber más, el ansia de levantarse y huir, la determinación de no hacerlo, ¿eran o no indicios inequívocos de que Lázaro —con sus palabras solemnes y su encanto difícil de calificar— había comenzado a adueñarse de algo más que del interés intelectual de Claudia? Hablarle de esa manera, llevarla de asombro en asombro, mostrársele en el claroscuro del misterio, explotar a fondo un magnetismo del que debía sentirse dueño, ¿eran recursos de seductor que Lázaro utilizaba para hacerse admirar de ella y poder luego enamorarla sin muchos problemas en poco tiempo? Si sus

intenciones eran otras, ¿se daba cuenta de lo mucho que su persona y su prédica impresionaban a esa joven de la que desconocía aún el nombre?

Lázaro siguió adelante:

—Esa búsqueda comienza en el *hoy* de todos los días. La verdad, como casi todo lo importante que atañe al hombre, está dentro de él. ¿Hay algo más difícil de desentrañar que el misterio particular del ser humano? ¿Qué sabemos de nosotros mismos? Nada. Quizá vivamos sin saber que somos el albergue de un santo o de un demonio. ¿Cree usted que hay santos y demonios?

—Sí.

—¿Por qué lo afirma con tanta seguridad? ¿Ha conocido usted alguno?

—No.

—¿Entonces?...

—En la iglesia dicen...

Ácidamente, Lázaro la interrumpió:

—No crea lo que la Iglesia dice.

—Soy católica y...

—Crea solamente en lo que usted misma sepa.

—¿Y si no sé nada?

—Si no sabe nada, y lo sabe, ha comenzado a saber algo —comentó Lázaro con cierta dulzura—. El conocimiento de nuestra ignorancia es el principio de la sabiduría, pues es sabio aquel que tiene conciencia total de lo que ignora. Cuando uno alcanza la sabiduría, cosa que ocurre muy rara vez, entonces pierde la fe. Una excluye a otra, como la luz a la sombra, aunque no falta quien afirme lo contrario. Todos los que llegan a ese extremo sufren horribles tormentos espirituales; crisis dolorosísimas, como la de ese lúcido pensador católico que demanda de su Dios fuerza para seguir creyendo ahora que la verdad no le es ya ajena. Ese conocimiento, así se obtenga al cabo de un largo proceso, trastorna aun a los más fuertes. Hay que poseer, pues, un gran temple de espíritu, esa *fuerza* que pide el jesuita, para poder soportar el peso de la Revelación; porque la Revelación, como todo lo que produce renovación, transmuta la esencia fundamental de los seres y de las cosas. De ahí que el hombre que aspira a recibirla, deba prepararse adecuadamente, ya que la Revelación, aunque no es frecuente que ocurra así, puede presentarse, mostrarse a quien la busca, en cualquier momento. El primer paso hacia la Perfección lo da el ser en el instante mismo en que decide dedicar su esfuerzo, el de su cuerpo y el de su espíritu, a buscar la Verdad.

Con cierto ardor polémico, tal que si el silencio atentísimo de Claudia refutara la razón de sus palabras, Lázaro continuó trillando el tema que parecía obsederlo — el del absoluto desconocimiento que el hombre tiene de sus posibilidades y de su verdadero destino. De todas, la más terca de sus ideas, la que volvía una y otra vez a exponer casi compulsivamente, era la del miedo.

—El miedo se nos concede no para hacer más sombría nuestra vida, como quizás usted y muchos imaginen, sino, por el contrario, para hacerla placentera. Así como el cuerpo crea sus propios mecanismos para soportar el dolor, así la mente del hombre convierte al miedo en una coraza que lo protege contra el riesgo de la verdad y lo pone a salvo de la tentación, infrecuente por cierto, de plantearse las preguntas fundamentales: ¿qué es, quién es, para qué vive. Antes que intentar la dolorosa aventura de desentrañar el misterio de sí mismo, prefiere vegetar en la felicidad de su ignorancia. Por eso, no hay cobarde más grande que el hombre que cree ser feliz; ni más conforme tampoco. Hablar de la debilidad del hombre lo llevó en seguida a hablar de Dios; del falso concepto que de Dios se ha creado el

individuo. Católica entusiasta (catequista de los sábados en la parroquia lugareña; fervorosa Hija de María, devota congregante de la Plegaria de los Viernes; huésped, dos veces por año, de un convento de encierro, como debe ser una muchacha huérfana que ajusta su vida a las normas severísimas de su religión), Claudia volvió a sentirse molesta, sofocada de cólera, cuando Lázaro se dio a desgranar irreverencias. —Desde que es puesto en el mundo, al término de un proceso en el que intervienen un poco el amor físico y un mucho la química, el hombre se siente solo, e impelido por el miedo a la Soledad, el único equiparable en dimensión al que experimenta hacia la Verdad, busca el amparo de Los Poderes Extraños. Busca al Dios que él mismo ha inventado para no asustarse de su pequeñez. Sin que tenga derecho a ello, se considera una de sus criaturas y lleva su vanidad al extremo de afirmar, y, lo cual es aún más absurdo, de creer que ha sido hecho a Su imagen y semejanza. Si esto fuera cierto, ¡qué lamentable e incompetente Dios sería el que crea seres imperfectos, ignorantes y cobardes como somos! Si fuéramos Criaturas de Dios, poseeríamos todas las virtudes de la Divinidad y no seríamos, como somos, individuos que viven en la zozobra del pecado, otra de nuestras más ridículas invenciones...

Debió advertir Lázaro que sus opiniones con respecto a Dios enfadaban a Claudia —una pálida ira enmudecía sus labios y sus ojos se habían vuelto inamistosos— pues inmediatamente, aunque no con propósitos de disculpa, dijo:

—Por su expresión deduzco que está usted en desacuerdo conmigo. ¿Es así? — Claudia no respondió—. Tal vez piense que blasfemo cuando hablo de Dios como lo he hecho; o quizás hasta imagine que soy ateo. No es así. Creo en Dios, pero no en el Dios particular de los católicos, ni en ninguno de los otros dioses de las teologías urdidas por el hombre. Para mí, Dios es un Sentimiento Divisible entre tantos seres como existan. Para los teólogos, al contrario, Dios es una Unidad Indivisible. Es aquí donde nuestros puntos de vista entran en conflicto. ¿Por qué ha de ser Dios una Unidad y no una Multiplicidad? ¿Por qué?

La miraba ahora casi agresivamente, como si Claudia fuera culpable de que los hombres tuvieran, respecto a Dios, ideas distintas a las que Lázaro sustentaba. Por primera vez, lo vio inhalar el aire putrefacto con la misma ansia que ella, unos minutos antes, cuando empezó a sentir que se ahogaba; y lo escuchó luego expelerlo poco a poco impulsando sus palabras:

—Quienes se pronuncian por considerarlo como una Unidad no hacen sino demostrar cuan necesitados se encuentran de depender de algo grande, mágico por incomprensible; de una Fuerza que sea capaz de ampararlos a todos por igual y, lo más importante, a la que puedan invocar, seguros de que descenderá en su auxilio. Más por cobardía que por vanagloria, insisten en llamarse Hijos de Dios, criaturas del Todopoderoso Señor. Es normal hasta cierto grado que los débiles sólo se sientan seguros y sin miedo cuando cuentan con la protección del fuerte; que los hijos a nada teman, y aun se vuelvan audaces, si los protege el padre o la persona que simbolice a éste. Desde siempre, el concepto Padre ha sido asociado al concepto Fuerza. Dios no es, no podía ser la excepción, ya que el hombre lo creó para no saberse Huérfano, así hayan muerto ya los padres de su carne. ¡Padre de todos los seres, de todas las cosas creadas o por crear...!

¿Quién era, se preguntaba, ese hombre enfebrecido, en cuyos ojos ardía el delirio de la convicción; que hablaba de cosas que iban interesándola, más cada vez, aunque le resultaran incomprensibles? ¿Acaso un demente, o, lo que no era menos malo, un protestante? Para ser lo primero, actuaba con mucha compostura, sin romper el orden de lo que consideramos normal porque todos lo hacen. Para ser lo

segundo, faltábanle ciertas características típicas de los proselitistas de esa secta; no aludía a la Biblia, ni censuraba el celibato antinatural e hipócrita de los curas católicos, ni hacía escarnio del dogma de la virginidad de María, ni sus ropas eran de buena clase, ni insistía en obsequiarle folletos de propaganda, ni apodaba Jehová a Dios, ni mucho menos era extranjero su acento (años de vivir en una atmósfera enrarecida por la ignorancia, llena de prejuicios; emparedada, diríase, entre dos viejas de estrechísimo criterio, habían deformado tanto el de Claudia, que para ella todo aquel que en materia de religión opinara distinto a su confesor, a sus tías y a las beatas de su trato, era protestante; o lo que es lo mismo: un satanás afecto a destapar la cloaca del Viejo Testamento, a cometer pecado de lujuria, a vestir bien y a dar a su voz modulaciones exóticas). Si Lázaro no era un heraldo del protestantismo, ni un loco, ¿qué era entonces?

— ¡Qué cómodo, si sentimos miedo, pedir valor Al—que—Nada—Arredra! — seguía diciendo—. Si somos ignorantes, recurrir a Él en busca de sabiduría; si pobres, en demanda de riqueza; si infelices, en solicitud de dicha... Muy cómodo y simple... El hombre rechaza la idea de la Multiplicidad por las mismas razones que admite, sin detenerse a reflexionar, la de la Unidad. Pues desconoce los poderes de que está dotado y que son la más generosa dádiva que Dios nos hace de sí, teme que si Dios se multiplicara entre todos nosotros, si en vez de ser Uno fuera *cada uno de nosotros* —aquí Lázaro habló con mayor lentitud para que el sentido de sus palabras no escapara a Claudia— se quedaría solo, abandonado a su suerte, sin nadie a quien llamar en su desesperación, sin nadie a quien recurrir para que lo proteja, lo ame y lo saque de los atolladeros en que se debate por su falta de juicio. Si Dios Múltiple nos habitara, si en lugar de buscarlo a ciegas, fuera, lo buscáramos lúcidamente dentro de nosotros, en nosotros y por nosotros, excluida toda ayuda de las divinidades ficticias, hallaríamos respuesta a nuestros enigmas y coraje para soportar el peso de nuestra insignificancia. Peso que ahora dejamos que el Dios Único lleve por cuenta nuestra. El hombre alcanzará al fin la Gracia cuando se decida a pensar, sin que ello le asuste, que no es Hijo de Dios como se obstina en creer, sino parte de Dios...

Cuando terminó de hablar, ensayó una sonrisa apenas perceptible, con la que perdonaba a Claudia —como habría de perdonarla muchas veces más en el futuro— por su gran ignorancia.

—Me doy cuenta de que ha comprendido muy poco, ¿verdad?

—Sí.

—No la culpo. Hace falta, para comprender estas cosas, cierta preparación previa. A veces, de muchos años. Cuando uno habla así, con personas aún no capacitadas, se le toma por loco, por borracho o por algo peor...

Sintió Claudia que nuevamente se llenaba de sonrojos, y tartamudeó a manera de excusa unas cuantas frases sin coherencia, atropelladas y casi inaudibles, para justificar que no hubiese comprendido ni una de las palabras que Lázaro había dicho.

—Admitir que no sabemos, ¡qué difícil...! —sentenció él y asintió luego dos o tres veces, meditativamente, como si hubiese pronunciado algo más que un lugar común. Después, dando a su voz una inflexión muy amable, preguntó: —¿Cuál es su nombre?

—Claudia... —fue la respuesta impensada, automática, de la muchacha.

—Claudia... —repitió él con lentitud, diríase que paladeando cada una de las letras.

—¿Y el suyo? —le correspondió a ella averiguar.

—Lázaro.

En cuanto se dijeron sus respectivos nombres, la comunicación del diálogo se interrumpió entre ellos. Sabían que uno se llamaba Lázaro y que el otro se llamaba Claudia, y no por saberlo eran menos extraños que cuando hasta eso ignoraban de sí mismos. Parecían, ahora, personas que se conocieran de antiguo: un hombre y una mujer que se dispensaban la mutua tolerancia del silencio. Lázaro dejó de interesarse abruptamente en su compañera y comenzó a cabecear, como si a él también lo hubiese ya envarado el sueño. Claudia, por su parte, así que él cesó de hacer preguntas y decir cosas que no comprendía, se sintió libre, liberada, de la inquietud que experimentaba ante ese individuo que le infundía miedo y hacia quien, como descubrió apenas él la puso al margen de su interés, sentíase impelida por ese morbo especial que da valor a las mujeres jóvenes para desafiar, con el descaro de su inexperiencia, a los hombres maduros.

Pero el suyo hacia Lázaro (habría de comprenderlo más tarde) era un morbo de otro tipo, una atracción que fracasaba en definir; una suerte de aturdimiento; un impulso irreprimible, como el que anima a los masoquistas a incitar a quien, creyendo castigarlos, les proporciona placer.

Con un pañuelo blanco, limpiísimo y escrupulosamente doblado que sacó de una bolsa interior de su chaqueta azul marino, Lázaro limpió la saliva espumosa que blanqueaba sus labios y enjugó la transpiración que perlaba su rostro, su cuello y sus dedos. Volvían sus ademanes a ser tranquilos y de su cara iba desvaneciéndose poco a poco el tinte febril, como si estuviese de vuelta de un delirio del que no conservara recuerdos. Guardar el pañuelo, reanudar las agujetas de sus zapatos, buscar para su cuerpo otro acomodo, peinar con los dedos varias veces su pelo corto, le llevó cosa de un minuto. Luego, como si deseara hacerle comprender que le simpatizaba mucho, volvió a sonreírle muy tierno — y cerró los ojos.

La sensación de haber vuelto a quedar absolutamente sola en un siniestro cementerio abrumó a la muchacha apenas Lázaro dejó de mirarla. Trató, para distraerse, de pensar en las cosas que él le había dicho, pero halló que no recordaba ninguna. Buscó entonces un estímulo doloroso: rememorar su pasado inmediato; reconstruir en detalle la escena con sus tías; mortificarse con el recuento de las injurias de que la hizo blanco la cruel de las dos viejas, y descubrió que no conservaba de ellas ni el más débil rastro. Estaba plantada como un tronco en el vacío de ese momento. En torno suyo, todos continuaban durmiendo y el sordo y agónico estertor de sus ronquidos — sierra que llegaba a la raíz de los nervios de Claudia — adquiría macabras resonancias. La asfixia del miedo (arritmia en los latidos, cojera en el pulso, bochorno de fuego en las mejillas, súbito desecamiento de la boca) volvía a manifestársele en forma aún más insoportable que antes. Sudaba a grandes gotas y sus dientes daban uno contra otro, igual que si el más espantoso de los fríos mordiera su carne.

Segura de que perdería el sentido si alguien no la ayudaba en ese momento, llamó a Lázaro patéticamente, con la voz quebrada:

—Señor... señor... —pero Lázaro, al parecer ya profundamente dormido, no abrió los ojos ni se movió.

En pleno horror mental, Claudia desistió de pedir a Lázaro el auxilio de su compañía y, por primera vez desde por la mañana, se levantó del asiento. Casi parálíticas por la prolongada inmovilidad, sus piernas titubearon y a punto estuvo de irse de cara sobre su vecino. Para huir de allí, la empujaban tanto los síntomas de la asfixia como el pánico irreprimible de permanecer entre los muertos. A paso inseguro, guardando difícilmente el equilibrio por los continuos y bruscos vaivenes

del tren, se dirigió hacia uno de los extremos del carro, y mientras avanzaba con penosa lentitud para no tropezar con los bultos, las jaulas, las cabezas, los miembros humanos que invadían el pasillo, iba sintiendo más y más miedo, porque más y más le parecía encontrarse perdida en un yermo cubierto de cadáveres insepultos; o presa dentro de un gigantesco ataúd, del cual fueran gusanos los viajeros y ella la carroña que devorarían apenas despertaran.

Un ruido vago, como los que a veces se escuchan en los sueños, llega hasta ellas. Claudia lo ubica con la facilidad de quien está acostumbrado a conocer la procedencia de todos los que perciben sus oídos; la procedencia y también la naturaleza. Viene de la calle; de ese recuerdo olvidado que es la calle. La atmósfera de silencio se enferma de tensión y hay un espasmo de angustia en los nervios de la madre de Yuri. Sus manos se hacen de hielo y sus ojos se abren en dos amplios círculos. Los mantiene así, sin pestañear, alertas igual que los oídos, como si estuviese en el centro de un cuarto a oscuras.

Recurre en ambas el mismo pensamiento temeroso. Que Yuri comparte su miedo, lo sabe Claudia apenas la mira. Las manos de la muchacha —manos rudas, curtidas en el trabajo, en el contacto con las sales venenosas, con el agua, con la tierra; manos que ignoran las cremas: rajadas, ásperas y rojizas como si fueran de gañán, de chatos dedos y uñas fuertes— dejan de triturar el pan seco que será base de la sopa que preparan. Igual que las de su madre, las de la muchacha quedan inmóviles, atrapadas a mitad de un movimiento. En sus ojos fulgura una luz opaca, una pequeña brasa mortecina, apenas un rescoldo de vida.

Ella ha oído, al tiempo que Claudia, el ruido, y no piensa: *"El ruido que viene de la calle"*, porque no conoce, no ha conocido nunca, una calle. Sabe, sí, por nostálgicas referencias de Claudia, que la calle es donde comienza el mundo exterior, pero no puede asociar la palabra a lo que representa. Yuri sólo piensa: *"Es un ruido como el que Lázaro produce al entrar"*. Y eso basta para infundirle miedo.

Se miran después de un instante, mostrándose la mutua desnudez de su temor, y cada una, en el espejo vivo de la otra, observa sus propias reacciones: la alteración de sus gestos; el temblor, apenas contenido, de sus labios. Respiran lentas, y se tienen lástima al ver hasta qué grado las intimida, las anula, las sofoca, las paraliza, las abisma un simple ruido.

—¿Es Lázaro? —pregunta Yuri, no porque lo dude, sino porque quiere convencerse de que su madre teme también lo mismo que ella.

El ruido no progresa, no crece, no se multiplica, ni se acerca como ocurre cuando Lázaro llega y va abriendo y cerrando cada una de las puertas de las seis altas murallas que aprisionan, como si fueran cascadas, el espacioso hemisferio de vidrio y manipostería que llaman casa. El ruido ha muerto, bebido por el espeso filtro de los muros. Se ha extraviado, sin ecos, en los círculos concéntricos.

Aguardan un largo tiempo a que se repita; a que al de la primera puerta siga el de la segunda; el de la tercera al de ésta, y así sucesivamente. Es absurdo que esperen, pues ambas saben que Lázaro, una vez que traspone el umbral de aquella, jamás se demora.

—Creo que no —dice Claudia.

Acierta. No fue Lázaro quien golpeó la puerta. Lázaro no llegará al encuentro de su muerte hasta que transcurran cuarenta y siete minutos contados a partir de éste. Ellas, que no pueden saberlo, continúan rígidas de ansiedad (de empavorecida ansiedad, diríase) en el encantamiento de la angustia.

—Puede ser él —insiste Yuri.

—No —afirma la madre.

—Tal vez... —el resto de la frase cae vertical en el silencio, como un pájaro muerto en el centro del aire.

—¿Tal vez qué...?

Yuri reúne todo el valor que aún posee, y que es ya muy escaso, para formar la frase que expresa, así sea ambiguamente, su aprensión:

—Tal vez no entra porque *ya sabe*...

Las palabras de Yuri, dichas con gran timidez, agrisan más aún el semblante de su madre, lo que le permite a la joven confirmar su idea de que Claudia ha sospechado lo que ella. A fuerza de temer al mismo hombre, y obligadas como los demás miembros de la familia a permanecer en silencio la mayor parte del tiempo, ambas han aprendido a comunicarse sin palabras; a veces, con rápidas miradas; las más, por medio de los pensamientos.

Para que Yuri no se deje dominar por el miedo que a ella le aturde desde que escuchó el ruido, Claudia responde:

—Lázaro no puede saber.

—Él sabe todo.

—Ahora no puede saberlo...

Las palabras de Claudia, y más que ellas, la escasa convicción con que las ha pronunciado, no producen en Yuri el efecto tranquilizador que busca la mujer de Lázaro, y sí el contrario.

—Lo sabe todo... siempre —martillea Yuri, que ya no duda, después de oír la débil voz vacilante de su madre, que su apreciación es correcta.

Entre personas, como Claudia y Yuri, que hablan el idioma de la comunicación mental; que conocen el significado de sus respectivos gestos; que interpretan con exactitud la elocuencia de una mirada, del breve movimiento de un músculo del rostro, del temblor de un labio, o el mensaje de un suspiro o de un silencio, es muy difícil, si no imposible, brindarse el consuelo de la mentira o el beneficio de la duda. Carecen de secretos y, por eso, de intimidad. Pero Claudia piensa que debe hacer creer a Yuri que está equivocada para que la muchacha no se ahogue, como ella está ahogándose, en el más intenso de los terrores.

—¿Cómo puede saberlo, si apenas lo decidimos hace un rato? — le pregunta.

Yuri dice siempre lo mismo; reitera casi obsesivamente:

—Lo sabe. Estoy segura.

—Hoy no... —asegura Claudia, más para convencerse a sí misma que para convencer a Yuri.

Quiere Claudia, hasta donde depende de ella, conservar a Yuri al margen del miedo para no comprometerla. Lázaro —si es que en verdad sospecha que se trama su muerte para esta noche— no debe saber que sus hijos participan, aliados a la madre, en el pacto homicida. Si hay venganza, en caso de que el plan falle, que no alcance a Yuri y a Job.

Por eso es importante que la muchacha crea que se ha equivocado; que por esta vez dude de la capacidad adivinatoria de su padre; por eso Claudia trata de convencer a su hija de que es imposible que Lázaro descubra la conspiración. Si Yuri demuestra miedo (un miedo distinto al que a Lázaro le agrada ver en los rostros de los cuatro cautivos), lo haría caer en peligrosísimo recelo.

—¿Crees que no sabrá, en cuanto nos vea, lo que pensamos hacer?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Por qué tiembles entonces?

—Cállate.

Si ambas saben hablar el lenguaje del silencio, mejor sabe interpretarlo Lázaro, pues fue él quien las adiestró en su uso. Es por ello difícil engañarlo con secretos, aparentar que se piensa algo distinto a lo que expresan los rostros. Sus facultades de adivino parecen ser infinitas. Ningún misterio se le oculta. Frente a él se sienten despojadas aun de la mínima defensa de la reserva mental. Pues no han mentido nunca (Claudia ha olvidado hacerlo; los muchachos no saben todavía) ignoran cómo defenderse, cómo guardar el más íntimo de los pensamientos. Son algo así como un traje sin bolsillos, un mueble sin gavetas, una casa sin rincones.

Lázaro suele anticiparse, con las respuestas adecuadas, a las preguntas que aún no le formulan. Aclarar, cuando las tienen, las dudas que las confunden. Adivinar, apenas les asaltan, sus temores o sus deseos. Hasta ahora nunca se ha equivocado (al menos, no recuerdan que lo haya hecho alguna vez) y tal infalibilidad en la interpretación de los pensamientos de los miembros de su familia le permite conocer, mucho más acertadamente que si ellos lo expresaran con palabras, tanto lo que piensan como lo que sienten.

A los jóvenes (acostumbrados desde pequeños a que así ocurra; a guardar silencio ante el padre y entre ellos, y sin embargo, a no necesitar de la voz para comunicarse) no les sorprende que Lázaro sepa todo, que penetre tan hondo en sus conciencias. A Claudia, sin embargo, aún la aterra la sagaz perspicacia del hombre. Ha vivido siempre, desde hace cuatro lustros, por completo abierta, expuesta, a la que podía calificarse como *mirada interior* de Lázaro. Ni siquiera cuando él está fuera de casa, como ahora, o en alguna otra parte de la misma, consigue librarse de su vigilancia telepática. ¿Posee Lázaro poderes taumátúrgicos? Ella está segura de que sí, y en apoyo a su certeza le basta recordar los centenares de veces que él la ha asombrado, y horrorizado también, hablándole de lo que guarda en la mente.

A decir verdad, Lázaro no es dueño de esos poderes mágicos que le atribuye Claudia y que sus hijos encuentran perfectamente normales por la muy simple razón de que imaginan que los demás hombres (esos que no conocen, esos a los que nunca han visto, oído o tratado) se comunican entre sí en la misma forma en que Lázaro lo hace con ellos. Lázaro sabe casi siempre a más de lo que piensan y sienten, lo que temen y ocultan su mujer y los tres jóvenes, porque los ha enseñado a expresar sus emociones en tal forma que no necesita adivinarlas, sólo interpretarlas. Su método de *videncia* es sencillo, y, por ende, nada misterioso (a una emoción x corresponde una reacción y , y así hasta completar todos los elementos de un alfabeto singular). Conociéndolos, le resulta facilísimo *leer* en el código de los rostros.

Claudia, que jamás ha intentado descubrir el truco de este juego de asombros porque tampoco ha procurado establecer las obvias relaciones que existen entre la emoción y su expresión objetiva, y la interpretación que Lázaro les da (de acuerdo a la que podría llamarse tabla de equivalencias), juzga más sencillo, más encantador, más cómodo aceptar que el hombre que la tiraniza es punto menos que un hechicero. Entre los recuerdos más antiguos que aún conserva, está el de ciertas frases que Lázaro pronunció la noche de su primer encuentro en el tren, y cuyo sentido comprendió, a medias, mucho después:

Lázaro dijo entonces:

—¿Sabe usted que tan difícil como conocer a un verdadero santo, es conocer a un verdadero demonio? Uno y otro, por razones de su propia condición sobrenatural, se parecen —y la miró como si esperara ver qué efecto producían en la jovencita que era Claudia esa noche tales palabras, demasiado profundas para ella—. Se nos

informa que el santo es la síntesis absoluta de las perfecciones y que el demonio lo es de las maldades. ¿Quién puede establecer la diferencia verdadera que existe entre la virtud y el pecado?

—¿Dios? —planteó ella tímidamente. *

—No, muchacha, no es Dios quien puede hacerlo, sino nosotros mismos. Virtud y pecado son tan semejantes que con frecuencia se les confunde. Igual ocurre con el hombre santo y con el demoníaco. Cada uno participa de mucho de lo del otro, tanto que es lógico que pensemos a veces que son el mismo... Si el pecado es una pasión del alma y la virtud también lo es, ¿cómo distinguirlos, cómo diferenciarlos?

Y luego, en tono que a Claudia le apareció enigmático esa noche, y muy revelador más tarde, Lázaro añadió:

—¿Cuántos, entre esos hombres y mujeres que duermen a nuestro alrededor, pueden ser santos, cuántos demonios? Sería necesario vivir con ellos, conocerlos, interpretarlos, para saberlo. Aunque debo advertirle que compartir la existencia con un individuo no basta, muchas veces, para descubrir qué es, quién es verdaderamente. Es preciso que uno posea ciertas cualidades de santo o de demonio para identificar, catalogar las de nuestros vecinos de vida. Un hombre o una mujer santos no pueden diferenciarse mucho, en el aspecto exterior, de un hombre o una mujer satánicos...

Claudia estuvo de acuerdo con la afirmación de Lázaro. Por experiencia —una cruel y desagradable experiencia reciente— sabía que una persona que se adorna con virtudes de generosidad y pureza, de amor y ternura, puede ser, y lo es, ruin, mezquina, inmoral e hipócrita. Asintió, en silencio, un par de veces. Su compañero seguía hablando, ahora con acento de total convencimiento:

—Es más, puede darse el caso de que el hombre y el demonio ignoren lo que son —los ojos de Lázaro fulguraron entonces con punzante, inquisitiva curiosidad—. ¿Para usted... qué soy yo, qué puedo ser yo?

Por completo confundida por esa pregunta que llevaba la charla al terreno de las opiniones personales, Claudia acertó sólo a tartamudear algunas palabras. Con ellas, tratando de ser explícita, se enredó, tropezó, y lo único más o menos coherente que dijo fue:

—No lo sé, señor. Un demonio, desde luego que no... —quizá para halagarlo; más bien porque entonces, pues no los conocía, imaginaba que el Demonio es también una invención de los humanos.

(Ahora, sin embargo, sabe que los Hombres del Mal existen. Que por lo menos existe uno de ellos y se llama Lázaro.)

La respuesta de Claudia provocó en Lázaro por único comentario otra de sus indefinibles sonrisas. ¿Le agradó no ser considerado por esa tímida y ruborosa viajera, un demonio? ¿O decepcionó un poquito a su vanidad, así se cuidara de expresarlo con algo más que con la sonrisa, que la chica creyera ver en él alguno de los adornos del santo?

—Le he dicho —manifestó a continuación, como si de ello no tuviera duda— que Dios está todavía fuera del hombre, porque el hombre, cobarde y débil, aún no se resuelve a llamarlo a que lo habite. El Demonio, en cambio, sin que el hombre se dé cuenta, es ya su socio, forma parte de su naturaleza espiritual y animal. Las religiones nos enseñan a aborrecer al Diablo; pero nos enseñan, también, a temer a Dios. ¿No aborrecimiento engendra temor, y viceversa? ¿Por qué se nos conmina a amar a Dios y a temerlo simultáneamente? ¿Podemos amar al que tememos? ¿Podemos? No, si las raíces del amor se nutren en el temor...

Si todo acto es consecuencia de uno anterior, si toda idea tiene el antecedente de otra; si la acción de hoy es el eco de la de ayer, el crimen que esta noche ocurrirá en esta casa y del que será víctima, fue sugerido por Lázaro a Claudia con las palabras que pusieron fin a su largo monólogo. No sólo sugerido, también justificado.

El ruido va debilitándose, como un golpe que se pierde en la no resistencia del vacío, a medida que cruza los seis obstáculos sucesivos de las gruesas murallas—de piedra, esmeradamente pintadas con cal. Cuando llega a Job es sólo un residuo sonoro, un rumor confuso, apenas una vibración que pasaría desapercibida para oídos menos sensibles y alertas que los suyos. Su cuerpo se estremece y se vuelve duro en la parálisis del pánico; la saliva que le inunda a chorros la boca adquiere el sucio gusto del cobre. Se le contraen, hasta dolerle, los testículos, y la piel se le humedece en un segundo. No necesita pensar que es Lázaro el que llega. Como Claudia y Yuri, en simultánea zozobra, lo sabe. ¿Quién sino él se anuncia con tales alardes? ¿Quién, si no él, es capaz de producir semejante alarma?

Job yace en el silencio a oscuras de su angosta celda sin puertas y medita, tendido sobre el camastro de tablas viles, en la irrevocable decisión del homicidio que han tomado Claudia, Yuri y él. Un placer sombrío hormiguea en su sangre y tonifica su ánimo porque esa noche, con la muerte de Lázaro, llegará a término la vieja enemistad que los separa. Cuando el veneno actúe, a Job dejará de consumirlo la atroz furia que le produce la impotencia de sentirse tan pequeño y débil (así tenga casi veinte años y sólidos músculos) frente a ese hombre dominante y cruel. Algo aún más profundo que el miedo al padre (que es duro con él hasta el extremo de la tortura) ha impulsado a Job a participar en el compromiso del crimen. Desconoce, porque no le importan, cuáles puedan ser las verdaderas razones particulares que invocan las dos mujeres para optar por el asesinato; pero sí sabe cuáles son las suyas; cuál, mejor dicho, es la suya. Desea el exterminio de Lázaro porque es el único medio que tiene a su alcance para impedir que una vez más —la tercera— lo despoje de algo a lo que cree tener legítimo derecho; de algo que Lázaro, por abuso de su fuerza, ha decidido tomar para sí, a sabiendas, o quizá por ello mismo, razona Job, de que su hijo también lo apetece.

En la soledad de sus reflexiones se ha convencido plenamente de que el asesinato de Lázaro, por lo que a él atañe, es necesario y, por tanto, inaplazable. De allí su ansia de ejecutarlo esta misma noche, pues mañana sería ya inútil. Porque no conoce las que los demás hombres llaman Leyes, no sabe que viola la principal de ellas: la que niega al ser humano el derecho a destruir a sus iguales. Ignorarlo, le permite pensar en el crimen sin remordimientos de ninguna especie, como algo que no le afectará; y no afligirse porque la víctima elegida sea su padre. Para Job, Lázaro es sólo la barrera que le impide acercarse a lo que ansia; el rival más fuerte que debe ser eliminado.

Lázaro, ¿es su padre?

En el riguroso sentido biológico, sí. En otro, no. Lázaro mismo se ha encargado, con prédicas y ejemplos, de hacer que arraigue muy hondo en la conciencia de sus hijos la convicción de que no existen lazos de sangre y que aún los que pertenecen a un mismo linaje —como Yuri, Momo y Job— son totalmente extraños entre sí. De acuerdo a tal teoría, no hay padres, ni hijos, ni hermanos; sólo personas de distinto sexo. Conforme a sus ideas, no los trata como a hijos ni permite que éstos lo traten a él como padre ni a Claudia como madre. Poco importante sería que se llamaran sólo por sus nombres, como lo hacen, si el trato en sí (y lo que de él se deriva) no determinara un estilo de vida bien distinto, por sus complejas características, al que es usual en las sociedades familiares. Esto no preocupa a Lázaro, porque desde que

empezó a crearla se propuso (primero ante el horror de Claudia; luego con su pasivo sometimiento) hacer de la suya una familia diferente a todas; una comunidad de seres libres de ataduras morales, de gazmoños prejuicios y de ridículas supersticiones.

Su familia es, como se impuso que fuera, ciertamente original, y ello le produce a Lázaró, que casi no suele ser sensible a ninguna, la pequeña y satisfactoria vanidad de ver admitidas, no sólo sin reticencias, sino con entusiasmo, sus particulares teorías sobre las que llama *perfectas relaciones humanas*. El comportamiento de sus hijos, y aun el de su esposa, prueba una de sus tesis favoritas: para ser feliz en plenitud, el hombre debe vivir de acuerdo con la Naturaleza, no a contracorriente de ella, y por vivir de acuerdo con la Naturaleza entiende: jamás oponer un prejuicio a un deseo, una reserva a un impulso biológico, un temor a un apetito, sean de la índole que fueren. Dóciles discípulos, Yuri, Momo y Job reaccionan, sienten, piensan, actúan conforme a lo que son: muchachos primitivos a los que nada inhibe, pues desconocen la hipocresía, la mentira, el pecado. Lázaró también razona que "para el hombre primitivo todas las cosas, animadas o inanimadas, son lo mismo: si acaso, difieren en la forma de su casual configuración, pero en nada más. Su impresión es la de que en todas y en cada una de las múltiples variantes existe un fluido único, en estado de constante intercomunicación y con facultad de transferirse de un objeto a otro. La materia, la fuerza o energía vital, el quid místico, que conocemos por *maná* o *inunu*, es impersonal. En el objeto concreto, incluso en el hombre individual, solamente se encuentra representado o personificado. Lo mismo puede ser bueno que malo, causar dolores que ocasionar alegrías. No es ni cosa espiritual, ni tampoco material en el sentido en que nosotros entendemos esto; es tan sólo incorpóreo. El objeto o el ser terrenos constituyen su morada terrestre o su envoltura, si se quiere. Es más: ni cosa se le podría llamar, ya que más bien consiste en innumerables propiedades. Al hombre primitivo le basta perfectamente con el fluido, con lo indefinido, con lo que carece de todo contenido intelectual, porque lo tiene exclusivamente emocional." Y los tres hijos de Lázaró viven, con singular emoción, de acuerdo a los preceptos de su padre: en admirable libertad de cuerpo y espíritu, sin anhelar más de lo que tienen ni envidiar el bien ajeno; desprovistos de todo afán mezquino.

Claudia, en cambio, sufre una perpetua agonía de pavor y asco. Mucho pesan en su ánimo los resabios de la vieja moral que conoció antes de venir a sepultarse en esta casa. Veinte años de abominable existencia con Lázaró no le han bastado para despojarse, como de una piel inútil, de todos sus recuerdos ni, menos, de todos sus temores. No se opone, ¿cómo podría?, a los métodos de Lázaró, pero tampoco los aprueba, así jamás sus labios se abran para emitir una censura. Prefiere callar; convencerse de que las ideas y las prácticas de Lázaró, que alguna vez la horrorizaron hasta casi hacerle perder el juicio, son las que corresponden a un hombre en todo y por todo distinto a los demás. Se debate en un pantano de remordimiento y angustia porque todavía se resiste a adaptarse (pues le horripila, no obstante el largo tiempo que lleva compartiéndola) a la forma de vida que Lázaró ha impuesto para él y sus hijos. Si éstos, seres que viven en estado silvestre, disfrutan de irrestricta libertad, pues nada hasta ahora malogra su felicidad, ¿es o no culpa de Claudia, como Lázaró sostiene, sentirse presa y desdichada? ¿No sería más fácil para ella practicar, con el entusiasmo de los jóvenes, un modo de vivir que encuentran natural? Ese horror inacabable que la domina, ¿no es el que la arrastra en todo momento a la desesperación? Sus remordimientos de ser cómplice de infamias, ¿bastarán para exonerarla de la parte de culpa que le corresponde por

sancionar con su silencio, su conformismo y su cobardía, una conducta que infringe todas las leyes humanas y divinas?

Enorgullece a Lázaro que su familia viva en la pureza total de la libertad: aislada de los fariseos, de los falsos moralistas y de los odiosos simuladores que pueblan el resto del mundo. En el suyo particular, Job, Momo y Yuri no conocen el pecado porque nunca se les habla de él ni se califica de pecaminoso ninguno de sus actos. Tampoco la envidia, porque se les educó a no aspirar a más de lo que ya disfrutaban. Menos la mentira, porque se les enseñó desde pequeños a no ocultar nada, ni aun lo que constituya leve infracción a las reglas de la casa. Claudia piensa que Lázaro, al mantener a sus hijos en el aislamiento de esa cárcel, los priva de lo que el hombre más aprecia en la vida: el privilegio de asociarse a sus semejantes, pertenecer al género humano, amar a las otras criaturas de Dios y compartir con sus iguales la sencilla alegría de vivir. Lázaro opina, y cree estar en lo justo:

—¿Acaso vivir es una alegría?

Y ella dijo:

—Vivir como nos obligas, no. Como gente normal, sí. Lázaro dio entonces a Claudia lo que no era una excusa (pues nunca las da por nada) sino una mera explicación: la única y también la última de sus actos:

—Mantengo a los míos separados de los demás hombres para que éstos no los contaminen con su ignorancia, su egoísmo de torpes bestias hambrientas y sus imbéciles ideas de felicidad. Los que viven más allá de nuestra casa, ¿son más felices que mis hijos? No. ¿Más puros? Tampoco. ¿Más nobles? Desde luego que no. ¿Para qué, pues, hacer que mis hijos conozcan el odio, los celos, el apetito de riqueza, el ansia de predominio, el embuste, la miseria, el orgullo? ¿Contribuiría tal conocimiento a aumentar su dicha? A la vista de tanta inmundicia, ¿sentirían respeto por sí mismos? Si dentro de mi casa, presos como tú dices, nada les preocupa; si han vivido a salvo de las maldades de los otros, si no sufren por lo que sufren éstos, ¿a qué revelarles lo que no necesitan conocer? Entre los demás, ¿no serían como eras tú antes de venir aquí? Animalitos asustados, a merced de las fieras sanguinarias, expuestos al desengaño, víctimas de cuantos los rodearan. ¿Qué felicidad les espera fuera, que no tengan en su cárcel? ¿Quién se las disputa?

Sin esfuerzo, Lázaro ha logrado lo que se antoja punto menos que increíble: mantener a su familia totalmente segregada del resto del mundo, y no por medio de la fuerza, ni bajo la amenaza del castigo. Le ha bastado poner en uso un procedimiento, un recurso muy sencillo: no despertar su curiosidad por conocerlo. ¿Atrae nuestro interés algo cuya existencia ignoramos? Yuri, Job y Momo no saben qué hay más allá de los muros. Claudia, que podría decírselo porque lo supo alguna vez, lo ha olvidado. Para todos, ya inclusive para la madre, el universo es la casa y ellos sus cinco únicos moradores. En el ámbito de las murallas encuentran todo lo que necesitan: sol, aire, techo, comida, abrigo, placer, cultura, descanso, luz, amor, y lo disfrutaban sin límite. Satisface al padre que sus hijos jamás hayan pretendido, por sí o preguntándolo, averiguar si otros seres gozan también de lo que ellos, o si, de haberlas, son iguales a ésa las demás familias. Los muchachos tienen la idea de que son los individuos de una nueva especie humana —más fuerte, más sabia, más feliz— y no los últimos sobrevivientes de la antigua, a la que aniquilaron, como Lázaro pregona, el miedo, la ambición, el odio, el egoísmo, la soberbia y la mentira.

En todos estos años (los veinte que lleva Claudia cautiva, los diecinueve que tiene Job de edad, los diecisiete que ha vivido Yuri y los trece que apenas cumplió Momo) jamás han visto a otra persona que no sean ellos mismos. Sus ojos nunca han caído sobre un periódico, un dibujo o una pintura. Libros, conocen

únicamente el silabario que utilizó Lázaró para enseñarlos a leer. Es tan absoluto su aislamiento que si se les pidiera no podrían siquiera decir el nombre del país, ni el de la ciudad en que está la casa. Saben escribir, sí, en forma rudimentaria, pues en cuanto aprendieron a hacerlo, su padre los privó de papel y lápiz. Si Lázaró alude alguna vez a los otros hombres, refiérese a ellos como a seres desaparecidos hace milenios; no como a contemporáneos ni como a hermanos. Que su *experimento de convivencia ideal*, así lo llama en sus reflexiones, ha tenido pleno éxito, es algo de lo que está seguro. Guiada por él, su familia se encuentra a punto de terminar la primera etapa del largo y difícil aprendizaje de la perfección. Es perfecta, aunque aún no explora los misterios de la sabiduría, porque a ninguno de sus miembros ha contaminado el trato con sus semejantes. Yuri, Momo y Job (y aun Claudia, pese a que en remota época vegetó entre los miserables) son las unidades biológicas más puras que alientan bajo el sol: puras, porque su padre las ha puesto a salvo de todo contagio.

Más que sorprendente, resultaría dolorosísimo para Lázaró (si llegare a vivir lo necesario para averiguarlo) descubrir que dos de sus hijos conocen ya, y son víctimas ciegas de ellas, algunas de las pasiones de los hombres imperfectos. Tal descubrimiento daría en tierra con el complicado andamiaje de sus ideas y le demostraría, por medio de la decepción aleccionadora, que los humanos no merecen que nadie se tome el trabajo de iniciarlos en los secretos de la *existencia profunda*, pues siempre rechazan otra, así se les augure mejor, que no sea la muy mezquina en la que reptan. Pese a nunca haber tenido trato más que con sus padres y su hermana, Yuri y Job padecen, muy agudas desde el principio de esta noche, no pocas de las dolencias comunes al espíritu de los individuos. Lázaró no sabría, no podría explicarse, por qué albergan sentimientos de los que jamás les ha hablado. ¿Acaso violó Claudia su orden expresa de no aludir a ellos en presencia de los jóvenes? (Claudia no ha abierto los labios hoy ni antes de hoy para inocularles los gérmenes que los corrompen.) ¿Puede entonces creerse —cosa que él rechazaría por irrazonable— que tales pasiones negativas se les conceden a los hombres para que, a determinada altura de su vida, sufran por ellas y por ellas hagan sufrir a sus congéneres?

¿Por culpa de qué o de quién —pues la madre no ha influido de obra o de palabra para que así sea— han llegado, Yuri, a ser presa de los más bárbaros celos, y Job, además, de la envidia y del odio? Si viven dentro de una casa impermeable a toda influencia exterior ¿de qué modo, cada uno por distinto camino y ambos por idéntica razón, pudieron Job y Yuri infectarse de un virus al que su padre, con sus prédicas y su conducta, cree haberlos hecho inmunes? Si nunca han visto ejemplo de celos, ni oído querellas pasionales; si todo cuanto ocurre en el hogar es aceptado con naturalidad; si Lázaró se ocupó de abolir de sus mentes el falso concepto de la *propiedad personal* en lo que a emociones y cuerpos se refiere; si carecen de motivos para codiciar, de soberbia para sentirse superiores; si no han sido defraudados ni engañados, ¿cómo es posible, se preguntaría, que los dos muchachos estén sufriendo celos y rencor, y alentando ideas de homicidio?

Yuri y Job no sabrían explicar razonablemente por qué sufren celos y rencor, pero sí responder, si se les preguntara, por causa de quién. Lázaró se encontraría, escuchándolos, en la incómoda posición de sentirse culpable de lo que con tanto empeño pretendió impedir: que sus hijos estuvieran expuestos a los altibajos de las pasiones. Puesto a averiguar cómo ha sido posible que cayeran en esos sentimientos perniciosos hallaríase, sin duda, frente a una pared más alta que la más alta de las seis que ciñen su retiro. La pared del No—Saber. Él no sabe cómo,

dónde, a causa de qué Yuri y Job pudieron contaminarse. Ellos también lo ignoran. Lo único que parece cierto es que en el hombre coinciden, sin excluirse, como el propio Lázaro lo expuso con distintas palabras la noche que conoció a Claudia, las virtudes y las anti—virtudes. Lo bueno y lo malo. Lo divino y lo diabólico. La más extraordinaria generosidad y el más acendrado egoísmo, y que lo uno da siempre origen a lo otro, y que por eso mismo hay amor, cualquier tipo de amor (aun del que Lázaro profesa por los suyos) hay también impulsos como los celos y afanes como el del crimen. Lo cual permite suponer que Lázaro se equivocó cuando quiso, privándola de toda relación mundana, hacer de la suya una familia única por sus características; una asociación de hembras y varones capaz de satisfacer por sí y en sí hasta la más insignificante de las inquietudes que pueblan en forma pasajera o constante, a todo lo que vive — sea racional o irracional. Lázaro, que no tolera errores, pagará con su muerte, en no más de cuarenta y seis minutos, el de haber soslayado lo que es obvio: el hombre no es mejor ni peor de lo que él, o sus vecinos, piensan. Es como es, así suene a perogrullada.

(Lázaro disfrutará hasta lo último del beneficio de la ignorancia y no se llevará ninguna amargura a la muerte. Iniciará *La Existencia Superior* seguro de haber hecho, en el periodo de prueba de la vida, una obra importante, así jamás nadie llegue a conocerla o a comprenderla. Carcomidas sus vísceras por el cianuro, dejará de alentar sin sufrir la decepción suprema: saber que su mujer y sus hijos son exactamente iguales a todos los seres que él desdeña: perversos y buenos; mentirosos y veraces; nobles y ruines. Buenos, veraces y nobles, cuando hay que serlo. Perversos, mentirosos y ruines, cuando no les queda otra alternativa.)

Job (cuya voz no vaciló cuando sus labios pronunciaron el voto condenatorio; cuyo pulso no flaqueó mientras Claudia iba diciendo con pasmosa serenidad cómo y de qué modo se cumpliría la sentencia del tribunal; cuya mente no se ha empañado con la zozobra del remordimiento durante los minutos que lleva sobre el aparejo de madera que le sirve de lecho) sufre ahora el intenso ramalazo del pánico. El ruido que paralizó a su madre y a su hermana —a las que puede ver, a través del hueco de la puerta que no existe, inmóviles cual marmóreas figuras de cementerio: las manos nerviosas como si desmenuzaran angustia como antes desmenuzaban pan seco— lo ha vuelto a él también de piedra. De una piedra viva, sensible a los mordiscos del pavor. Se apoya en un codo, y sus oídos, que semejan los de un cachorro de gato, absorben iguales a esponjas los ecos de la vibración ensordecedora del miedo.

Como Yuri y Claudia, presiente que Lázaro descubrirá, apenas le ponga la vista encima, lo que se ha urdido en su contra. Siéntese, tal que las dos mujeres, desnudo, translúcido, expuesto al examen del padre inquisidor. Lo sofoca la angustia de carecer en el cuerpo de un sitio donde ocultar el secreto, un pliegue en el rostro tras el cual disimular el propósito del crimen. Está seguro de que a Lázaro le bastará una de sus miradas rigurosas para enterarse de que Job colaborará también en el asesinato. Le aterra saber que cuando se encuentre frente a la víctima elegida, no podrá esconder su turbación. Teme que por su causa la intriga se descubra, y tiembla al imaginar las brutales represalias que el padre ejercerá, más que contra aquellas, contra él.

El ruido, la violenta alarma del ruido, muere en la orfandad helada del silencio. Uno, más próximo, inmediato a Job, originado a unos cuantos pasos de distancia, en el cubil contiguo al suyo, disipa la niebla narcótica que envuelve a las dos mujeres y al muchacho. La voz alegre de Momo salva la distancia vacía y rompe el encantamiento.

—¿Es Lázaro? —la escucha Job preguntar ansiosamente.

Hay en las palabras de la jovencita una vibración de esperanza. Es la suya una voz limpia de temor, y la forma en que pregunta si es Lázaro el que se anuncia con el ruido de la puerta (o que parece ser el de la puerta), la de quien no tiene el pecho o la mente ensombrecido por el miedo; sino, por el contrario, la de alguien, como le ocurre a Momo, que rebosa de felicidad porque ha vuelto el que esperaba. Momo aguarda con regocijo el retorno de su padre porque ignora el grave peligro a que está expuesta y quizá porque es la única que aún lo ama.

Ni su madre ni su hermana le responden, ellas mismas no seguras de que sea Lázaro quien ha golpeado la puerta. Ambas miran a Momo y ambas coinciden en una suerte de cálida compasión por esa muchacha inocente a la que tratan, matando al hombre por el que pregunta con tal regusto, de librar de la más horrible de las amarguras: la que adquiriría, como ya le sucedió a Yuri, en la experiencia de conocer a Lázaro exactamente como es. Momo no advierte en los rostros de Claudia y de Yuri el menor signo de alarma, el más leve indicio de inquietud. Lo cual sirve para que se tranquilicen, pues Momo es también muy hábil en descifrar el lenguaje de las emociones.

—¿Es Lázaro? —vuelve a preguntar.

Su insistencia contribuye a que Claudia y Yuri abandonen su inmovilidad y reanuden, en el mismo punto donde lo interrumpieron, el trabajo en que se ocupaban al ocurrir el ruido. La madre dice entonces:

—No es Lázaro todavía... —y desaparece instantáneamente la tensión que agobia a la familia.

Momo va a la puerta y sale. Claudia y Yuri, que están pensando lo mismo, se miran de reojo, diríase que en silencio de tan recatadas. Una ve en las pupilas de la otra la misma tranquilizadora certeza, el gemelo alivio que les produce *saber* que Momo no ha penetrado su secreto. La satisfacción de haber salido indemnes de la prueba. Si la chica hubiese descubierto el menor rastro de miedo en ellas, habría averiguado, sin tener que preguntarlo, que su madre, su hermana y Job preparaban para Lázaro la sorpresa del asesinato.

—No sospeché nada... —dice Yuri, al cabo de un tiempo.

—Mejor... —habla su madre, quedo, como desde muy lejos.

—Lázaro tampoco sospechará —insiste Yuri, poniendo en cada una de las palabras el acento vibrante de la esperanza.

—Ojalá.

—¿Y si recelara algo? —murmura.

Corresponde ahora a Claudia apuntalar la esperanza de su hija, que parece no ser muy firme a juzgar por la última pregunta que ha hecho y, sobre todo, por las otras que piensa y no formula.

—No sospechará. No *puede* sospechar —asegura Claudia, y Yuri sabe que su madre se apoya en esa convicción endeble para que ella no se amiede.

Por un largo periodo se escucha sólo el crujir del pan entre los dedos activos de las dos mujeres. Fresca de noche, regresa Momo. Lo que dice confirma lo que ya las dos habían conjeturado, pero no confirmado:

—No es Lázaro. ¿Tardará mucho?

—Creo yo que no —es lo que contesta Claudia.

(En efecto, Lázaro no demorará mucho: apenas cuarenta y dos minutos en el tiempo de los relojes excluidos de la casa; una eternidad en el tiempo angustiado de la espera de Claudia, Yuri y Job. Un suspiro en el tiempo sin temor de Momo.)

Lentamente Job vuelve a tenderse. Su corazón reprime la marcha y la ajusta a un ritmo más tranquilo. El sudor cesa de humedecer sus manos. De su bajo vientre desaparece el frío que le estrujaba los testículos. Frente a él, la comba de innumerables exágonos de vidrio multiplica la luz general de la estancia en miríadas de chispas opalinas. Job no puede asociar a nada el aspecto de esa bóveda por la que penetran dentro de la casa, puntuales, el día y la noche. Ignora que semeja el interior de una colmena, o el ojo magnificado de una mosca, o los múltiples objetivos de un microscopio de laboratorio. Ahora le parecen absurdos sus temores, excesivo el sobresalto que le causó el choque de la piedra lanzada por un niño callejero contra la puerta metálica que da acceso al mundo desconocido, o que lo impide.

Mas, ¿puede censurarse a un joven inestable como Job sufrir miedo a ser descubierto por la persona a la que va a asesinar? ¿Tiene culpa de padecerlo frente a su padre, si fue su padre, precisamente, quien primero se lo hizo conocer? Lázaró ignora, entre otras muchas cosas, que su hijo lo odia porque lo teme, y lo teme porque él le reveló que los hombres —aun los que se creen excepcionales— se valen del dolor para infligir a los débiles la ofensa del castigo.

Ni por un momento ha temido Claudia que Yuri quebrante el pacto y revele a Lázaró, cuando llegue, lo que su mujer y su hijo se proponen. La razón que asiste a la muchacha para desear la muerte de su padre es bastante poderosa para tener garantizada su lealtad. Si no lo fuera, ¿habría dicho sí al preguntársele si consideraba necesario ajusticiar al jefe de la familia? En cambio, le preocupa Job. Es, de los tres, el de más débil carácter, el de ánimo más tornadizo, el más sensible a las influencias ajenas. Y por todo ello, el que puede delatarlas, delatándose. Job, lo presiente, se echará a temblar en un calosfrío de pánico apenas Lázaró cruce el umbral; se comportará como si ya lo agobiara el remordimiento del crimen que aún no se consuma. (Yerra Claudia al imaginar que el remordimiento traicionará a Job. Éste no lo sufre ahora, no lo sufrirá tampoco después, porque jamás admitirá haber hecho algo censurable. Claudia no sabe que puede descartar con toda confianza el temor de verse descubierta por culpa del joven.)

Es el miedo, que no el remordimiento, lo que sí puede dar al traste con la conjura; porque el miedo es terco intruso en el espíritu de Job. Miedo enraizado en lo más remoto de su conciencia y bien visible, además, en sus labios: dos pliegues violáceos que se lo recuerdan muchas veces al día, cuando se los toca; que se lo recuerdan también, dolorosamente, a su madre. Los labios de Job conservan las marcas indelebles de la salvaje tortura; la gemela cicatriz que dejó en ellos la ira de Lázaró. Por eso, al matarlo, Job verá cumplido su añejo deseo de venganza. (Claudia rehusa pensar que otros móviles, aparte del temor, inducen a su hijo a participar en el asesinato. Si supiera por qué accedió a compartir la responsabilidad del homicidio, desistiría de cometerlo, ya que, a fin de cuentas, la muerte de Lázaró no pondría término, como espera, al horror de que trata de librar a su familia.)

Job conoció el dolor cuando tenía dieciséis años y desde entonces vive en la zozobra continua de padecerlo nuevamente. Mil veces se ha preguntado, en esos largos silencios reflexivos que lo ahogan a ratos, por qué Lázaró lo castigó con golpes y con fuego por pretender compartir con él un bien que creía común a ambos. ¿Usó su padre la violencia para que supiera que los hombres viven en paz sólo si sus armas están equilibradas? ¿Quiso que aprendiera, sufriendo en carne propia la lección, que los fuertes jamás invitan a los débiles al disfrute de sus tesoros, y que el débil debe superar, si desea para sí lo que el otro tiene, la fuerza o la brutalidad del enemigo? Job no es aún más fuerte que él; pero lo será apenas muera, y tendrá a su favor la ventaja de que no habrá otro varón que le discuta sus derechos.

Fue Claudia la primera en advertir cuan tempranamente despertaba en Job la curiosidad del sexo; una curiosidad tenaz, agresiva, indomeñable como suele ser la de un niño de siete años. Job la miraba de un modo distinto al que mira a su madre una criatura llena de amor. Cada vez que los sorprendía escudriñándola parecíale ver en los ojos del chico, tal que si fueran los de un adulto, un fulgor de lujuria, una apetito de celo que la perturbaban un poco al principio y que luego terminaron por enfermarla. Job debía saber cuánto incomodaba a Claudia con esas miradas, porque su insistencia en perseguirla con ellas, a toda hora y en todo sitio, iba siempre en aumento; y así llegó el día en que la mujer fue víctima de un tipo de miedo que no le era conocido: el de quedar a solas con su hijo, el de experimentar la sensación desagradabilísima de saberse indefensa frente a una pequeña bestia lasciva pronta a atacarla.

Juntos pasaban la mayor parte de la interminable soledad (Yuri distraía su ocio en juegos infantiles o en el cuidado de su hermanita Momo, de apenas veinticuatro meses de vida). Silencioso y felino, atento y concentrado en no sabía qué cavilaciones, veíalo rondarla, vigilarla, someterla al análisis de sus miradas. Claudia buscaba entonces dónde ponerse fuera del alcance de él. Pero Job, sin darle tregua, iba tras ella para seguir sometiéndola a la presión más y más intensa de sus pupilas ardorosas. ¿Qué pretendía comunicarle con los ojos? ¿Qué propósitos perversos inflamaban su mente? ¿Qué horrendo comercio ansiaba proponerle?

A más de inquieta, Claudia comenzó a sentirse por completo inerme cada vez que se encontraba a solas con su hijo, y a padecer frente a él, hubiera o no testigos, la desazón de saberse apetecida por un macho libidinoso. Estuviese donde estuviere, hallaba a Job entregado al ejercicio de su constante vigilancia de hombre que más que amar, desea. Los ojos del niño la seguían a toda hora y se clavaban, agudos como alfileres, en su cuerpo: atentos a cuanto hiciera: caminar, sentarse, inclinarse.

Tampoco durante las horas del sueño lograba escapar a la persecución infatigable de Job. Veíase vagar insomne en un paraje desolado, en un páramo de dimensiones infinitas al que sofocaba un cielo de purpúreos cúmulos. Se desplazaba de prisa, a veces a la carrera, causándose dolor con los pedruscos, heridas con las zarzas, descalabraduras con las peñas. Si volvía el rostro, veía a Job a la zaga de sus pasos, a una misma distancia siempre, como si no tuviera más interés que el de atemorizarla o como si supiera que tarde o temprano Claudia caería en su poder. El temor a ser atrapada por el violador, hacía agotar sus fuerzas en un vano intento de aventajarlo. De dos zancadas Job recuperaba terreno y continuaba su acoso. La huida, al fin, perdía ímpetu y ella se desplomaba exhausta sobre la arena vidriosa. Incapaz ya de moverse, sólo le restaba aguardar a que él se acercara con una gran sonrisa sardónica y triunfal en los labios y se tendiera a su vera. La cara de Job, idéntica ahora a la del gato, quedaba muy próxima a la suya: las pupilas ardiendo en fosforescencias sensuales, los labios dispuestos al beso incestuoso, las manos prontas a la caricia lúbrica. Claudia desesperaba por gritar, rechazarlo, levantarse, pero estaba muda. Job la miraba y sonreía, y comenzaba a vencerla con el peso de su cuerpo.

Al despertar, sobresaltada y trémula, Claudia exigíase no pensar en los detalles de la espantosa aventura de su pesadilla. ¿Acaso porque la horripilaba, ya en pleno uso de la conciencia, encararse a una realidad que en el sueño, y sólo en el sueño, se manifestaba libremente, sin trabas ni eufemismos? Porque lo cierto era que Claudia, por más que rechazara por satánica la idea, había llegado desde hacía mucho a la convicción de que Job buscaba, persiguiéndola, arrinconándola, apartándola, la oportunidad de tener trato carnal con ella.

Era durante los sesenta minutos que Lázaro, con su mujer y sus dos hijos mayores, consagraba todas las mañanas a las prácticas gimnásticas al aire libre, cuando más padecía Claudia los efectos de la agresión visual de Job. Del principio al fin de esa hora, sus ojos táctiles palpaban amorosamente, con refinamiento de sátiro, la espléndida carne de los senos, el vientre, los muslos, las nalgas de su madre. Saciaba su curiosidad con un lento descaro que llenaba de rubores a Claudia, pues la hacía sentirse apetejada, en presencia de su dueño, por otro hombre. (No pocas veces llegó a preocuparla que Lázaro, de sorprender esas miradas plenas de malicia viril, la emprendiera a golpes contra el cínico. Pero Lázaro, de costumbre perspicaz, no reparaba en ellas, o parecía no importarle que el chico sometiera a la mujer a su pecaminoso examen.) Por su parte, a Job lo tenía sin cuidado que su padre estuviese presente y no lo turbaba que sus atributos masculinos exhibieran a la vista de todos lo precoz de sus apetitos. Desde que su hijo comenzó a hacerla objeto de interés sicalíptico, desde que sus ojos perdieron inocencia, Claudia pidió a Lázaro con tímidos titubeos que la eximiera de la calistenia matutina, o que, al menos, le permitiera cubrir su cuerpo. Lázaro desoyó la súplica, porque estimó débiles, y aun ridículos, sus argumentos.

—Los niños están creciendo y...

—¿Y qué? —la atajó él.

—No es conveniente, me parece, que vean ciertas cosas.

—¿Cuáles son esas: *ciertas cosas*? —volvió a interrumpirla Lázaro.

—Ciertas cosas... —repitió ella, con temblor en la voz y en el cuerpo.

Lázaro la escrutó muy lenta y reposadamente. En sus ojos apareció un rastro de frío desdén y en sus labios un rictus apenas perceptible de piedad despectiva hacia Claudia.

—Decir *ciertas cosas*, ¿qué aclara? Nada. Si durante años nos hemos desnudado unos frente a otros, no veo por qué ahora, sólo porque los niños crecen, debemos vestirnos...

—Yo quiero vestirme... —respondió ella, en tono casi implorante, con la esperanza de que Lázaro, sin necesidad de más preguntas, adivinara la oculta dirección de sus palabras; el por qué de su solicitud de permiso para cubrirse.

Pero Lázaro ignoró, si es que llegó a percibirlo, el persuasivo acento de ruego que imprimió Claudia a su petición. Movi6 la cabeza, rehusándose:

—¿Te avergüenza la desnudez?

—Ante los niños, sí.

—¿Por qué?

—Me siento inc6moda... especialmente por Job. Es ya un hombrecito... —dijo Claudia con candidez tan conmovedora que Lázaro rompi6 a reír como una hiena.

—Claro que es un hombrecito —subray6 en seguida con cierta transparente intención—. Y como hombrecito te mira. Lo he visto...

—¡Lázaro...! —protest6 ella escandalizada.

—¿Y qué de extraño tiene, si eso es normal, que le intereses como mujer?

—Soy su madre...

Lázaro, que esperaba un alegato más razonado, se encogió de hombros y, con mucha seriedad, expuso:

—¿Puede alguien establecer diferencias entre lo que es una madre y lo que es una mujer? De entre un grupo de hembras, ¿puede un macho, así sea pequeño como Job, distinguir y respetar a la que lo parió? No. Siguiendo sus impulsos vitales, preferirá a la que más le gusta, a la que tenga más cerca... La curiosidad de tu hijo

es perfectamente natural. Me preocuparía, en todo caso, que no te mirara, que no lo atrajera tu cuerpo...

Se atrevió Claudia entonces a plantear un aspecto de la cuestión que había decidido no abordar jamás ante Lázaró, por temor a desencadenar su borrascosa cólera. Procurando que él no advirtiera cuánto la preocupaba, le reveló:

—Job no me mira como niño.

—¿Lo es acaso?

—Me mira, Lázaró, como si fuera ya mayor. ¿Entiendes?

—Sí.

—Me pone nerviosa. Va tras de mí todo el día, mirándome, espiándome, tratando de verme...

—Demuéstrale que no te importa.

—Es... que sí me importa. Me enferma que me vigile, me asusta lo que veo en sus ojos.

—Amor. Una forma de amor, común a todos los niños.

—No es amor, Lázaró. Es otra cosa...

—Digamos: deseo sexual... ¿Es reproducible...?

—Si no fuera mi hijo... —prorrumpió ella sin medir el alcance de lo que acababa de decir.

Una nube de ira sumió en sombra, fugazmente, el rostro de Lázaró, y sus ojos la acicatearon sin piedad:

—Si fuera un extraño, otro hombre por ejemplo, no te molestaría, ¿es lo que quieres decir? —y Claudia creyó escuchar la olvidada voz de los celos; de esos celos que tanto la hicieron sufrir en otro tiempo. Lázaró la punzó más aún: —Si fuera un hombre el que te mira, lo escribirías en alguna otra libreta...

Lázaró... —explotó ella débilmente, temerosa de que el comenzara de nueva cuenta a atormentarla con sus sospechas, sus insidias y sus rencores.

Mudó Lázaró bruscamente de expresión y recuperó la que también bruscamente, por el *lapsus linguae* de Claudia, había desaparecido de su rostro.

—Vestida o no, continuará mirándote...

—Déjame hacer la prueba. Vestirme, estar vestida, cuando hagamos ejercicio...

Volvió Lázaró a reír. La ingenuidad de Claudia, la turbación que le arrebolaba las mejillas mientras exponía dificultosamente sus púdicos escrúpulos, la inquietud sincera que parecía embargarla al referirse al comportamiento de Job, estaban divirtiéndolo. Pero después se puso la careta de hombre grave y reflexivo:

—En cierta etapa de su vida, ésa en la que Job se encuentra ahora —dio principio a otro de sus discursos— todos los varones sienten una fuerte inclinación sexual hacia la mujer, sea su madre o no, en cuya compañía pasan el tiempo. Es lógico que en Job esa inclinación sea más evidente, o se manifieste más temprano que en otros niños, porque lo hemos enseñado, mostrándonos desnudos a él, a prescindir del hipócrita pudor que tanto perjudica a los chicos... ¡Pudor! ¿Y qué es el pudor? La atadura absurda que nos impide alzar el vuelo hacia la pureza. ¿Has reflexionado alguna vez que de todos los seres el único que sufre pudor es el hombre? ¿Y que de los hombres, sólo los más primitivos, o los más evolucionados, viven en la desnudez, en la libertad del cuerpo: primer paso para alcanzar la de la mente? ¿A fin de cuentas, qué ocultamos debajo de la ropa? Los órganos de la reproducción, que nos son tan caros... ¿No es la pudibundez ñoña un voluntario, antinatural y estúpido sometimiento a los prejuicios? Cuando, después de vencerlos, aprendiste a no avergonzarte de andar desnuda, ¿te sentiste o no libre como nunca antes?

Muy a su pesar, Claudia hubo de admitir que así había sido. El día que no la mortificó estar desnuda bajo el sol y mostrarse así a Lázaro, experimentó una incomparable, vivificante, purificadora sensación de libertad; algo más que eso: la primera auténtica libertad que había conocido hasta entonces, y hoy, con la del sueño, la única de que aún disfruta. Otra vez taciturno y sentencioso, Lázaro comentó por último:

—No hagamos perversos a nuestros hijos inculcándoles nocivas prevenciones de pudor. Sigamos mostrándonos en la gran inocencia de nuestra desnudez; no establezcamos diferencias, jerarquías de sexo o edad entre nosotros. No llenemos de misterio lo que es claro, ni manchemos lo que es limpio, ni juzguemos aberración lo que es simplemente natural...

Tan sorpresivamente como se habían iniciado a los siete años, a los nueve cesaron las tenaces acometidas visuales de Job contra su madre, lo cual hizo válido el augurio de Lázaro: *"Pronto no se ocupará de ti, porque otras cosas, para él más atractivas, absorberán toda su atención."* Poco a poco, como si le produjera pereza hacerlo o como si hubiese perdido ya interés en ella, dejó el chico de acosar a Claudia. Sus ojos no se deleitaban ya incursionando por la aún rotunda topografía de su cuerpo, ni trataban de llegar a sus rincones secretos, ni atisbar el movimiento de sus senos o de su grupa, más que oculto revelado por la ropa. La veían ahora con infantil inocencia, sin apetito carnal, limpios de curiosidad insana. Porque era orden de Lázaro, continuó Claudia vistiendo por las mañanas, para los ejercicios naturistas, el ropaje único de su piel desnuda; y, sin embargo, Job no volvió a atacarla con sus pupilas ni a perseguirla después de que su padre se marchaba. Las pesadillas dejaron de importunarla y, lo que fue un alivio para sus nervios siempre tensos, perdió el miedo a estar a solas con el niño.

De que en Job no moraba ya un demonio licencioso tuvo Claudia una prueba fehaciente e inesperada cierta mañana. Lázaro se había ausentado de la casa y de la ciudad la noche anterior, en uno de sus periódicos viajes de negocios a las cercanas provincias. Había dicho:

—Ya volveré... —como decía siempre que anunciaba su partida.

Claudia y los niños habían oído, debilitado por el espesor de los muros, el estruendo de la motocicleta que usaba Lázaro para transportarse y distribuir entre sus clientes los centenares de bolsitas con insecticida que preparaba cada semana, con ayuda de su mujer, en el "laboratorio" (un cobertizo de generosas dimensiones que construyó entre el quinto y el cuarto círculo) en el que trabajaba de la mañana a la noche, seis de cada siete días. Habían oído el choque metálico de la puerta que él aseguraba por dentro, al llegar, con la barra de hierro: se habían quedado, al fin, solos en el vasto habitáculo, idéntico por su forma a la mitad de un huevo gigantesco. Y, bien provistos de víveres para un tiempo difícil de calcular, habían comenzado a tejer la tela de la espera.

Por esos días, el acoso a que Job sometía a su madre alcanzaba su apogeo y la fiebre de lascivia chisporroteaba intensamente a toda hora en los ojos del niño. Dos o tres noches antes, al retornar de uno de sus sueños terribles (que cesaban, abruptos, cuando Job procedía a ayuntarse con ella, caída en tierra e indefensa) tuvo Claudia la más vivida experiencia de horror que hasta entonces había conocido. El peso que la aplastaba siempre hacia el final de sus delirios no era, como solía ser, el peso imaginario de una obsesión onírica, sino un peso real: el de Job dominando su cuerpo. Fue tal su espanto que el grito que intentó lanzar al silencio se congeló en su boca. Job —inmutables sus gatunas facciones— le sonrió con mucha dulzura al rogarle:

—No te asustes... —en el tono bajito con que se habla al cómplice de una infamia.

En el asco de su terror Claudia no acertaba a moverse, a hablar, a hacer otra cosa que no fuera abrir más y más los ojos, ahora sí por completo indefensa, para repeler el ataque del que en esos momentos no era su hijo sino una alimaña ardiendo en lujuria. (Por qué Job no la violó esa noche, si pudo haberlo hecho con toda impunidad, es algo que Claudia aún no acierta a explicarse. ¿Desistió al comprender que su madre no participaría, con su propio deseo de hembra, en un acto que hubiera sido más que incestuoso, adúltero? ¿O se apiadó de ella al verla tan débil e impotente?) Sin dejar de sonreír, el niño se deslizó al suelo. La contempló un largo momento. Adelantó la mano, que no temblaba, y le dejó una caricia en las mejillas.

Después de una interminable noche de angustia, que Claudia pasó enferma del cuerpo y del ánimo, volvieron a encontrarse, a solas, un segundo antes de que Lázaro, que estaba ya en el exterior, los llamara a la gimnasia. Se miraron. Ella, como si hubiese pecado con él. Job como si no recordara el incidente.

—Te quiero mucho —fue lo único que Job dijo, y salió corriendo.

La siguiente fue para Claudia otra noche de temores. Lázaro se había ido. Yuri dormía, lo mismo que Momo; y ella estaba sola y agitadísima, expuesta al nuevo ataque de Job; de un Job sombrío, al que escuchaba moverse inquieto en su camastro, y cuyos ojos, estaba segura de ello, la observaban desde la oscuridad de su celda, quizá a la espera de verla caer en el sueño. Luchó contra éste con la tenacidad de sus fuerzas, mordiéndose los labios para ahuyentarlo, hincándose el filo de las uñas en las palmas de las manos para que el dolor la mantuviera en vigilia; orando —lo que ya hacía muy rara vez— en patética invocación a los santos protectores. Un alba tímida se anunció en la bóveda y con la presencia de la luz desaparecieron las angustias nocturnas.

Vino, en seguida, otra prueba: la decisiva. Yuri, con los primeros síntomas de un resfrío, fue relevada por Claudia del matutino suplicio gimnástico. Job remoloneaba para quedarse en cama un poco más. Su madre (ella, ahora, como él la víspera, fingiendo no recordar la vigilancia en que Job se había empeñado) ordenó:

—Vamos a hacer ejercicio...

—Lázaro no está, y tengo sueño.

—Lázaro lo ordena y hay que hacerlo... —insistió Claudia. Fatigada por no haber dormido, hubiera deseado, ella también, quebrantar la costumbre por aquél impuesta, pero no quería arriesgarse a que los niños, incapaces de mentirle al padre, la delataran a su regreso. Además, había resuelto dar a Job la oportunidad de descararse ahora que no tendrían testigos.

Aunque el corazón le voltejaba violentamente, y así sus manos titubearan faltas de aplomo, Claudia se despojó muy despacio de sus vestiduras, con el propósito deliberado y casi infame de excitar a su hijo. Ya desnuda frente a él igual que todas las mañanas, exhibió su cuerpo sin lubricidad ni temor. Para sorpresa suya, la cara de Job habíase puesto carmesí y sus ojos, siempre de cínica audacia, no se atrevían a mirarla siquiera por el ángulo. Cinco, no más de diez segundos, soportó el chico la presencia de Claudia, y huyó.

Fue a ocultar sus emociones, ¿miedo, vergüenza, cobardía de inexperto que teme a la amante de mayor edad?, a la tupida selva de frutales que crecía en la parte posterior de la casa. Allí permaneció hasta que el sol estuvo alto. Luego, cuando el hambre comenzó a producirle pena en el estómago, decidió salir de su escondite vegetal y enfrentarse a su madre. Encontró a ésta en el lugar donde supuso que estaría y haciendo lo que era normal a esa hora. En la cocina, atareada, después de

haber curado a Yuri y alimentado a la pequeña Momo, en la preparación de las legumbres que constituían casi el único alimento de la familia.

—Claudia... —le habló desde la puerta. Así como jamás llamaba padre o papá a Lázaro, nunca llamaba madre o mamá a Claudia.

Ésta se volvió. La esbelta figura del niño se recortaba netamente en el marco de la puerta, cómica y a la vez conmovedora en lo que no era un traje, ni siquiera un vestido convencional, sino apenas un saco de tela burda, con agujeros para la cabeza y los brazos. Job parecía estar ardiendo, purificándose acertó Claudia a pensar, en el centro de un remolino de luz.

Tímidamente avanzó hacia ella. Su rostro había vuelto a ser el de un niño puro, el de un niño humano y no el de una criatura infernal. Llevaba entre las dos manos el grito escarlata de una flor. Un poco tieso, con torpeza que Claudia halló encantadora, se la ofreció. Aceptó la madre ese homenaje, el primero de ternura que en mucho tiempo recibía de él, y estrechó a Job en un abrazo de amor y de perdón. En su oído cayeron débiles, unas palabras:

—No le diré nada a Lázaro, ¿eh? —en las que había un subrayado especial; la intención de quien ensaya a decir su primer embuste.

—¿Qué no le dirás?

—Tú sabes qué, Claudia.

—No se lo diremos... —concedió ella, sin saber exactamente si Job se refería a que juntos habían violado la disciplina del ejercicio; o si estaba prometiéndole no delatarla por haberse ofrecido desnuda...

Durante el tiempo que le tomó crecer dos palmos de estatura, Job ajustó todos los actos de su vida a una conducta irreprochable y normal. Cortes, serio, discreto, amable, era, le parecía a su madre, hermoso de cuerpo y, si no bello de rostro, agraciado. Casi tan alto ya como Lázaro y no menos fuerte que él, había convertido en su excelente colaborador. Los tres muchachos ayudaban, ahora, al jefe de la familia en el trabajo del laboratorio. Conocían los secretos del oficio tan bien como aquél, y cuando se marchaba en la motocicleta, por unas horas o por unos días, tomaban a su cargo la tarea de mantener a ritmo la producción de insecticidas. Observaban con exacto rigor las normas de seguridad que había impuesto Lázaro. Jamás dejaban sin tapar los frascos con venenos, ni incurrían en negligencias peligrosas como olvidar lavarse las manos si por descuido contaminaban las sales mezclándolas fuera de orden, ni dejaban abierto el sitio de trabajo. El consumo diario y las diarias mermas eran anotadas en una pizarra para que Lázaro pudiera saber, exactamente, en todo momento, con qué reservas contaba y el gasto de la materia prima. Como todos los de la casa, el candado de la única puerta del depósito se abría, no con llave, sino por medio de una clave de números, como las cajas de valores. (Lázaro desconfía de las llaves, que pueden extraviarse o ser utilizadas por quien no debe; prefiere los sistemas de guarismos por considerarlos más de fiar. Sólo su mujer y Job son depositarios de las cifras secretas del candado del almacén.)

El intenso ejercicio físico (una hora por las mañanas durante el gentil invierno de la meseta sub—tropical; una por las mañanas y otra por las tardes, el resto del año: gimnasia, prácticas de respiración, levantamiento de pesas); el largo contacto con la luz y el calor solares (metódico cultivo de la hortaliza que provee de legumbres y frutas a la familia; las reparaciones a la casa, el corte del césped que la anilla en el sexto de sus círculos; el enjalbegado de los muros); la coslumbre higiénica, si bien monótona, de recogerse a dormir en cuanto oscurece y abandonar el lecho apenas despunta el alba; el desayunar, comer y cenar siempre a hora fija los sencillos

guisos vegetarianos — han influido de manera decisiva en el carácter de los muchachos, y, lo que está a la vista, en su apariencia externa. ¿Conflictos morales o intelectuales? No padecerlos impídeles, opina Lázaro, malograr su felicidad de seres silvestres.

(Juzgando que aún no llega el momento de descubrirles las preocupaciones de la cultura, Lázaro, maniático del método didáctico que estima idóneo para sus hijos, prefiere convertirlos primero en individuos físicamente saludables, fuertes y de firme carácter y luego en personas intelectualmente aptas. Al mantenerlos al margen del tiempo, de lo que en abstracto llaman *tiempo* los demás hombres, trata de evitar que se conviertan en sus esclavos, que enfermen de prisa y padezcan la frustración que aqueja a quienes sienten que se rezagan de la hora que pasa. Abolió los relojes para que no estuvieran recordándoles que el tiempo existe. Lázaro no cuenta, sin embargo, con que un imponderable —su muerte esta noche— le impedirá llevar a cabo lo que tiene resuelto hacer dentro de un año: iniciar a Job, a Yuri y a Momo en el interés por la sabiduría, y conducirlos, teniéndolo a él de maestro, por el dédalo maravilloso del Conocimiento Superior.)

Claudia había olvidado el viejo terror que le causaban las miradas pugnaces del niño. Mostrar su carne desnuda a Job o a sus hermanas, que iban también sazando con la edad, volvió a ser una costumbre normal, que no la mortificaba. Quizá porque eran menos curiosas que el muchacho, las chicas jamás demostraron interés por Job o por su padre. Verlos sin ropas no las incitaba a establecer comparaciones entre sus respectivas anatomías. Que ellas fueran distintas, que tuvieran órganos de los que Lázaro y Job carecían, o viceversa, ni las inquietaba ni las estimulaba a preguntar por qué.

—Ahí tienes la prueba de lo útil que resulta no inculcar a los niños postizas ideas sobre el pudor —comentó Lázaro alguna vez, mirando a sus hijos jugar en el prado con retozona alegría de cachorros—. Aunque ya pisan la adolescencia se comportan como criaturas porque los hemos educado en un ambiente en el que no hay lugar para las mentiras y los convencionalismos. Mirarse desnudos, ¿es o no lo más natural para ellos? En sus encuentros no hay sorpresa y ninguna malicia en sus actos. Juegan, ahí están, como vienen haciéndolo desde que aprendieron a caminar, sin que ningún pensamiento maligno los inquiete... Y son hermosos...

—Sí... —asintió Claudia, convencida de que lo eran.

—Yuri tendrá dentro de poco un lindo cuerpo.

—Job —dijo Claudia— va pareciéndose cada día más a ti.

Convino Lázaro, con cierto gusto, en que la semejanza era evidente. Pronto cumpliría Job quince años y era más fuerte, más plantoso, más ágil de lo que suelen ser los muchachos a esa edad. Con el tiempo, una veintena de meses a lo sumo, alcanzaría su plenitud física, el punto máximo de su desarrollo corporal. Convertiríase en un hombre de atlética complexión: amplio tórax, estrechas caderas, férreos músculos, rápidos reflejos, robusto cuello, graciosa cabeza de pelo castaño que Lázaro le cortaba casi al ras. Una tupida pelusilla color oro nuevo cubríale por completo la piel bronceada por el sol. (Lázaro estaba satisfecho de la estampa de su hijo y, más que nada, de lo que él había logrado hacer con el barro amorfo que le entregó el vientre de Claudia. Su esperanza era que el cerebro de Job respondiera tan bien, como su cuerpo al ejercicio, al estímulo de la disciplina intelectual.)

Los muchachos continuaron fatigándose con sus carreras, sus luchas, sus saltos, sus maromas, hasta que Lázaro, a sonoras palmadas, puso fin al asueto vespertino y los envió a bañarse. Las risas de los tres revolotearon como pájaros dentro de su

jaula, mientras, juntos como lo hacían todo, se regalaban con la frescura de la ducha.

Una tarde de sol —mediaba agosto, y su espesa y cálida luz pegaba fuego a cuerpos y cosas— fue Claudia testigo de algo que le hizo reflexionar, seria y medrosamente, en si no estaría otra vez en peligro de sufrir nuevas persecuciones de Job. Después del almuerzo y del ejercicio, que había sido breve a causa del intenso calor, los muchachos y su padre se habían marchado al laboratorio, del que no saldrían hasta que oscureciera. Claudia había lavado los platos sucios y hecho otros menesteres dentro de la casa, de ese invernadero en que se convertía la casa en la temporada de los días largos y las noches cortas.

Porque pasaba las fechas del ciclo menstrual, no había participado en la sesión gimnástica. Agobiada de calor, cumplidas sus obligaciones, decidió tomar un baño. Disfrutaba regaladamente, sensualmente de la caricia del agua, cuando comenzó a sentir que por toda su piel marchaban millares de hormigas. Continuó bañándose, mas ya no como antes, a su placer, sino en una inquietud desagradable y en aumento.

Por uno de esos singulares fenómenos de la mente, asoció esa sensación a aquella otra, no recordada en larguísimo tiempo, que experimentó allí mismo en la época de su preñez de Job. En ese instante, como si una luz se hubiese abierto camino en las tinieblas del olvido, comprendió qué era lo que le producía el agudo hormigueo en la piel y el golpetear continuo de unos dedos invisibles en la nuca. Cerró la llave del agua y procedió a secarse. De reojo, simulando no haberse dado cuenta de que la espiaban (porque de que la espiaban estaba ya segura) miró hacia el extremo opuesto, hacia el único sitio en que podía hallarse oculto el intruso, fuese quien fuere.

A través de la cortina de pelo húmedo que le cubría la frente y los ojos, vio a Job. El muchacho, al parecer, creíase seguro en su escondite: a medias oculto por la pared circular de la casa, pues no se recató cuando su madre comenzó a friccionarse el cuerpo con la toalla, como si no se supiera sujeta a la observación de su hijo. Un nuevo horror, sin embargo, estaba devorándola, e incapaz de seguir mirando, prefirió volver la espalda al joven, que se masturbaba cori frenesí de enajenado.

Cuando terminó de secarse y se enfundó en el hábito sin gracia que es su vestido (idéntico al que usan Lázaro y sus hijos) se atrevió a mirar nuevamente hacia donde había sorprendido a Job en plena euforia onanista. Pero Job no estaba ya allí. A partir de ese momento, y hasta que llegó el de reunirse a cenar, Claudia estuvo cavilando si debía o no decirle a su esposo que el muchacho se entregaba a los placeres solitarios, usándola a ella como agente de excitación. Resolvió que sí, pero también aguardar la oportunidad adecuada. Job no dio muestras de inquietud ninguna de las veces que sus ojos se encontraron con los de su madre, lo que permitió a ésta suponer que él no sabía que ella lo había visto.

Algunas noches después (lo que ya ocurría muy infrecuentemente, para beneplácito de Claudia, que encontraba para entonces cada vez menos grato el cumplir sus deberes conyugales) Lázaro la visitó en su lecho. Mientras él la amaba en la reposada forma de costumbre, sin arrebatos de ardor, es cierto, pero con la eficiencia de hombre experimentado, se preguntaba ella si no sería ése el momento propicio para hablarle de Job. Lázaro no dio tiempo a que a la intimidad de los cuerpos siguiera la del diálogo. (Lejos estaba de imaginar que ésa iba a ser la última ocasión que yacieran juntos. Nunca más volverla Lázaro a mezclarse con el triste sexo de Claudia, ni ésta a estremecerse a pesar suyo si la sombra de su compañero

se deslizaba en silencio debajo de su sábana.) Lázaro susurró, para no despertar a sus hijos, que aún debía escribir una hora más, y retornó a su propio aposento hermético.

Claudia intentó conciliar el sueño que la intromisión de Lázaro había ahuyentado de sus ojos, y aunque los mantuviera cerrados no lograba caer en él. La luz de la lámpara que alumbraba el trabajo nocturno de Lázaro (el redactar interminable del *Libro de la Experiencia Trascendente*, tal era su título, en el que se atareaba desde antes de que se conocieran y que ya ocupaba catorce gruesos volúmenes manuscritos que nadie había visto, pero que serían, profetizaba su autor, admirados por los hombres sabios del futuro), esa luz color aguamarina impedíale entrar de lleno en el descanso, ir al rescate de las energías agotadas en su mediocre trabajo de ama de casa.

Quizá por costumbre, o porque iba haciéndose viejo, o porque padeciese insomnio crónico, Lázaro dormía poco y nunca, como se dice, de un hilo, sino a pausas frecuentes de una o dos horas. Velaba de hecho la noche entera, dedicado a leer los muchísimos libros que llenaban los anaqueles y aun el piso de su celda, o a escribir el suyo, con letra muy menuda, en las páginas inmensas de los gordos *Mayores* de contabilidad que compraba para el efecto. Si no trabajaba, y casi nunca dejaba de hacerlo, salía a caminar por el césped, quizá en busca de inspiración o para conceder un respiro a su cerebro ya entorpecido de fatiga. Oíalo Claudia ir y venir y, a veces, hablar a solas.

Pero esa noche, como le había dicho al dejarla, estaba Lázaro entregado con gran vehemencia a consignar en las páginas las múltiples y nuevas ideas de su personal metafísica. Los resplandores de la veladora chocaban blandamente contra la bóveda de vidrios y caían, finísimo polvito, sobre los ojos de Claudia. Pues dormir le resultaba imposible, decidió salir al fresco. Lamentaba desperdiciar el sueño de esa noche, porque para ella dormir era algo más que un medio para recobrar sus fuerzas; era el único camino de escape que le quedaba hacia la libertad y una tentación tan irresistible como la de un vicio. A Lázaro le encolerizaba que sus hijos y su mujer durmieran con exceso. Por eso era frecuente que los reprendiera con palabras ampulosas:

—El hombre no se conoce porque está siempre dormido. Ignora de qué ilimitados poderes es poseedor y no los ejercita porque vive en un cómodo estado de sonambulismo. La verdadera sabiduría sólo se obtiene en la lucidez perfecta y es producto de la rigurosa vigilancia que ejercemos sobre nosotros mismos...

No debía ser muy tarde, pues más allá de los muros brillaba en todo su esplendor la aurora artificial de la gran ciudad desconocida. Esas luces, como una humareda, ascendían hacia el remoto dominio de los astros. Hostia mordisqueada a medias, la luna atenuaba lo huraño de la noche. Sin proponérselo conscientemente, en un acto espontáneo de su memoria, Claudia susurró un fragmento del viejo y amado poema:

La noche es una piedra silenciosa
que inútilmente los sentidos palpan;
los lechos son ceniza
y el amor es un crimen compartido.

La imagen desencadenó un recuerdo y el recuerdo un dolor que nunca había olvidado. Lamentó haber salido de la casa y optó por retornar a ella inmediatamente. Allí, en la soledad, sentíase como dentro del vientre de su madre: viva, pero aún no

nacida; sensible, pero incapaz de saber a qué. Por sí solos, sin que interviniera su deseo, volvieron sus labios a repetir:

y el amor es un crimen compartido...

Cierto. Comienza asesinando la inocencia de los cuerpos y luego, en algunas ocasiones, a los cuerpos mismos. ¿No el suyo está muerto a toda emoción? ¿No languidece de tedio mientras el de Lázaro, como hace un momento, vibraba en el fugaz entusiasmo de la carne? ¿No ha sido siempre así para ella? ¿Es el amor el crimen compartido, o es la vida, su vida por ejemplo, el crimen que se comparte?

Echó a caminar muy lentamente en compañía de su sombra. Si no mirara a esa larga sombra marchar a su flanco, parecida a la aguja de un reloj de sol, sentiríase absolutamente sola, como la noche del tren. Igual que entonces, la espuma del silencio comenzó a ahogarla, a inocularle en la piel, por todos los poros a la vez, el virus del miedo. Pensó en su vida, en ese largo itinerario de sufrimiento que había sido su vida hasta entonces. ¿Alentaba, se interrogó ya en plena melancolía, alguna esperanza? ¿Soñar, recompensábala siquiera con un mínimo de satisfacción?

—¿Para qué vivo si vivo así? —osó preguntar al cielo, y le contestó, como siempre que lo interrogaba, el silencio de Dios.

Llegó al extremo del jardín circular e inició el paseo de retorno. Como a efecto de un prodigio el huido sueño comenzó a entorpecer sus reflexiones. Los párpados se le hicieron pesados y un grato cansancio fue adormeciéndole los miembros. Sin mucha coherencia pensó que sentía que su cuerpo, el estorbo de su cuerpo, era una mera sucesión de capas y que si decidiera despojarse de cada una de ellas hallaría que detrás de la última (la carne que cubre sus huesos) se encuentra el vacío. La Nada. La esencia misma de lo que somos.

Surgiendo de entre un grupo de duras sombras apareció Job. Estaba desnudo, como dormía, y muy excitado. Claudia se detuvo bruscamente y reprimió, al reconocerlo, el grito que ya se abría paso a través de sus labios.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó en voz baja.

No respondió Job y se limitó a acercarse a ella, con una expresión terrible alterándole el rostro. De cera, a causa de la luz de la luna, parecían sus facciones: la nariz afilada, los labios húmedos, la barba rígida.

—Vuelve a la casa —le exigió Claudia, fija, espantosamente fija al suelo como un poste.

Agotó Job la distancia que los separaba. Tomó a su madre por los hombros. Sus uñas, filosas como las de un gran felino, traspasaron la débil defensa de la tela y se incrustaron en la carne. Pese al dolor, Claudia no pudo gritar, no alcanzó a gritar, cuando Job la empujó para derribarla. Rodaron ambos sobre la muelle superficie del jardín, y se enzarzaron (siempre en silencio, como si de común acuerdo quisieran así dirimir un conflicto de su exclusiva incumbencia del que no debían enterarse los demás) en una sorda lucha de forcejeos. Con ser Claudia inmensamente débil, pudo imponerse al ataque del muchacho.

Expresándose con la taquigrafía de su tartamudez, no furiosa ni ya horrorizada, acaso sólo sorprendida, alcanzó a organizar una pregunta:

—¿Por qué me hiciste esto?

Muy agitado, Job confesó, con brutalidad pasmosa:

—Quiero dormir contigo, como Lázaro.

Estaban ambos, todavía, sobre la grama, resollando ahora ya ruidosamente. Claudia trataba de cubrir las partes de su cuerpo que asomaban entre las desgarras-

duras de su hábito. Job listo, tal era su intención, a lanzarse de nueva cuenta contra ella.

—Eso quiero. Lázaro estuvo contigo... —expresó Job, y después de un silencio: —Los oí. Los vi.

Súbitamente sintió Claudia que su rostro comenzaba a arder de vergüenza en la sombra que lo protegía de las miradas de Job. El de éste, veíalo ella metálico de luna, conservaba su misma expresión tensa, desafiante y colérica. Lo contempló con una dulce y tierna piedad, sin recriminaciones, diríase que comprendiendo y perdonando el extravío de su hijo.

—Los he visto otras muchas veces... —agregó él, en apoyo a lo que había dicho antes.

¿Con qué palabras hacerle comprender que los hombres viven en armonía, en equilibrio y en respeto mutuo, gracias a que norman su conducta con unas cuantas leyes fundamentales que son comunes a todos, no importa la latitud geográfica en que nazcan, su credo religioso o su capacidad económica? ¿De qué modo llevar hasta el fondo de su razón de adolescente primitivo y casi salvaje el convencimiento de que ciertos deseos, por impuros, no pueden ni deben satisfacerse? ¿Con qué argumentos explicarle que ella, por ser su madre, le estaba vedada como objeto de interés sexual? Sí Job ignoraba lo que es la Moral, si desconocía el valor del concepto Madre, si había oído decir a Lázaro que hembra y Madre son lo mismo para el macho que las apetece, si Lázaro la buscaba para extraviarse con ella en la sima de la concupiscencia ¿qué decirle para convencerlo de que su lúbrico impulso atentaba contra uno de los cánones que al correr de las edades aún conservan validez?

—Quiero que también estés conmigo. Ahora. Aquí —machacó Job, imperiosamente.

Pues no podía hablarle de esas cosas por completo ajenas a él, y ya casi a ella (amor filial, respeto al símbolo Madre, pecado, aberraciones), era necesario, reflexionó así que Job se le acercaba lentamente arrastrándose sobre el césped, decirle algo sencillo, claro y directo que él comprendiera. Con voz insegura, a causa del espanto que le había producido el ataque de su hijo y a causa también de lo desagradable que resultaba tener que airear ahí, con no poca crudeza, asuntos tan íntimos como el de su relación con Lázaro, Claudia comenzó a razonar:

—Si alguien toma lo que no es suyo, ¿qué dice Lázaro que hace?

—Roba.

—¿Qué nos ha enseñado Lázaro a hacer cuando queremos algo?

—Pedirlo.

—Tú, ¿robarías algo mío, de Lázaro, de Yuri o de Momo?

—No.

—Entonces, ¿por qué quieres robar a Lázaro?

—¿Yo? —preguntó él, realmente asombrado—. Yo no quiero robarle nada a Lázaro.

—Sí, Job: quieres robarle a su mujer. Quieres robarle algo que es suyo, sólo suyo. —El estupor que estas simples palabras produjo a Job fue muy grande, quizá porque nunca había pasado por su mente la idea de que Claudia fuera propiedad exclusiva de Lázaro; un objeto sobre el cual nadie más que Lázaro podía ejercer derecho de uso.

—Lázaro no ha dicho que seas suya.

—Lo soy, Job. Por eso dispone de mí cuando quiere. Por eso yo permito que lo haga. Cuando una mujer es de un hombre, sólo de él puede ser para siempre.

—¿Por qué? —prorrumpió él, bruscamente.

—Porque así debe ser, Job... —se le ocurrió entonces colocarlo en una situación de dilema y le propuso un trato que en otras circunstancias hubiese parecido pecaminoso—. Dile a Lázaro lo que me estás diciendo a mí. Que quieres dormir y hacer conmigo lo que él hace. Si él dice que sí, podrás tenerme sin necesidad de robarlo. .. Lázaro trabaja ahora. Ve y pregúntale si desea regalarme a ti.

Largamente la miró Job y Claudia comprendió que sus palabras habían causado el efecto que buscó al pronunciarlas. El muchacho parecía debatirse en una confusión de sentimientos, ahogarse en un torbellino de dudas y resquemores. Luego, bajó los ojos e inclinó la cabeza, como si estuviese sufriendo una reprimenda.

—¿Por qué no vas a hablar con él? —lo instó Claudia, segura ya de que no lo haría.

Job se limitó a mover la cabeza y luego, como reptando, salieron de su boca unas cuantas palabras:

—Dirá que no... —roncas, áridas, que expresaban algo de lo que estaba absolutamente cierto, ¿acaso porque intuía que su petición era inaceptable?

—Claro que dirá que no, y además te castigará por haber querido quitarle lo que es suyo. .. Tú y yo, Yuri y Momo, esta casa y todo lo que hay dentro; todo, todo, es de Lázaro. Él es nuestro dueño y nosotros somos suyos...

Resolló él profundamente y luego pareció deshincharse, aplastarse, reducirse a la nada que es una criatura que tropieza, de frente y de pronto, contra una realidad que lo lastima. Su actitud era, en ese momento, la de un hombre en derrota; el gesto que había en su rostro cuando lo alzó de nueva cuenta, el de quien ha sufrido un profundo, irremediable desencanto. Su madre le tomó una de las manos y dijo con mucha dulzura:

—Cuando tú seas hombre así como Lázaro, tendrás también una mujer para ti. Una mujer tuya, nada más tuya, y no permitirás que nadie te la quite ni con el pensamiento.

Asintió él con silenciosa resignación. Había aprendido la teoría de que el hombre no debe robarle la mujer al hombre, y la había aprendido de la más ruda manera: por boca de la que deseaba desde que era niño sin saber que ya pertenecía a otro: deseo inútil, que ahora lo hacía sentirse avergonzado. Una nueva esperanza, sin embargo, se ensanchaba prometedora ante él: la de algún día ser, como Lázaro lo era de Claudia, dueño de una compañera con quien formar un solo cuerpo.

Se puso en pie y echó a caminar muy despacio —la cabeza gacha y los brazos colgándole flojamente— hacia la casa.

A partir de esa noche, como si una tenaz obsesión de culpa estuviese consumiéndolo en todo momento, Job se convirtió en un chico opaco y huraño. Si por azar se encontraba a solas con Claudia (lo que era difícil que ocurriera, pues él, en otro tiempo siempre tan adicto a su madre, evitaba ahora mirarle, hablarle o ser visto por ella), sus manos se llenaban de temblores sudorosos, su rostro de manchas purpúreas, y de silencio, un silencio de vergüenza, sus labios. Cuando no la soledad, sin duda muy grata a su espíritu, buscaba a manera de amparo la compañía de sus hermanas y aun la de Lázaro; la de éste en especial, pues los remordimientos que lo atormentaban debíanse, no a que hubiese intentado violar a Claudia sino, aunque sin proponérselo, desposeer a Lázaro de algo suyo.

Con tesonero brío se aplicaba Job al trabajo en el laboratorio y a los ejercicios físicos, al cultivo del huerto o al arreglo de lo que en la casa necesitara reparación: a hacer, en fin, todo cuanto, conforme a su juicio, agradara a su padre o contribuyera a

desagraviarlo secreta y simbólicamente. Cualquier palabra amable que Lázaro le dirigiera; su menor comentario encomiástico a su fortaleza corporal, a su habilidad artesana o al ingenio que ponía en uso para llenar él solo más bolsitas en menos tiempo que las dos hermanas juntas, bastábale a Job para estremecerse de placer, como un perro al que acaricia el amo para hacerle sentir que le perdona sus impertinencias.

A fin de mitigar el sufrimiento de Job, que imaginaba muy intenso, Claudia había adoptado la actitud que más sensata consideró: demostrarle que no le guardaba rencores, ni conservaba un solo recuerdo de lo que sucedió entre ellos.

Al cabo de unos días, la arisca actitud de Job para con su madre (que se esforzaba en atenuar, si las chicas o Lázaro se hallaban presentes) evolucionó hacia un trato de cortés reserva, de cierta desconfianza apenas perceptible, cuyos secretos orígenes sólo Claudia conocía, y que no habría de abandonarlo ya. Desde entonces y hasta ésta, la noche del crimen, las relaciones entre ambos han tenido por tónica la de una tenue frialdad, ya no hosca como la de otros tiempos, que continúa separándolos — por más que ahora los una con lazos tan sólidos como los del parentesco, un compromiso de asesinos.

Ya definitivamente descartada Claudia como objeto de su atención, comenzó Job a interesarse en Yuri.

Aunque siempre habían estado juntos (en los juegos, en el estudio de las primeras y únicas letras; en el trabajo; solos millares de veces, o en compañía de Momo, dentro de la casa o fuera de ella) entre Job y Yuri existía la relación normal de los hermanos, con sus riñas intrascendentes, sus silencios hostiles, sus travesuras, sus bromas a veces toscas; y, sobre todo, una profunda amistad y una gran limpieza de afectos.

Mirarse desnudos, retozar así; quemarse al sol, compartir la misma ducha, era parte de la diaria rutina, de un estilo de vida que acataban sin pensar si era bueno o malo, conveniente o no para unos chicos que iban creciendo; convirtiéndose, casi sin que ellos o sus padres lo advirtieran, en un hombre y una mujer con cuerpos, problemas e inquietudes distintos. Quizá por conocerse sin ropa desconocían la malicia, y nunca, que recordara Claudia, había aparecido en sus ojos ninguna curiosidad lúbrica. (Ni siquiera en la época en que hostigaba a su madre con sus miradas de lujuria mostró Job por Yuri otros sentimientos que los muy normales entre criaturas que viven en la perfecta inocencia.)

Pero después del incidente con su madre, y al cabo de esos días de retraining que lo siguieron, Job inició la disimulada conquista de su hermana, y recurría, igual que cuando intentó la de Claudia, a mil pequeños ardides para encontrarse con Yuri. Reapareció en sus ojos la tenacidad amorosa de otros tiempos, la vigilancia persistente a las formas de su cuerpo, el espionaje a sus movimientos. En cierta forma, Job comenzaba a conocer, a descubrir, a desear por primera vez en su vida a la que hasta entonces había sido sólo su compañera, su amiga. La miraba, ahora, con apetito de varón; la seguía, y hallaba siempre pretexto para coincidir con la muchacha en los escondrijos de esa casa que no tenía, de hecho, ninguno. Job había aprendido a disimular. Saberse observado constantemente por su madre, obligábalo a escurrir el bulto si ella andaba cerca, a medir sus actos, a cuidar sus miradas, a no hacerla caer en la sospecha de que ahora perseguía a Yuri. Muy arduo le resultaba, durante la gimnasia por ejemplo, resistirse a mirar con minuciosidad el cuerpo de la muchacha; ese cuerpo tan próximo al de él y al que sólo le era posible escudriñar sin sobresaltos en sus duermevelas; en las

interminables horas de ensueño que dedicaba a reconstruir sus formas y a compararlas con las de Claudia.

En el principio de su adolescencia Yuri era ya, a juzgar por su físico, una mujer completa. Sus senos, hermosos y firmes; muy breve su cintura; plano su vientre; macizas sus caderas; musculosas sus piernas. Irradiaba vigor, alegría y salud. Tan fuerte como Job, sus movimientos eran bruscos, ágiles, masculinos si se quiere, como son los de una chica que ha sido adiestrada, por hombres y entre hombres, desde que comienza a caminar. Igual que sus hermanos, Yuri desconocía lo que se llama pudor, y ni siquiera cuando le brotaron los pechos o le nació el vello varió en alguna forma su modo de ser. Sólo una vez preguntó a su madre por qué ellas, las hembras de la casa, no tenían partes como las de Lázaró y Job.

—Porque somos mujeres... y ellos, hombres. Por eso —fue la respuesta que le escuchó a Claudia y que satisfizo temporalmente su curiosidad.

Si frente a su madre o a Lázaró cuidaba Job no ser sorprendido mirando a su hermana, cuando se hallaba con ella o cerca —anduviese o no Momo por allí— la contemplaba con asiduidad; como si estuviese resarciéndose de un ayuno, sus ojos la sometían a una larga, lenta, minuciosa observación, que a la muchacha, lejos de enfadar, producía un regusto satisfactorio. Se diría que, puestos de acuerdo, pronto se estableció entre ambos un continuo diálogo de silencios; se creó un idioma de fulgores en las pupilas, de discretísimos fruncimientos de labios, de suspiros y guiños misteriosos, tan sutiles que ni Claudia, alerta siempre, podía notarlos; menos aún la ingenua Momo.

¿Qué se decían con los ojos? ¿Qué sentimientos se confesaban? ¿A qué ansiedades daban curso? ¿Qué citas clandestinas concertaban? ¿Qué confidencias se comunicaban? Sólo Job lo sabía, porque Yuri —aunque estuviese consciente de que ahora su hermano la miraba como si fuese una desconocida llena de enigmas y aunque la halagase su curiosidad intencionada— no colaboraba con él. Ignorante de las reglas de ese juego que Job estaba proponiéndole, Yuri se dejaba llevar; participaba, sí, mas no a sabiendas de que sus sonrisas, lo encarnado de sus mejillas, las promesas que formulaban sus pupilas, eran interpretadas de un modo muy distinto por quien la galanteaba así.

Era en sus juegos —en esos pugilatos sobre el pasto, en esas persecuciones de potros en libertad, en las alegres competencias de fuerza a que Lázaró gustaba verlos entregados las cálidas tardes de verano y las tibias y maduras del estío— donde con más ímpetu, casi peligrosamente, expresaba Job su abierta inclinación afectiva y sexual hacia su hermana. Dejaron de ser los juegos limpios que habían sido hasta entonces y se convirtieron en pretexto para que él pudiera tocarla, sobarla, acariciarla como nunca antes lo había hecho. Ya no eran casuales contactos de cuerpos o de manos, sino intencionadas frotaduras, calculadas colisiones, obvios arrumacos.

Una de esas tardes jugaban los tres hermanos con una pelota, mientras Lázaró se entretenía en podar los arriates de flores que brotaban, iguales a inextinguibles llamaradas de color, al pie del muro que dividía los círculos sexto y quinto, y Claudia, ya vestida, lavaba en la cocina las verduras para la cena. Un rudo golpe de Job, ¿deliberado, casual?, mandó la esfera de hule por encima de la tapia. Al fracasar en su intento de atraparla, Yuri corrió tras ella con gritos de burla a la impericia de su hermano, quien a su vez se lanzó en su seguimiento. Momo, jadeante, renunciando a seguirlos, se echó a descansar.

Apenas hubo transpuesto el amplio portón —el único que permanecía abierto si Lázaró se hallaba en casa— Job se detuvo bruscamente, y perdió el aliento. De pie,

las manos en la cintura, los pechos aún vibrando por el esfuerzo de la carrera, a mitad de la sonrisa el relámpago de los recios dientes, en actitud casi de reto, lo aguardaba Yuri. Muy lejos, al fondo, entre el pasto, como un hongo gigantesco, la pelota. ¿Deseaba Yuri que él llegara para juntos ir a buscarla? ¿Había un oculto significado en su espera? Creyó Job descubrir en los ojos de su hermana un desafío a acercarse, y eso lo conturbó muchísimo.

Estupefacto, permaneció en el sitio unos cuantos segundos, hartándose en la admiración del cuerpo de Yuri, cuya piel, cubierta por finas gotitas de sudor, brillaba a la luz ya un poco rojiza del sol crepuscular. A la inmovilidad atónita siguió en Job una brusca marejada de furioso deseo. Puestos los suyos en los ojos imperturbables de su hermana, avanzó hacia ella, muy pálido, respirando por la boca, con rápidos pasos de androide. Así que estuvo a la distancia de su aliento volvió a detenerse, como si supiera que más allá le estaba vedado llegar o como si temiese que Yuri escapara en nueva carrera. Pero la chica no retrocedió tampoco cuando él, con torpeza de autómata, abrió los brazos y la atrapó con ellos.

En los breves momentos que estuvieron adheridos uno al otro, las manos de Job acariciaron furiosamente, como en el sueño lo hacía su memoria, la dura carne de la joven; de una Yuri también enardecida y audaz. Un grito, que Job no escuchó, describió una parábola por encima de la cresta del muro, y cayó sobre Yuri, asustándola.

—¿La encontraron ya? —preguntaba Momo, desde el otro lado.

Ásperamente Yuri luchó para escapar al abrazo y a los manoseos de Job, que temblaba y gemía como si estuviese sufriendo un intenso dolor. En voz muy baja y asustada alcanzó la muchacha a prevenirlo:

—Momo va a vernos...

Se apartaron casi al tiempo que la pequeña surgía, con su cuerpo de efebo, en el umbral. Quedaron frente a ella, sintiendo que habían sido descubiertos en una situación comprometida que iba a resultarles muy difícil de justificar. Para su fortuna, Momo no había alcanzado a verlos tan juntos que parecían uno solo. Se limitó a burlarse de lo corto de su vista, que había sido incapaz de localizar la pelota. Instantáneamente recuperó Yuri el aplomo, se dio a gritar igual que un minuto antes (para disipar cualquier sospecha que la menor pudiese tener) y a ir hacia el juguete. Confuso, menos hábil para el disimulo que su hermana, Job fingió que se buscaba una espina o una astilla en la planta del pie, a fin de que se le pasara la turbación.

La del siguiente día fue la tarde de la tragedia; una tarde de lluvias tempestuosas y atronador rayerío que esta noche ha vuelto a proyectarse, con todo su dolor y sus dramáticos pormenores, en el recuerdo de Job. El crimen que ayudará hoy a cometer, apenas transcurran treinta y cinco minutos más, se incubó en su mente —y allí pasó el largo periodo de germinación— en la hora funesta de aquella fecha que el muchacho, si conociera lo que una fecha significa, hubiese inscrito en el calendario de sus memorias amargas.

La lluvia comenzó a desplomarse, con fragor de tambores, a la hora de la comida, y el aire se pobló con el estruendo de la tormenta eléctrica. Como serpentinadas de color violeta, los rayos cruzaban a razón de quince o veinte por minuto el círculo del cielo jabonoso que se abría, igual a un embudo, por encima de la casa. Que diluviara así (uno de esos fortísimos, repentinos chubascos de verano que suelen atacar, un día sí y otro no, a la altiplanicie) puso de agrio humor a Lázaro, pues debía ausentarse por unas horas para repartir un cargamento de raticida entre varios almacenes de los suburbios. Viajar en una motocicleta por calles anegadas, expuesto a un percance de tránsito y a contraer, si bien le iba, un catarro, no le

hacía muy feliz. Claudia propuso que aplazara su salida para más tarde o, si no amainaba el diluvio, para la mañana siguiente.

—Debo irme, como sea, ahora...

Invocó, en apoyo a su determinación, varias razones para él muy importantes: su clientela sabía lo proveedor serio y formal; cobraría, además, sin demora, en cuanto entregara el pedido; tenía cita con un comerciante que se interesaba en adquirir una buena cantidad de bolsitas y, por si ello no bastara, debían aún terminar el envase de un millar de otras, prometidas a varios de sus consumidores para dos días después.

Con el carrito auxiliar de su motocicleta bien cargado, Lázaro se marchó entre la lluvia. En su ausencia, tales fueron sus instrucciones, Job y Yuri, con el auxilio de Momo, y si era preciso, con el de Claudia, debían proseguir la tarea de pesar el insecticida, verterlo dentro de los envases, sellar éstos y acomodarlos, por medios cientos, en las grandes cajas de cartón.

—¿Quieren que los ayude? —preguntó Claudia, y Job repuso:

—Los tres acabaremos pronto.

A lo largo de varias horas, los muchachos estuvieron febrilmente atareados en silenciosa laboriosidad de peones concienzudos. En la pasión del trabajo, que para Job constituía más bien una forma de evasión, se miraban poco y se hablaban menos. Como si fuera mujer de mucha experiencia, Yuri demostraba no recordar nada del incidente de la tarde anterior. Por su parte, Job no había vuelto a aludir, en modo alguno, a aquel abrazo que los había reunido con tal ardor. Ambos observaban esa conducta de absoluto desinterés, temerosos, quizá, de que Momo hubiese sido testigo, así pretendiera disimularlo, de su encuentro.

Al pardear la tarde, y tan sorprendentemente que Job dejó de respirar como si una soga le apretara el cuello, Yuri sugirió a la pequeña Momo (que ya empezaba a mostrar señales de fatiga) volver a la casa a descansar un poco y ayudar a Claudia en los quehaceres siempre bromosos de la cocina. Cuando estuvieron solos, la chica continuó tan concentrada en su trabajo como lo había estado en las horas que llevaba dedicada a él. Unos minutos después, concluido el pesaje de cincuenta porciones más, Yuri se desperezó con un amplio bostezo y dijo:

— ¡Uf! ¡Cómo me duele la espalda! Aunque Job no terminaba aún de cerrar todas las bolsitas que Yuri había llenado, interrumpió su labor e, imitándola tanto en el bostezo como en el subsecuente desperezamiento, comentó igual a un eco:

—A mí también me duele.

Luego, se miraron. Rachas de viento huracanado cargadas de lluvia azotaban el techo y la puerta del cobertizo, produciendo un monótono, arrullador e inquietante sonido narcótico. La luz de intensos contrastes burilaba, con cruel nitidez, las facciones de la muchacha y ponía de relieve, en el rostro de Job, la textura rugosa de su piel con acné y la sombra incipiente de la barba y el bigotillo. Esa misma luz parduzca y fría acentuaba el misterio oscuro de sus ojos.

Los separaba la anchura de la mesa. Los separaba también, más que la mesa misma, un silencio confuso, cauto y comprometido, que los aproximaba en el pensamiento. Como si no hubiese largamente meditado hacerlo, Yuri arqueó una o dos veces la espalda y luego, extendiendo los brazos, los dejó reposar, con el acompañamiento sonoro de un suspiro, sobre las innumerables bolsitas aún no cerradas.

(Sus manos abiertas, los dedos en descanso, las palmas hacia arriba como vientres de mujer, quedaron muy próximas a la mirada de Job.)

Borbotones de sangre cálida de lascivia subieron hasta las sienes del muchacho, y la luz se volvió turbia ante sus ojos, y una fuerza ajena a la de su voluntad lo impulsó a levantarse, y el instinto del celo le dio ánimo para rodear la mesa y una decisión audaz le obligó a tocar, con timidez al principio, con furia abrasadora después, el cuerpo inmóvil, pensárase que dormido e insensible, de Yuri. Como la tarde anterior, pero con otra clase de vehemencia (porque ahora luchaba contra la tosca bata que vestía la chica) las manos dementes de Job se perdieron en los vericuetos de esa carne estremecida, endurecida al contacto de sus dedos — y ya viva, también, al deseo.

Ninguna resistencia opuso Yuri cuando él, levantándola del asiento como si fuera una muñeca desarticulada, la arrojó encima de la mesa, sobre el caos de bolsas que se vaciaban, que se revolvían, que se iban al suelo; ninguna, mientras él, resoplando una especie de torvo aullido, trataba de arrancarle la funda que era su traje; ninguna, así que él, luego de lograrlo a medias, comenzó a morderla, arañarla, estrujarla con la torpeza de un amante neófito.

Ella se había puesto las dos manos sobre los ojos, como si un intenso resplandor los cegara, y sin gemir, o gritar o siquiera suspirar por las caricias, le permitía todos los atrevimientos; aun aquellos que al propio Job —que jamás había visto a sus padres practicarlos— se le antojaban sorprendentes y que la muchacha hallaba, en su turno, de su total agrado.

Un grito —más que un grito, el rugido de una fiera tocada en el sitio más sensible al dolor— atronó dentro del cobertizo.

—¡Job...! ¡Bestia...!

Envuelto en lluvia de cabeza a pies, color de yeso el rostro, en alto la amenaza de sus brazos y los puños apretados como martillos, asistía Lázaro, desde la puerta a la más obscena representación, en vivo, de la lujuria animal — semidesnuda y de espaldas sobre la mesa, Yuri; torpe y frenético, lamiéndola, Job. En su locura ninguno de los dos había sentido llegar al padre y, seguros de estar solos, no refrenaban sus impulsos de adolescentes que descubren, y en él arden, el primer fuego del sexo.

El grito los congeló, a tal grado que ninguno acertó a moverse, a variar de postura, a borrar de sus rostros la expresión de asombro cuando el padre, blandiendo los puños, se lanzó contra ellos, como un huracán de ira, para interrumpir lo que hacían, para arrollarlos y agredirlos a puntapiés y bofetadas. Como pedruscos cayeron sobre la cabeza de Job los primeros golpes ciegos y terribles; en su cuerpo, así que se derrumbaba, se hundieron, profundas, las toscas punteras de quien los había sorprendido infraganti. Lázaro castigaba con saña al muchacho, a ese ovillo de carne maltrecha que se arrastraba por el suelo de un lado a otro, en el estéril intento de escapar a la paliza, y que sólo buscaba ya el camino de la huida.

Atónita, contemplaba Yuri cómo Lázaro tundía brutalmente al hijo indefenso; cómo se rehusaba a atender sus llorosas súplicas de piedad y cómo lo golpeaba con mayor encono mientras más fuertes eran los ruegos de perdón. Lázaro no había vuelto a abrir los labios desde que de ellos salieron las palabras que gritó en el umbral. Certeros, sus puñetazos y sus puntapiés daban siempre en el blanco lamentable e indefenso que era Job. Atónita, y también trémula de pánico, porque estaba segura de que su padre, en cuanto terminara con el caído, la emprendería contra ella.

Mas no fue así. Abruptamente Lázaro cesó de aporrear a Job, tal vez porque éste, en su desmayo, no sentía ya el rigor del castigo. Húmedo de lluvia y sudor,

sincopado el ritmo de su respiración, pero aún no satisfecho de su venganza, el hombre arrojó una violenta mirada a su hija y le ordenó:

—Vete a la casa...

Como ella se resistiera a obedecerlo, quizá por lo intenso de su pánico o, según Lázaro imaginó, por solidaridad hacia quien estaba, él solo, recibiendo un castigo que a ambos correspondía, volvió a gritarle al tiempo que le mostraba la mano empuñada:

—¡Vete...!

A empellones, pero sin causarle daño, la expulsó del almacén y la echó a la lluvia que continuaba abatiéndose ruidosamente. Después, cerró la puerta y la atrancó por dentro. Batido en sangre (tenía heridas en la cabeza, en la cara, en los brazos, en las manos, y contusiones en el resto del cuerpo) Job iniciaba la penosa lucha por incorporarse. El espectáculo del guiñapo de carne y huesos atormentados no conmovió a Lázaro; por el contrario exaltó más aún su cólera. Sus ojos cayeron, sin proponérselo, sobre el cautín que se usaba para cerrar las bolsitas, y que Job había olvidado desconectar.

A causa de la sobrecarga del fluido eléctrico, el utensilio se había puesto, casi, al rojo blanco, y el intenso calor que generaba había comenzado a quemar el borde de la mesa. De un tirón lo arrancó Lázaro del contacto, y fue al quedarse con él en la mano cuando se le ocurrió la idea de castigar con fuego —para que nunca olvidara lo reprochable de su conducta— a Job. Con movimientos de beodo, el muchacho logró al fin ponerse en pie, la cabeza colgando entre los hombros, los ojos cerrados y una triste languidez en todo el cuerpo.

Iguales a fórceps, los dedos de su padre lo tomaron rudamente por la mandíbula, inmovilizándolo. Job no alcanzó a mirar el hierro que Lázaro acercaba a su cara: sintió sólo su calor, pero ya demasiado tarde para que intentara ningún movimiento defensivo. Un grito, largo como un trueno, huyó de su boca tumefacta cuando el cautín tocó sus labios.

A una orden de su madre, como es su obligación hacerlo cuando aquella y Yuri están ocupadas en otros deberes domésticos, Momo ha comenzado a preparar la mesa en la que habrá de cenar, completa por última vez, la familia. Todavía le parece asombroso a Claudia que su hija no haya advertido qué tensamente se comportan todos, qué siniestro y sospechoso es el silencio en el cual refugia cada uno su miedo, y cuánto esfuerzo les cuesta no hacerla caer en recelos. Momo va y viene de la parte que es comedor a la que es cocina, en el continuo acarreo del mantel, las servilletas, los platos, los cubiertos, los vasos, los saleros, las tazas para el té. Sobrenada en sus labios, como en el agua tranquila el aceite, una sonrisa muy vaga e infantil. A pequeños brinquitos de conejo cubre la distancia que separa esas dos secciones de la casa; ese recinto amplísimo en el cual, si no están fuera, pasan, juntos, la mayor parte del tiempo.

Cada uno, con cierto sofocante temor, está atento a sus movimientos, sus reacciones y sus miradas, como si consideraran inevitable que la chica comience a interrogarlos. Pero Momo, para tranquilidad de su madre y de sus hermanos, apenas si los mira. Ansia, eso sí, que vuelva Lázaro, porque Lázaro, antes de partir, le prometió traerle a su regreso un obsequio. (Fue una promesa hecha a ella sola, en privado, que no oyeron los demás, y que él le pidió conservar secreta, sin comunicársela a nadie.)

Cuando termina de hacer lo que le fue encomendado, Momo anuncia:

—Voy a esperar a Lázaro. .. —y corre otra vez a asomarse a la noche, a perderse en el cinturón de tinieblas del silencioso jardín.

La ausencia de Momo, que puede ser breve o prolongarse tanto tiempo como a Lázaro le tome volver, alivia temporalmente del miedo a sus hermanos y a Claudia. Prosigue Job sus cavilaciones rencorosas y las mujeres su lento trabajo manual en la cocina. De los tres, la que con mayor intensidad teme ahora ser descubierta en sus propósitos, es la madre; frustrada en su deseo de librar a la familia, por medio de un asesinato, del horror perpetuo en que vive. Piensa en el crimen y no se angustia; pero la atribula imaginar que algo le impida perpetrarlo. Es curioso que Claudia sufra a cada momento tales desalientos; o, si no curioso, sí inexplicable que más la amiede no poder matar, que matar.

Largos años de sufrimiento le han permitido atesorar, con el placer que proporciona la práctica de la avaricia, el valor que se requiere para cometer el homicidio de esta noche. Su odio no claudicará, como el de tantas esposas, en la esterilidad de la resignación. Se convertirá en asesina porque es suya la decisión inquebrantable de hacer lo que otros, por falta de coraje, se conforman sólo con desear — la muerte del cónyuge que detestan. Se le ocurre preguntarse (así que sus manos fatigadas por una vida de rudo trabajo se ocupan de condimentar la ensalada) qué opinaría Lázaro, si después de morir pudiera hacerlo, del acto criminal ejecutado por su mujer y sus dos hijos. Si Lázaro fue sincero habría de repetir lo que una vez, cuando ella le reprochó el sacrificio del gato, le explicó apodóticamente:

—El crimen no es destrucción. El que comete un crimen no hace sino cambiar las formas. Devuelve a la Naturaleza elementos que ésta, con hábiles manos, utiliza para recompensar a otros seres...

De ser esto cierto, ¿obtendrán Claudia, Job, Yuri y Momo por recompensa la libertad? Ser libre otra vez, disponer de sí y por sí, no estar sujeta a ninguna tiranía física y moral, ni al tormento perpetuo del temor, ni al sobresalto de saberse siempre expuesta a que la traicionen sus pensamientos, alborozar y al tiempo asustar a Claudia. Ella y sus hijos, adiestrados en y para la sumisión, ¿podrán sin el gobierno de Lázaro soportar la violenta experiencia de una libertad que desconocen? Sin alguien que la administre, ¿sirve para algo la libertad? ¿La disfruta, acaso, Lázaro, o al igual que todos, está sujeto también a los designios de un orden superior?

Vivir. Morir. ¿Cuánto de cierto hay en ello? ¿Cuánto de imaginación? Se lo pregunta Claudia y no sabe qué responderse. Tampoco, si para cumplir la condena de ser absolutamente libre tendrá el valor que hoy, en este momento, posee para envenenar a Lázaro. ¿Qué, si no un itinerario de dolores ha sido su vida? ¿Qué, si no una reiterada esclavitud, una dependencia total a otras voluntades? Matándoles al padre, echándolos a la libertad del mundo que alienta más allá de los muros, ¿hará más felices a sus hijos, o, como alguna vez Lázaro ha dicho, los expondrá al contagio de la miseria y la amargura humanas?

A Claudia, ¿la trató la vida con dulzura, como para que ansíe su retorno a ella, y no sola, sino llevando de la mano a tres criaturas de infinita inocencia; a tres seres que nacerán de hecho apenas transpongan las murallas y que algún día quizá le reprochen haberles procurado una libertad que no pedían ni menos necesitaban?

(Claudia incurre en el error de suponer que Yuri y Job desean asesinar a Lázaro para ser libres, para salir de casa, para vivir con los extranjeros que habitan en el mundo. No es la libertad el premio que buscan. Cada uno, sólo la satisfacción de su venganza. Tercamente, la madre se rehúsa a admitir esto, y prefiere pensar que los dos jóvenes se convertirán en parricidas por motivos ajenos a los muy siniestros que los inspiran.)

Más que miradas, los ojos de Yuri despiden lascas de odio. Claudia advierte en ellos, definitiva, la determinación de matar, el oscuro propósito de homicidio. La muchacha está, al parecer, muy tranquila. Sus movimientos son suaves, sereno cada uno de sus actos, pausado su ademán. Ahora sus manos quedan en reposo. Quizá piensa algo terrible, pues se estremece. Se ha hecho un enorme silencio entre los comprometidos para el crimen. Es el silencio de la espera, un vacío tenso que llenan con recuerdos y en el que repasan las motivaciones personales con que justifican, para sí y ante sí, la necesidad del asesinato. Claudia observa de soslayo a su hija y la ve ardiendo en furia, fijas las pupilas en el círculo de luz azul y fría. ¿Qué ofensas rememora? ¿Qué torvas ideas acumula? ¿Qué venganzas acaricia? ¿Qué viejas iras amargan su sangre y hacen que debajo de su piel se advierta la cólera de sus nervios? Brusca, de pronto Yuri se aparta y corre a esconderse en la oscuridad de su angosta celda.

Abruma a Claudia la certeza de que es el rencor el sentimiento que más abunda entre los hombres. No todos aman, pero sí todos, en mayor o menor medida, odian. Odiar, imagina, parece ser un imperativo vital. El amor convierte al individuo en ser pasivo, en tanto que el odio, por sí una fuerza dinámica, lo transforma en activo. En prueba de esto, ¿no es por odio a su padre que Yuri abandonó su confiada pasividad para transformarse, desde el principio de la tarde y a resultas de la revelación que le hizo Claudia, en una fiera que sólo con el homicidio podrá saciar su pena? Si el estímulo del odio no existiese, ¿habría la chica aportado su voto condenatorio, su palabra de sentencia en contra de quien, hasta la víspera, había sido para ella objeto único de amor?

La huérfana que fue Claudia desde los tres años, ¿no sufrió a los diecisiete la dentallada feroz del odio; de un odio desposeído de toda emoción humana, de toda capacidad de perdón y olvido, que la empujó violentamente al abismo de la desesperanza, del siempre renovado sufrimiento? El rencor que la vieja tía (un hueso, por lo blanca, dura y seca) le escupió en la cara, ¿fue o no lo que determinó el futuro de su existencia infeliz; lo que señaló el curso que habría de seguir, desde entonces y hasta el presente, su pobre vida?

Hay una palabra terrible que sirve de enlace entre las dos etapas de tristeza que constituyen el vivir de Claudia. Una palabra (varias veces oída y dicha por sus labios, en un raptó de furia como el que enajenaba a la tía) que aún la hiere si la recuerda. Sílabas innobles que la hicieron sentir que el amor es pecado, que el sexo es la peor de las aberraciones, y sujetos merecedores del castigo eterno quienes a uno y otro sucumben. Mas, ¿puede saberlo, sin haber incurrido en el disfrute de ambos, una muchachita que entrega su cuerpo en un engaño?; ¿es justo llamarla puta, como a Claudia la llamaron, por haber cedido, ni siquiera por vicio, a la curiosidad?

Putá.

Cuando la gritaron a su oído, Claudia desconocía su significado, pero adivinó que debía constituir la peor, más denigrante y cruel ofensa que puede infligírsele a una mujer. De no servir para hacer daño, para lastimar profundamente y para siempre a quien la recibe, ¿la habría empleado Amelia, que gustaba practicar la devoción de ser ruin?; y ella misma, cuando necesitó calificar, vejándola con saña, a la que necesitaba de un calificativo implacable, ¿no se valió también de las cuatro letras brutales?

—¿Cómo fue? ¿Con quién? ¿Dónde? —exigía saber, desbordada ya su violenta furia, la solterona amarga; la mujer de ojos de reptil que había venido espiándola, desde hacía varias semanas, con el recelo peculiar de los malvados.

Sólo le interesaba averiguar, como si ello fuera a remediar algo, dónde, cómo y con quién había perdido Claudia la virtud de ser pura — la mayor, según la tía, de las que deben adornar a la mujer. En su celoso egoísmo, dispuesta ya a sentenciarla irremisiblemente, rehusábase a conceder a la muchacha la oportunidad, si no de justificar, sí, al menos, de explicar las razones que la impulsaron a someter su cuerpo al de un varón. Si tal oportunidad le hubiese sido propiciada, quizá Claudia habría dicho lo que era exacto: que amaba a un incógnito seductor, que la entrega de su cuerpo virgen había sido en cierta forma voluntaria y que era de tal modo ingenua que creía que el amor redime las faltas del amor. Pero la tía le negaba el camino de las confidencias y la forzaba a callar, a protegerse con silencio, a conservar sólo para sí el más íntimo de sus recuerdos: lo que su labio se resistía a decir: un nombre, un lugar, una fecha inolvidables.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Con quién?

Vueltas y más vueltas daban, en torno al pivote del asombro, las preguntas de esa fiera de magras carnes y huesudas manos que la sacudían, le causaban dolor a fuerza de querer arrancarle, por el medio ineficaz de la tortura, el secreto de su desliz. Fue esa tarde espantosa de insultos y recriminaciones, golpes y blasfemias, cuando aprendió Claudia a defenderse con la pasividad, a no acusar los efectos del castigo físico por más que éste le resulte, como le resultaba entonces, penoso. Le bastó abandonarse, no ofrecer resistencia de ninguna especie, dejarse llevar por la corriente tumultuosa de la cólera ajena. Descubrió que sin rehuirlos ni tratar de sustraerse a ellos, los azotes duelen menos, dañan menos.

En su silencio, ese tenaz silencio que exasperaba a la verdugo, encontró Claudia un medio de venganza contra quien se arrogaba el derecho de castigarla. Que se negara a revelar los pormenores de su pecado (especialmente, cuándo y con quién lo había compartido) ofendía a su parienta tanto como que la chica hubiese cometido la máxima infracción contra la virtud, no sólo de su cuerpo, sino de esa casa de vírgenes sombrías. Dejarla en la duda sobre la identidad del seductor, y perdida en un millar de conjeturas sobre el tiempo y el sitio donde se consumó el sacrificio de su pureza, fueron los elementos de que la joven se valió para tejer la red de incertidumbre en que su tía iba a vivir los siguientes catorce años de su vida.

Casi tres lustros de combinar indagaciones, hipótesis y sospechas, no le bastaron a Amelia para aclarar el misterio que Claudia, al perder todo contacto con las hermanas de su padre, se llevó consigo. Poco antes de entrar en el coma agónico, alcanzó la tía del corazón reseco a dar la que habría de ser la última orden y que fue recibida por el sacerdote que le suministraba los Sacramentos:

—Siga usted averiguando quién fue el hombre que envileció a mi sobrina, y si alguna vez la infeliz vuelve, dígame, se lo pido, que su tía la maldijo hasta su último suspiro...

Si durante los quince años que llevaba en la casa, como hija adoptiva de dos mujeres que habían hecho de ser vírgenes un orgullo, Claudia había estado siempre sujeta a la estricta vigilancia de sus tías; si cuidaban ambas que ningún hombre, con no importa qué intenciones, se acercara a la muchacha; si a ésta le estaba prohibido cruzar palabra con toda persona del sexo opuesto (a excepción de su confesor); si ni por un minuto, que ellas recordaran, había tenido oportunidad de encontrarse a solas con quien habría de burlarla, ¿cómo había sido posible que Claudia, de por sí dócil, buena, franca y honestísima, hubiese al fin sucumbido en cuerpo y espíritu al más bestial de los apetitos humanos? De ahí que Amelia se empecinara en preguntarle no por qué había pecado, sino con quién.

Como todo lo que ocurrió la tarde de su primera experiencia amorosa, permanece vivo en la memoria sentimental de Claudia el recuerdo de su fugaz entrevista con el amante innominado, a quien juró, porque así se lo había pedido él, la fidelidad de guardar el secreto de su nombre; promesa que la muchacha se obligó a cumplir desde entonces, sin importarle qué precio de humillaciones y sacrificios, de dolor y silenciosas lágrimas habría de pagar. Rara vez lo evoca, tal que si quisiera, manteniéndolo oculto en el olvido voluntario, protegerlo de la acción devastadora del tiempo. Prefiere rodearlo de cierto mágico misterio, de un halo difuso de luz parduzca como el que lo envolvía, idéntico a un sudario, cuando lo halló esperándola en el sitio convenido — la cumbre de la colina apretada de nieblas y húmedas encinas negras.

Allí estaba él, con la bienvenida de una sonrisa en los labios y un fulgor extraño, ¿de timidez, de compasión?, en los ojos. Como si ella supiera a qué aludía, le dijo suavemente:

—Es un poco más arriba. No muy lejos.

Tranquilo, cortés, con la madura seguridad que tanto agradaba a Claudia, le mostró el caminito de hojas que se escondía al ojo inhábil de la adolescente.

—Hay muchas piedras. Cuide de no tropezar.

Se pusieron en marcha. Porque la senda era angosta y difícil de seguir, él iba en vanguardia, con los hombros un poco echados hacia adelante y la cabeza inclinada, balanceándose a cada paso, volviéndose a veces para advertirla de la trampa de un pedrusco, de un agujero, de una rama agazapada. Hacía frío. El seco frío de las montañas. Muy fino, el suave viento color pizarra despejaba al paso de ambos las nieblas que velaban la cumbre. Por primera vez en su vida experimentaba Claudia la emoción de estar haciendo algo vedado y descubría, también por primera vez, que lo prohibido suele tener un encanto sutil e irresistible.

Claudia no tenía miedo. De haberlo tenido, ¿habría puesto en juego su audacia de mujer enamorada para apartarse de sus compañeras y correr, colina arriba, al encuentro del hombre con el que había hecho el convenio de una cita que ella misma no estaba segura de cumplir? Por su parte, ese hombre, más de veinte años mayor que Claudia, ¿acudiría la entrevista concertada con tal vaguedad una semana antes? O, como llegó a temer así que buscaba el camino de cabras que la conduciría al sitio donde decidieron verse, ¿no estaría prestándose a un juego de engaños? Sabía de él lo necesario para comprender que verlo en esas circunstancias, a más de peligroso, resultaría comprometedor para su reputación. ¿Qué, si no problemas de toda índole, iba a derivarse para ella si alguien llegara a enterarse de su visita a ese desierto paraje montañoso?

Escapar a la vigilancia de las treinta o cuarenta muchachas que habían salido del convento para comer al pie de las colinas cubiertas por la tupida vellosidad de los encinares, no fue fácil para Claudia. Cada una de esas adolescentes alboroterías (que pasaban la temporada de retiro cuaresmal en una casa de Carmelitas Descalzas) tenía por consigna espiar a sus amigas y delatar, para información de las monjas, sus actos y aun sus pensamientos. Por ello nadie incurría en confidencias y todas disimulaban y recelaban de todas. Con este sistema de espionaje colectivo, asegurábase la Madre Superiora, una sargentona de perpetuo mal humor y crónica halitosis, que el orden, la moral y las cristianas costumbres no sufrieran quebranto. A disciplina así de rígida estaban sometidas también las señoras y señoritas (entre ellas, las tías de Claudia) que se asilaban año con año, por lapsos de siete días, en el reclusorio de las religiosas. Peor que el de una cárcel, por lo severo, era el reglamento de aquel Hogar de Dios, y a nadie le estaba permitido hablar fuera de la

hora destinada al efecto: después de la comida, y aún .durante esos sesenta minutos, prohibíase, a jóvenes y mayores, abordar temas mundanos, parlotear frivolidades, olvidar que se hallaban allí en cura de reposo a sus espíritus.

Las chicas y las mujeres vivían, aunque bajo el mismo techo, separadas entre sí. En dormitorios para diez, aquéllas; en celdas individuales, éstas. De la mañana a la noche, ambos grupos consagraban todo su tiempo a la meditación, a la plegaria intensiva y a mortificar sus cuerpos, como medios idóneos para acercarse al Creador y purificarse de los pecados cometidos durante el año. Monjas ceñudas tenían a su cargo el adoctrinamiento de las huéspedes. Sólo los domingos se abrían las sólidas puertas de madera para dar paso al sacerdote y al anciano acólito que lo ayudaba a decir la Santa Misa. Los jueves, a las once de la mañana, comenzaba el asueto semanal de cinco horas que por gracia de la Superiora se otorgaba a las jovencitas.

Bajo la tutela de media docena de guardianas, y éstas bajo la de una de mayor jerarquía, marchaban al campo a jugar un poco, a reír con plena libertad, a gastarse bromas y, al filo de las dos, a comer junto a un arroyo de espumas frías y flemáticas truchas arco iris, las viandas que entre todas transportaban en grandes canastas. Ni aun allí, en lo ameno del paisaje siempre verde del lomerío, se quebrantaba la disciplina; aun allí era preciso guardar compostura y decoro, e interrumpir la breve vacación cinco minutos cada sesenta para rezar, puestas todas de rodillas, en homenaje de respeto a quien les concedía la maravillosa fortuna de considerarlas Sus hijas.

Se hallaba el grupo a mitad de la distancia entre el convento y la primera línea de boscosas colinas que rodeaban el valle, cuando del cielo, que había comenzado a ensombrecerse de nubes, descendió la admonición sonora de la tormenta — la voz gruesa, remota y profunda de un trueno. Segura de que al aviso seguiría uno de esos aterradores aguaceros en que son pródigas las zonas serranas, la monja a cuyo cargo iba el rebaño prorrumpió en grititos, y a palmadas convocó a las chicas que disfrutaban, dispersas por la llanura, de su bucólico recreo.

—Niñas, niñas... Orden, niñas. Óiganme, todas. Vengan acá. Júntense.

Así que todas estuvieron en corro de risas, mejillas encarnadas, alientos agitados, alegres chispas de luz en los ojos, la de mayor rango entre las perras ovejeras de hábito color tabaco, anunció:

—Se acabó el día de campo, niñas. Como va a llover... —y con el índice señaló al cielo, para que todas vieran con cuánta celeridad continuaban agrupándose los plomizos nubarrones y acataran sin discutir la decisión que había tomado en cuanto el primero de los truenos se dejó escuchar. —Como va a llover, debemos regresar inmediatamente.

Un borbotón de protestas fue el comentario de las pupilas, a quienes les parecía injusto que la Madre hubiese optado cancelar el paseo campestre sólo porque un trueno (al que ni siquiera habían seguido otros, como ocurre cuando una tempestad va a desencadenarse) había perturbado el silencio vegetal del valle; o porque unas pocas nubes, lo que no es extraño en esa época, estuviesen reuniéndose, y ya ocultándolas, en las cimas. Se estableció entre las jóvenes y sus ayas una comedida querella, en la cual unas y otras expusieron puntos de vista y argumentaron sus respectivas razones para marcharse de vuelta antes de que se desplomara el diluvio, o para ganar sin pérdida de tiempo el abrigo del bosque y en él, pues no eran aún las doce, aguardar a que escampara tanto tiempo como fuera necesario. Con el apoyo de las religiosas más jóvenes —que tampoco deseaban regresar tan

pronto al tedio del claustro— se impuso el criterio de las muchachas, y la capitana hubo de acceder a proseguir la marcha.

Claudia, que mucho había cuidado de no protestar con calor como sus compañeras (quizá porque era la única que sí ansiaba llegar a la arboleda) hizo el comentario que más influyó, por su sensatez, para que la monja en jefe depusiera su actitud de intransigencia.

Sencillamente, aprovechando una pausa en la algarabía, planteó un cuerdo razonamiento:

—Si usted me permite decirlo, Madre, yo creo que es mejor no regresar ahora. Si lo hiciéramos, y comenzara a llover, no tendríamos ni una casa ni un árbol donde protegernos. Nos mojaríamos todas. En cambio, el bosque está muy cerca, y si nos apuramos llegaremos en un ratito...

El *ratito* calculado por Claudia se prolongó, a buen paso, casi media hora. Apenas la avanzada del grupo llegaba al amparo de los árboles, el cielo se alborotó ruidosamente y una tremebunda tormenta comenzó a golpear los campos. La monja guardiana hubo de reconocer que la sugestión de Claudia había sido buena y que de no haberla seguido, en esos momentos se hallarían todas padeciendo los azotes de la tempestad.

Sin dejar de hallarse entre ellas (de oírlas, y hablarles, de colaborar en su recreo, de reír por sus bromas, o, como lo hacían de tiempo en tiempo, de participar en su silencio si la lluvia ahogaba todo sonido con el de su propio estruendo salvaje), por el simple recurso de la abstracción espiritual, Claudia había logrado aislarse de sus compañeras, y en la melancólica soledad en la que se extraviaban sin esfuerzo los que aman en secreto, evocaba con algo de grata nostalgia al hombre que a esa hora —y pensarlo llenábala de una muy dulce angustia— debía sin duda estar esperándola oculto en algún recoveco del bosque, y quizá mirándola desde allí con los prismáticos que prometió llevar. Ajena a cuanto impidiera el libre discurrir de sus pensamientos, y así como lo había hecho tantas veces los últimos cinco días, la muchacha componía poco a poco, con los fragmentos de sus recuerdos, el recuerdo completo de esos breves minutos que pasó junto a él en el atrio de la iglesia, la tarde del sábado después de la clase de catecismo, en espera de que cesara la llovizna que los retenía y los forzaba, en la revoltura de los otros cuerpos, a permanecer de tal suerte próximos que Claudia no lograba evitar los efectos de una sofocante y perturbadora inquietud física.

La que aquella tarde tristona caía sobre la ciudad, era una lluvia silenciosa y mansa, pero lo suficientemente pertinaz como para no correr la aventura de echarse a la calle. Sin truenos que la anunciaran había comenzado a caer mientras un centenar de niños repetían a coro, con gangoso sonsonete de fastidio, las máximas del catecismo que sus maestros, quince o veinte hombres, mujeres y jovencitas, se esforzaban por hacerles aprender de memoria; y continuaba cayendo, siempre discreta, cuando concluyó la clase y los chicos, en orden carcelario, formaron filas y se dirigieron a la puerta de salida. La tía Amelia encontró de lo más fastidioso que el agua mustia la obligara a esperar de pie, con frío en las piernas y un pañuelo protector de catarros a la altura de boca y nariz, en tanto que su hermana Bruna (breve de talla, redondita de cuerpo como una uva) desesperaba a solas, de seguro ya amiedada, en la casa desierta. Claudia, a la que poco importaba quedarse una hora más en el templo o regresar a la vieja mansión de muros cubiertos de yedras, dijo por decir:

—Si usted quiere, tía, podemos irnos corriendo...

—¿Para mojarnos y pescar una pulmonía? No, niña. Nos quedaremos aquí... oh, qué contrariedad. ¡Llover a cántaros y la pobre de tu tía Bruna, que se muere de susto cuando oscurece, estar solita en la casa!

Imprudente, comentó Claudia:

—Para que oscurezca, falta mucho. Una hora cuando menos.

En tono que excluía toda réplica, Amelia dijo:

—¿Te he pedido opinión? Está haciéndose noche, y basta...

Resignados a esperar el fin de la lluvia, los catecistas se dieron, como ya lo habían hecho antes de entrar al templo, a hilar planes sobre el viaje al retiro conventual, a intercambiar informaciones, a comentar sucedidos —de los que muchos tenían noticias vagas, y datos fieles, muy pocos—, a propalar chismes de alcoba, a contribuir con entusiasmo al descrédito de alguna honra ajena. En la euforia creciente de la murmuración, al cónclave de hienas y cuervos preocupábale nada que el aguacero hubiese ya amainado, y continuaba compacto y parlanchín, a las puertas de la iglesia, moviéndose, removiéndose, cambiando de lugares con los vecinos, en un continuo ajuste y desajuste de forma y densidad.

Fue a causa de uno de esos movimientos del grupo (y nunca habría de saber Claudia si por obra de la casualidad o porque él procuró que así fuera) que el hombre quedó a su lado; atento, en apariencia, a lo que los otros parlotaban, pero de cierto sólo a espiar de reojo, con mucha discreción, a esa jovencita esbelta, de cuerpo que adivinaba bello bajo el vestido monjil, a la que llevaba asediando varias semanas con la cautela que para tales audacias debe emplear un hombre como él que tiene el compromiso de esposa y dos hijas y que es, además, sin serlo íntimo, amigo de las solteronas que cuidan a la chica de su interés. Aun antes de volverse a mirarlo, y de perder el aliento luego de haberlo hecho, Claudia se sacudió como alcanzada por una onda eléctrica. Él, que lo advirtió, pues se hallaba tan cerca que su codo la rozaba, dijo en voz queda, sin apenas mover los labios:

—¿La he asustado? —y agregó, en el mismo tono tranquilo y seguro, un comentario que parecía no tener relación ninguna con su pregunta— ¡Qué suerte para nosotros que siga lloviendo! ¿Verdad?

Sin comprender las múltiples implicaciones que trascendían de las intencionadas palabras, Claudia asintió al tiempo que alzaba otra vez los ojos para entregarle con ellos, a manera de respuesta, un brillo de cálida emoción, que le hizo suponer a él —experto en lances donjuanescos— que a la muchacha no le desagradaba su presencia, ni que, en desafío a doña Amelia, se hubiese arriesgado a cortejarla. Dos soles de rubor se encendieron en las mejillas de Claudia cuando él, mirando ahora hacia la lluvia que picoteaba los charcos, le preguntó en forma por demás ambigua:

—¿Sale usted también mañana al retiro?

—Sí. Con mis dos tías —contestó Claudia, también con voz de cómplice y mirando en la misma dirección que él.

No hubo para su respuesta la esperada continuidad de otra pregunta o de alguna otra frase. Se limitó él a callar, a intervenir por unos momentos en la conversación general y a evitar después, deliberadamente, todo contacto con el brazo de Claudia. Luego de un tiempo, cuando ella creía ya que él no volvería a hablarle, lo escuchó decir:

—¿Quiere que nos veamos el jueves?

Fue tan directa la pregunta que Claudia dudó que le hubiese sido dirigida a ella. Continuaba él mostrándose de perfil, actuando con perfecto disimulo, indiferente, como si no aguardara también con mucha ansiedad escuchar las palabras que retenían los labios de la joven. Correspondió a ésta caer en el silencio, fingir que no

había oído o comprendido; enmascararse con un gesto de estupor, quizá para dar pie a que él insistiera. Con un golpecito de codo, el hombre llamó la atención de su confusa vecina:

—El jueves, ¿quiere que volvamos a vernos?

—Sí —admitió ella, sin recordar que el jueves estaría, con sus parientas y veinte o treinta chicas de la ciudad, en el convento carmelita del valle, e imposibilitada, por tanto, para acudir a la cita.

—Entonces, nos veremos el jueves... —suspiró él, así que se animaban sus labios con una sonrisa de seductor que ha triunfado una vez más. A continuación, siempre sin mirarla, como si hablara sólo para que lo escucharan la lluvia y la noche que comenzaba a descender con ella sobre la pequeña ciudad, el hombre le dio varias, breves instrucciones: —Los jueves, ¿recuerda?, las monjas las llevan de paseo al bosque. ¿Conoce el aserradero viejo?

—Sí.

—A unos cien metros de él, tomando hacia la izquierda, hay una gran piedra con manchas blancas. ¿La ha visto?

—Sí.

—Cerca de la piedra están los restos de una valla de alambres. Allí comienza la vereda que debe seguir y que la llevará a donde estaré esperándola, no muy lejos por cierto. ¿Ha entendido bien?

Claudia, que había ido anotando mentalmente los indicios, inclinó dos veces la cabeza, para que él viera que no olvidaba ni la menor de sus indicaciones. Un momento antes de que el grupo se removiera otra vez, ahora para comenzar a dispersarse en forma paulatina (la lluvia había cesado al fin), el hombre que estaba comprometiéndola a la entrevista puntualizó:

—¿Está segura de que quiere que nos veamos el jueves? —Claudia no respondió y él, pues así le convenía, interpretó de modo afirmativo su mutismo—. Yo también quiero verla ese día. Vaya o no al bosque, allí estaré esperándola. Tengo unos lentes de largavista que me permitirán, apenas salgan del convento las muchachas, saber si usted está con ellas. No olvide que el jueves podré verla desde muy lejos... Adiós, Claudia...

Oírse así llamada con tan suave ternura produjo en Claudia (a más de la sorpresa de descubrir que él conocía su nombre) el efecto perturbador de la primera caricia de un amante. Tal que si de pronto la hubiese alcanzado el frío, volvió a estremecerse y a sentir que su piel —la de su rostro y aun la que ocultaba su ropa— resplandecía como una brasa de sonrojos.

Cuando miró a quien le había hablado, rozando con la lengua y no sin cierta equívoca sensualidad cada una de las letras del vocablo que las designaba, halló en sus labios la sombra de una sonrisa en la que había la audacia de un maduro cinismo discreto y la calidez efusiva de la simpatía.

Esa noche, el recuerdo de la sonrisa indefinible, que podía interpretarse de mil modos, inquietó los sueños de Claudia. ¿Qué insinuaciones había tratado de hacerle? ¿Qué misterio le ofrecía crear juntos, invitándola a la cita? ¿Para qué comprometerla a un encuentro a solas? Si no eran amigos, si lo que ella sabía respecto a él bastaba para que se rehusara verlo, ¿por qué entonces, de manera tan insensata, había hecho la promesa? Si a veces pensaba inventar el pretexto de un malestar de última hora para no salir del convento la mañana del jueves, por qué ansiaba tan desesperadamente que el jueves llegara? Esa melancolía que comenzó a dominarla apenas él se marchó al concluir la lluvia, ¿era la de una ilusión amorosa a cuyo influjo no podía, ni quería, sustraerse — o la consecuencia de haber sido

cortejada por un caballero que gozaba fama de ser uno de los más guapos, ricos y católicos de la pequeña metrópoli provinciana?

En la inquietud enfermiza del insomnio que la había hecho su víctima desde la noche del sábado, Claudia trataba de hallar una explicación adecuada, lógica, a lo que para ella constituía el más complejo de los enigmas: que él (de quien nunca recibiera una mirada o la dádiva cortés de un saludo) se hubiese atrevido, en público, y al alcance de tantos ojos y oídos curiosos y malévolos, a llamarla por su nombre y a hablarle de lo que le habló con tal temeridad: de coincidir, como si un amor imposible compartieran ya, en un propicio paraje del bosque de encinas. ¿Para qué?, se preguntaba.

De todas las que sometía al análisis de su ingenuo juicio, la idea del amor imposible (uno de esos amores que se nutren de suspiros, y se embellecen de esperanzas, y se idealizan hasta el absurdo, y se acarician en la soledad y perviven en el recuerdo de los sentimentales) era la que más grata resultaba al espíritu de Claudia. Porque ella, así nadie lo supiera o siquiera sospechara, amaba desde hacía tres años a ese hombre, y de amarlo había hecho la más secreta de sus devociones y, a su persona, no sólo símbolo de su amoroso culto, sino el elemento principal de sus delirios. Treinta y seis meses de espiar su paso por la calle; de perder el habla y aun caer en la ceguera del aturdimiento si él entraba en la tiendecita de las tías, de la cual la chica era dependienta; de sufrir atroces celos si lo veía en el templo con sus hijas, o si escuchaba a Bruna comentar con Amelia, o viceversa, lo cariñoso que era con la esposa que jamás aparecía en público; de atesorar cuanta noticia a él se refiriera, ¿eran o no prueba de su grande y profunda devoción romántica?, ¿eran o no constancia de una pasión que el tiempo, lejos de mitigar, avivaba intensamente?

Llegó a tal grado la fiebre de ese amor (que ella, embellecido, confiaba a un *Diario*, cuyas páginas destruía apenas terminaba de llenar con apasionadas, ardorosas, cursilísimas frases) que Claudia se propuso hacerse amiga, la más íntima, de la mayor de las hijas de ese hombre, como medio seguro para estar cerca de él, saber más de su vida, tener acceso a su casa y, lo que se le antojaba punto menos que maravilloso, para lograr que él, alguna vez, se interesara por ella. El intento no fructificó. La hija era altiva hasta lo insoportable, antipática como tenía fama de serlo también su padre, glacial y desdeñosa. En el principio de esa difícil amistad, y a propósito de ciertas hablillas que lo mencionaban como seductor de la esposa de otro, la hija hizo un comentario que causó en Claudia profunda impresión y que la obligó a reflexionar en si no incurría en pecado al adorar, así fuese en secreto, a un hombre comprometido con otra por el sacramento del matrimonio.

Luego de que una de las compañeras de doctrina sacó a colación lo que en la ciudad se rumoraba, *sotto voce*, a propósito del devaneo extraconyugal de su padre, la joven dijo:

—Eso no es cierto; pero si lo fuera, odiaría siempre a la mujer que se enamorara de mi padre... —y en sus ojos palpitó una determinación semejante a la que en su voz había puesto el acento de la cólera.

Esa misma noche, luego de haber llorado amargamente en la soledad, Claudia tomó una decisión heroica, que estaba muy a tono, parecíale, con la naturaleza de su drama sentimental. Se impuso el sacrificio de renunciar para siempre al más querido de sus sueños. No pensaría nunca en él; ni aguardaría, con el aliento en suspenso, a que apareciera en la calle; ni volvería a murmurar, cuando nadie había presente, el nombre de su amado, ni a escribirlo con letra temblorosa en el *Diario* de sus confidencias. Lo eliminaría, en una palabra, de su vida, de su alma, de sus recuerdos.

No le resultó fácil, sin embargo, soportar el sacrificio del olvido. Demasiadas cosas le recordaban, a cada momento, al que no deseaba recordar más. Con gran frecuencia salía al paso el nombre del que amaba: en algún comentario de las tías, en la charla del sacerdote confesor de las tres mujeres, en las noticias que se publicaban en el periódico local, dando cuenta de sus actividades como personaje de mucho relieve en la vida de la comunidad. Que no podría cumplir su decisión de desinteresarse de todo lo que a él se refiriera, lo supo Claudia, definitivamente, cuando en el diario apareció un retrato suyo. Ese retrato se convirtió para ella en un fetiche. A solas, entre suspiros siempre, entre lágrimas a veces, se dedicaba a mirarlo, remirarlo y volverlo a mirar; a declararle su amor apasionado, a increparlo con ira de amante despechada, a perdonarlo luego, a cubrirlo de besos; a llevarlo oculto en el nido de sus senos.

(Conservó el retrato largo tiempo y hubo de destruirlo, muy a su pesar, cuando la imagen terminó casi por desvanecerse del pésimo papel en que estaba impresa. Lo rompió en pequeños pedazos, y en ceremonia ritual —lágrimas abundantes, suspiros interminables— entregó los restos al fuego purificador.)

En esos días, con el fin aparente de ayudar en sus laboriosos trabajos a Amelia y a las otras damas del Comité organizador de los homenajes que se tributaban todos los años, concluida la Cuaresma, a la Virgen pa—trona de la comarca, el hombre comenzó a frecuentar con asiduidad la casa de las solteronas. Menos que serles útil a esas torpes beatas, buscaba ver, y ser visto por Claudia; probar si la muchacha, como intuía por multitud de indicios que había ido recogiendo al paso de los meses, era sensible al encanto de su galanura, igual que lo eran otras jovencitas del lugar. Ducho en el arte de cortejar sin delatarse, de atraer sobre sí el interés de las mujeres por el procedimiento de no mostrar ninguno hacia ellas, jamás intentaba hablarle a la chica, ni mirarla, ni concederle siquiera una sonrisa. Condu—

cíase con el aplomo de quien conoce, por experiencia, hasta el último de los recursos del seductor de oficio; y, pues en lo íntimo se ufanaba de serlo, usaba el viejo truco de hacerle sentir cuan insignificante era y cuan absurdas sus pretensiones de lograr de él unas migajas de su atención.

Semejante táctica, que él no variaba nunca excepto en los matices (¿para qué prescindir de una fórmula que tantos éxitos le había dado; que tantísimos más habría de darle?) probó una vez más su bondad en el caso particular de Claudia. La premeditada indiferencia del hombre, que para todas tenía sonrisas amables, frases corteses y guiños gentiles menos para ella, lejos de desmoralizarla la picaron en su orgullo. A tal desdén, debía responder con el desafío encubierto de su coquetería femenina, y comenzó a usar de esa coquetería con encantadora torpeza; acicalándose hasta lo cursi cuando calculaba que él iba a llegar; adornándose el pelo con cintas que atrajeran su atención; estrechando su ropa por el talle para que viera qué tan breve era; entrando a y saliendo de donde él estuviese con las otras mujeres, para obligarlo a mirarla — todo esto, dentro del máximo recato, pues si bien ansiaba que él la advirtiese, cuidaba de no parecer obvia en su galanteo. Pero él persistía en ignorarla, en pasar a su vera con la vista al frente como si la muchacha no existiera; en dar por no oídas las palabras de saludo que Claudia, en lucha con su enorme timidez, atreviase a dirigirle. Así, durante semanas.

Terca en no cejar en su empeño por ganarse una de sus miradas benevolentes, una de las sonrisas en que era pródigo, una de las palabras que obsequiaba a los demás con fácil generosidad, Claudia decidió echar mano —sin reflexionar en los alcances de su acción y en las consecuencias que de ella se derivarían— de un recurso desesperado: ¿y cuál, más, para una jovencita enajenada de amor, que

escribirle larguísimas, conmovedoras cartas anónimas en las que le confesaba sus sentimientos y le reprochaba ser desdenoso, y le imploraba que le concediera un poquito, sólo un poquito, de afecto?

Los interminables periodos de tedio que pasaba en la tienda; las horas insomnes a que se condenaba en su alcoba; inclusive, la mayor parte del tiempo que destinaba a su aseo personal en el cuarto de baño, ocupábalos Claudia en la grata, a la par que dolorosa tarea de escribir (a lápiz y con letra bien distinta a la suya para evitar que alguien llegara a identificarla como autora de los textos) ardientes mensajes de pasión. Docenas de ellos redactó en las varias semanas que dedicó a hacerlo; pero sólo diez o quince logró poner en el correo. Los demás prefirió reducirlos a cenizas o echarlos al retrete. Siempre, a manera de subrayado de cuanto había dicho en ellas, terminaba sus epístolas con tres palabras cabalísticas que significaban: te amo. Tres monosílabos que gustaba repetir, a media voz, asociándolos con gran dulzura al nombre del esquivo.

Después de cada envío, para Claudia comenzaba la crueldad de la espera, la tortura de las especulaciones y la ilusoria elaboración de un nuevo sueño, que era siempre el mismo así lo nutriera de mil diversos anhelos — que él, con la ayuda de esas cartas, comprendía que era Claudia, ella precisamente y no otra de las muchas mujeres que sin duda le amaban en secreto, la que le confesaba su gran amor. Pero él jamás demostraba haber recibido, y menos leído, ninguna de las esquelas. Continuaba visitando la casa, ahora a mañana y tarde; reuniéndose en ella con Amelia, Bruna, la Miss, el cura y las santurronas, a discutir el programa de las fiestas; dictando correspondencia, atendiendo a quienes en forma voluntaria y entusiasta ofrecíanse a colaborar en el trabajo; comiendo allí varias veces a la semana y mirando, siempre mirando, así fingiera no hacerlo, a la muchachita autora de las almibaradas misivas.

En su desesperación, Claudia se hacía cientos de preguntas, de las cuales media docena era las que con mayor insistencia reiteraban sus labios:

"¿Habré escrito bien las señas? ¿Estará escondiendo los sobres alguna secretaria indiscreta y celosa? ¿Fue adecuado el porte postal? ¿Estarán mis cartas olvidadas en la oficina de Correos? Si nadie las detiene, si el franqueo es correcto, si no se perdieron, si yo misma las puse en el buzón, ¿por qué no demuestra él que las ha leído?" Ideó entonces un plan, que juzgó infalible, para que a manos del hombre llegara siquiera una carta: la última que pensaba dirigirle y con la cual pretendía hacerle conocer, a manera de adiós y de renuncia, lo profundo, puro y antiguo de su amor. Varias noches pasó estudiando el pro y el contra de su proyecto, y no muy segura de que obraba con sensatez se decidió por la osadía de enviarle una nota precisamente allí: a casa de Amelia.

Muchas veces fracasó en redactar el borrador de esa postrera carta. Muchas, rehizo el texto por no considerarlo tan expresivo como deseaba que fuera. Muchas más, se vio en la necesidad de romper la hoja que creía definitiva porque sus lágrimas habían humedecido el papel y dispersado la roja tinta que por primera vez usaba para escribirle. Hacia el alba, sus ojos que ardían por el largo ayuno de sueño y sus labios que aún conservaban el dolor que les causara el filo de los dientes, relevaron las apretadas líneas de su confesión final. Se escuchó:

"Amor:

Esta será, lo juro con toda mi alma, la última carta que te escriba. ¿Para qué dirigirme a ti si me demuestras que no te intereso? ¿No te importa que yo, mujer enamorada, sufra la gran pena de amarte sin esperanzas? Si es así, ¡qué cruel eres! Claro que tú no me pediste que yo me enamorara de ti, pero ¿tengo la culpa de

sentirme atraída por ti? ¿Puedo mandar en mis sentimientos, evitar soñar contigo? No me culpes, amor de mi vida, por haberme vuelto loca. Tal vez mis cartas anteriores te han hecho reír. Estoy segura que así pasó. ¿Tienes derecho, aunque no sepas quién soy, a burlarte de quien te quiere? Si te burlas de mi amor, ¿por qué lo haces? ¿Por qué me lastimas tratándome como me tratas? Oh, si tú supieras lo que eres para mí... ¿Sabes? Sueño contigo y a todas horas los ojos de mi amor te miran... ¿No los sientes... acariciándote? Sé que nada puedo esperar y espero... ¿Qué? No lo sé. ¿Que tú me quieras? Es imposible. ¿Entonces? Me conformo con muy poco: con que no me desprecies y me mires de vez en cuando... Amor mío adorado: te quiero, te quiero. No duermo por tu culpa, apenas como y estoy siempre triste. ¿Qué puedo hacer para que tú me quieras? Dímelo y lo haré, no importa qué... Lo haré. No importa qué sea. Lo haré. Ah, pero es inútil, porque nunca sabrás quién soy; porque eres ciego y no ves a la que te idolatra. Eres el primer hombre que amo y serás el único. Me acordaré de ti. ¿Te has puesto a pensar quién soy? ¿Cómo me imaginas? ¿Bonita, fea, joven, vieja? Dime: ¿a todas las mujeres las tratas como a mí, o sólo eres así conmigo? No. Con las otras no eres malo, lo he visto. ¿Te soy antipática y por eso me desprecias? ¿O soy demasiada poca cosa para ti? Puede que sea esto, porque sé que muchas mujeres guapas han pasado por tu vida. Adiós... amor mío: como te dije al principio de esta carta, ya no volveré a escribirte, ya no volveré a molestarte... Recuerda sólo dos cosas: que en mis oraciones siempre ruego por ti y que muy cerca de ti vive una mujer enamorada que sólo sabe decirte: *na—ye—li...*"

Rotuló el sobre con impersonal letra de molde y su pulso vaciló cuando hubo de escribir, bajo el nombre del destinatario, la dirección de su propia casa. Agregó después, grandes y bien claras, dos palabras: PARTICULAR—URGENTE, y no conforme, otras dos al lado izquierdo: ENTREGA INMEDIATA. Con los timbres que había sustraído de la tienda tapizó los espacios libres que aún quedaban y ansiosamente púsose a aguardar a que amaneciera.

Dos días transcurrieron antes de que tuviera oportunidad de depositarla en la oficina de Correos (que distaba de su casa sólo un centenar de metros) y tres para que el cartero asmático hiciera llegar la pieza de correspondencia, junto con un folleto de propaganda, a manos de Bruna. Luego de enterarse a quién iba dirigida, la tía guardó la carta en el casillero donde acumulaban los papeles del negocio, y dijo para que Amelia y Claudia se dieran por enteradas:

—Hay una carta para él... Cuando llegue, dásela...

Puntual como de costumbre, y cuando ya lo esperaban tomando el té las tías, sus amigas y el cura, llegó él. Claudia, que desesperadamente lo aguardaba, tartamudeó apenas lo vio poner el pie dentro de la tienda:

—Hay una carta urgente para usted...

Ninguna sorpresa produjo en él tal anuncio. De los dedos temblones de la muchacha retiró el sobre; sin decir palabra, agradeció que se lo hubiese entregado y a paso lento, mientras desgarraba la envoltura (y la chica se asfixiaba de emoción) se dirigió al interior de la casa. A mitad del jardín se detuvo a terminar de leer el largo párrafo escrito con tinta escarlata. Así que lo hubo hecho de menos dos veces, pues se tomó el doble de tiempo que se necesitaba para leerlo una, plegó el papel y lo guardó en una bolsa de su chaqueta.

Cuando él continuó su camino hacia la sala de la casona, sin haberse vuelto a mirar a la jovencita que desde el mostrador espiaba, atenta, hasta la más leve de sus reacciones, Claudia se sintió, simultáneamente, ridícula y vejada. En ese momento comprendió lo estúpido de su arrebató literario sentimental y se arrepintió

de haber escrito tan lamentable sarta de necedades Hora y media más tarde, al terminar su visita, el hombre pasó junto a la muchacha y no se dignó, tampoco, mirarla, ni menos hacerle comprender, con alguna secreta señal, que la sabía autora de ese pliego lleno de lugares comunes, protestas de amor y azucaradas palabritas — que lo habían hecho reflexionar, mientras las viejas cacareaban, en si era oportuno o no lanzarse ya al ataque abierto de esa niña que parecía estar ansiosa de rendírsele.

Por la noche, en su cama, pudo Claudia disfrutar del que se había convertido para entonces en el más placentero de sus pasatiempos — llorar las abundantísimas lágrimas de su ira amorosa; gemir a causa del dolor que le producía saberse, más que ignorada, despreciada por el hombre de sus sueños; lamentar haberse enamorado, a pesar suyo, de ese individuo orgulloso y otoñal, por cuya culpa, sin que lo mereciera, vertía ella el llanto de la amargura; idear una forma de resarcirse, por medio de una venganza aleccionadora y terrible, de todo el sufrimiento que él le había hecho padecer con su indiferencia.

Adormilada a ratos, con los ojos abiertos casi siempre, pasó Claudia largo tiempo esforzándose en hallar un medio que le permitiera causarle daño al hombre. Ninguno de los muchos que imaginó durante esas horas de rencor le pareció adecuado, y sí todos pueriles. A punto ya de renunciar a seguir buscándolo, descendió sobre ella la luz de la inspiración y se sintió súbitamente investida de un poder inmenso que Dios le confería para que castigara, en Su beneficio, a quien tanto lo irritaba con sus aventuras y con la práctica inmoral, ¡abominable!, de enamorar a las mujeres ajenas. Segura ya de no proceder por su cuenta sino por deseos del Señor (que la utilizaba como instrumento ejecutor de una sanción que bien merecía el villano), la joven encendió la lamparilla eléctrica, buscó papel y pluma y se puso a escribir dos anónimos — uno para la esposa y otro para la hija del individuo al que ahora odiaba.

"Su marido la engaña con otra mujer —decía el primero de ellos—. Usted que es tan buena y que está enferma no merece que le haga eso. ¿Sabe usted que él acaba de tener un hijo con una mujer de la calle? Si quiere conservar su hogar, vigile a su esposo y no crea en sus mentiras." El segundo revelaba a la hija: *"Pobrecita, ¡qué lástima me das! Tú piensas que tu papá quiere a tu mamá, y eso no es cierto. ¿No lo crees? Pregunta cuántas mujeres tiene y te convencerás. ¿Sabes a dónde va cuando sale de tu casa? A ver a sus otros hijos, tus hermanitos, y a engañar a la santa de tu madre."* Firmaba ambos papeles cobardes con un hipócrita: *"Una amiga sincera."*

Satisfecha de su acción (que no creía indigna o perversa, sino, por el contrario, benéfica para las mujeres de la ciudad que corrían peligro de ser seducidas por el demoniaco Don Juan) Claudia apagó la luz y, sin remordimientos que la abochornaran, se tendió a dormir plácidamente las horas que aún quedaban de esa noche.

Las calumnias escritas llegaron a casa del hombre la mañana del viernes, pero no a manos de la esposa y de la hija porque ambas, con la pequeña (y esto lo ignoraba Claudia), habían salido de la ciudad la víspera, en un viaje que las mantendría ausentes cuatro semanas. Las leyó él, las destruyó después —igual que había hecho con las cartas que les precedieron— y tomó la determinación de iniciar la tarde del sábado, antes o al término de la clase de catecismo, la conquista de la chica que no vacilaba en valerse del sucio y desesperado recurso de la denuncia anónima, para lograr que se fijara en ella.

Un poco aparte de sus compañeras, y sin apetito, porque su estómago se contraía a cada momento con espasmos de ansiedad, Claudia miraba el ya tenue caer de la llovizna; masticaba despaciosamente los emparedados de jamón y queso; los huevos duros que tanta pereza le causaba desnudar de su cascara; los insípidos muslos de los pollos que las monjas habían puesto a dorar antes del alba en el horno del convento; el postre tradicional de imprescindibles duraznos en almíbar; y para poder tragar todo ello, bebía agua gaseosa sabor naranja.

La guardiana principal dijo entonces, fuerte, para que nadie dejara de escucharla:

—Niñas, óiganme bien. Apenas deje de llover, nos iremos de aquí.

Como en la ocasión anterior, un haz de protestas le dio la réplica:

—No, madre...

—No tan pronto...

—Es muy temprano. ..

—Ya no va a llover—..

La monja, que la estaba pasando bastante bien, refunfuñó algunos comentarios y, sin, comprometerse, indicó que permanecer allí o marcharse, dependía, no de su voluntad, sino de las condiciones atmosféricas:

—Si dentro de un cuarto de hora no arrecia el agua, nos quedaremos hasta las cinco. En caso contrario, y para no mojarnos más después, nos iremos. ¿De acuerdo?

Respondieron todas a coro que sí y a coro, como párvulas, comenzaron las chicas a cantar:

San Isidro Labrador
quita el agua y pon el sol

de modo tan alegre, inocente y ruidoso, que la monja pronto unió su voz a la de quienes invocaban la protección, el amparo del santo que gobierna, al decir de la copla, la caída de la lluvia. Como si en efecto San Isidro tuviese poder sobre los elementos, apenas repetían por segunda vez la tonadilla cesó la llovizna y asomó el sol por una desgarradura del nuboso entoldado. Una grito de felicidad aprobó el prodigio, y las muchachas se pusieron a correr, a gritar, a jugar al escondite, sin atender a la Madre que las conminaba a guardar recato y a agradecer, con un minuto de plegaria, el favor celestial.

Algunas de las chicas que habían ido a levantarse las enaguas en los matorrales vecinos al sitio donde habían comido, reaparecieron con la alegría de un hallazgo:

—Madre, Madre... —gritaban, felices—. Mire, Madre...

Acudieron todas y pronto, en torno a las que habían vuelto con puñados de fresas silvestres en las manos o en la comba de sus faldas, se formó un círculo de curiosidad, admiración y glotonería; de jovencitas que gustaban golosamente las humildes y deliciosas frutillas.

—Y hay muchísimas allá... —decían las descubridoras de las fresas.

—Vamos todas a buscarlas...

—Para hacer pasteles...

—Y helados...

—Y refrescos... —proponían sus compañeras.

—¿Nos deja ir a traerlas, Madre? —insistían unas, y otras apoyaban.

—Se las llevaremos a la Madre Superiora, a las otras monjitas y las señoras grandes que están en el Convento. Hay millones de fresas, Madre, maduras, grandotas, más sabrosas que éstas...

—Bueno, vayan a buscar unas cuantas —accedió al fin la monja.

Cuando hubieron devorado hasta la última fresa, y deseosas de seguir comiendo, las muchachas se desperdigaron por los alrededores en tropel que no conseguía detener la pilma principal con sus advertencias:

—Niñas, niñas... Compórtense... No vayan a perderse. Sólo tienen media hora de permiso. Y no coman demasiadas, porque les va a doler el estómago...

Fue Claudia de las primeras en aprovechar esa providencial oportunidad de huida. En unos cuantos segundos se encontró a solas entre los árboles. Por si después no tuviere ocasión de hacerlo, dedicóse a juntar un abundante puñado de fresas. Lo escondió al pie de un tronco y continuó corriendo hacia las ruinas del viejo aserradero. Un poco más allá, conforme a las instrucciones que le diera el hombre, encontró la piedra con las grandes manchas blancas. Vio en seguida la cerca de alambre, que traspuso por donde él le había dicho que lo hiciera, y no le fue difícil luego hallar la veta oscura de una vereda, sinuosa y delgada como una lombriz, que se perdía en las profundidades de la hojarasca.

Armoniosa en sus proporciones, sólida sin ser pesada, no muy grande pero tampoco pequeña; pintados de cal sus muros coloniales; estrechos sus altos ventanucos misteriosos, la casa que se erguía en el centro de la cumbre de la colina semejábese a una ermita. Lo que era lógico, pues para que de tal sirviera la construyeron, en el siglo XVIII, los mismos frailes franciscanos que edificaron el convento del valle que ahora ocupaban las carmelitas. Cuando el hombre que guiaba a Claudia descubrió la existencia de esa ruina, olvidada en la vastedad de unos ricos bosques que había heredado pero que no conocía hasta que fundó el aserradero para explotarlos, decidió convertirla en un grato refugio montañés, en un paréntesis de silencio, en un parador donde descansar de la fatiga cinegética, o donde disfrutar del ajeteo de sus amores clandestinos.

Con acierto y buen gusto, respetando la belleza intrínseca de la severa construcción, gastó cuanto dinero fue necesario para dotarla de lo que se llaman *comodidades*: fosas sépticas, planta de luz, calefactores, chimeneas en la estancia y las cuatro alcobas; muebles del más puro estilo de la Colonia, alfombras; servicio de agua caliente, suntuosos cuartos de baño; aparatos reproductores de discos y una potente radiotransmisora que le permitía, sin salir de su retiro, comunicarse a su casa de la ciudad, o a casi cualquier parte donde hubiese un receptor. Gustaba pasar allí largas temporadas, siempre solo, o de tarde en tarde en la compañía de cofrades cazadores. Pues el clima de la montaña no sentaba bien a su precaria salud, la esposa rara vez visitaba la finca, y ello le permitía al señor alojar sin peligro de ser descubierto, a algunas de sus más discretas cómplices de adulterio.

Para que ella, sin riesgo de perder paso, pudiera salvar el último tramo de lodosa senda, él le ofreció el auxilio galante de su mano abierta — una mano de finos dedos que Claudia rechazó como si fuera una culebra; y sin su ayuda, con ágil gracia, saltó por encima del resbaladizo reborde.

Siempre tranquilo, con tranquilidad deliberada, jugueteando con los binoculares que le habían servido para mirarla cruzar el valle y ganar el bosque; en los labios el apunte de una sonrisa, él le preguntó mostrándole la casa:

—¿Le gusta?

Ella asintió, enrojeciendo:

—Es muy bonita.

—Muy vieja, también. Cuando menos de doscientos años.

Como ella nada contestara, terció entre ambos el silencio; un silencio que la hubiese aterrado de no tratarse del de ese hombre que a un tiempo le infundía miedo y, paradójicamente, valor para estar a solas con él.

—Casi tan vieja como yo —ironizó.

Impulsiva, Claudia dijo:

—Usted no es viejo...

—¿Lo cree así...? —y tuvo una brevísima vacilación al hacer el cálculo y restar a la verdadera la edad que confesaba —Yo... tengo cuarenta y dos años. ¿Y usted...?

—Dieciocho... —dijo Claudia, agregándose uno.

—Dieciocho bellos años.

Esto último lo dijo él sin mirarla y sí perdiendo sus propios ojos en el amplio vientre del valle. La lluvia había lavado, haciéndolos más vivos, los múltiples tonos del verde predominante en el paisaje: verde repetido en delicada sucesión de matiz, en una suerte de agradable monotonía. Iguales a pétalos, las techumbres rojas de las casitas rurales. Idénticos a bejucos, los caminitos de tierra y a un gran humo inmóvil, las remotas nieblas. El viento acarrea el olor de la cordillera y, muy claro y fresco, el eco de las risas.

—Son sus amigas —informó él—. ¿Las escucha?

Luego de hacerlo, comentó Claudia:

— ¡Están muy lejos...!

—No mucho. Apenas aquí abajo. Creerlas lejos es sólo, ¿cómo diría? una ilusión de sus oídos. Venga... —Ya no le ofreció la mano; sólo le indicó con ella el senderito húmedo que se despeñaba, colina abajo, un poco más allá—. Venga a verlas...

Rodearon la casa y Claudia descubrió, mirando de reojo, que el camino principal de acceso trepaba por la vertiente opuesta a la que había seguido para llegar, y que en un amplio desnivel había una especie de lago de aguas quietas y verdosas, sobre las que flotaban, como si estuviesen fijadas con tornillos, unas extrañas plantas circulares de orla dentada de cuyo centro surgían flores: blancas unas, rojas otras, lilas, amarillas o azules las más. Alcanzó a ver, también, cubierto por una funda de lona, un automóvil pequeño, sin duda veloz, color arena. El hombre le ofreció los anteojos de largo alcance:

—Allí están sus amiguitas...

Estaban allí, efectivamente; tan cerca de sus ojos, le pareció, que bastaría alargar el brazo para tocarlas con la mano. Con golosa parsimonia, la monja principal masticaba las fresas que las muchachas en incansable recreo continuaban acumulando, amontonando en torno ella. Otras chicas ocupábanse de llenar dos cestas, y algunas más, quizá media docena, en devanar sobre el muelle piso seco una charla animadísima. Claudia miró hacia otro rumbo y contempló a varias de sus compañeras atareadas en la recolección muy cerca del sitio donde ella había escondido sus frutas. Cuando le devolvió los lentes, él hizo un comentario:

—Como se lo prometí el sábado, estuve mirándola desde que salió del convento. Mientras comía, la noté triste... ¿Estaba usted triste, Claudia?

—No.

—Sólo dudando entre si debía venir o no, ¿verdad?

Sintió Claudia que enrojecía, y volvió la cabeza para que él no advirtiera su turbación. Seguro de haber acertado en su hipótesis, el hombre, para aliviarla de su desasosiego, y un poco también para explorar su ánimo, sugirió:

—¿Quiere conocer la casa por dentro?

Claudia no aceptó, pero tampoco rechazó la invitación. Se limitó a guardar el ambiguo silencio que usan las mujeres cuando quieren, de modo indirecto, decir que

sí; y a seguirlo cuando él se encaminó hacia el ancho pórtico de entrada, y a detenerse, de súbito temblorosa, cuando él, por segunda vez en unos minutos, le ofreció su mano.

—¿Tiene miedo de mí?

—No —repuso ella, firmemente, sin ignorar que mentía.

—No como a nadie, muchacha. Así que, por favor, confíe en mí. Ah, quiero decirle esto: en el momento que lo desee, dentro de un minuto o dentro de una hora, podrá irse...

Luego de escuchar esas palabras, dichas por él con tanta sinceridad, Claudia se sintió tonta. Si había tomado el riesgo de escapar a la vigilancia de las religiosas y de sus compañeras; si durante meses había hecho hasta lo imposible por lograr una poca de la atención de ese hombre, ¿era o no idiota, se reprochó, comportarse en la forma en que lo estaba haciendo? ¿Para qué, si no para verlo o, incluso, para ser galanteada por él, estaba allí?

El eco de pisadas que se acercaban hizo palidecer intensamente a Claudia. Al notar su sobresalto, el hombre le informó para tranquilizarla:

—Es Roque. El que cuida la casa.

Antes de mostrar su fea cara mestiza (una cuña de huesos armados sin gracia, carne flacucha, nariz rapaz y labio caído; dientes negros de sarro y corto mentón), Roque se anunció con una tos discreta; con una palabra de tanteo:

—Patrón...

—Sí, Roque.

—Soy yo. ¿Se puede?

—Adelante.

Era un hombre achaparrado, de amplios lomos y piernas corvas. Se cubría con un chaquetón viejísimo de pana raída en los codos. Usaba un fieltro de ala gacha. En el brazo izquierdo, a la altura del pecho, llevaba un pájaro de pico curvo y garras afiladas, cuyos ojos —redondos, amarillos, vidriosos, desprovistos de párpados— espiaban muy atentos a Claudia.

Como si estuviese amaestrado para comportarse así, Roque no miró a la jovencita que acompañaba al amo. Sólo a éste. Los dos nombres se enfrascaron, después de una pregunta del patrón y de una respuesta del sirviente, en una breve y ruda polémica a propósito del pajarraco. Tal que si hablasen en un idioma para ella desconocido, Claudia no comprendió ni una de las palabras que cruzaron. El dueño de la casa se volvió y muy sonriente comenzó a explicarle:

—Este animal —y acarició a la bestia de agresivas pupilas— es uno de los mejores que tengo. ¿Le he dicho que me interesa muchísimo la cetrería? ¿Ha oído hablar de ella...?

—No —repuso Claudia, como él esperaba.

—Pues la cetrería —añadió, en serio tono de profesor, al tiempo que la tomaba por el brazo y, seguido por Roque, se encaminaban los tres de nueva cuenta a la parte posterior de la casa—; pues la cetrería, es un añejo deporte que fue de nobles, y que en estos tiempos pocos conocen y menos cultivan. Yo soy uno de esos pocos. Me gusta cazar a la antigua usanza, como solían hacerlo los grandes reyes de la antigüedad... Tengo, ahora los verá, setenta maravillosos halcones, o gavilanes si prefiere así llamarlos... Rapidísimos, certeros, feroces. Éste —aludió al que llevaba el gañán al brazo— es mi consentido; un gran veterano, el mejor de cuantos he podido criar. No hace mucho, algún imbécil lo abatió con un disparo de escopeta. Fue un milagro que no lo matara. Volvió herido, moribundo casi, en un alarde conmovedor de casta y fidelidad. Lo curamos, sin esperanza no ya de que volara,

sino de que viviera. Vivió, como usted ve; pero dudo que sus alas sean capaces de sostenerlo...

Roque intervino entonces, un poco bravucón y hosco:

—Ha vuelto a volar... y vuela tan bien como antes.

—Lo veremos... —dijo él, en el mismo tono de disputa.

—Lo veremos... —retó el cetrero.

Se detuvieron frente a la que parecía ser una enorme jaula de mallas de alambre. A un gesto del amo, Roque le cedió suavemente, poniéndosela en el brazo, la gran ave de rapiña. Después, entró en la jaula para cumplir la orden que le habían dado:

—Trae dos palomas... —Así que Roque las buscaba, el hombre explicó a Claudia —: Quiero convencerme de si el pájaro aún sirve y, de paso, mostrar a usted en qué consiste el arte de la cetrería...

Roque volvió al cabo de un momento con una paloma de plumas azules y tornasoladas en cada mano. Sin decir palabra, el amo aprobó la elección de las aves que servirían para probar la capacidad rapaz de la que sostenía en el antebrazo.

—Son de las que más corren —creyó de su deber informar Roque.

—Mejor que mejor... ¡Vamos!

En presencia de las palomas, el halcón perdió su impasibilidad y fue necesario que el hombre sometiera su inquietud tomándolo suavemente por el cuello. Cuando estuvieron otra vez en el lado opuesto de la ermita, él indicó a Roque:

—Suelta una...

Al impulso de la mano experta del mozo, y al de sus propias alas poderosas, la paloma ganó altura rápidamente. Describió un círculo en torno a la cumbre de la colina, imitó luego el vuelo horizontal, armonioso y veloz de una flecha y tomó rumbo hacia la lejanía de cumbres.

Tan brillantes como los del halcón y como los de éste duros y crueles, los ojos del hombre miraron a Claudia y sus labios anunciaron con intenso placer:

—Ahora verá...

Alzó el brazo y lanzó hacia lo alto al pájaro cazador. Menos ágil que la paloma, el halcón batió febrilmente las amplias alas como si estuviese a punto de caer a tierra; consiguió, después de un esfuerzo, la estabilidad que buscaba, se remontó a gran prisa y luego de localizar en el aire color marmaja la manchita casi invisible de la paloma, se orientó tras ella.

—Será mejor que vea lo que va a pasar... —sugirió el hombre, poniendo en manos de Claudia los binoculares y diciéndole hacia dónde dirigirlos.

Síntesis mínima de la luchabrutal que es la existencia, la pequeña tragedia se consumó en apenas unos segundos a la vista horrorizada de Claudia. La indefensa mansedumbre de la paloma fue destruida por la alevosía feroz del ave carnícera, y sólo un corazón (el de la muchacha, que no advirtió entonces cuánto de simbólico había en el sacrificio) se compadeció casi hasta las lágrimas de la suerte de la víctima. Para los dos hombres, en cambio, la escena fue magnífica en su bárbara belleza, y rieron, y se palmearon las espaldas, y comentaron en todos los tonos la increíble celeridad, la artística destreza, la segura maestría que había puesto en juego el asesino de curvo pico para aniquilar a la elusiva y no menos diestra mensajera.

—¿Maravilloso, no le parece? —preguntó el hombre, y Claudia, muy impresionada por el asesinato inútil del que había sido testigo, prefirió callar.

—¿Qué le dije, patrón? ¿Vuela o no como antes, y hasta mejor? —intervino Roque.

—Vuela como siempre —concedió el amo, no sin orgullo—. Como lo que es: el mejor del mundo.

Ocuparon el tiempo que le llevó al halcón volver a posarse en el brazo de Roque, traduciendo en palabras, en vivos comentarios entusiastas, en exageraciones inclusive, la hermosa proeza que acababan de ver realizar. Apasionadamente evocaban la gracia con que el pájaro había orientado su vuelo hacia la paloma; con cuánta veteranía se había puesto a acosarla; de qué hábil modo habíala fatigado; con qué elegancia la había forzado a descender — y con qué concentrada saña habíase lanzado sobre ella, en un combate agilísimo que constituía, para el juicio experto de amo y cetrero, un auténtico alarde de facultades físicas.

Como si estuviese satisfecho de su hazaña, pausado el batir de sus alas, altanero el mirar de sus ojos crueles, jactanciosa su actitud, el halcón retornó a donde lo aguardaban los hombres. En el pico llevaba el cadáver de la paloma: un despojo de plumas y sangre. El amo, muy contento de serlo también de animal de semejante calidad, acarició varias veces la cabeza, el pecho, el lomo y la cola del cazador, murmurando con la ternura con que se habla al hijo o al perro favorito:

—Muy bien, muy bien...

Roque preguntó entonces, mostrando al patrón la otra paloma:

—¿Soltamos ahora ésta?

Y Claudia, conmovida por el asesinato de la primera, se atrevió impulsivamente a suplicar:

—A ésa no la maten...

Interrogativo, Roque miró al dueño de la casa, y le escuchó conceder:

—Le perdonaremos la vida... en honor a la señorita —de un modo galante y cordial, que mucho agradeció Claudia y que contrarió un poco al criado, que deseaba ver de nuevo en acción, para gusto propio y del amo, al pájaro de su preferencia.

Insistió, sin embargo:

—A ésta le daremos más ventaja...

—No, Roque.

—Así podrá ver lo bien que está después de curado.

—Lo he visto. Es bastante por hoy. Además... —miró con amabilidad a Claudia— la señorita tiene frío y debemos ofrecerle una taza de té.

La muchacha enrojeció, al sentir que de ese momento en adelante (sin halcones que lo distrajeran, sin Roque con quien hablar de ellos) él estaría a solas con ella, y ella a su merced. Por primera vez tuvo la impresión de hallarse en peligro; en el peligro emocionante de compartir la intimidad de una *gargonnière* con un hombre cuya compañía se anhela, aunque no se sepa, o no quiera saberse, para qué.

—Es muy tarde y debo irme... —dijo, más que a manera de excusa para no permanecer allí, a modo de autoprotección. Torbellinos de advertencias oscuras e ininteligibles (ininteligibles, al menos, para alguien que no sabe distinguir dónde termina la paja de los sueños y comienza el grano amargo de las realidades) la prevenían para que no se quedara, para que huyera, cuando aún podía hacerlo, de ese hombre hacia quien sentíase peligrosamente atraída.

Pues no era Claudia la primera jovencita a la que sus galanteos colocaban en el aprieto de la decisión extrema (quedarse y correr el riesgo de ser seducida, o huir — y lamentarlo después), el hombre, como había hecho el ave rapaz con la paloma, acosó a Claudia con palabritas, promesas y seguridades amables:

—Sólo un té... y se irá cuando quiera.

—Es que... —titubeó Claudia, sintiéndose cada vez más indefensa, cada vez más deseosa de quedarse y, sin embargo, por mero instinto ante el peligro, tratando de oponerse, ya sin ímpetu, a lo que su voluntad inconsciente le ordenaba—. Es que a las cuatro vamos a regresar al Convento...

—Falta mucho para las cuatro. Dos horas. Tiempo de sobra para tomar una tacita...

—Las muchachas pueden irse y dejarme...

—Pondré a Roque a que vigile...

—O buscarme, creyendo que me he perdido... A la mejor suben hasta aquí...

—Roque nos avisará. Pierda cuidado...

—Es que. .. —reincidió Claudia en la muletilla, y terminó sometiéndose, luego de haber agotado los débiles y fútiles pretextos que trató de oponer a la determinación obstinada, firme, dulce, y por ello eficaz, del hombre.

Dijo éste:

—Nada le pasará conmigo —¿para tranquilizarla, sí a eso temía Claudia; para incitarla, si deseaba lo contrario?

—¿Y si me buscan? —fue lo último que preguntó la joven.

—No la encontrarán.

—Están muy cerca. Usted lo dijo y yo lo he visto.

—Si viene alguien lo sabremos a tiempo por Roque... Usted, tomará su taza de té conmigo; regresará después con sus amigas y si le dicen que tardó mucho, dirá que se extravió buscando fresas... —Sonrió de un modo encantador y malicioso que contagió a Claudia—. Y a menos que usted lo cuente, nadie sabrá que vino a visitarme. ...

—No lo contaré...

—Así debe ser. Muy discreta. No porque me importe a mí que lo sepan, sino por usted. Conoce a sus tías y lo injustas que son cuando hablan de sus semejantes. ¿Va a quedarse, Claudia?

Al cabo de una última, frágil vacilación dijo ella:

128

—Sí. Pero sólo un ratito...

—El ratito de una taza de té... —El hombre alzó la voz y llamó al criado, que había ido a encerrar en sus jaulas a la paloma y al halcón. Cuando Roque acudió, le dijo: —Si alguna de las señoritas que están allá abajo viene para acá, o si ves que comienzan a buscar a esta niña, ¡avísame!

—Sí, patrón.

—Esta criatura y yo estaremos tomando un té. ¿Entendido?

La cara fea de Roque se hizo horrible cuando en ella apareció la sonrisa del truhán que conoce las intenciones de su socio. Rozó con los dedos el ala gacha del sombrero, le dio un papirotazo lleno de intención (que comprendió perfectamente el amo) y expresó:

—Entendido, patrón... Pásela tranquilo... —en un guiño abundante en socarronería.

Igual que por fuera, blanca era por dentro la casa. La albura de sus muros, lo alto de sus techumbres, lo rítmico de sus distintos niveles, contribuían a proporcionarle a primera vista, como le ocurrió a Claudia, unas dimensiones más amplias de las que en realidad tenía. Al pasar por ellos, la luz de los cuatro puntos cardinales se contagiaba de los sombríos colores de los vidrios emplomados que el propietario había hecho imitar de algunos de los muy bellos de cierta catedral gótica. Excelente resultaba, en conjunto, la decoración de la amplia estancia, y muy auténtica, con su

aura de misterio y silencio antiguos, la atmósfera lograda por la persona a cuyo encargo estuvo convertir el escombros franciscano en un escenario propicio para el descanso y el placer del dueño. Grandes y cómodos, los muebles; mullidos, los cojines con forros de viejos brocados de pálido tinte; suntuosas las vigas labradas por hábiles ebanistas contemporáneos; magníficas las tallas, obra de imagineros del XVIII; soberbios los tres cuadros de paisajistas anónimos de fines del mismo siglo; discutibles, los otros cuatro o cinco; extraordinario —quizá lo mejor de lo que allí había— el gran Cristo de marfil, crucificado en ébano sobre la chimenea. Desentonaba la alfombra oriental que cubría parte del piso de ladrillos rojos, y era un parche la reja de barrotes de níquel en la embocadura del hogar.

Como lo había hecho cuando se la mostró por fuera, el hombre le preguntó:

—¿Le gusta? —cuando puso a las órdenes de Claudia el interior de su casa montañesa.

—Es muy bonita.

—¿Quiere verla... toda?

—Si usted lo desea...

Le mostró las alcobas; tuvo el buen tino de no hacer que se asomara a los cuartos de aseo, y la llevó a la cocina, que era grande, y por estar amueblada al estilo moderno (anaqueles de esmalte en la pared, estufa de gas, taburetes con asientos de hule, mesa de servicio con plancha de acero inoxidable) entraba en pugna con el estilo general de la casa.

—Oh, pero qué hombre tan tonto... —exclamó él.

—¿Quién? —preguntó Claudia sobresaltada.

—Roque. El criado... Mire. Se olvidó de poner a calentar el agua para el té... Por lo menos tomará un cuarto de hora en que hierva. ¡Ah, qué hombre!

Claudia sintió de su deber intervenir en favor del gañán, y lo hizo de la manera más convincente que pudo:

—No lo regañe, por favor. Además, no tengo ganas de té.

—¿De un refresco? —apuntó él, débilmente.

—Tampoco...

—Ya sé, ya sé lo que tomaremos... Algo que no lleva ni medio minuto preparar y que es delicioso. Venga...

La condujo a la estancia y le pidió que se sintiera cómoda, muy cómoda, como en su propia casa. Gracias a la alegría del fuego de la chimenea, la temperatura resultaba muy agradable. El silencio, sólo interrumpido de tiempo en tiempo por el chisporroteo de los maderos, comenzó a aliviar a Claudia de la tensión de su pequeño miedo, que se manifestaba, a veces, en forma de fallas respiratorias o de un sudor pegajoso en las manos. Contemplar las llamas, escucharlas silbar dentro del pozo invertido del tiro, ver el rocío de las chispas irisar la negrura de los carbones, la emocionaban divirtiéndola como si fuese una nenita a la que fascinaba el vario espectáculo de un incendio.

El anfitrión, en tanto, había abierto uno de los negros arcones semejantes a ataúdes en que abundaba el lugar y sacado de él dos botellas y dos copas. Sirvió coñac en una y un líquido cristalino en la otra, y fue a sentarse, llevándolas en las manos y haciéndolas girar muy lentamente, en la butaca frontera a la de Claudia. Ésta lo miró interrogativa.

—Esto —respondió él a la pregunta no formulada— es coñac. Y esto, es crema de naranja. ¿Los ha probado?

—No.

—Me imagino que no. Ambos, coñac y crema, son magníficos bebidos por separado. Juntos, ¡hmmm!, una verdadera delicia. Lo sabrá en un momento más. . .

Ahora, inclinado hacia el fuego para que el calor las entibiara, el hombre continuaba haciendo girar las copas, mientras sus labios desarrollaban la apología de esa mezcla, descubierta por él (lo cual era falso, pues fue un viejo diplomático y cazador, afecto también a las menores, quien se la reveló) y sólo gustada por bebedores de fino paladar. Claudia se llenó de rubor al asociar en el pensamiento, la forma, el volumen y la firmeza de esas copas a los de sus propios senos, y al atribuir al modo en que él las sostenía, muy juntas, envueltas con los dedos como si fueran en verdad senos que acariciara, una intención no exenta de significado.

Cuando consideró que el punto de calor era el exacto, el hombre se puso en pie ante Claudia y, procediendo con la cuidadosa paciencia de un alquimista, virtió el contenido de la copa de coñac en la de crema de naranja; vació luego éste en aquella y repitió varias veces la ceremonia. Al final, en cada copa una mitad de la bebida, volvió a sentarse, y ofreció la suya a su huésped. Creyó de su deber informarle:

—Es muy suave y dulce... y se bebe de un golpe. —Alzó su copa, miró a Claudia sonrientemente y formuló un deseo: —Por su felicidad, Claudia. Por la felicidad que usted, joven y bella, se merece... ¡Salud!

(Ése habría de ser el único, el último deseo de felicidad que Claudia escuchara en su vida. Y fue, lo comprendió lamentablemente tarde, un deseo expresado con la más artera intención; con la muy inicua de ganarse su confianza, disipar cualquier temor que pudiese inhibirla de beber el potentísimo narcótico alcohólico que él le ofrecía, y desarmarla de su voluntad a rehusarse a compartir un crimen de amor, que ella, por más que hubiese acudido a la cita, no propiciaba en forma deliberada.)

Bebió él, como pretendía que lo hiciera ella, de un solo sorbo, y con ojos insistentes, que comenzaban a ser dominadores y descarados, le exigió que lo hiciera también. Lenta y aún cautelosa, Claudia apuró el licor cuyo gusto no le resultó desagradable y sí suave y dulce. Algo, después de beber, se alteró en su ánimo y en su cuerpo. Comenzó a sentirse muy ligera, muy lúcida, muy distinta a como había sido siempre; risueña, feliz, etérea, desvinculada del mundo, de las tías, del trabajo en la tienda, de las monjas y de las compañeras de retiro, que a esa hora, pobrecitas, continuarían recogiendo fresas, comiéndolas, trasegando gaseosas... o buscándola, buscándola, buscándola, porque era tarde, muy, muy, muy tarde, y la monja estaba alarmada, porque todas, todas, todas sin que faltara una, una, una, debían regresar al convento, al retiro, al retiro del convento, alcon—ventodelretiro...

El hombre estaba ahora a su lado, sugiriéndole, ya con la botella de coñac inclinada sobre la copa que lánguidamente sostenía Claudia por el tallo:

—Pruebe esto, solo, para que note qué distinto sabe...

No opuso resistencia a que él llenara, casi hasta los bordes, la copa que le hacía recordar uno de sus firmes, tibios, jóvenes senos; sus lindos senos que la flaca, plana, huesuda solterona Amelia le obligaba a aplastar con el corpiño y a no tocarse cuando se bañaba enfundada en el camisón, ni a mirarse cuando se vestía. Pero Claudia, y éste era un secreto desconocido incluso por su confesor, desobedecía paladinamente y por las noches, si estaba de humor, gustaba contemplarse desnuda en el espejo de cuerpo entero de su armario, y rodear sus pechos con las manos en idéntica forma a como él ahora lo hacía con la copa, pues tales roces le proporcionaban sensaciones por demás agradables.

Poco le preocupó, si algo, que él se hubiese abstenido de servirse y que sólo se dedicara a mirarla beber, de prisa como era su pérvida consigna, el cálido y fuerte licor. Sentíase Claudia demasiado feliz, demasiado distante de sí misma para ocuparse de reflexionar en lo que ella hacía y el hombre no. Con una sonrisa bobalicona en la boca entreabierta, ya torpes los párpados, en ebullición el pulso, miró audaz los atentos ojos del señor; hizo un mohín, arqueó las cejas y con la punta de la lengua recogió de sus labios los restos del coñac que los humedecían.

—¿Se siente contenta? —le preguntó él, retirando la copa de la mano de Claudia.

En una especie de maullar felino, ella murmuró que sí, y agregó, la palabra reptando difícilmente:

—Muuucho...

Cuando abrió los ojos que el sueño aún lastraba, se encontró tendida sobre la alfombra y no en el amplio sofá sobre el que vagamente recordaba haber estado antes de perder por completo (en una abstracción a la que contribuyeron su rápida embriaguez total y los primeros atrevimientos eróticos del hombre) toda idea de tiempo y lugar. Servíale de apoyo a su cabeza torturada de jaqueca uno de los muelles cojines y a su brazo izquierdo, ignoraba por qué, el asiento del diván.

Las vigas del techo, le pareció al mirarlas con gran esfuerzo, no eran rectas y de madera, sino onduladas, de bordes romos, de cera reblandecida por el calor de la chimenea. Con sus tonos de oscuro borgoña, sus verdes cenagosos, sus azules oceánicos, sus densos blancos seminales, sus amarillos desleídos, sus violetas discretos, los vidrios de los ventanucos hacíanle rememorar el kaleidoscopio de juguete que la tía Bruna le regalara una remota Navidad y que la tía Amelia le prohibió mirar más de la cuenta para no volverse bizca.

Estaba sola. Al menos lo estaba en el momento de retornar al universo de las cosas reales. Intentó levantarse y hubo de desistir, porque la cabeza le pesaba más, mucho más, que el resto del cuerpo, y le resultaba, por ello, imposible guardar equilibrio. Muy suavemente volvió a reclinarla en el cojín. Advirtió en seguida, mirando la chimenea, que los grandes leños que nutrían el fuego cuando ella entró se habían convertido en momias de ceniza y que de las llamas —una hora antes ricas y vivaces— quedaba sólo un débil resplandor caduco. Escuchó entonces, como si no hubiese estado sonando desde hacía largo tiempo, la música del disco que daba vueltas en el fonógrafo: una balada de lento compás que sus oídos, eruditos sólo en cantos de iglesia, no reconocieron.

(Él habría de decirle, en tanto Claudia bebía el café amargo que la alivió de la insoportable pesantez que la embotaba, que el nombre de esa música era: *Río de la Luna*: nombre y melodía anotados, a partir de entonces, como tantas otras cosas más, en el registro fiel de su memoria.)

Tuvo, después, conciencia de sí misma: de su cuerpo, ese conjunto de músculos, grasa, huesos, agua, pelos, sangre, ácidos y humores que sirve de instrumento ejecutor a los impulsos de la voluntad y que sólo es, a fin de cuentas, asilo temporal de la fuerza desconocida que llamamos, por carecer de otro nombre más adecuado para designarla, espíritu, alma, yo. Dolíale vagamente, como si lo hubiesen golpeado o sometido a un arduo esfuerzo físico — o, según se le ocurrió reflexionar, como si ella fuera una intrusa en él; esto es, como si ese cuerpo, que reconocía suyo desde diecisiete años atrás, no le perteneciera ya.

No se daba cuenta (y tres meses iban aún a transcurrir para saberlo) que durante los sesenta minutos que duró el vacío de su sueño alcohólico, un profundo cambio, que habría de ser determinante en el futuro de su vida física y en la evolución de su existencia espiritual, se había operado en ese su cuerpo que ahora la parecía ajeno

y desconocido. Ignoraba —así de inexperta era— que en el lapso que vagó en la ebriedad, su carne virgen había sido víctima de la vileza del estupro; y su virtud, sacrificada sin su consentimiento por un hombre que no la amaba, que no podría amarla, y para quien la de esa tarde había sido una más de sus aventuras; un lance de faldas idéntico a los muchos que le habían dado, y continuarían dándole, fama de irresistible seductor.

Con una sonrisa que Claudia no adivinó sino cariñosa y gentil volvió el hombre a su lado. Había hecho café para ambos y la instaba a que bebiera una taza.

—Le ayudará a que se le quite el sueño.

—¿Me dormí? —quiso saber ella, con gran candor.

—Unos minutos.

—¿Y usted...?

—Estuve mirándola dormir. Es bella, Claudia, cuando duerme. Oh, pero no se ponga así de roja, por favor...

Preguntó ella el nombre de la música que había llenado los compases del silencio, y él se lo dijo.

—¿Le agrada?

—Sí.

—Se llama: *Rio de la Luna*. Prométame recordarla siempre.

—Sí.

Los silencios se hacían cada vez más frecuentes, como ocurre, luego que la pasión o la curiosidad amorosas han sido satisfechas. Él la miraba ya sin la fijeza del principio, sin la insistencia de los primeros minutos. Sus ojos estaban, sí, puestos en ella, pero sólo por cortesía, para que Claudia no se sintiera tan pronto excluida de su interés masculino. Lo cierto era, sin embargo, que la muchacha comenzaba a aburrirlo, a hacérsele insoportable. ¿Remordimientos de asesino — o simple hastío a quien poco interesa, después de haberla conquistado, la pieza que tanto tiempo le tomó cobrar?

Muy serio, así que Claudia hubo bebido el café, el hombre le tomó una de las manos y en las suyas la albergó mientras hablaba. Frases que la seducida comprendía apenas; palabras que a sus oídos sonaban extrañas aunque vagamente familiares; ruegos que le parecía increíble escuchar en boca de quien aparentaba ser fuerte, seguro, audaz. (Diciéndolas, buscaba él asegurar su propia, egoísta, personal tranquilidad. Confiándolas a la muchacha, le exigía, para que sólo ella la soportara, la responsabilidad del silencio.)

—Le suplico, Claudia, que no deje sin contestar mis preguntas. Que no guarde silencio en respuesta a lo que yo diga. ¿Me entiende?

Débilmente, ella dijo:

—Sí.

—Bien... Usted y yo hemos pasado, juntos, un momento muy agradable. ¿Fue así, Claudia?

Segura de que él aludía a algo bien distinto a lo que en el trasfondo de su mente estaba pensando, ella repuso:

—Sí.

—Por haber sido tan bello, perfecto e inolvidable, ese momento sólo debe pertenecemos a usted y a mí. ¿Está de acuerdo en que así sea?

—Sí.

—Las experiencias de esta clase, Claudia, se hacen vulgares, se marchitan, mueren, cuando alguien, además de quienes las vivieron, las conoce. ¿Y usted no quiere, verdad, que eso ocurra con lo nuestro?

Desconocía Claudia qué era, qué había sido *lo nuestro* a lo que él estaba refiriéndose de manera tan intencionada; pero debía ser algo muy importante, pues de otro modo no estaría sugiriéndole que lo guardara en secreto. Sin saber si iba a acertar en la respuesta, dijo:

—No.

—Lo nuestro —insistió él— ha sido un sueño maravilloso, y como todo lo que es maravilloso debe permanecer en el misterio; en la oscuridad de los recuerdos. Si se hace confidencia, pierde lozanía, y, como antes dije, muere... De hoy en adelante, Claudia, tendremos algo, mucho, sólo nuestro, de nadie más...

—Sí —suspiró ella, a quien turbaba agradablemente el modo pomposo que usaba él para hablarle de cosas incomprensibles.

—Debemos evitar, pues, que la gente mala, con sus habladurías, calumnias y envidias, nos haga sufrir... La hagan sufrir a usted, Claudia, que es tan niña y está expuesta al dolor...

Súbitamente sintió ella ganas de llorar y comenzó a ensayar los gestos que anteceden al llanto. Ansiaba llorar, sí, aunque no supiera por qué; quizá solamente a causa de la emoción. Sentíase, escuchándolo hablar, parte suya, como una hija, como un brazo, como su propia alma, y por ello protegida, amada, puesta sobre aviso con esas advertencias crípticas y, sin embargo, sinceras y muy tiernas. El hombre, abandonando la mano de Claudia, posó sus dedos fijos y tibios en las mejillas de la jovencita y se inclinó a besarla en la frente: un beso paternal y breve.

—Porque... —suspiró, sonriéndole, mientras gozaba del profundo azoro que su audacia había producido en la muchacha— porque usted, Claudia, para mí no es una mujer sino una emoción... La emoción del amor que se conoce tarde, cuando el destino está ya escrito y es imposible, por mil circunstancias amargas, cambiarlo o sustraerse a su mandato...

La frase (*"Porque usted, Claudia, para mí no es una mujer sino una emoción"*) le produjo una de tal modo intensa que la muchacha rompió a llorar ahora abundante y ruidosamente en un transporte irracional de felicidad, que asombró al hombre al grado de alarmarlo. Hubo de sacudirla por un brazo y preguntarle:

—¿Está usted bien? ¿Se siente bien, Claudia? —para que se calmara y pudiera, entre moqueos, explicarle que no estaba enferma, ni a punto de sufrir, tal era el temor del hombre, un ataque de histeria.

—Me da mucha pena haber llorado así —indicó ella, en cuanto pudo hablar.

—Perdóneme si dije algo que la ofendió...

—No, no —rechazó Claudia la disculpa— Lloré... porque me gustó lo que dijo.

Y sin más soltó el llanto nuevamente. Al tedio sucedió en el hombre el mal humor. Detestaba a las mujeres que lloran de alegría, y se ponen románticas, y tiemblan de suspiros, y se vuelven pegajosas, y reiteran arrumacos después de que se les ha amado; y esa joven parecía pertenecer al género insoportable de las sentimentales. ¡Llorar por una frase hecha! ¡Retorcerse de placer por un feliz juego de palabras! Para cortar la escena (pues de lo más ridículo juzgaba estar allí, sentado en el piso, en la postura tradicional de Buda, hablando de algo tan vacuo como Amor, con una niña, muy pura, muy buena, muy santa, pero que había sabido darse maña para burlar a sus guardianes y acudir a la cita de la seducción) se puso en pie y ayudó a Claudia a que lo hiciera.

El malestar que entristecía su cuerpo —y que apenas ahora, al moverse, localizaba en alguna parte de su vientre— obligó a Claudia a permanecer, con los tobillos muy juntos, erecta y en espera de un dolor más violento. El hombre, que sólo deseaba verla irse, la interrogó:

—¿Le pasa algo...?

—Sólo me duele un poquito... creo que el estómago.

—¿Puede caminar? A ver, inténtelo...

—Sí, ya estoy bien, y puedo caminar... —dijo Claudia, después de dar algunos pasos. Pensó que la súbita molestia, idéntica a una quemadura en las entrañas, tenía alguna relación con su regla menstrual. De tiempo en tiempo, dolores semejantes a ese que ya amainaba, y que le permitía respirar, hablar, moverse sin mucha dificultad, hacíanla sufrir un par de horas y luego cesaban.

El hombre hizo un augurio optimista:

—Mañana estará perfectamente y olvidará lo que hoy le molesta.

—Sí.

—Claudia... —se disponía él a declamar la última parte del sermón que acostumbraba decir en casos semejantes a éste, cuando la muchacha lo interrumpió con viveza, trémula de alarma:

—¿Qué... qué hora es?

Consultó él su enjoyado reloj de pulso:

—Muy tarde. Las tres y media.

—Uy... Ya me voy.

—Sí, Claudia. Pero, antes, escúcheme. Como le dije hace un momento, usted y yo somos dueños de un secreto que nadie, ¿comprende bien? nadie debe conocer. Como todos los que se aman sin poder hacerlo a la vista de los demás, debemos proteger nuestro amor con discreción. Si no lo hacemos así, el amor se pierde y se convierte en sufrimiento. Claudia, míreme a los ojos; no esconda los suyos, que son tan hermosos y que tanto me gustan... Así está mejor, niña mía. Claudia: ha llegado el instante de comprometernos por medio de un juramento de fidelidad espiritual...

De nueva cuenta, Claudia temblaba por lo solemne de las palabras que él estaba pronunciando. Temblaba a causa de una emoción bellísima que inundaba de luz su alma y que le hacía arder la sangre dentro de las venas. El hombre de sus sueños se comportaba en la vida real como en aquéllos — magnífico, romántico, gentil, dulce, tierno, noble, amoroso y firme. Y como en sus noches febriles, Claudia sentíase personaje de una ceremonia maravillosa, en la cual el Gran Señor celebraba con ella por medio de un juramento de fidelidad, los mágicos esponsales del espíritu.

Con la respiración suspendida, la boca seca, los ojos en asombro, las manos vibrando como llamas, Claudia lo escuchó interrogarla:

—¿Está usted dispuesta a que hagamos ese juramento?

—Sí.

—¿A aceptar todas sus consecuencias?

—Sí.

—¿A morir si es preciso, pero no a revelar mi nombre?

—Sí.

—¿A no decirlo siquiera al sacerdote confesor?

—Sí.

—¿A negar que me ha visto fuera de su casa, si alguien la culpa de haberlo hecho?

—Sí.

Hizo una pausa. Muy serio —con el cómico dramatismo de los cínicos que hacen pasatiempo de abusar de la candidez humana— le dirigió la última serie de preguntas: la que más la comprometía, la que a él le aseguraba impunidad para vivir

a cubierto de toda zozobra que pudiese derivarse de una indiscreción de su huésped:

—Claudia, ¿le gustaría que yo muriera por su culpa?

—No —protestó ella, casi en un grito.

—Pues corro ese peligro si usted, por debilidad, quebrantara su promesa. Sí, Claudia... Usted sabe —y bajó los ojos, para que ella creyera que lo hacía por pudor — yo tengo mujer e hijas. No soy, en consecuencia, libre. Porque nada puedo ofrecerle, Claudia, nada le pido. De mí se cuentan muchas cosas, y eso es normal que le ocurra a una persona como yo, de sobra conocida en la ciudad en la que vive. Frecuentemente me calumnian, me envían cartas anónimas, o se las mandan a mi familia, imputándome actos que no he cometido. Eso, se lo juro, hace daño aunque las acusaciones sean, como son, falsas. Nunca amé a nadie, excepto a usted, porque usted es la última esperanza de mi vida; usted y su maravillosa juventud, Claudia. Si usted hablara, con el señor cura, con sus tías, con sus amigas...

—No tengo amigas.

—Si usted hablara y dijera que ha venido aquí, o que nos hemos visto en la ciudad, porque nos veremos, Claudia, se lo prometo... Si usted contara a alguien de nuestro amor, yo... yo, Claudia, y lo juro otra vez, tendría que matarme, que suicidarme...

—No, por favor no diga eso...

—No es que piense hacerlo, Claudia. Solamente, que me veré obligado a pegarme un balazo y privarme de la vida si usted revela mi nombre... o que nos hemos amado.

Solemne en su turno, con seriedad trágica, de heroína de folletín (¿y no eso sentía ser de una novela color de rosa?) Claudia pronunció las palabras que habrían de obligarla, por medio de lo que era un burdo chantaje moral, a callar para siempre el nombre del seductor:

—Nunca lo diré a nadie; esté usted seguro. Y si alguien debe morir por causa de nuestro amor... seré yo.

—Gracias, Claudia... —dijo él, y la besó otra vez, fingiéndose conmovido por el patetismo con que ella había hablado.

(Por el resto de su vida, Claudia asociaría ése, el único beso que en los labios recordaba haber recibido de él, al gusto de las lágrimas que empapaban sus mejillas.)

Dos veces más volvieron a encontrarse durante la semana que siguió a la que Claudia había pasado con Amelia y Bruna en el retiro conventual. Escenario de sus fugaces encuentros fue la pequeña tienda solitaria. Hora, la de la visita, ya no asidua, que él hacía a las solteras y a sus compañeras del Comité, cuyos trabajos —y eso explicaba a Claudia las ausencias del galán— estaban casi concluidos. La primera vez hablaron, a lo sumo, una docena de palabras.

—¿Cómo se ha sentido?

—Muy bien.

—La he recordado mucho...

—Y yo...

Alguien, quizá una de las tías, se aproximaba por el rumbo del jardín y él hubo de abreviar. Deslizó en manos de Claudia un papel que llevaba oculto en su diestra y acudió al encuentro de quien iba al suyo. Cuando las voces del hombre y de Amelia se desvanecieron, ahogadas por la puerta batiente de cristales con visillos, y la distancia, Claudia —su corazón dando tumbos de felicidad — desdobló el pliego, que no contenía instrucciones para una nueva entrevista, como supuso al recibirlo,

sino, escritos a máquina y sin firmar, los once versos de lo que pretendía ser un poema.

Leyó emocionadamente esos versos que habrían de permanecer en su memoria (como los que recibió del mismo modo furtivo tres días más tarde) a lo largo de su amarga y tristísima vida:

La soledad se nutre, ya, de silencio
y de nostalgia.
Mis manos atesoran el recuerdo vivo
de las tuyas
y en mi memoria queda
un secreto universo
de imágenes por ambos compartidas,
de emociones por ti creadas,
de sensaciones en ti halladas,
y el dolor de lo que pudo ser
—y es imposible.

La relectura de ese poema de dudosa calidad artística que la enternecía hasta el suspiro y la lágrima —relectura a la que se aplicó centenares de veces a partir de esa noche— la contristó profundamente. Dueña de muy limitadas facultades para intentar el análisis del mensaje, intuía, sin embargo, que su verdadero sentido era el de un adiós más o menos discreto y expresado en una forma que él supuso sería del agrado de Claudia, tan afecta a idealizar la realidad. ¿Qué intentaba decirle el hombre de su sueño con los dos últimos versos?

y el dolor de lo que pudo ser
—y es imposible.

¿Acaso que no se verían más? ¿O que él también lamentaba no ser libre para amarla de un modo que no fuera secreto? Que él, hombre de lo más serio, se ocupara de escribirle poemas, ¿significaba que estaba tan enamorado de ella, como ella lo estaba de él? Si no lo estuviese, ¿distrería su valioso tiempo en buscar, ordenar, redactar las palabras que expresaban sus sentimientos?

La segunda vez que se encontraron —y también la última que Claudia iba a verlo en su vida— fue la víspera que se iniciaron los festejos a cuyo éxito tanto había colaborado él. Llegó a media tarde. Simuló que le interesaban unos pañuelos y se puso a mirar los que se exhibían en una vitrina, para dar tiempo a que la joven terminara de atender a unos turistas. Así que estuvieron solos, él le ofreció sus manos, que ella, emocionada y agradecida, aceptó.

—He venido a despedirme —le anunció abruptamente.

—¿Por qué?

—Salgo de viaje...

—¿Muchos días?

—Sí... y no sé cuándo volveré.

—Oh... —gimió Claudia y sus ojos se arrasaron instantáneamente. No se iba él todavía y ya comenzaba a sufrir nostalgia.

—No me gusta verla llorar —le recordó él, dulcemente.

—No estoy llorando... —se disculpó Claudia, a pesar de que muchos lagrimones, gruesos como canicas, le escurrían de los ojos.

—La amo, Claudia... —dijo él con voz falsa.
—Yo más... —respondió ella, ardiendo en sinceridad.
—Pero, dejaremos de vernos...
—Me duele mucho...
—Pensaré siempre en usted, Claudia.
—¿Me escribirá?
—¿Cómo hacerlo? La comprometería, Claudia. Además, todo mundo se enteraría, y lo nuestro, ya lo sabe, no debe ser conocido.
—Entonces, le escribiré yo. Todos los días.
Sonrió él, aceptando benévolamente:
—Le diré luego a dónde...
—Una carta todas las noches. Tengo letra muy fea, y tal vez no me entienda...
—Adivinaré, si es necesario, cada una de sus palabras.
—¿A dónde va?
—Muy lejos. Fuera del país.
—¿Sólo? —y la pregunta, que él no esperaba, lo tomó desprevenido.
—No... —repuso, y rectificó inmediatamente—. Digo, sí. En viaje de negocios. Le traeré un recuerdo, una muñeca, de cada sitio que visite.
—Nada más quiero que piense en mí.
El taimado caballero entornó los ojos y expresó, declamatorio:
—En usted, en la tarde que pasamos juntos en la montaña, en el fuego, en *Río de la Luna*. Y usted —alzó el índice, como un maestro que trata de meter en la cabeza de un alumno torpe la más importante de sus prédicas— y usted no hablará de eso, ni de mí, nunca. Recuerde que mi vida está en sus manos...
—Juré no hacerlo... y no lo haré.
—Así me gusta, Claudia, que no olvide. Ahora, lea esto... —le entregó un nuevo papel, repetidamente doblado— Léalo y después, destrúyalo. Recuérdeme siempre. Adiós, Claudia.
—Adiós —respondió ella, y necesitó realizar un enorme esfuerzo para que sus labios no la traicionaran pronunciando el nombre del que se dirigía, luego de gratificarla con una sonrisa y un guiño amistoso, al interior de la casona.
Si el primer poema le gustaba, el segundo la hacía llorar. ¡Oh, hermosa euforia romántica cada vez que lo repasaba en la memoria! Pues él había ordenado que los destruyera, una a una aprendió las palabras de ambos textos; palabras triviales, sobadas, que para Claudia ganaban belleza a medida que sus labios o sus pensamientos las reiteraban en la soledad de su alcoba o en la intimidad mental de sus constantes sueños.
El segundo era un poema triste, parecíale; un verdadero poema de adioses y, bien visto, de renuncia al amor más perfecto: el que se profesa a lo que se sabe inalcanzable. Había escrito él, con su maquinilla de oficina, sin una sola enmienda:

Ahora que he vuelto a sepultar
en profundidades de ceniza
las palabras fundamentales
del lenguaje humano;
ahora que la voz de la pasión
ha muerto ahogada nuevamente
en el silencio,
comprendo que callar
Te amo

equivale a morir secretamente
en el abismo de un ensueño.
¿Qué habrá después para el que hoy
se agota en la nada de la espera?
Sólo un dolor en la memoria
sin la esperanza del olvido.
Para el largo tiempo del recuerdo
que empezó la tarde del adiós,
son míos
la sencilla emoción de tu nombre
y el mínimo sabor de tus lágrimas.

Ausente él, lo que equivalía a decir: ausente la esperanza; sin saber siquiera a dónde dirigirle las apasionadas, larguísimas, amorosas cartas que ideaba en el sonambulismo alucinado de las horas diurnas y que escribía en las interminables horas de su vigilia nocturna; muerta de celos por el temor a que él, allí donde estuviese, conociera a otras mujeres y la olvidara — Claudia fue resbalando hacia la más tétrica melancolía, y descubrió que el sufrimiento por amor suele ser tan placentero, si se ama a una quimera, como el amor mismo; y halló en la voluntaria soledad que se procuraba, satisfacciones desconocidas, dulces dolores y una grata tristeza que volvía pálidas sus mejillas, irregular su apetito y lánguidas sus miradas. Por las mañanas, para que no fueran a ser vistas por ojos indiscretos, quemaba las epístolas que con tanto empeño había escrito, y se alistaba a vivir otra jornada de estéril ilusión.

Animadas como nunca resultaron las fiestas en honor a la Virgen. Conmovedores los oficios religiosos a los que un arzobispo dio brillo con su ilustrísima presencia. Muy interesantes los torneos poéticos que organizaron las cultas damas del *Florilegio Espiritual*. Instructivas y amenas las conferencias que dictó, en torno al tema *La Virginidad de la Madre de Dios*, un jesuita de gran prestigio social traído, con espléndida paga, de la capital del país, y espectacular el Te—Deum que epilogó la semana de celebraciones. No menos felices fueron las de índole profana: corridas de toros, competencias ecuestres, riñas de gallos, serenatas populares, y las imprescindibles loterías, ruletas, mesas de bacarat, timbas de dados, de cuyas robustas ganancias los concesionarios cedieron parte para el beneficio particular del señor alcalde y parte para disipar los escrúpulos que por esas épocas asaltaban cada año a las autoridades eclesiásticas del rumbo.

Pero el jolgorio de esos siete días y de esas siete noches —a cuyo entusiasmo no fueron ajenas Bruna y Amelia— no consiguió aminorar la gran pena de ausencia que estaba sufriendo Claudia. Podía estar su cuerpo en el templo, atenta al suntuoso rito de la misa de tres padres; o en el Círculo Literario, a la escucha de los sonetos que recitaban, por docenas, declamadores de engolada voz; o toda oídos, en la Lonja, a la docta charla del jesuita; o consumida de aburrimiento en las veladas del Coro de Niños Cantores; podía estar allí, pero su espíritu hallábase lejos, solitario en el dilatado médano de la nostalgia, peregrino en el ámbito infinito de la soledad.

Su melancolía fue haciéndose más y más acusada a medida que pasaba el tiempo. Con ojos suspicaces, Amelia comenzó a espiarla y era frecuente que la descubriese absorta, las pupilas ciegas en la luz, las manos inertes en el regazo, la boca a medio abrir, los oídos sordos, la voluntad en derrota. La fustigaba con un grito para rescatarla del ensueño; la acuciaba con órdenes perentorias; reñíala por su negligencia. Claudia debía hacer entonces un esfuerzo y reanudar lo que estaba

haciendo (o iniciar lo que no había hecho) cuando el recuerdo del amado había venido a paralizarla en acción y pensamiento.

Se presentaron más tarde, sin que Claudia supiera a qué atribuirlos, síntomas de malestar físico que la hubiesen alarmado de haber sabido qué anunciaban. Perdió, ahora por completo, las ganas de comer. El sano color de sus mejillas (color de sol y de salud inmejorables) evolucionó de la palidez romántica de los primeros días al tono pardocafé de la tierra vieja. Aparecieron en torno a sus ojos cientos de venitas violáceas, y una especie de fatiga entorpeció sus reflejos musculares. La mera idea de caminar, de agacharse, de ir a su alcoba, de abandonar el lecho al fin de una noche de reposo escaso y difícil, de abrir la ducha, de masticar la comida, de cumplir alguna orden de las tías, de pensar — causábale pereza.

Y el sueño, un sueño que la atacaba únicamente en el día, comenzó a torturarla, a tirar de sus párpados a toda hora, a arrancarle bostezos incontenibles no importaba dónde o ante quién. Dormía aún hallándose de pie; a veces, por lapsos de segundos; no pocas, de minutos. Cabeceaba en la iglesia, en el trayecto entre ésta y su casa; en cualquier sitio. Perdió interés en todo, inclusive en repasar sus recuerdos. Empezó a descuidar su arreglo personal y era necesario que Bruna o Amelia la enviaran a mudarse de ropa o a peinarse o a ponerse bajo la regadera.

Se hizo susceptible, quisquillosa y grosera hasta donde la educación que había recibido le permitía serlo con sus parientas. Una lágrima siempre a flor de párpado, lloraba sin motivo. Que le llamaran la atención, la hacía verter durante horas el jugo de sus ojos; que no le hablaran con cariño, provocaba su cólera; que lo hicieran con rudeza, su resentimiento más enconado. Todo le repugnaba: la brillantez de la luz, la densidad de la sombra, el calor o el frío; la fragancia de las flores, el silencio, el ruido, las risas de sus tías o sus murrias; que fuera martes o que amaneciera sábado. Dejar la cama o acostarse. Llegó, al fin, el momento en que se encontró a sí misma antipática, fea, tonta.

Cierta mañana amaneció con el estómago en desorden y la sensación de que su cabeza era una esfera de humo. El olor de la pasta dentífrica la enfermó de náusea y vomitó unos hilillos de saliva amarga. Poco más tarde, así que desayunaba, la tía Bruna preguntó, como era matutina costumbre, a la tía Amelia:

—¿Qué quieres comer?

La tía Amelia de idéntica manera a como respondía los miércoles:

—Conomé con huevo, arroz frito y tortitas de camarón...

Claudia, que en ese instante bebía su café con leche, sufrió un violento arqueo al evocar con la memoria olfativa el olor de los camarones, y sin poder evitarlo derramó sobre la mesa, y sobre cuanto en ella había, el contenido de su taza. Cubriéndose la boca con la mano para contener el vómito, abandonó a escape el comedor.

Atónita, el tercio de una palabra en los labios, la tía Bruna la vio cruzar el patio y correr escaleras arriba. Se volvió, preocupada, a su hermana:

—¿Qué le pasará a la niña?

—Dios sabrá —repuso Amelia oscuramente.

—Lleva ya muchos días así: un poco rara.

—Muy rara —enfaticó Amelia.

—Como si estuviera enferma y no quisiera decirnos de qué. ¿Quieres que le pregunte qué le sucede?

—Inténtalo.

—Tal vez necesite un buen purgante.

—Es probable.

—Cuando tenía seis años, ¿recuerdas?, se puso así: no quería comer, se quedaba dormida parada, volvía el estómago a cada rato.

—Ahora, que yo sepa, no se ha empachado con manzanas verdes como entonces.

Bruna emitió un diagnóstico:

—Sea como sea, la muchacha está mala.

—Se ve. Si es algo del estómago —dispuso Amelia— le pondrás un lavado y harás que se acueste. De comer, para ella, sólo un poco de pechuga de pollo...

—Cuando vuelva del mercado, pondré a hervir el agua...

—Lava antes, perfectamente, la cánula...

Bruna, que sentía especial cariño por Claudia, quizá porque la creía más hija suya que de Amelia, así fueran ambas sus madres adoptivas en idéntica proporción, indicó:

—A la pobrecita le faltan distracciones, amistades, ir a otra parte que no sea a la iglesia sábados y domingos...

Ríspida, opinó Amelia:

—No veo para qué. La estamos educando como debe ser: cristianamente, y no seremos nosotras quienes propiciemos que trate con la gentuza.

—Las muchachas del Liceo no son gentuza, hermana.

—Basta. Cállate. La responsable de la educación de Claudia soy yo. Déjame, pues, que siga mi propio método.

—Lo que tú digas, Amelia —se replegó Bruna, sometiéndose, igual que siempre desde joven, a la tiránica autoridad de su hermana.

Era a Claudia a quien más perpleja dejaban las diarias, imperceptibles y, sin embargo, evidentes transformaciones que sufría su cuerpo. Si apenas se alimentaba, ¿por qué su talle, siempre fino, ganaba en espesor cada día? ¿Por qué sus senos, de suyo firmes, se iban endureciendo hasta parecer de piedra y volviéndose oscuros y aumentando su volumen al grado de desbordar la ajustada cárcel del corpiño? ¿Por qué se habían vuelto tan sensitivos al roce de la ropa, de las manos o de cuanto tuviese contacto con ellos? ¿A qué misterioso mal atribuir los calambres que atacaban, por sorpresa, sus piernas y su espalda, y la hacían gemir, retorcerse, llorar por las noches? ¿Y la incontinencia de su vejiga, y el asco a los guisos que antes eran de su agrado, y la modorra, y el abatimiento de su espíritu, y la pérdida de la memoria y del interés, y esa película grisácea que le sombreaba el rostro?

La tía Bruna cavilaba noche y día tratando de hallar la clave del malestar permanente de su sobrina. Con autorización de Amelia (nada en la casa hacía sin su previa conformidad) ensayó todos los medios curativos que conocía por experiencia y otros que ponderaba infalibles *El Médico del Hogar*, un mamotreto cebado de recetas para la cura de las más disímbolas enfermedades — de la fiebre del heno a los diviesos; de las *perrillas* en los ojos a las inflamaciones del bazo. Pero ninguno alivió a Claudia. Se le suministraron laxantes, pócimas de exóticas hierbas, tónicos de innumerables marcas, aceite de hígado de bacalao, gotitas de nuez vómica, grageas homeopáticas, y cuanto a la gorda mujer le pareció bien. Recurrió, luego, a lavativas, supositorios; a masajes con unto de cerdo, a emplastos de mostaza; y como también fracasaran echó mano de la fe: hizo novenarios, ayunos, triduos y compromisos con toda la *Corte Celestial*.

Inútilmente. Claudia continuaba desmejorando, languideciendo, perdiéndose en la más amarga melancolía. Sufriendo jaquecas, náuseas y dolores musculares. Durmiéndose en cualquier parte. Llorando por cualquier cosa. Descuidando su

apariciencia. La muchacha atildada de otros tiempos (de once semanas antes) celosa de su aseo, de su peinado, del aspecto de sus uñas, de la pulcritud de su ropa, habíase convertido en una mujer casi haraposa y sucia, (*fodonga*, al decir de Amelia), a la que había que reñir para que se lavara siquiera las manos y se pasara el peine por el cabello.

Un mediodía, de sobremesa, mientras soportaba el suplicio de las críticas poco amables que le endilgaba Amelia por su comportamiento abúlico, grosero y a todas luces inexplicable, Claudia escuchó decir a la cándida Bruna:

—Yo creo, Amelia, que la muchacha está embrujada.

—¡Qué idioteces se te ocurren! Tú, una católica, diciendo tales cosas.

—Si no está embrujada, ¿por qué no se alivia?

—Vaya que eres tonta, mujer —la regañó su hermana—. ¿A quién se le ocurre pensar en embrujamientos?

—A mí, Amelia. No es que crea en brujas, pero sí creo en brujerías. Acuérdate, sin ir muy lejos, de lo que le sucedió a la esposa de don Serapio.

—Bah.

—Sí, bah... Pero, ¿no el propio señor cura le hizo una *limpia*, y no gracias a esa *limpia* se curó de todos sus achaques, luego; claro está, que su hijastra confesó donde guardaba el muñeco de cera con los alfileres clavados en el corazón, los pulmones y el estómago?

—El señor cura dijo que había sido coincidencia.

—Lo que sé, es que la mujer sanó del corazón, del estómago y de la espalda apenas le quitaron los alfileres al mono. Por eso, Amelia, pienso que a lo mejor alguien, ve tú a saber por qué, ha embrujado a esta muchacha. Si estás de acuerdo, ¿por qué no llamamos a doña Augusta para que la haga una *limpia floral*?

Poniéndose en pie bruscamente, la tía Amelia interrumpió, sin dar respuesta a la última pregunta, la perorata de la tía Bruna:

—¡Qué *limpia floral* ni qué ocho cuartos!

—¿Por qué no, Amelia? —se engalló Bruna, que casi nunca objetaba una opinión de su hermana— ¿Por qué no llamar a doña Augusta para ver si sana a Claudia?

—Porque no estoy loca. ¿Qué pensará de nosotros el señor cura, si no que también somos brujas?

—Pues hablémosle a él.

Amelia movió la cabeza, se apoyó con ambos puños sobre el mantel y mirando alternativamente a Bruna y a Claudia, expresó en palabras la decisión que un momento antes, preocupada también por la salud de la sobrina, había al fin tomado:

—A quien debemos llamar es a la *Miss*... Iré a su casa en cuanto me arregle un poco.

La tía Amelia experimentaba irreprimible aversión por los médicos en general y por los de sexo masculino en particular. Pues no podía prescindir de sus servicios, servíase, así fuese esporádicamente, de los de una doctora, señorita como ella y como ella cofrade distinguida del Rito de Mayo, la más selecta hermandad religiosa de la provincia. La *Miss* —a la médica le gustaba que la llamaran así: la *Miss*— apareció por la casa a la hora del crepúsculo, parloteó un rato con Bruna y dijo del modo gentil que usaba al hablar:

—Veamos ahora a la enfermita...

La enfermita miraba tristemente, desde su lecho y a través de la ventana, el lento desgaste de la última luz del día. Gustábale esa hora y ser testigo de la victoria de la sombra. A solas en la penumbra de su recámara sabíase más cerca de él, dondequiera que él se hallase, y más cerca también, más reconcentrada en sí

misma. Entre suspiros y lagrimillas recitaba los versos que él había escrito como homenaje de amor. ¡Qué bellos le parecían! ¡qué sentidos y románticos! La emocionaban en especial, del primero, la parte:

un secreto universo
de imágenes por ambos compartidas,
de emociones por ti creadas,
de sensaciones en ti halladas.

Y del segundo, el pasaje:

comprendo que callar
Te amo
equivale a morir secretamente
en el abismo de un ensueño.

En el hilar interminable de su nostalgia, solía a veces mezclar ambos poemas y declamarlos, en la media voz preferida por los enamorados, puestos los ojos en dirección a las colinas que habían sido escenario de su primera entrevista de amor. Invariablemente terminaba llorando y era entonces —epílogo del rapto emocional— que confiaba a los astros, sólo a ellos, con placer y patético respeto, el nombre del Maravilloso. ¿Qué lugar ocupaba él, después de todo, en la escala de los sentimientos de Claudia? ¿Qué era — si no una ambigüedad?

(En una de las cartas que le escribió, a sabiendas que debía destruirlas, decíale: *"Me pregunto qué es usted para mí. ¿Mi novio? Y me respondo: es usted más que eso. Es usted, para mí, el Amado. ¿Hay algo más bonito, señor, que saberse el Amado de una mujer?"*)

...a morir secretamente
en el abismo de un ensueño.

Más que desagradable, parecía muy lindo, muy de acuerdo a su temperamento de adolescente en pleno desequilibrio amoroso, vivir la dulce muerte secreta a que él aludía en sus versos. ¿No llevaba muchas semanas muriendo en el abismo de un ensueño? ¿Eran los que sufría, síntomas del *mal de amor* que sólo padecen, de creer a los poetas dilectos de la tía Bruna, los hombres y mujeres favoritos de ciego Cupido? Su palidez, su inapetencia, su gran susceptibilidad, ¿significaban que Claudia había sido alcanzada por las certeras saetas del más travieso de los dioses...?

El interrogatorio a que la *Miss* sometió a Claudia fue extenso y muy profesional. Por medio de preguntas directas y sencillas, y de respuestas del mismo estilo, trataba de establecer las causas que producían tales efectos en la salud de la muchacha. Ninguna de las informaciones que obtuvo le permitió formular una hipótesis, aventurar una opinión, hacer un diagnóstico que la satisficiera. De acuerdo a su experiencia, al conocimiento previo de la paciente y a los indicios que las viejas le suministraron, se podían atribuir los males de Claudia a todo, excepto a una enfermedad del estómago, a un trastorno de los nervios o a un ataque de malaria.

Decidió, por último, auscultarla, y para tener plena libertad pidió a Bruna y a Amelia, que asistían silenciosas a la consulta, que salieran de la recámara.

A solas con Claudia, le pidió que se quitara el amplio camisón que la cubría. La muchacha escuchó la orden, sin comprender para qué deseaba la *Miss* verla desnuda. Impaciente —aunque comprendiendo, y justificando, la pudorosa actitud de la chica—, la doctora dijo:

—Sólo viéndote podré saber de qué estás enferma.

Al ojo experto de la *Miss* no pasó inadvertida la robustez anormal de ese cuerpo tierno y, sin embargo, maduro de formas. Era, más que el de una joven de apenas diecisiete años, el de una mujer llena de la vida interior de un embarazo. Una partera como ella, con tres lustros de intensa práctica, no podía equivocarse respecto a ciertos indicios demasiado obvios — el crecimiento y la dureza de los pechos, la hinchazón ya visible del vientre; la oscura línea que bajaba perpendicular desde el ombligo. Causándole dolor, sus manos hábiles oprimieron el abdomen de Claudia y descubrieron lo increíble: la presencia de un ser en desarrollo. Decidió no seguir auscultándola más.

—Vístete... —ordenó, y por el tono de su voz ya no amable como al principio, sino seca de desdén como la de la tía Amelia cuando estaba furiosa, creyó Claudia advertir un aleteo de cólera.

—¿Qué es lo que tengo, Miss? —preguntó con gran inocencia.

La *Miss* respondió:

—¿No lo sabes...? —con un retintín sardónico.

—No.

—¿Quieres pasarte de tonta... o de lista, eh?

—No sé lo que me pasa, *Miss*. Se lo juro.

La *Miss* la miró larga, duramente hasta que las mejillas de Claudia se pusieron encarnadas y, como si se avergonzara de algo que desconocía, volvió la cabeza y comenzó a lloriquear. ¿Era tan grave su enfermedad que hasta ahora la doctora, siempre gentil, se rehusaba a decírselo? ¿Estaría próxima a la muerte? La *Miss* hizo en seguida un comentario cuya intención escapó a la paciente:

—Lo que te pasa, mujer, comenzó hace tres meses... —y luego formuló una pregunta que no había hecho antes, porque carecía de razones para plantearla— ¿Cuándo te enfermaste por última vez?

—Estoy enferma ahora...

—Digo, ¿cuándo fue la última vez que te bajó la regla?

—Ah —hizo Claudia y, con los ojos llorosos y la ayuda de los dedos, calculó el tiempo— Como una semana antes de que nos fuéramos al convento...

La *Miss*, que había estado también de retiro en la casa de las carmelitas junto con Amelia, Bruna y Claudia, hizo sus propias cuentas y llegó a la misma conclusión a que la condujera su juicio preliminar de comadrona veterana:

—O sea, que hace tres meses entrados a cuatro que no tienes periodo.

—Sí, *Miss*.

La riñó entonces como si fuera su propia hija:

—¿Por qué no empezaste diciéndome lo que habías hecho?

Y con un candor que la *Miss* confundió con la desvergüenza, Claudia preguntó, más para sí que para la médica:

—Pero, ¿qué he hecho yo...?

Cuando la *Miss* salió del cuarto de Claudia, las tías, que aguardaban impacientes en el corredor, cavilando por qué demoraba tanto el examen de su sobrina, la acosaron a preguntas. Discreta, pues no podía informarles allí lo que deseaban saber, la partera les pidió que volvieran a la sala para hablar con la calma y la amplitud que el caso ameritaba.

Instaladas en los sillones de alto respaldo, ansiosas de espera las dos solteronas, sin saber ella misma de qué modo amable y suave revelar la noticia que las sumiría en un enorme y vergonzoso dolor, la doctora dejó que transcurrieran en silencio todos los segundos de un minuto. Luego, comenzó a interrogarlas:

—¿Quién es el novio de Claudia?

—Nadie —protestó Amelia, como si fuera delito que su sobrina tuviese uno.

—¿Reciben ustedes la visita de algún hombre?

—Miss —creyó Amelia de su deber recordárselo— bien sabes que aquí no entran más pantalones que los del señor cura.

—Sin que ustedes lo sepan, ¿puede ver a alguien... fuera de aquí?

—Claudia jamás sale sin que la acompañe alguna de nosotras. Su tía Bruna o yo.

Intervino Bruna:

—Además, la pobrecita sólo va a la iglesia, sábados y domingos.

—¿Están seguras de que en los últimos cuatro o cinco meses ha estado solamente con ustedes?

—Absolutamente. De día y de noche.

—A todas horas... —enfaticó Bruna.

—¿Existe alguna posibilidad, por pequeña que sea, de que Claudia salga de casa sin que ustedes la vean... o que un hombre venga a verla aquí...?

—Ninguna. Aunque bien nos conoces, voy a repetirte cuál es nuestra rutina diaria. Nos levantamos a las siete. Un día voy yo a misa; el otro, Bruna. Los domingos, las tres. Claudia no se queda sola nunca; no puede quedarse. Después del desayuno, mientras Bruna dispone la comida y comienza el quehacer de la casa, Claudia y yo atendemos el comercio. A mediodía cerramos para comer y descansar. Abrimos a las cuatro y volvemos a cerrar a las siete. Merendamos a la media, menos el viernes, que viene el señor cura a tomar chocolate —a las ocho. Platicamos, hacemos cuentas, escribimos cartas, preparamos los recibos de las vecindades, leemos o bordamos hasta las diez. A esa hora damos gracias a Dios por habernos dejado vivir un día más, y a la cama...

La información proporcionada por las tías, lejos de aclarar total o parcialmente el misterio, hacía más profundo. La Miss se puso en pie, les dio la espalda, fingiendo interesarse en examinar al tacto las flores de un gran ramo que llenaba un vaso de cristal colocado en una repisa cerca de la ventana, y desde allí, para no ver el asombro y la ira que les produciría lo que iba a decirles y que no pod/a callar, comentó:

—Pues no me lo explico entonces... —y dejó en el aire las palabras que completaban la frase.

Curiosa, la tía Amelia quiso saber:

—¿Qué es lo que no te explicas?

—Que Claudia, que nunca está sola, que nunca ve a ningún hombre, que vive como si dijéramos pegada a las faldas de ustedes... esté embarazada...

Creando no haber oído bien —pero absolutamente segura de que las palabras que la Miss había dicho eran: "*esté embarazada...*"— la tía Amelia irguió su alto cuerpo flaco, trenzó los dedos de sus manos a la altura de su pecho plano, y demandó:

—¿Qué es lo que estás diciendo?

Se volvió la Miss lentamente a mirarla y halló frente a sí a una mujer con el rostro blanco por el espanto:

—Lo que oíste, Amelia.

—¿Quién dices que está embarazada?

—Tu sobrina Claudia.

Entonces, Amelia gritó:

—No es posible. No es posible.

—La examiné a conciencia y no tengo, por desgracia, ninguna duda. Su embarazo es, por lo menos, de tres meses.

Como si de pronto hubiese perdido la facultad de hablar, o como si la revelación de la doctora le hubiera provocado los efectos paralizantes de un golpe en la nuca, la tía Amelia quedó muda, boquiabierta, inmóvil, insensible como una piedra. Bruna y la Miss, que esperaban oírla prorrumper en gritos iracundos, se sobrecogieron de temor por su silencio — un silencio espeso, duro, de amarga cólera, que presagiaba truenos ensordecedores.

Pero Amelia no estalló entonces. Al cabo de un tiempo, muy suave la voz, muy dolida también, musitó:

—¡Claudia, hacerme esto! —y luego de mover dos o tres veces la cabeza lentamente, preguntó — ¿Puedes jurar que está... embarazada?

Con el aplomo que da la certeza de lo que se afirma, repuso la partera:

—Absolutamente. Si no me crees, llama a otro doctor para que lo confirme.

—No —aceptó Amelia el diagnóstico. Quiso saber después—, ¿Ella... qué dice?

—Finge, así me parece, que no sabe lo que tiene.

La tía Bruna terció en ese diálogo que buscaba su camino entre amplias pausas de ominosos silencios:

—A lo mejor de verdad no lo sabe.

—Cállate, imbécil... —estalló Amelia. Y a la Miss— ¿Te dijo quién es el culpable?

—No se lo pregunté; y no me lo hubiera dicho, además.

—¿O dónde fue y cuándo?

—Dónde no lo sé. Cuándo, te lo he dicho: hace tres meses.

Bruna empuñó su pequeño, lento cerebro en un esfuerzo de cálculo, e informó, triunfal:

—Hace tres meses estuvimos con las Carmelitas...

—Eso ya lo sé —volvió a decir Amelia, para silenciar a su hermana. Con voz que ya comenzaba a hacerse grave de rencor, murmuró dirigiéndose a la médica— ¿Así que no dice quién fue el hombre, ni dónde ni cuándo?

—No se lo pregunté —repitió la Miss.

La tía Amelia respiró profundamente y estalló al fin:

—Pues haré que me lo diga, aunque tenga que descuartizarla.

Antes de que Bruna y la doctora pudieran avanzar un paso, la tía Amelia se lanzó corriendo, escaleras arriba, en dirección a la alcoba de Claudia. Empelló la puerta y echó llave por dentro. Las otras dos mujeres, que subieron tras ella, no lograron convencerla de que las dejara pasar.

—Va a matarla, va a matarla... —lloriqueaba Bruna, tirando del picaporte de porcelana, mientras por debajo de la puerta se escurría el hervor de los gritos salvajes de Amelia.

Aunque ahora poseía una razón poderosísima para aborrecer a quien había profanado su pureza, valiéndose del innoble recurso de embriagarla para que no opusiera resistencia, y ninguna ya para cumplir el juramento de lealtad que él la obligó a pactar, Claudia negábase obstinadamente (así la tía Amelia la vejara de palabra y obra, abofeteándola sin misericordia o llamándola puta en todos los tonos) a revelar el nombre de su seductor y el sitio y la fecha en que había ocurrido su desliz. Sin ánimo de intentar siquiera una débil defensa propia, aceptaba los golpes, los insultos, las amenazas con estoicismo de mártir — porque mártir creía ser, pese

al engaño de que la habían hecho víctima, de un amor al que el Destino sometía a la más ardua de las pruebas.

Como la doctora a su ignorancia, la iracunda Amelia atribuía al más grosero cinismo la terquedad de Claudia por callar, y proteger con silencio a quien la había convertido en la más sucia de las pecadoras, en una prostituta para la que sólo quedaba, como único camino po—

160

sible de redención, el matrimonio. Si la sacaba de quicio saber que la muchacha había tenido ya trato con un hombre, hasta los límites extremos de la cólera racional la enajenaba que se rehusara, como si ello fuera a hacer menos grave su falta, a decir con quién. Fuese quien fuere el violador, lo obligaría a contraer nupcias con Claudia, no sólo para que el hijo que ésta llevaba en la matriz no naciera espurio, sino para que el apellido de la familia, sin mácula durante generaciones, quedase limpio de mancha tan vergonzosa.

—Dime quién fue, Claudia —exigía, ahora paciente y ya fatigada—. Es por tu bien que quiero saberlo...

Claudia callaba, sorda a la súplica, insensible al espectáculo de las rabiosas lágrimas de su parienta, indiferente a lo que ésta argumentaba, sin temor al sombrío futuro que, al decir de Amelia, la aguardaría de insistir en su silencio.

—¿Quién va a querer casarse contigo? Si ya no eres pura, ¿qué hombre va a fijarse en ti? Si no tienes esposo, ¿cómo vas a tener un hijo? ¿Qué va a ser de ti, de mí, y de tu tía Bruna cuando todo mundo sepa lo que eres y lo que hiciste? ¿Y por qué lo hiciste, Claudia? Mientras cometías tu pecado, ¿no pensaste en Dios, en tus padres difuntos, en nosotras que sólo buenos ejemplos te damos? ¿No pensaste en eso, di, mientras dejabas que un hombre, jese que el Altísimo condene al fuego del infierno, te hiciera la maldad? Dime, hijita, quién es el vil individuo y haré que se case contigo...

Pues era obvio que Claudia no lo diría, Amelia intentaba establecer la identidad del seductor por medios indirectos y, pensaba, también eficaces. Hacía preguntas, ponía trampas dialécticas, ofrecía asideros de excusa y promesas de perdón:

—¿Es alguien que conocemos? ¿Ha venido a la casa? Si él supiera cómo estás, se apresuraría a casarse contigo. Tal vez desee hacerlo: dime su nombre e iré a hablarle. ... Podremos hacer una boda muy bonita. Tú con un vestido blanco, precioso; el señor obispo oficiando y el Coro de Niños cantando para ti... Te casarás como lo que eres: una muchacha cristiana y temerosa de Dios; y luego, para evitar que la gente murmure, tu marido y tú se irán de viaje, y estarán fuera hasta que el niño nazca... ¿Quién va a saber lo que en verdad pasó... y cuándo? No eres la primera ni serás la última inexperta a la que le ocurra una cosa así... Dime, ¿él... es pobre y por eso no puede hacer frente al compromiso del matrimonio? Si es pobre ¿qué importa! Bien sabes que tu tía y yo tenemos un poco de dinero guardado, y algunas fincas. Hipotecaremos las que sean necesarias y le daremos a tu esposo, en préstamo, claro está, la ayuda económica que necesite para abrirse camino en la vida... Además, esta casa, las otras de alquiler y el rancho serán tuyos de todos modos. Él y tú pueden vivir aquí... ¿Cuándo sucedió todo, Claudia? ¿Dónde, que no nos dimos cuenta...?

Claudia continuaba protegiéndose, para proteger al Amado, con el impenetrable escudo del silencio. Imaginaba la tía Amelia que el seductor era un hombre con libertad para contraer nupcias en cuanto supiera las consecuencias biológicas que había tenido su atrevimiento; pobre quizá, soltero indudablemente. Mas, ¿cómo

reaccionaría de saber que el amante de su sobrina era jefe de una de las familias más respetadas de la provincia, y rico en millones, y dueño de poderosas influencias que lo autorizaban a usar para sus fines personales a los grandes jerarcas de la política y de la iglesia comarcanas, y no sólo amigo de las tías sino también su consejero en negocios, su banquero ocasional que las ayudaba cuando entraban en conflicto con los cobradores de impuestos, y cínico al grado de que no le importaba que le atribuyeran innúmeros lances de alcoba, incontables adulterios y mil aventuras con mujeres de toda clase? Contra personaje de tal calaña, ¿atreveríase Amelia a pleitear, a quemar la pólvora de un escándalo, a exigirle que reparara el daño? ¿A qué, pues, nombrarlo, si correría el riesgo de que Amelia la acusara de calumniar a un ciudadano de primer orden? Y aun creyéndola, ¿accedería el tenorio a divorciarse de su esposa y desamparar a sus hijas para llevar al altar a una muchacha de tan débil moral que no había titubeado en entregarse al hombre de otra?

Ido a buscar por la jadeante y regordeta Bruna y por Amelia informado después del trágico asunto, el cura accedió a continuar la fracasada pesquisa. La doctora y las solteronas daban por seguro que Claudia, buena cristiana a pesar de todo, no rehusaría dar a su confesor el nombre del villano. Por su parte, el sacerdote confiaba que la chica le abriría el corazón, como lo había hecho siempre, para revelar la identidad del desconocido y, lo que tanto interesaba saber a Amelia — cuándo, dónde y en qué circunstancias se había visto con él para pecar juntos.

—En cuanto se lo diga —resolvió la tía Amelia— procederemos a arreglar la boda.

—Muy segura estás, Amelia, de que voy a tener más éxito que ustedes.

La **Miss** intervino:

—A nosotras quizá nunca nos lo diga, pero con usted, padre, no se atreverá a callar.

—Si le exige que se confiese... —sugirió Amelia, malévolamente.

—Con una poquita de presión moral —apoyó la doctora—; hablándole, por ejemplo, de la Divina Ira del Señor, del castigo que recibirá si no confiesa el nombre de quien la engañó; diciéndole que al callar se arriesga a ser excomulgada... estoy segura de que dirá lo que deseamos saber.

Pacientemente, el cura aguardó a que la *Miss* terminara de sugerirle el procedimiento (que él ya había decidido poner en práctica) y comentó:

—Déjenme, ¿quieren?, hacer las cosas a mi modo y decir lo que estime más prudente.

Corrida un poco por el discreto reproche del confesor, la *Miss* le presentó sonrojadas excusas:

—No es que quiera, padre, decirle qué hacer o cómo hacerlo. Mi intención era...

—Muy piadosa —la atajó el sacerdote— y así te la agradezco. ¿Puedo, ahora, ver a la muchacha?

—Iré con usted —se ofreció Amelia.

—Será mejor que hable a solas con ella. Mientras, ¿por qué no se distraen preparando la merienda? Como siempre: chocolate en agua y pan tostado con mantequilla, ¿eh?

El cura encontró a una Claudia hostil y llorosa. No le preguntó si deseaba confesarse; le ordenó, sin preámbulos, que rezara el *Yo, Pecador* y se dispusiera a hacer recuento de sus yerros. Así que la muchacha lo obedecía de mal talante, el religioso trataba de recordar las confidencias que le había hecho en los últimos tres meses, y halló que ninguna tenía relación, hasta donde él juzgaba, con la grave falta que no negaba, aunque tampoco aceptaba, haber cometido.

—Comienza... —exigió, luego de advertirle—: Callar los pecados, por leves que sean, te hace acreedora al castigo de Dios. Recuérdalo, hoy particularmente...

En tanto que Claudia recitaba sus triviales pecadillos, el sacerdote se preguntaba si la muchacha (a la que guiaba espiritualmente desde que tenía seis años de edad) había sido capaz de engañarlo, ocultando su delito contra la pureza, todas y cada una de las veces que la había recibido en confesión durante las últimas doce semanas. Si Claudia acudía a él, la tarde de los viernes, para ser absuelta y poder comulgar la mañana del domingo, ¿por qué había callado tan grave crimen? ¿Acaso porque, consciente de su magnitud, temía que él se negara a perdonarla? ¿Por qué, si nada le ocultaba, jamás le había dicho que sostenía relaciones de amor con un hombre — o quién era éste?

Concluyó Claudia la relación de sus faltas (desobediencias mínimas a las tías, cóleras pasajeras, críticas injustas formuladas con el pensamiento, pereza para desempeñar su trabajo, olvido involuntario para repetir sus plegarias) y guardó silencio, como si sólo de ellas aceptara ser culpable. El cura, entonces, con mucho tacto, para no asustarla, le hizo una pregunta exploratoria:

—¿Es todo lo que tienes que decirme, hija?

—Sí, padre.

—¿Todo?

—Sí, padre.

—Haz memoria, Claudia. ¿No olvidas algo muy... muy importante?

—No, padre —repuso ella con gran aplomo.

—¿Que ya no eres virgen, por ejemplo?

Claudia abrió muy grandes los ojos y tardó mucho en asimilar el sentido de esa, para ella, sorprendente revelación, que si bien la hacía enterarse de algo no la ilustraba lo bastante para que se diese cuenta de qué significaba no ser ya virgen. Interpretando en forma favorable el gesto de extrañeza que apareció en el rostro de la muchacha, el cura dijo:

—¿Por qué no me cuentas lo que te sucedió, eh? Tú sabes que te quiero mucho y que puedo ayudarte, si lo deseas... ¿Cuándo te pasó eso...?

—No sé.

—Claudia, sé razonable. Negándote a confiar en mí, a hablar, adelantaremos nada...

—No sé, padre. Es la verdad.

—Cuándo —comentó el confesor— no tiene importancia. Ya se sabe, con cierta exactitud, que fue hace unos tres meses. Dime, entonces, ¿quién fue el hombre que te engañó?

—No sé, padre —reiteró Claudia, cansinamente.

—Admito que trates de defenderlo, callando. ¿Por cuánto tiempo más? ¿Cuánto crees que necesitarán tus tías para averiguar lo que hoy, a ellas y a mí te niegas a decirnos? Ésta es una ciudad pequeña, y las cosas se saben rápidamente...

Claudia no hizo comentario alguno. Sabía que el sacerdote, aleccionado por las tías, trataba de sonsacarle con maña el nombre que ella había prometido, jurado, guardar secreto, pasase lo que pasare; fuese quien fuere la persona o personas que intentaran hacérselo decir. ¿Era digno de confianza un cura que se prestaba a ser cómplice de la mujer que la vejó con el horrible insulto de llamarla puta? ¿Era suyo el derecho de delatar a su seductor, por más que éste, ruin, mereciese el castigo de la muerte por su infamia? Que la víctima de su canallada guardase silencio y prefi-

riese la condenación eterna antes que traicionarlo, ¿no sería la mejor, más hermosa y heroica lección de decencia que ella pudiera darle?

Reanudó el cura su paciente ataque:

—Claudia, ¿sabes que estás arriesgándote a ser castigada con la excomunión, que es la más terrible pena que dicta la Santa Iglesia, nuestra Madre, contra los pecadores como tú? Si lo sabes, si temes, como creo, irte al Infierno sin el perdón de Dios Nuestro Señor; ¿por qué no me dices quién te sedujo... y dónde?

—No lo sé, padre;

—¿Sabes siquiera que estás embarazada?

—Eso dice mi tía.

—¿Sabes qué es estar embarazada?

Por primera vez con una vacilación en el acento, contestó Claudia:

—Que voy a tener un niño...

—Estás embarazada, muchacha, y eso no puede negarse. Tu hijo tiene ya tres meses. La *Miss lo* ha comprobado. ¿Quieres que esa criatura venga al mundo como producto de un sucio pecado? ¿No deseas para ella un padre que le dé su nombre...?

—No lo sé.

—Dime, Claudia: ¿por qué te entregaste a ese hombre. ..?

—A nadie me entregué —saltó la muchacha, ofendida.

—¿Por obra de quién, dime, estás embarazada?

Con gran frialdad, con tanta que el cura quedó confundido, la muchacha respondió:

—Será por obra del Espíritu Santo...

—Blasfemas, mujer...

De súbito audaz, no obstante que ello hería su sensibilidad de católica temerosa de Dios, Claudia añadió:

—¿Por qué no puedo yo estar embarazada por culpa del Espíritu Santo?

El cura alzó patéticamente los ojos al cielorraso en penumbra, unió sus manos en actitud de súplica y demandó con suma unción:

—Perdona, Amada Virgen, a esta pobre muchacha que no sabe lo que dice...

Comprendiendo lo monstruoso de su injuria a la Madre del Redentor, Claudia sufrió un violentísimo acceso de llanto. Convulsa de suspiros, se puso de rodillas y, ya al borde de la histeria, pidió también perdón a la Virgen:

—Dispénsame, Virgencita María... Dispénsame por favor. No quise herirte, no quise... Créeme.

Como harapo quedó largo tiempo tendida sobre el piso, llorando ruidosa y amargamente. Cuando se desahogó un poco, el cura la ayudó a levantarse y a ocupar otra vez la silla en la que había estado sentada.

—En tu extravío —dijo— no has titubeado en ofender a la Virgen Purísima. ¿Te das cuenta, Claudia, de qué tan adentro de ti llevas al Demonio? Ayúdame a ayudarte, hija mía. Sólo dime lo muy poco que deseo saber: ¿quién te mancilló...?

Y la respuesta —como habrían de ser cuantas emitieran sus labios a lo largo de la siguiente hora— fue:

—No lo sé, padre, No lo sé. No sé quién, ni cómo, ni dónde. No lo sé, no lo sé.

En tanto que las solteronas extremaban las precauciones de vigilancia en torno a su sobrina, manteniéndola cautiva en su alcoba como si ello fuese ahora a servir, el cura puso a funcionar las sensibles antenas que lo proveían de información, para procurarse la que lo ayudara a resolver el enigma de la preñez de Claudia.

Ni los millares de ojos que escudriñaban para él los secretos de la ciudad, ni los de oídos que escuchaban detrás de las puertas, ni los de labios que le confiaban las sórdidas habladurías de los feligreses, pudieron aportar, en dos semanas de infatigable tarea, un solo dato, una sola pista, así fuese débil, que le permitiera saber a quién buscaba. Los informantes, múltiples y anónimos, de siempre probada eficacia, habían fracasado en forma por demás rotunda. Ellos, que todo lo sabían, ignoraban ahora todo; ellos, que todo lo oían, no habían podido aprehender el nombre del que abusó de la virtud de una candida doncella, parienta de dos no menos virtuosas señoritas.

(Era ésta la primera vez, recordaba el sacerdote, que una pesquisa de las organizadas por él terminaba en fiasco. ¿Acaso porque los comisionados para llevarla a cabo —ratas de confesonario, beatos sin oficio, gusanos hurgadores de vidas ajenas: jóvenes y viejos, hombres y mujeres, expertos en labores de espionaje— habían perdido aptitudes para la delación, o, como llegó a ocurrírsele, porque el seductor no era uno de los varones de su grey? En una ciudad pequeña, en la cual los secretos de almohada son de dominio público a la mañana siguiente; puritana a ultranza y por ello misma afecta a practicar las más sutiles formas de vicio sexual, era fácil, como por experiencia sabíalo el pastor, averiguar todo cuanto ocurría debajo de una sábana; y mucho más, un suceso de la magnitud de un estrupro. ¿Por qué entonces no acertaban a dar con el hombre que mancilló a Claudia? ¿Porque era un extranjero en esos rumbos? ¿O alguien tan caballeroso que ante nadie se ufanó de su conquista?)

Fue un momento difícil el que hubo de pasar el cura cuando informó a las tías y a la médica —que ahora las acompañaba constantemente, ella también interesadísima por curiosa morbosidad en saber el nombre del violador de Claudia— que su investigación había fracasado. A manera de comentario, que quiso ser gracioso y resultó fuera de tono, expresó:

—Casi pienso que el hombre que buscamos no existe...

Amelia escupió acremente:

—Pues el que le hicieron a Claudia no es un *hijo de tierra*.

Intentó el cura sincerarse:

—Quiero decir, Amelia, que el hombre se ha evaporado.

—Pues habrá que seguir buscándolo.

—¿Más todavía?

—Más.

—¿Dónde... si no he dejado piedra sin remover? ¡Y cuántas otras cosas nuevas que yo ignoraba salieron a relucir...!

—Menos la que a nosotros interesa... —lo punzó la tía.

—Hemos hecho hasta lo imposible.

—Si se hubiera hecho, padre, sabríamos algo.

—Cálmate, hermanita —le suplicó Bruna.

—Déjame en paz.

La tía Amelia y la tía Bruna, la doctora y el confesor, siguieron merendando chocolate en agua y tostadas con mantequilla en un silencio lleno de tensas reflexiones. Si Claudia se obstinaba en callar, si nadie contribuía con informaciones para esclarecer el gran misterio, si los delatores al servicio del párroco estaban, como se dice, a oscuras, ¿significaba ello que el atentado del Maligno iba a quedar impune?

—Mucho me temo que sí, Amelia.

Contra lo que esperaban, la tía no soltó un exabrupto. Limitóse a mirar, pensativa, el chocolate de su taza y a suspirar:

—¿Qué podemos hacer...? —preguntándolo más para sí que a las otras tres personas.

Tímidamente, Bruna hizo un comentario que imaginaba poco comprometedor:

—Esperar a ver lo que Dios decide...

—Eso no —chilló Amelia, a quien exasperaba la bovina conformidad de Bruna—. Este asunto tenemos que decidirlo nosotras, no Dios. Ahora mismo...

—Amelia, modérate... —le rogó la *Miss*.

Tras un sorbo del ardiente y aromático brebaje, pidió el cura:

—¿Qué quieres decir con: ahora mismo?

La tía Amelia lo miró con oblicua agudeza:

—Que ahora mismo, aquí, debemos tomar una decisión respecto a la muchacha.

—¿Y tú sugieres...? —planteó la partera.

Antes de que Amelia pudiera decir algo, la interrogó el sacerdote:

—¿Respecto a la muchacha... o a lo que espera?

—A ambos... —fue la cortante respuesta.

—¿Tienes alguna idea de qué hacer?

—Varias, padre. Varias posibles soluciones. El asunto, convendrán ustedes conmigo, es muy serio, pues afecta nuestra reputación de familia decente, el prestigio de nuestro nombre y el futuro de Claudia...

La alusión a la sobrina que amaba entrañablemente a pesar de haber pecado, hizo sollozar a Bruna. Para ella, Claudia era digna de un gran amor, porque lo era también de una gran piedad. Amelia arrojó sobre su hermana, sensiblera y llorona, otra de sus violentas miradas de furia. Prosiguió exponiendo, tranquila siempre, glacial como nunca, sus puntos de vista:

—Es un problema urgente y como tal debe considerársele. Claudia va a tener un hijo; no sabemos de quién, pero un hijo de todos modos. ¿De acuerdo? —El silencio de su auditorio fue la respuesta afirmativa a la obvia pregunta. Continuó: —En cinco o seis meses más, ese... ese bastardo habrá nacido, ¿y entonces? Pero no adelantemos las cosas. Vayamos por orden... He dicho, cinco o seis meses más. Un largo tiempo de vergüenza para nosotras. ¿Qué decir a quienes nos pregunten qué le pasó a ésa...? —y miró con sañudo rencor hacia el cielorraso— ¿Cómo justificar que sin tener marido esté embarazada?

Levantando la mano como una colegiala que pide permiso para hablar a la maestra, Bruna inquirió temblorosamente:

—¿Puedo...?

Amelia frunció el ceño y concedió:

—Di...

—Es cierto que Claudia, ahora, no tiene marido; pero eso, me parece, no es cosa del otro mundo. ¿Verdad? —y buscó en el semblante del cura apoyo a una idea que aún no exponía pero que, dábalo por seguro, al religioso debía habersele ocurrido también.

El cura prefirió desentenderse, fingiendo que removía con la cucharilla la nata del chocolate. Oyó que Amelia demandaba:

—¿Y...? —con sequedad de pistoletazo.

—Y se me ocurre pensar —siguió Bruna— que podemos conseguirle uno. ¿Verdad, padre?

Directamente interpelado, puesto en el aprieto de dar una respuesta, el párroco hubo de opinar:

—Fácil no será, pero podría intentarse. Buscar a un hombre que accediera a casarse con la muchacha, gratificándolo por supuesto, es posible... Y yo sugeriría que se escogiera a alguien que no fuera de este rumbo..,

La doctora metió baza:

—¿Por qué no enviar a Claudia a otra parte, digamos: mañana o pasado, y casarla por allá, como dicen el señor cura y Bruna, con alguien a quien no le importara. ..?

—Es buena idea, ¿verdad, Amelia? —exclamó Bruna, feliz de que la doctora y el religioso apoyaran la que había postulado.

Fríamente, la implacable tía Amelia cortó de raíz el fácil optimismo de sus interlocutores:

—Pues no me parece que sea tan buena.

—¿Por qué? —machacó Bruna.

—Por muchas razones. Entre otras, por ésta: ¿vamos a tolerar lo que nos reste de vida la presencia, en nuestra casa, de un hijo del pecado? Porque hijo del pecado será el que Claudia eche al mundo, casada con quien acepte nuestro dinero...

El cura, la doctora y ocasionalmente Bruna, se pusieron a discutir con ella, tratando de hacerle comprender que la solución aportada por la hermana era, en las presentes circunstancias, la más cuerda y la más fácil, dentro de sus dificultades, de llevar a la práctica.

—Claudia y su marido —dijo el padre— no tendrían, necesariamente, que vivir con ustedes.

—Si así lo dispones, Amelia, no permitiremos que vuelva a vernos después de que se case— reforzó Bruna.

—Casada Claudia, su hijo nacería con padre... —abundó la Miss.

—Un padre postizo...

—Postizo, sí, pero un padre de todos modos. *Ojos vemos, corazones no sabemos*. La criatura tendría apellido. No sería un simple hijo natural...

Esperó Amelia a que agotaran sus argumentos en favor de la sugestión hecha por su hermana Bruna y en su turno, pontificó:

—La situación moral, oigan bien que digo: *Moral*, del bastardo, de su madre y de nosotras no cambia en lo absoluto, así le compremos un marido a Claudia. Ese hijo seguirá siendo hijo de un pecado...

—Amelia, sé razonable y no compliques las cosas con tu exceso de escrúpulos... —le sugirió el confesor.

La tía se endureció más aún al declamar:

—Mis principios morales y religiosos me impiden, sépanlo todos de una vez, aceptar un arreglo así de turbio. Los de fuera, quizás acepten comulgar con esa rueda de molino, pero yo no...

Con cierta audacia, desusada en un mujer como ella, intolerante en muchas cosas, la partera apuntó otra solución:

—No cases a Claudia, si no lo deseas. Mándala, si prefieres, a que tenga su hijo en una de las Casas que la congregación sostiene en la capital o en otras provincias...

—Jamás...

—Tal vez, con el tiempo —insistió— encuentre un hombre que desee casarse con ella y reconocer al hijo...

—Nunca —martilló Amelia, enérgica.

Como la polémica parecía haber llegado a un punto muerto, el padre optó por exigir a la renuente Amelia una fórmula que armonizara los escrúpulos que invocaba

para rechazar las soluciones propuestas y los problemas de índole práctico, social y personal que les planteaba la situación de la sobrina.

—En vista de que nada te parece bien, di tú, Amelia, lo que debe hacerse...

Asintió Amelia, tomando a reto lo dicho por el cura. Inspiró profundamente, tal que si se alistara a recitar una larga parrafada. Muy pálida y por primera vez temblorosa, dijo:

—Ese niño no puede nacer...

Vio cómo en los rostros de los presentes aparecía el asombro, y escuchó a Bruna musitar, igual que si hubiese oído una blasfemia:

—Amelia, ¡tú, diciendo...!

Aplacó inmediatamente la polvareda de protestas:

—No debe nacer... Tampoco puede Claudia quedarse más tiempo aquí. Y no me interrumpen... En consecuencia, es nuestra obligación, sí, nuestra obligación, evitar que ese engendro venga a luz. Además, haremos que la... perdida. .. de su madre se vaya. ¿Conformes?

Tal decisión, expuesta con fría cólera, provocó un rápido, alto, breve vocerío. Ninguna de las tres personas que la escucharon estaba de acuerdo en que fuera la mejor ni, mucho menos, la más cristiana, y cada una, conforme a su propia sensibilidad y a su propio modo de mirar la vida, expuso las razones que tenía para no aprobar lo sugerido por Amelia.

—Es un crimen...

—Una injusticia...

—Algo que Claudia, como ser humano, no se merece. ..

—¿Y nos merecemos nosotras la injuria que nos hizo? ¿Merecíamos el pago que ha dado a nuestro sacrificio? ¿Le enseñamos a ser una... una prostituta?

—La piedad, Amelia...

—Jesús y la Magdalena...

—Una vida que no nos pertenece...

Cuando ya no tuvieron más opiniones adversas qué esgrimir, cuando se marchitaron los alegatos y fueron los tres refugiándose en un silencio cobarde que Amelia interpretó como de tácita aceptación, la solterona resopló ruidosamente:

—Lo que propongo será benéfico para todos. Para Claudia, inclusive, y además servirá de ejemplo para todas esas muchachas locas que tanto abundan... Si la nuestra, modelo de virtudes, hizo lo que hizo, ¿qué no harán otras que viven en un medio moralmente relajado? Si Claudia tiene ese hijo, ¿cuántas más se animarán a atentar contra la pureza? Si la peor de todas, por haber sido la más santa, no sufre castigo, las otras se sentirán animadas a imitarla... Así que, quieran o no, impediremos que el bastardo nazca. Le haremos el favor de ahorrarle la vergüenza de vivir...

Bruna y la doctora, encogidas y temerosas, demasiado débiles ya para disputar con Amelia, miraron al cura —hombre pródigo en recursos oratorios, dueño de una autoridad moral indiscutible y de un aplomo del que ellas carecían— en espera de oír atacar a la autora de tan horrible propuesta y abrumarla con razonamientos que la hicieran mudar de parecer y convencerse que un crimen, así se cometa en un ser de apenas tres meses de vida, no es la solución más inteligente que puede darse a un problema. Pero el sacerdote fingía beber su chocolate; hacía sordo a la doble súplica que había en los ojos de las dos mujeres.

Amelia, anticipándose a lo que el cura pudiese decir, planteó con indudable mala fe:

—Un aborto puede ser, en cierta forma, un crimen... para usar la palabra que alguno de ustedes acaba de pronunciar. Pero un aborto, uno solo como en este caso, está justificado, permitido, si provocándolo se evitan otros muchos... ¿Está usted de acuerdo conmigo? —El cura guardó silencio, simulando que meditaba el alcance de la pregunta. De cierto, para no comprometerse. Amelia atacó de nuevo: —Los malos ejemplos se propagan más aprisa que los buenos. No encubramos, pues, un pecado y resultemos culpables de muchos más. ¿Qué prefiere usted, señor cura: un caso aislado, el de Claudia, o infinidad de ellos? ¿No es más sensato sacrificar a un hijo que nunca iba a saber quién fue su padre, que privar a otros del derecho a nacer como Dios manda?

Tal que si el insidioso discurso no le hubiese sido dirigido a él, otorgó el cura la razón a Amelia por el cómodo recurso de callar, arquear las cejas, mover la cabeza de un lado a otro ambiguamente y dejar en el aire la duda de su silencio.

Reaparece Yuri, después de su profunda inmersión en la oscuridad de su cubil, y en silencio, como si estuviese por completo a solas, va a sentarse sobre una de las incómodas butacas de cuero que Lázaró ha diseñado en forma tal que resulta imposible ocuparlas largo tiempo o caer en el enervamiento del reposo. Lázaró opina que las horas del día son para el trabajo y para el estudio; no para ser desperdiciadas en el ocio. De ahí que ninguno de los muebles de la casa, excepto los duros lechos, sirva para descansar. El rostro de Yuri conserva aún los estigmas de la furia. Su madre se compadece, mas no se atreve a brindarle el bálsamo de una palabra de consuelo. ¿Cuáles pueden mitigar la pena de una mujer que se sabe exiliada del afecto del hombre que hasta la víspera ha sido su amante?

Porque Lázaró y Yuri han compartido, desde hace tres años, con no pocas consecuencias monstruosas, la pasión prohibida del incesto.

Mujer que está de vuelta de todos los dolores, Claudia siéntese impelida a acercarse a Yuri para ayudarla, con una caricia, una reflexión o una mirada, a librarse de los celos que corroen su ánimo y ahondan en su mente la idea de que sólo muriendo Lázaró (y muriendo esta noche de la dolorosa muerte del cianuro) podrá ser satisfecho su rencor. Se abstiene, sin embargo, porque desea que Yuri al sufrir en vivo el dolor del abandono comprenda qué intenso y perdurable ha sido el que padece su madre desde que descubrió que Lázaró y su propia hija habían traspuesto el límite de respeto que impone el parentesco directo, para vivir la más perversa forma de adulterio.

Claudia no tuvo entonces quién le procurara, como ahora ella se la ha procurado a Yuri, la oportunidad de la venganza; el cobro, por medio del crimen, de la inaudita ofensa de verse de pronto convertida en *la otra* de un conflicto amoroso de características singulares. Claudia hubo de callar, aprender la terrible paciencia de admitir una situación a la que no estaba en su mano, por mucho que sí lo estuviese en su deseo, poner fin. Hoy, vuelco del Destino, será Yuri, la hija—enemiga, quien tome revancha por ambas e impida a Lázaró llevar a cabo lo que se propone esta noche.

Aunque ahora sufra celos semejantes a los que sufrió Claudia hace tres años, y aunque entre el dolor de una entonces y el de otra hoy no haya diferencia —son iguales, porque la misma causa y el mismo hombre los provocan— Yuri aventaja a su madre en un punto importantísimo: saber qué va a ocurrir y aprestarse a impedirlo. Claudia, en cambio, ignoró la horrenda relación de Lázaró con su hija hasta que descubrió la mancebía en que se hallaban ambos comprometidos.

Centenares de veces durante los últimos años se ha mortificado Claudia haciéndose el reproche de que su apatía y su tolerancia fueron factores que

propiciaron el desarrollo de la pasión que empujó a Yuri a convertirse en la querida de su padre. Centenares de veces se ha preguntado también, si estaba en desacuerdo con el método que Lázaró seguía para educar a sus hijos; si desaprobaba, por más que se sometiera a ella, una forma de vivir contraria a la moral humana, ¿por qué no ejerció el derecho de autoridad que le correspondía como esposa y madre? ¿Por qué aceptó las doctrinas del hombre al que esta noche va a asesinar? ¿Por qué no intentó nunca, por medio de los recursos múltiples que a su alcance tiene una mujer, contrarrestar los efectos negativos, demoniacos, de las filosofías de Lázaró? Imagina que si lo hubiera hecho —y se equivoca al suponerlo— el trágico amor del incesto no hubiese surgido entre la criatura de instintos elementales y el individuo perverso.

Mas, ¿no existe gran similitud entre el caso de Yuri, que se enamora de Lázaró no porque sea su padre sino porque es varón muy atractivo en su madurez —y el único al que conoce y trata— y el caso de Claudia, que perdió el juicio por un hombre de similares características? Ciertó que ninguna liga de familia existía entre Claudia y su seductor, pero sí un impedimento igualmente válido, que la muchacha de entonces no respetó: el sujeto que codiciaba era casado, y por ende, prohibido. No obstante saberlo, y aunque ello implicara infracción a las severas reglas morales en que había sido educada, no titubeó en provocarlo, en retarlo, en acorralarlo casi, a cometer un acto cuyas consecuencias ella padece todavía. Yuri puede alegar, como exculpante, que Lázaró jamás la enseñó a tratarlo, mirarlo o amarlo como padre, sino como hombre. ¿Qué hubo de malo, conforme a este modo de razonar, en someterse a los deseos de quien, a su vez, no la consideraba hija, sino apetecible hembra?

Si a pesar de la rigurosa vigilancia de sus carceleras y de haber vivido siempre en una atmósfera enrarecida de hipocresía, pudo Claudia hallar oportunidad para entregarse a un hombre, ¿es de extrañar que una joven como Yuri, de ardoroso temperamento y precoces urgencias sexuales, criada en un ambiente en el que todo se tolera y justifica, hubiese buscado el amor de una persona como Lázaró, a la cual le parece lógico y muy normal que el hijo ansíe ayuntarse con la madre y que la hermana permita al hermano las más osadas caricias?

Cuando Job empezó a sufrir los efectos de la compulsión erótica, ¿no buscó para satisfacer sus apetitos animales a la misma mujer en la cual Lázaró satisfacía los suyos? ¿Le importó que esa mujer fuera su madre o llanamente razonó que si Claudia servía a Lázaró, también debía servirle a él para idéntico fin? De no haber rechazado la horrenda pretensión de Job, ¿habría hecho Claudia algo contrario al código moral de su familia o sólo llevado a la práctica lo que Lázaró predicaba?

Si le hubiese dicho por qué rechazó el trato que Job le proponía, Lázaró la habría sin duda reñido colérico, reprochándole que aún conservaba las viejas, estúpidas, gazmoñas ideas de otros tiempos. Sujeta a las presiones del instinto, sin control sobre sus deseos de muchacha que despierta temprano al reclamo del sexo, pequeña bestia que ignora hasta qué límites puede y debe llegar el amor, Yuri no tropezó con el escollo del prejuicio — y accedió alegremente a ser la concubina de su padre. (Nunca, hasta la fecha, ha sufrido las molestias del arrepentimiento. Le parece natural que Lázaró, harto ya de un cuerpo como el de Claudia, marchito por los años y la maternidad, hubiese buscado el suyo; joven, lleno de misterio, macizo, y en el principio — virgen.)

En una parálisis de estupor como la que atontó a su tía Amelia al escuchar la increíble noticia de que Claudia estaba encinta, cayó Claudia al recibir, de labios de Yuri y de la manera más natural, la confidencia de su embarazo. Como aquélla,

quedó boquiabierta, momentáneamente privada de pensamientos, sorda y casi ciega igual que si hubiese oído y visto en forma simultánea el estrépito y la enceguedora luz de una gigantesca explosión; y como aquella, en cuanto le fue posible comprender lo que las palabras significaban, comenzó a zarandearla, a abofetearla y a preguntarle:

—¿Quién fue? ¿Dónde, dónde? ¿Cuándo? —y a llamarla, con saña semejante a la que había usado Amelia para calificarla a ella—: Puta, puta, puta...

Sintiéndose culpable de nada, no teniendo como Claudia compromiso de silencio; por el contrario, orgullosa del que consideraba, subconscientemente, un triunfo de su juventud y de su belleza sobre la decandencia física de su madre, Yuri impuso su voz a los alaridos y reveló:

—Lázaro. ..

Instantáneamente murieron los gritos en los labios de Claudia. Más terrible que la revelación primera resultaba, para ella, la segunda. Miró entontecida a Yuri. La miró como si no creyera lo que había dicho. Para convencerse de que sus oídos no la habían traicionado, preguntó otra vez:

—¿Quién fue...? —ahora débilmente.

Ufana, porque en la forma en que la interrogaba su madre creía advertir un acento de derrota, Yuri repitió:

—Lázaro.

En el mismo tono dolorido, agónico y muy lento, Claudia abrió otra interrogación:

—¿Tu padre...?

—Lázaro —fue la respuesta.

Una respuesta que implicaba más de lo que a Claudia le era dable comprender, pues diciendo simplemente Lázaro y no *Mi padre*, Yuri, quizá sin proponérselo, subrayaba la diferencia amplísima que existía entre ambos términos: el significado distinto que para ella tenía el hombre llamado Lázaro y el calificado: Padre.

—Lázaro es tu padre.

Altiava e insolente, Yuri se encogió de hombros y como si quisiera poner término a una disputa que la irritaba, dijo:

—Querías saber quién fue y ya lo sabes. Lázaro.

Mirándola a los ojos (en los que fulguraba una luz maligna y satisfecha; una risa burlona y muy segura) Claudia azotó a Yuri con el calificativo más ofensivo que conocía:

—Putas... —dicho con pausado rencor, como si quisiera que las letras quedaran indeleblemente tatuadas en su cara cínica, de hembra a la que envanece haberle arrebatado el marido a otra.

La palabra, que nada significaba para Yuri, la dejó impertérrita. No pudiendo soportar más el descaro con que la veía la muchacha, ni el propio, repentino dolor de celos rencorosos que la aquejaba, Claudia salió de la casa y se perdió, llorando ahora como no lo había hecho en años, entre los deslumbrantes resplandores de la blanquísima luz que estallaba en la alta muralla exterior.

Mientras deambulaba en el silencio vegetal del mediodía, desahogó en lágrimas la ira de su despecho. Tanto como saber que su hija había sido seducida por el padre, enfurecía que éste la hubiese relegado a ella (su compañera de casi cuatro lustros de penoso convivir, la encubridora de sus más anormales caprichos) al triste papel de amante de segundo orden a la que no se guarda siquiera el respeto de la piedad, de la discreción. Más que el abyecto esponsal de Lázaro con Yuri, la ofendía el saberse reemplazada como mujer por otra, joven y ávida de unas experiencias que su madre, por conocerlas todas, encontraba ahora abominables.

De no ser Yuri la intrusa, reflexionaba Claudia, quizá se atreviera a pelear, ya que no para defender su amor, sí al menos su dignidad de madre y lo que le quedaba de su orgullo de mujer. Pero siendo su propia hija la enemiga, ¿qué hacer? ¿Exigir a Lázaro que reparara el daño? ¿Cómo destruir la anormal alianza? ¿Estaba en aptitud de evitar que Lázaro repitiera con la muchacha, cuantas veces quisiese, su pecaminoso latrocinio? ¿O que Yuri siguiera prestándose a compartir con él las aberraciones del sexo? Y en cuanto a ese hijo—nieto de Lázaro que ya alentaba en la tumba del vientre de Yuri, ¿qué sombrío futuro le aguardaba?

Sus reflexiones terminaron en una certeza desalentadora: que correspondería a ella, como siempre, someterse a la voluntad de Lázaro; aceptar en silencio y sin protestas la nueva situación de la familia. Resignarse a admitir algo tan contrario a toda ley humana o divina, como ser a un tiempo madre y rival de la amante de su propio marido, y después, cuando Yuri trajera al mundo a su criatura, abuela y aya del hijo de su esposo. Le quedaba, sin embargo —mísera represalia— el derecho a odiar por el resto de su vida a los dos miserables.

Pues el destino le negaba otra alternativa que no fuera la de someterse (¿alguna mejor para quien cree haber sido condenada a padecer todos los sufrimientos?), se plegó a aceptar, no importaba cuan antinatural fuese, su nueva condición, aunque hacerlo equivaliera a admitir su derrota en todos los órdenes. Si de humillarse, obedecer y callar había hecho una costumbre; si acatar siempre las voluntades ajenas formaba parte de su naturaleza; si los agravios de la más diversa índole que había padecido habíanle enseñado que el único método eficaz para no sufrirlos dolorosamente era el de no oponerles la resistencia de la rebeldía — ¿para qué, ya, intentar una protesta extemporánea e inútil?

Sin barroquismo de lágrimas, sollozos o lamentaciones histéricas, entrando poco a poco en la serenidad resignada, Claudia aguardó en el silencio soleado del jardín a que concluyera la crisis que sacudía su espíritu; una crisis, breve y no muy profunda, como las que sufren ocasional, pasajera, los seres que saben que su verdadera fuerza radica en su mansedumbre. Lázaro dijo una vez, la tarde de su primer encuentro en el tren, que no hay personas más conformes que las que creen ser felices. Claudia, que nunca lo había sido, ¿por qué se refugiaba siempre en la conformidad; por qué a la pelea prefería la transacción vergonzosa? ¿Por qué, a herida tan grave como la que acababan de inferirle Lázaro y Yuri, respondía con un sometimiento cobarde? ¿Por qué, como mujer, no defendía sus derechos, y como madre, la moral de la familia?

La gran furia de celos y asco, y el tremendo horror que había experimentado al saber que padre e hija sostenían tan ilícito amorío, dejó paso en su espíritu a la mansa sumisión de la impotencia. Convencida de que sus protestas no serían escuchadas, segura de que los amantes harían mofa de sus ruegos si les pidiera cesar el maridaje que los unía y, más que todo ello, cierta de que ése era un dolor que Dios le enviaba en pago al que en su día les había causado a Bruna y a Amelia, Claudia se hizo el propósito de cerrar los ojos, fingir que no le importaba que Lázaro y Yuri chapotearan en el estiércol del vicio y dejar en manos del Todopoderoso la responsabilidad de castigar a los réprobos.

Que aceptase una situación que no podía ya remediar, no significaba —pensó— que estuviese dispuesta a conceder a Lázaro y a Yuri el gusto de que la vieran padecer por culpa de ellos. Decidió reunir los restos de su orgullo, y, por él protegida, demostrarle a Lázaro, más con su comportamiento que con palabras, que lejos de sentirse ofendida y celosa le agradecía que hubiese escogido a otra mujer a quien no le repugnara cumplir con el desagradable compromiso de admitirlo algunas

veces en la cama. Confiaba que tal actitud (idéntica a la de la zorra en la vieja fábula de las uvas verdes) haría más mella que un lloroso y reiterado reproche de celos en la vanidad de ese hombre que se vanagloriaba de no tener ninguna.

Comprendió que al fin había superado sus rencores cuando, simultáneamente, se encontró pidiendo, para Yuri, más que castigo, ayuda de Dios; y pensando que por ofendida que estuviese, su deber de madre era brindar a su hija en trance de embarazo todo su amor, y el consuelo y la ayuda de su experiencia. En el trayecto de retorno a la casa, Claudia decidió hacer a la muchacha una pregunta, sólo una — la única que olvidó la tía Amelia formularle a ella, y con la que hubiera podido, creíalo aún al cabo de veinte años, explicar y explicarse su desliz:

—¿Por qué lo hiciste, Yuri?

(No se la hizo, empero, esa tarde; sino tres años después: la tarde de hoy. Lacónica fue la respuesta de su hija. Un:

—Porque me gustaba —que sin decir nada, decíalo todo.)

Ese perdón que ahora, sin reservas y casi con alegría, ansiaba ofrecerle a Yuri, ¿era o no el que había deseado para sí después de que incurrió, siendo también joven e inexperta, en el atolondramiento de apasionarse por un hombre que le estaba vedado como a Yuri su padre? Aun en el caso de que la muchacha hubiese puesto todos los medios para que Lázaro abusara de su pureza, ¿podía Claudia negarse a absolverla de una falta similar a la suya? Si en su juventud hizo hasta lo imposible por vivir una aventura con el marido de otra mujer, ¿asistíala el derecho de hacer a su hija víctima de una injusticia idéntica a la que jamás disculpó su inhumana y solterona tutora? Quizá porque no conoció la ingrata experiencia de compartir su vida con alguien que no fuera Bruna, Amelia carecía de razones para ser generosa. Claudia, que abundaba en ellas por haber sufrido siempre intensamente, hallaba más cristiano pecar por exceso que por falta de piedad. ¿Y no era perdonando a Yuri que se perdonaba a sí misma?

Aunque su memoria, a fuerza de no tener en qué ejercitarla, era ya bastante insegura, Claudia hizo intento de recordar algo que había oído decir a Lázaro en el remoto pasado; palabras o ideas que Lázaro no presentaba como propias y que a su mujer, desde que las escuchó por sus labios, servíanle tanto para justificario a él como para acallar la voz, cada día más débil, de su conciencia llena de escrúpulos. Lázaro dijo, cuando Claudia le confesó qué circunstancias habían concurrido para que ella asistiera, la tarde del fuego y la neblina, a su única entrevista con el dueño de la ermita:

—No hay pecado donde no hubo tentación. ¿Y qué es la virginidad, si no un estado puramente físico? ¿Por qué me pides que te perdone no ser virgen, si no te culpo de no serlo...? Amor. Perdón. Fe. Virtud. Esperanza. ¿Qué significan, considerados en abstracto? Nada. Hay que darles, como yo les doy, otro sentido para que tengan validez, para que sean verdaderos sentimientos y emociones, y no meras palabras. Coincido con quien ha dicho que amar es querer lo despreciable, si no, no es virtud; perdonar quiere decir excusar lo imperdonable; si no, no es virtud; tener fe, es creer en lo increíble; si no, no es virtud; y la esperanza equivale a no desmayar ante lo inesperado; si no, no es virtud.

Conforme a tales premisas, Claudia habíase tenido siempre secretamente, aunque ello mortificase su modestia, por mujer virtuosa. Vivía con Lázaro, a pesar de aborrecerlo; justificaba sus actos, quizá porque no podía impedirlos; era suya e inquebrantable la esperanza de que alguna vez ocurriera un prodigio que permitiese a sus hijos conocer una existencia menos sombría que la que les había sido deparada. Y de su capacidad de perdón, ¿podía dudarse, ahora que había decidido

amar como nunca a Yuri y ayudarla a que le resultara menos penoso avanzar por el camino de dolores en el que apenas se iniciaba?

Orgullosa de su amistad, muy satisfecha de poder colmar de amor a quien, por lo que había hecho, ninguno merecía (y en el fondo, gozando del placer que a personas como ella les produce el sufrimiento), Claudia fue a buscar a Yuri. La encontró desvernancada casi obscenamente sobre una butaca. Mordisqueaba una manzana, y al ver a su madre cesó de hacerlo y se puso en guardia, a la defensiva, pronta a repeler con otro más violento cualquier ataque. A sus miradas de reto contestó Claudia con una muy dulce de ternura. Luego, tímida, se le acercó para acariciar su pelo corto y crespo. A ese halago la muchacha no reaccionó como lo hacía cuando aún no eran rivales: con un estremecimiento de gratitud siempre más animal que humano. Se limitó a aguardar, con rigidez de maniquí, a que Claudia terminara su expansión de afecto y en seguida se levantó y fue a echarse en su camastro.

Pasando por alto la abierta y majadera hostilidad de su hija (conducta desdeñosa que mucho le recordaba la suya la primera vez que estuvo encinta) Claudia siguió a Yuri unos instantes más tarde. La joven, en reposo sobre el camastro, tenía los ojos cerrados como si quisiera, así, decir a su madre que no deseaba hablar; las manos debajo de la nuca, a manera de almohada; los muslos juntos; la respiración apenas perceptible. De pie junto al lecho, cohibida por lo que de rechazo había en el silencio y en la inmovilidad absoluta de la muchacha, permaneció Claudia largo tiempo. Sintió, al fin, que estorbaba y que debía irse. Disponíase a hacerlo cuando Yuri preguntó con aspereza:

—¿Qué quieres?

—Nada —fue la débil respuesta que Claudia opuso, como disculpándose, a la acre demanda.

Yuri, entonces, abrió los ojos, se incorporó a medias, dejó descansar el peso de su cuerpo sobre uno de sus codos, y agredió a su madre con otra de sus secas miradas. Ni rubor ni afecto había en su semblante. Sólo una expresión de hastío helado con la que deseaba expresar a Claudia cuánto la irritaba su acoso.

—¿Bueno...? —expresó, desafiante. Si lo que Claudia buscaba era pelea, pelea le daría, decidió. Tarde o temprano, estaba segura, saltaría entre ambas la chispa de la riña. ¿A qué aplazar la disputa, y qué mejor momento que ése, cuando se hallaban solas en la casa, para ventilar sus problemas?

Claudia no deseaba pelear. No tenía interés ni ánimo de enredarse en una querrela con su hija.

—¿Te sientes bien? —la interrogó con dulzura, sentándose al otro extremo del lecho de madera.

—Sí.

—¿Necesitas algo?

—Nada.

—¿Sufres alguna molestia?

—Ninguna.

—¿De verdad?

Hubo un silencio, no como si Yuri pretendiese hacer sentir a su madre que le fastidiaban sus preguntas, sino como si estuviera tratando de recordar qué malestares la aquejaban. Todavía dura, indicó:

—Bueno... algunas.

—Así sucede al principio, la primera vez. ¿Qué es lo que sientes?

—Mucho sueño. Cansancio. Asco.

- ¿Ganas de vomitar?
- Sólo por las mañanas,
- ¿Desde cuándo?
- No sé,
- ¿Cómo sabes que estás embarazada?
- Porque Lázaro me lo dijo.
- ¿Y cómo lo supo él?
- Me hizo preguntas.
- ¿Cuáles?
- Oh, preguntas...
- ¿Cuáles? —insistió Claudia.

En las mejillas de Yuri, hasta un momento antes de palidez levemente olivácea, apareció un tinte carmesí mate, como el que dejan en los viejos brocados el tiempo y el uso. Sus labios retenían la respuesta que los ojos de su madre continuaban exigiéndole.

- ¿Qué preguntas te hizo Lázaro?
- Si no me enfermaba, ¡tú sabes!, o si sentía ganas de llorar a cada rato, o si me dolían los pechos. Cuando le dije que sí a todo, dijo: ¡Estás embarazada...!

La interrumpió Claudia:

- ¿Sabías lo que quiso decir con: ¡estás embarazada?
- Claro que sí. Que tenía dentro —se palmeó el vientre— un hijo suyo...
- ¿Te asustaste al saberlo?
- ¿Por qué habría de asustarme?
- Porque esas cosas espantan cuando, como tú, no se tiene experiencia.
- Lázaro me había dicho, desde la primera vez, que deseaba tener un hijo conmigo y me preguntó si yo quería dárselo. Le dije que sí...

Le tomó con las suyas ambas manos, y le sorprendió que la muchacha, hostil hasta ese momento, no la rechazara, apartándolas. Por el contrario, igual que lo hacía cuando era niña, enlazó sus dedos en los de su madre y estableció con ella una suerte de comunicación por medio del contacto.

- Yuri, ¿por qué no me dijiste, a mí que soy mujer, lo que te pasaba?
- Ya sin altanería y sí con débil matiz de disculpa, Yuri respondió:
- Lázaro no quiso que lo hiciera. Dijo que era mejor estar seguros.
- ¿De tu embarazo?
- Creo que sí.
- ¿Y hoy... te ordenó que me hablaras?
- Sí. "Dile a Claudia, me dijo antes de irse, que estás embarazada de cuatro meses."
- ¿Eso dijo... cuatro meses?
- Sí.

Era ésa la primera vez en muchos años que escuchaba Claudia aludir al tiempo en forma concreta, y por ello, al Yuri mencionar: "...*cuatro meses*", sintió una emoción muy agradable, como si de pronto hubiese recuperado un objeto de inmenso valor que imaginaba perdido para siempre. Como era inútil preguntarle a la muchacha (que vivía, igual que su madre y sus hermanos, en un vacío sin calendarios) a partir de cuándo comenzaron a correr los ciento veinte días de su embarazo, decidió hacerle una serie de preguntas que la ayudaran a determinar, con cierta relativa exactitud, la fecha en que principiaron sus relaciones con Lázaro.

Del interrogatorio —que procuró plantear en forma impersonal, no obstante que cada respuesta de Yuri hacía más honda y dolorosa la herida de los celos— obtuvo

Claudia los datos que le permitieron llegar a la conclusión de que la mancebía de padre e hija se había iniciado la misma noche en que Lázaro ejerció contra Job la venganza de su cólera desbordada, y saber, de paso, lo que entonces él se negó a decirle: por qué Job había sido castigado con tal crueldad. Con sencillez que lindaba con el cinismo, la muchacha no dejó sin contestar ninguna de las preguntas de su madre, ni ésta de formular, así la ofendieran, cuantas creyó necesarias.

Con esas dispersas, fragmentarias informaciones le fue posible reconstruir a base de recuerdos también confusos y sin orden el horror y la inmensa pena que experimentó al ver el cuerpo de Job convertido en un inerte fardo sanguinolento, y su boca en un agujero de bordes espantosamente torturados por el fuego.

De todos los recuerdos que el penoso diálogo con Yuri había puesto otra vez a flote en la memoria de Claudia, el único preciso que ésta conservaba de aquella noche era el de la lluvia. Llovía aún con estrépito cuando Yuri irrumpió en la casa en un remolino de viento húmedo, y sin mirar a su madre y a su hermana —para no ser vista por ellas, quizá— buscó el refugio de su alcoba. Por intuición segura de que su hija se hallaba en un aprieto, en un conflicto al que pretendía poner remedio huyendo (¿no abundaba su pálido semblante en confusas expresiones de miedo?) Claudia corrió, alarmada, en su busca. ¿Habría reñido con Job? ¿Habría éste dicho algo que la encolerizara, al punto de obligarla a abandonar el trabajo en que ambos, por orden de Lázaro, debían estar ocupados a esa hora? O, lo que era también factible, ¿se había puesto de súbito enferma? Fuese cual fuere la índole del problema que afectara a la joven, era su deber auxiliarla.

Voluntariamente empequeñecida para ocupar el menor espacio posible en la habitación de muy escasas dimensiones que le servía de dormitorio, Yuri era apenas una arruga más oscura en la tenue sombra. Ovillo de temblores, estaba sobre el camastro, de espaldas a la pared. La suave luz que brillaba en la estancia despejaba un poco las tinieblas de su rostro, del cual lo único vivo eran los ojos — dos claridades que se apagaron, porque la chica volteó la cara hacia el muro cuando Claudia entró.

Al rodearla con los brazos, para infundirle valor si era miedo lo que le obligaba a estremecerse, o consuelo si de él necesitaba, advirtió que su hija chorreaba agua de lluvia del pelo a los pies, y sin saber por qué, se dio a arrullarla, al tiempo que la apretaba más y más contra su propio cuerpo. Poco a poco, Yuri fue abandonándose, distendiéndose, entregándose a quien iba a brindarle socorro. Después de que hubieron cesado los espasmos, Claudia le preguntó en voz queda, confidencial para no asustarla, qué le ocurría.

Retrasó Yuri muchos segundos la respuesta, y al cabo dijo:

—Lázaro le está pegando a Job.

—¿Pegándole? ¿Por qué?

Nuevamente medió un compás de silencio entre la última palabra ansiosa de Claudia y las dos muy neutras de Yuri:

—No sé.

—¿Por qué le está pegando? —reiteró Claudia, y la respuesta fue idéntica.

—No sé.

—¿Qué hizo Job?

—Nada. Estábamos jugando cuando llegó Lázaro.

—¿Jugando?

Como si le costara mucho trabajo ahora repetir lo que ya había dicho, Yuri contestó con cierta equívoca inocencia al término de un silencio más largo que los anteriores:

— Jugando, sí.

En la mente de Claudia ardió una súbita llamarada de sospecha y con el aliento cojeante, como si la espantase oír una terrible confirmación, le planteó lo que era más un temor que una pregunta:

—Jugando... ¿pero cómo?

—Oh, Claudia... —repuso Yuri, adulta en su actitud, molesta de que su madre necesitase explicaciones para comprender lo que ella, con sólo el énfasis que había puesto al pronunciarlas, quería decirle con las dos inocuas palabras.

Como si con enorme fuerza se hubiera estrellado contra un muro invisible — ¿alguno lo es más que la realidad que se pretende ignorar?— Claudia quedó azorada durante un largo momento. Sus labios permanecieron abiertos, desnudos de palabras, y mientras escrutaban la cara enigmática de Yuri, sus ojos comenzaron a enturbiarse a medida que afloraba a ellos el viejo temor, tanto tiempo mantenido a raya en lo más profundo de su conciencia, de que tarde o temprano Job intentaría hacer con su hermana lo mismo que pretendió con su madre. Cuando al fin pudo atar los dos cabos rotos del habla, tomó ambas manos de su hija y las sacudió:

—¿Qué te hizo Job?

Sonrió la muchacha inocentemente, para que su madre interpretara a su conveniencia la expresión de sus labios.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó a su vez taimadamente ingenua.

—¿Te lastimó?

Yuri apartó sus manos de las de Claudia y ágilmente, diríase que para disipar con tal alarde cualquier aprensión que su madre pudiera tener respecto a su integridad física, saltó de la cama:

—No.

La detuvo Claudia tomándola por los hombros y, tras un sacudón, la obligó a que la mirara rectamente a los ojos:

—Di la verdad, Yuri; ¿qué hizo Job contigo?

Relampaguearon entonces las pupilas de Yuri — un fulgor, al principio, iracundo e intenso, que se diluyó en seguida en un claroscuro inexpresivo que agregó a las muchas que empañaban el entendimiento de Claudia nuevas sombras y numerosas dudas contradictorias. Con altanería apenas disimulada, reclamándole, creeríase, que no admitiera sin ambages la veracidad de su respuesta, la chica la increpó:

—¿He dicho mentiras alguna vez?

En eso, muy alta, retumbó la voz de Lázaró; una voz imperiosa que la conminaba a comparecer inmediatamente. Acudió Claudia, temblando sin saber por qué, o quizá porque presentía que Lázaró iba a culparla de algo terrible, que en ese momento aún ignoraba qué era. Lo encontró en el centro de la estancia, abiertas las piernas para sostenerse mejor, trasudando agua y furia. En su rostro, un gesto adusto, y en su mirar un doble filo borrascoso. Tajó con él a su mujer, y con voz que no correspondía a un hombre que estuviese dominado por la ira, anunció:

—He castigado a Job.

A pesar suyo (pues jamás había vuelto a pedir explicaciones a Lázaró desde la vez que obtuvo por respuesta a una inocente inquisición un rotundo y majadero: "*¿Qué te importa?*") una pregunta escapó de los labios de Claudia:

—¿Qué le hizo a Yuri?

Y recibió una orden que satisfacía su derecho a saber:

—Tráelo y cúralo.

Claudia se lanzó hacia la lluvia. Lázaró buscó a Yuri y en la penumbra de su guarida vio alzarse del camastro su borrosa figura y avanzar hacia él, y detenerse a

un paso de distancia. Padre e hija tuvieron un largo contacto con los ojos; una especie de entendimiento tácito, un convenio de complicidad por el silencio.

—¿Qué te preguntó Claudia?

—Si Job me había hecho algo.

—¿Y le dijiste...?

—Nada... —sonrió Yuri con ladina maldad.

Asintió él, como si aprobara lo que Yuri había hecho. Atrás de ellos, en los alrededores de la cocina —desde donde había visto y oído la irrupción de Lázaro y luego su brevísimo intercambio de palabras con Claudia— se movió Momo. El padre la encaró para disponer, enérgico:

—A dormir.

Cuando Claudia regresó, trayendo casi a rastras al hijo espantosamente golpeado, Lázaro terminaba de disponer sobre la mesa (esta misma mesa a la cual va a sentarse dentro de veintinueve minutos exactos para comer por última vez la sopa de migas de su predilección) el bote de pomada antiséptica, el frasco con la tintura de yodo y el tarro que contenía la crema amarilla del picrato. Ni los sollozos de Job, un llanto infantil y dolorido; ni los murmullos de consuelo que le prodigaba su madre, lo hicieron volverse a mirar. Conducíase con el aplomo de quien se siente culpable de nada; con la profesional indiferencia del verdugo al que no fastidian los remordimientos, porque entre él y la víctima a la que acaba de ajusticiar no existían amistad ni rencores personales. Claudia guió al muchacho a su cubículo; como a un bebé, lo tendió con gran ternura, besó la sangre de su cara, y fue a la estancia. Una gran cólera pálida volvía de mármol funerario su rostro. Lázaro aludió a las medicinas:

—Límpiale, primero, la sangre; aplícale después la pomada y el yodo, y sobre la quemadura de la boca, ponle esto... —y movió, como si fuera una pieza de ajedrez, el recipiente con el picrato.

Temerosa de sufrir ella misma un ramalazo del coraje que había hecho a Lázaro azotar severamente a Job, osó insistir con mucha humildad:

—¿Atacó a su hermana?

Por única contestación recibió de los ojos de Lázaro el desdén de una mirada glacial que negaba toda oportunidad de diálogo, y de su boca el chasquido de una exigencia:

—Cúralo... —e inmediatamente después, así que se ponía en movimiento hacia la puerta, Lázaro le dio la que no era una explicación, sino una determinación ya tomada—. Voy a salir. Cuando regrese, quiero encontrarlos a todos en paz...

Arrebatada por el dolor de mitigar el múltiple y muy grande que postraba a Job en un quejido lastimero, Claudia no se dio cuenta de que al regresar más noche, Lázaro venía muy limpio, como si acabara de tomar un baño de vapor y de afeitarse (cosas, ambas, que en efecto había hecho); ni de que ordenó a Yuri, con el breve arqueo de sus cejas, que lo siguiera al cobertizo; ni de que la muchacha lo obedeció sin reticencias, con tal prisa que podía pensarse que allí había estado deseando que se le mandara ir; ni mucho menos, que Lázaro y su hija permanecieron juntos, en violento disfrute de una pasión que en uno renacía con enorme ímpetu y que en otra comenzaba con avasalladora curiosidad, hasta poco antes del alba.

Durante las semanas siguientes, Lázaro —que era enemigo de alterar las costumbres de la familia— fue modificando de modo por demás imperceptible el sistema de vida de la casa. Porque le preocupaba mucho la salud de Job, y apenas lo que en torno suyo ocurría, Claudia prestó poca atención a los cambios. ¿Por qué habría de causarle extrañeza, por ejemplo, que Lázaro dejara a voluntad de Yuri

hacer o no gimnasia por las mañanas; o que extremara con ella sus deferencias, como traerle frutas o algunas golosinas, o un corte de seda blanca, que mucho debió costarle, para que su madre, siempre hacendosa a pesar de sus innúmeras tareas, le cosiese un traje muy ceñido que más que cubrirlas subrayaba las formas de su cuerpo? (Traje éste, de tipo convencional, que fue el primero y ha sido el único que ha visto la joven.) Si ninguna de esas alteraciones a la rutina le hizo preguntarse por qué, si tampoco despertó sus sospechas el trato singular que daba Lázaro a su hija, menos la inquietó que hubiese alterado el orden del trabajo.

En cuanto Job hubo sanado de la golpiza y estuvo en condiciones de reanudar sus labores, Lázaro convocó a una suerte de consejo de familia y anunció que era necesario, para hacerla más fluida, cambiar la forma de trabajo que hasta entonces habían seguido. Las ventas estaban en franquía y era indispensable, pues, mantenerlas así.

—A partir de mañana —resolvió— Yuri, Momo y Job trabajarán junto conmigo hasta la hora de comida. Por las tardes, aquí en la casa, mientras acompañan a Claudia y ésta, si es preciso, los ayuda, Momo y Job sellarán las bolsitas y las colocarán en las cajas correspondientes. Yuri y yo, en tanto, haremos en el laboratorio las mezclas para el día siguiente. ¿Entendieron bien?

Dijeron todos que sí (decir lo contrario les hubiera acarreado una reprimenda), acataron sin réplica la decisión de Lázaro, y éste pudo comenzar a disfrutar sin temor a interrupciones molestas y sin más límite que el de su propia capacidad física de hombre que hace tiempo rebasó la cincuentena, del placer que hallaba en el cuerpo siempre dispuesto de Yuri.

Que la muchacha ardiera con sus caricias, estimulaba su orgullo de varón y lo llevaba, en su afán de procurárselas siempre nuevas, a agotarse en los más refinados y continuos excesos. Transcurridas las tres o cuatro primeras semanas de su desenfreno, comprendió que si no ponía un valladar a la voracidad amorosa de su hija, ésta terminaría por consumirlo, por nulificarlo totalmente en poco tiempo más. Obsesivo se le hizo creer que Yuri, en cuanto de él no recibiera las satisfacciones a las que la había acostumbrado, las buscaría en otro hombre; en Job, a quien si bien le faltaba experiencia, sobrábale en cambio ardor viril.

Una tarde, luego de haber fracasado dos veces en su intento de llevarla a la pasión (aprieto del que Yuri lo sacó con elegancia de mujer poseedora de insospechada sabiduría de alcoba) trató Lázaro, por medio de un comentario al parecer inocente pero en su trasfondo pleno de intenciones, de averiguar hasta qué punto le interesaba él, como hombre, a su hija; o hasta cuál a ella sólo le importaba el sexo — caso omiso de con quien lo ejercitara.

—Esto que hoy me ha pasado, y que es lamentable —dijo, no disculpándose, sólo previniéndola— de seguro va a repetirse a medida que pase el tiempo. Quiero decirte, para que comprendas, que a cierta edad, a la mía por ejemplo, no es fácil, por más que se desee, ser generoso en amor con una mujer tan joven como tú, que ardes mientras más te consumes...

Sentada en el piso, con una mejilla apoyada en el muslo de Lázaro, en los ojos un febril centelleo de amor, deseo y simpatía, Yuri escuchaba atenta las palabras que pronunciaba su padre. Sentíase irresistiblemente atraída hacia él y también llena de gratitud porque ahora que eran amantes, cada vez que Lázaro la miraba la hacía gozar de la gratísima sensación de ser bella. (De no ser tan niña y de haber sabido cómo, le habría gustado rogarle que no se disculpara, que no se entristeciera por un tropiezo sin importancia como el de esa tarde. Guardaba silencio, sin comprender que con ese palabrerío Lázaro estaba tendiéndole una trampa, tejiendo una red de

explicaciones que no le eran pedidas, con el fin de sorprender sus verdaderos sentimientos.)

Luego de una pausa de dos suspiros astutos, para que Yuri tuviera constancia de cuánto lamentaba él lo no ocurrido, prosiguió Lázaro:

—Quizá lo mejor para ti, Yuri, sea que terminemos este amor nuestro.

—No, Lázaro. No —exclamó ella, abrazándose a sus piernas.

—No quiero decir, entiéndelo bien, que deseo que tú te prives del placer del amor... —agregó él, enigmáticamente.

Yuri alzó los ojos, a los que ya asomaban las lágrimas, y los enfrentó a los de Lázaro, demandando de él mayor claridad en las palabras; u otras más fáciles de comprender. Tierno, porque la amaba con ávido deseo, engastó él entre las palmas de sus manos el rostro de su hija. La escuchó preguntarle:

—¿Entonces...?

—Pienso que quizá prefieras un macho joven, fuerte, que no se canse; Job, por ejemplo, que sería capaz siempre de darte lo que yo, lo has visto, a veces no puedo. Si eso quieres, Job y tú...

Bruscamente Yuri se echó sobre Lázaro y lo ahogó con un ceñido abrazo y lo ensordeció con sus fuertes sollozos y le humedeció la piel con sus lágrimas y le quemó el aliento con el de su boca, mientras repetía con desesperación:

—Te quiero a ti... Sólo a ti.

—Job es de tu edad...

—Te quiero a ti.

—Job te desea...

—Te quiero a ti.

—Job no es un viejo...

Como si aplicada a sí mismo por Lázaro esa palabra fuera infamante y la ofendiese a ella, Yuri aulló:

—Tú no lo eres...

—Lo soy, Yuri. Siento, y ahora sabes, que lo soy.

—No, no, no... —gritó la muchacha, y para que no continuara diciendo lo que tanto la enojaba, cegó con los suyos los labios de Lázaro.

Si bien lo halagaba saber que Yuri prefería a la pujanza juvenil de Job sus caricias de hombre viejo —pues lo era, pese a no parecerlo— preocupó mucho a Lázaro el morbosos interés que la muchacha demostraba por él, y llegó el momento en que empezó a temerla y, si no a huir abiertamente de ella, sí a espaciar, cuanto estaba a su alcance, sus entrevistas de amor. Lo maravillaba, aterrándolo, la increíble capacidad que Yuri daba muestras de tener para buscar y provocar, en él y de él, los más delicados matices del deleite, y la imaginación de que hacía gala para evitar el hastío de su padre. (Con frecuencia lo inquietaba la idea de que Yuri era algo así como una ola que se hinchaba cada vez más y que terminaría por ahogarlo. Este pensamiento admonitorio se verá cumplido esta la noche de su muerte.)

Lúcido siempre, por más que estuviese viviendo un periodo de intensa enajenación pasional, no desdeñaba la posibilidad de que Yuri, así dijera amarlo, buscara eventualmente el trato carnal de su hermano. Si ambos se miraban desnudos todas las mañanas; si la muchacha había descubierto ya los ardides de la coquetería y, hembra en perpetuo celo, sabía usar de ellos en forma tan eficaz que el propio Lázaro era el primero en rendirse; si Job, en teoría, y Yuri, en la práctica, admitían la validez de las doctrinas de su padre (en lo que al amor de los cuerpos referíase), ¿era improbable, preguntábase conturbado, que entre los dos jóvenes se

estableciera el comercio del sexo? ¿Cómo impedir que tal catástrofe aconteciera, sin delatar sus temores de hombre que comienza a sufrir la amenaza de los celos?

Lázaro aprovechó la excusa ideal de que en esos días la ciudad tiritaba por efecto de un brusco descenso de la temperatura, para alterar otra de las costumbres de la familia — la de la calistenia matutina. La inclemencia del clima justificó que ordenara a su hijos y a su mujer vestir durante la clase sus hábitos de uso diario; y le sirvió para que Yuri y Job no sospecharan que lo hacía para que uno y otra no siguieran viéndose desnudos; y en el caso particular de la muchacha, para reducir al mínimo el riesgo de que cayera en la tentación de comparar el joven cuerpo de su hermano, musculoso y esbelto, con el ya un poco caduco de su padre. Al cabo de una semana de lluvias grises, rachas de viento polar huracanado y de prematuras tinieblas, concluyó el paréntesis de mal tiempo, y de nuevo brilló el furor de la luz del sol. No por ello, sin embargo, enmendó Lázaro su primer acuerdo y continuaron todos, hasta que eso también se volvió costumbre, haciendo gimnasia con la ropa puesta.

Propenso siempre a subestimar los alcances deductivos de los miembros de su familia, creyó Lázaro que a ninguno de ellos se le ocurriría atribuir a un segundo propósito secreto (sólo por él conocido) su decisión de abolir los ejercicios a plena desnudez. Se equivocaba. Claudia, que no era muy aguda, reflexionó que Lázaro les ordenaba ahora vestirse, no porque hiciera mucho frío sino para privar a Job de toda oportunidad de apetecer a su hermana. Yuri, intuitivamente sagaz, dedujo que si Lázaro los mandaba cubrirse era porque temía que de continuar ella mirando a Job llegara a interesarse por él como hombre; y Job —lleno de odio desde la noche de la golpiza y de celos espantosos desde que empezó a intuir que Yuri y Lázaro se acostaban juntos por las tardes— pensó, no sin cierto regusto vanidoso, que si su padre prohibía a Yuri mostrarse a él, era porque temía a la competencia de su juventud.

Temerosa de antiguo a sus irascibles reacciones y a sus silencios malhumorados, bien se cuidó Claudia de preguntar a Lázaro qué había hecho Job para merecer castigo tan brutal. La renuncia de Lázaro a comentarlo con ella, así fuese somera y superficialmente; la hosquedad hermética con la que a su vez se autoprotegía el muchacho, y lo ambiguo de los informes de Yuri, hacíanla imaginar que a su primer temor no le faltaba fundamento; esto es, que Lázaro había sorprendido a los jóvenes en la práctica de un juego —que sólo podía ser el erótico— que no estaba dispuesto a tolerar entre hermanos, por más que ello implicara una rectificación, cuando menos relativa y parcial, a sus singulares ideas respecto a la amistad entre seres de distinto sexo.

Dominado plenamente por el odio y los celos (por un odio que tenía su origen más en los celos al hombre que en el rencor al padre que lo había tundido a golpes), Job fue convirtiéndose en un adulto sombrío que hablaba apenas, estaba presente casi sin dejarse ver y se movía con silencio de sombra. En una suerte de animal humano que rumiaba venganza contra Lázaro y que la ejercía por el extraño procedimiento de masturbarse tomando a Yuri —la mujer por aquél amada— como símbolo y agente provocador de sus pasiones onanistas. Velaba la mayor parte de las noches, y por ello le fue posible varias veces sorprender a Lázaro salir furtivo de su madriguera y con la complacida colaboración de Yuri avivar, a dos pasos del cansancio inerte de Claudia, el rescoldo del amor que creía haber agotado, por la tarde, en su carne.

Transcurría el tercer mes de su amasiato con Yuri cuando Lázaro, que había estado desde el segundo atento a que se produjeran, comenzó a advertir ciertos cambios en su hija. La que no se hartaba nunca de caricias, y lo instaba a ensayar

nuevas audacias, y a buscar más sutiles sensaciones y más refinados goces, empezó, sin disimularlo, a mostrar aversión por lo que antes le gustaba hasta el exceso de la gula — si pudiera así decirse. Ahora se agotaba muy pronto su entusiasmo de amante novel y no era raro que rechazara lo que en otro tiempo ansiaba con ardor.

Cesó de hostigar a Lázaro y comenzó a demostrarle cuánto le chocaba que él lo hiciera con ella. Seguro de saber por qué Yuri se comportaba así, Lázaro le formuló las preguntas apropiadas, y de las respuestas infirió que había logrado ya lo que buscaba, a más de la satisfacción de su lujuria, al tomar por querida a la muchacha: embarazarla, convertirla en tronco—madre del nuevo linaje que deseaba crear. Aunque no tenía dudas al respecto, decidió aguardar treinta días más para confirmar que estaba en lo cierto. Así que estuvo convencido de que en la matriz de Yuri moraba, vuelto ya vida, un germen de amor, se dedicó a instruirla sobre lo que significaba hallarse encinta; a anunciarle las mutaciones que iban a ocurrir tanto en su cuerpo como en su ánimo durante las semanas por venir. Especial énfasis puso en decirle que desde esa tarde debía cesar entre ellos, hasta que el niño naciera, todo comercio corporal. (Esto, no porque fuera necesario, sino para asueto de su propio organismo en mengua.)

Después de haber recibido la espantosa confidencia de Yuri, Claudia titubeó a lo largo de las horas de la tarde entre encararse a Lázaro y reñirlo por su repugnante canallada de hombre y padre, o guardar sus gritos, sus lágrimas y su dolor de madre, y convertirse, por la cobardía del silencio y de la pasividad, en cómplice del aborrecible sátiro. Tras agónicas cavilaciones, decidió enfrentarlo. Dos propósitos la animaban a buscar el desafío con el burlador de su hija. Primero: sembrar en su duro corazón de anormal, con la esperanza de que fructificara, la semilla de un remordimiento. Segundo: dejar constancia, así fuese simbólica, de su protesta como víctima del infame adulterio. Quisiera o no, Lázaro tendría que escuchar su diatriba, y Claudia podría desahogarse de parte del odio y de la amargura, del asco y del horror, que había atesorado dolorosamente en los años que llevaban viviendo juntos.

Lázaro se hallaba fuera de casa, y, por haber ido a cobrar lo vendido a crédito en el curso de la semana, volvería tarde. Claudia, cuando cerró la noche, resolvió aguardarlo en el jardín, para allí, sin testigos, librar la escaramuza por su dignidad de mujer vejada. A medida que se desgastaban con desesperante lentitud, las horas de la espera fueron mellando, hasta embotarlo por completo, su ánimo de pelea y aplacando su ira y convenciéndola de lo inútil que sería reprimir a Lázaro, y del ridículo en que caería al representar, para su mofa, una llorosa y lamentable escena de celos. Optó al fin —admisión de su impotencia— dejar al buen criterio de Dios imponer al monstruo el castigo que por su crimen merecía.

En torno suyo crecía uno de esos grandes silencios en los que tanto le gustaba participar; un silencio animado por todas las pequeñas voces que únicamente se perciben cuando es perfecto. La noche que gravitaba sobre ella era un mar de olas negras y espuma de luceros. Olía a ciudad, a sueño multitudinario, a transpiración de motores; al amor que practicaban las parejas en él comprometidas. Bajo el ala de la sombra, Claudia alargaba los pasos de su guardia en lento ir y venir de un extremo a otro de la grama.

Del motín de palabras que tenía en los labios unas horas antes, ¿qué le quedaba? Ni siquiera un recuerdo, porque había olvidado todas las que tantas veces ensayó decir. Conservaba sólo un anhelo: que Dios, ese dios que reinventaba en sus momentos de desesperación, dictase contra Lázaro una sentencia tan terrible

como imperdonable era su falta. Si pudiese escuchar su ruego, cómo se burlaría él, que gustaba pontificar así:

—Creer en los poderes sobrenaturales, de los cuales Dios es el más Antiguo; confiar en ellos, y a ellos relegar el trabajo de resolver los conflictos que nos afligen, indica cobardía, dependencia servil a fuerzas que existen porque el hombre las ha inventado para no asustarse de su propia soledad...

Resonó, distante, el latido único de una campanada y su eco fue ampliándose, adelgazándose, perdiendo nitidez a medida que se expandía, hasta que se ahogó en la ceniza del silencio. Al sobresaltarse por esa presencia sonora, comprendió Claudia que se encontraba en trance de sonambulismo. ¿Acaso había estado dormida? Los bostezos que le llenaban la boca, ¿eran los restos del sueño que el tañer de la campana había interrumpido?

Poco después, cuando se disponía a volver al interior de la casa, oyó el rumor de la motocicleta, el carraspeo de la máquina que Lázaro había dejado en marcha en tanto abría la primera de las puertas; más tarde, el golpe metálico de ésta y los sucesivos de las tres siguientes; por último, de nuevo el silencio. El hombre se demoraba en alguna parte; de seguro, en el cobertizo guardando el dinero del cobro.

De súbito, las palabras olvidadas, el rencor anestesiado por la espera, la cólera que el recuerdo revivía en su mente, galvanizaron otra vez a Claudia, y un admirable valor templó sus nervios. Prefirió, decisión de último momento, no replegarse, no callar, ni fingir que le importaba poco, o nada, lo que Lázaro había hecho con Yuri — por más que bien supiera que no iba a remediar, recriminándolo, lo que no tenía ya remedio.

Como la página de un libro, se abrió la última de las grandes puertas y en el umbral apareció Lázaro, llevando en el hueco de la mano la pequeña luciérnaga temblorosa de un cabo de vela. Mostró, al quedar inmóvil bruscamente por la fracción de un segundo, que le sorprendía mucho ver a Claudia allí, vigilando su retorno. La midió con una vivaz mirada escrutadora. La voluble luz acentuaba la dureza trágica de las facciones de la mujer. Sin pestañear, aceptó el reto que le planteaban los ojos resueltos de su compañera. Y ésta, antes de que se desmoronara el valor que había logrado reunir para enfrentarse a él, dijo resuelta:

—Debemos hablar...

Ahora, curiosamente, como si le admirase oír llena de aristas de enojo la voz siempre calma de Claudia, la miró un momento más. En seguida, para tener a su favor la ventaja que da la oscuridad cuando se discuten temas desagradables (no dudaba que para hablar del embarazo de Yuri estaba ella aguardándolo) Lázaro mató de un soplo la gota de luz de la vela. Protegido por la penumbra, aguardó el embate. Pero Claudia, ya menos resuelta —porque, igual que siempre, la presencia de él la intimidaba— no sabía por dónde empezar, y las palabras que necesitaba para dar adecuado curso a sus reproches, se perdían en la confusión que la azoraba. Le exigió él, con impaciencia:

—Comienza...

Dolorosamente, como si estuviera pariéndolas, pronunció ella unas cuantas frases confusas, de las cuales sólo pudo Lázaro inteligir la última — la que compendia a todas:

—¿Por qué abusaste de Yuri, que es tu hija?

Respondió, calmamente:

—No abusé de ella.

—Está embarazada.

—Lo sé.

—Por lo que hiciste, ¿no temes el castigo de Dios?

—No hables tan fuerte.

La breve indicación de Lázaro, hecha a propósito, bastó para que Claudia, que comenzaba a elevar el tono de su voz hasta hacerlo histérico y rijoso, enmudeciera inmediatamente, y quedara sin nada más qué agregar. En vista de ello, y quizá también para no aplazar las explicaciones que tarde o temprano le serían pedidas (o a que él, siempre reacio a disculpar sus actos, deseaba dar ahora al de su amor por Yuri una razonada y razonable justificación) Lázaro comenzó a exponer, ante el escándalo de su mujer, sus muy peculiares teorías en torno al deseo incestuoso. Teorías, y eso no tenía por qué saberlo Claudia, inspiradas en las del gran libertino del XVIII.

Inició la que pronto iba a convertirse en conferencia conceptista y retórica, arremetiendo contra el Dios que Claudia esgrimía como amenaza y cuya ira no le importaba desafiar abiertamente. Igual que lo había hecho veinte años antes, la tarde que conoció a Claudia en el tren, Lázaro reincidió en su ataque a la Divinidad, que es imperfecta porque la ha creado el hombre.

—Y por ello mismo, Dios, eso de lo que te vales para amenazarme, porque careces de valor para hacerlo por ti misma...

—No te amenazo...

—Dios, decía, es una abstracción tan débil que fracasa cuando intenta hacer del hombre un modelo de virtud. En vista de ello, ¿necesita el hombre merecer algo de su Dios — un castigo, inclusive? Si el Dios al que temes tú fuera, como crees, perfecto e infalible, habría formado bueno al hombre en todos los órdenes, y no le habría dado la oportunidad de elegir, que es la de pecar. De haber sido hecho así, no inquietaría al hombre la constante tentación de causar el mal. Horrible te parece que ame a Yuri en cuanto a mujer porque olvidas que no hay honor que no haya sido divinizado, ni virtud que no haya sido deshonrada.

En débil intento de réplica, Claudia sólo acertó a murmurar que no podía haber pecado más grave, aberración más sucia y condenable, falta más merecedora del fuego de los infiernos, que el que un padre fuese el amante de su propia hija. A ello, tranquilo y diríase que complaciente, opuso Lázaro:

—Si el amor es consecuencia de la atracción de las semejanzas; esto es: resultado del mutuo interés sensual de dos personas que se sienten, o se creen, afines, ¿puede admirarnos que se amen una hermana y un hermano, un padre y una hija, un hijo y una madre, si son ejemplo de afinidad espiritual y biológica?

Habló ella de respeto, decencia, pureza y otra vez de la que parecía ser, por lo reiteradamente que la empleaba, su palabra favorita: pecado. Y él dijo:

—El hombre es hipócrita innato; por ello tasca pacientemente el freno del pudor; por ello disimula sus verdaderos sentimientos amorosos, sentimientos de sexo y de pasión, y los encubre tras la máscara de lo que llama "amor puro", santo amor filial, fraternal o paternal. ¿Y qué es todo eso, a fin de cuentas? Deseo de la carne, anormalmente reprimido. ¿Qué padre no ha anhelado alguna vez así sea en el sueño, el cuerpo de su hija? Tú misma, y calla tu respuesta si quieres, ¿no has pensado, mientras duermes, en la espléndida virilidad de tu hijo? ¡Cuántos apetitos ocultamos con el disfraz de la pudibundez! Y te pregunto, ¿al amar a Yuri como mujer, he cometido un crimen, algo que no debía haber hecho? ¿O sólo he sido congruente con la naturaleza, que nos ordena amar a lo que está más cerca de nuestro corazón?

Lo increpó Claudia:

—Amarlos, sí, pero no de ese modo asqueroso... Si querías otra mujer, una querida para tus vicios, ¿por qué no la buscaste fuera de aquí... por qué tomaste a tu propia hija?

Con un suspiro de paciencia, Lázaro perdonó la absoluta falta de imaginación que Claudia demostraba al atribuir a un demoníaco mandato de su libido, el que hubiese tomado a Yuri para amante. Era su amante, sí, y con ella hacía el amor hasta los límites del colapso; más no, como Claudia pensaba, sólo para gratificarse con el placer que pudiera proporcionarle el cuerpo de la muchacha; menos, por el prurito de sentirse joven, usando el recurso de los galanes seniles — que inician a las chicas muy tiernas en las delicias de lo perverso. Ciertamente que sus sentidos obtenían la inevitable recompensa, pero lo que buscaba a través de Yuri era la continuidad: nuevos hijos, en cuya sangre no existiera la mácula de la sangre de una madre de distinta estirpe. Sangre nueva, la de esos vástagos futuros, que en otro futuro no muy remoto daría origen, por medio de trascendentales evoluciones genéticas, a una casta superior; a seres de talento extraordinario; genios, inclusive.

Aunque jamás lo hubiese dicho a nadie, y poquísimas veces lo tentara la soberbia de pensarlo, Lázaro estaba seguro de ser un individuo excepcional —unidad aislada del género de los Hombres Señalados— nacido, a causa de un misterioso conflicto de la naturaleza, de la coincidencia de un macho y una hembra comunes y, por ello, imperfectos. Desde que se le reveló que era distinto a los demás, así se les semejase, aplicó innumerables años de su vida al estudio profundo de la biología, y arribó al feliz convencimiento de que el proceso evolutivo de las especies es susceptible de ser orientado, dirigido, gobernado por quien se lo proponga, lo que convierte al hombre en alquimista del hombre. Si X procede al modo de los hermeneutas que buscaban, más que fabricar metales preciosos, hallar la verdad última, ¿o primera?, le es relativamente fácil (si está dispuesto a invertir en la empresa el tiempo total que pasará en el mundo, y aún el de cuatro o diez generaciones de su progenie) llegar a crear, a voluntad, semejantes de belleza y talento maravillosos.

Ninguna duda albergaba respecto a que podía llevar a la práctica sus ideas; y de que éstas eran correctas y factibles, ¿tenía mejor prueba que los Azares Singulares que se producen entre los animales y entre los vegetales, y que escapan al análisis de la lógica? Si vemos reiterarse ciertos misterios en cuya interpretación fracasa el ser común, enigmas que llamamos fenómenos y aun aberraciones (lo Bello y lo Feo, son en sí aberraciones por cuanto se apartan de la constante de los promedios); si esos fenómenos ocurren de manera espontánea porque a que se susciten es ajeno el Hombre — ¿qué ocurriría si alguien, dotado del tesón del genio, se preocupara por provocarlos de acuerdo a un método?

Pues todo fenómeno es consecuencia de un cambio en el orden de la Naturaleza, ¿por qué no provocar sistemáticamente el desorden en las leyes que determinan la conducta biológica de la especie? Eso era lo que pretendía hacer Lázaro; lo que había comenzado a hacer cuando, al fecundar a Yuri, iniciaba la lenta, imprevisible alquimia de las sangres. El hijo por nacer engendraría, en su oportunidad, a otro, que daría origen a otro, y éste a otro, y así, hasta la síntesis — el hombre nuevo, el Perfecto, y ya en el colmo del delirio el Inmortal. Porque era, a fin de cuentas, la Inmortalidad la meta que perseguía. El elusivo horizonte al que ansiaba llegar.

(Lázaro se considera un reto a Dios — criatura emancipada, por el camino del Conocimiento Superior, a Su tutela. Juzga que la vida es el tránsito entre dos misterios. Ha despejado el del nacer y está seguro de poder hacer lo mismo con el del morir. Lo emociona la perspectiva de vivir indefinidamente, y confía, por medio

de sucesivas e infinitas mezclas de su sangre, producir una, cuyas células no se desintegren y mueran. Pretende demostrar con el ejemplo de su linaje imperecedero que es un deleznable sofisma el que postula que la Naturaleza, ante la imposibilidad de hacer inmortales a sus creaturas, convierte el destruirlas en una de sus leyes básicas.)

Para aventura tan desmesurada debió Lázaro librarse de cuantos lastres agobian a los hombres. El de Dios, por ejemplo. El del pudor, en seguida. El del miedo al sufrimiento y a su consecuencia, la muerte. El de usar el escudo de la mentira. El de padecer la agonía del apego a los bienes materiales. (Los dioses no son ya dueños del fuego. Del fuego pueden todos participar sin miedo al exilio en la roca.)

Porque Claudia era un mínimo residuo de la raza de los *normales*, de ese extenso, conforme grupo de ovejas de chato entendimiento, era incapaz de comprender las teorías de Lázaro, y por eso recaía en atribuir a sus actos otras que no fueran intenciones de vicio, crueldad, egoísmo y perturbación mental. Que eso opinara tenía lo sin cuidado. Mucho, sin embargo, le hubiese dolido que sus hijos — elementos intermedios, puentes de alianza entre el detestable mundo presente, de miseria, envidia y embuste, y el quimérico mundo pródigo, generoso y veraz que su padre ansiaba crear— compartieran el obtuso criterio de ella. Al parecer, no era así. Yuri se había dado a él sin reticencias ni remilgos hipócritas; más, pretendía creerlo Lázaro, por hallar ideales sus prédicas, que por natural inclinación de curiosidad hacia el universo de las sensaciones físicas. En cuanto a Job, sus celos y sus cóleras, convertíanlo en sujeto, por inestable emocionalmente, inútil para la empresa; en colaborador poco de fiar. (Si lo castigó al sorprenderlo a punto de violar a Yuri fue, no sólo por celos, sino para impedir que volviese a importunar con su acoso de bestia en brama a la mujer seleccionada por Lázaro para iniciar el revolucionario ensayo; mujer que debía ser virgen, en todos los órdenes, para la prueba.)

No fue, pues, por hedonismo por lo que Lázaro convirtió a Yuri en su compañera (la palabra *querida* le causaba repugnancia, por cuanto de equívoco implicaba), sino para utilizarla como agente reproductor. No veía en ella a la mujer para el goce, sino a la fértil matriz que le daría, en poco tiempo, los primeros frutos de la nueva raza. En vista de que necesitaba herederos del género femenino, usó de sus conocimientos médicos para asegurarse de que engendraría sólo hembras.

En todo esto —relámpago del pensamiento— reflexionó Lázaro mientras perdonaba, suspirando, el tonto juicio de Claudia. ¿Podría ella, corta de entendederas, comprender con las palabras de una superficial explicación que le diese las audaces ideas que a él le había llevado un largo trecho de su vida concebir? Pues estaba seguro que no, prefirió abreviar:

—¿Para qué explicarte lo que no entenderías? Si ello te produce alguna satisfacción, piensa otra vez de mí lo que piensas siempre: que soy ruin, monstruoso, anormal, porque hice mía a Yuri; porque no permití que la profanara otro hombre... como uno lo hizo contigo.

Y después del innecesario alfilerazo de la ofensa (¿insepulto rencor al desconocido que había abierto la herida del sexo de Claudia?), Lázaro se esfumó en la oscuridad. Al trasponer el umbral, su silueta imitó a una rápida moneda cayendo al fondo de una alcancía.

Tres meses más tarde, dos antes de tiempo, nació la hija de Yuri — una oruga increíblemente pequeña, cuya piel llena de pliegues tenía el triste color de la mostaza. Como lo había hecho cuando vinieron al mundo Job, la propia Yuri y Momo, Lázaro atendió a la parturienta, sin permitir la colaboración nerviosísima de

Claudia. Así que los primeros dolores del alumbramiento prematuro comenzaron a desgarrar el cuerpo de la muchacha, el padre hizo salir a su mujer, y se puso a hablar con la chica, y habló con ella de cosas que sólo ellos supieron, y al cabo, ya sin gritos y al parecer sin tormentos, tal que si hubiesen administrado una droga sedante (lo que no ocurrió, pues Lázaro aborrecía el uso de medicinas, aun el de los tónicos vitamínicos), la que iba a ser madre de su primer nieto puso en el mundo a un pequeño ser que pesaba apenas, tan breve que cabía en las manos de su padre, y tan débil que alentó no más de una hora. Cavó el hombre un hoyo al pie de las flores, voces de colorida luz en el silencio luctuoso del jardín, y el vientre de la tierra recibió el fruto muerto del vientre de Yuri.

Por más que odiara a Lázaro, Claudia no iba a regatearle, viéndolo ensimismado en el hosco retraimiento de su dolor y de su frustración, la amistad de un pésame hondamente sincero; ni a Yuri, la ayuda moral de compartir con ella —y en mayor medida que ella, porque la muchacha no tenía aún conciencia de lo trágico que es para una madre perder a su hijo recién nacido—la pena de haber visto morir a una parte de sí misma.

Luego de sepultar el cadáver de la niña, de cubrir la tierra fresca con el parche de césped que previa y cuidadosamente había apartado; y de distribuir la tarea de trabajo que debía cumplir la familia por la tarde, Lázaro se retiró al cobertizo; no a llorar su luto —como Claudia imaginaba— sino a buscar, por medio del análisis, las causas que hubiesen podido precipitar el parto. Dos le parecieron probables: una, que Yuri, pese a las órdenes que de él tenía recibidas, no obedeció la consigna de reposo (como si no estuviese embarazada, gustaba corretear por el prado y entregarse, con su hermana, a juegos violentos, a labores de jardinería y a otros oficios igual de rudos) y otra: que él hubiese cedido la noche anterior porque le faltó voluntad para negarse a las exigencias sensuales de Yuri; exigencias que habían vuelto a hacerse más y más imperiosas conforme avanzaba su preñez.

Fuese cual fuere la razón culpable, lo cierto era que el primer ensayo de Lázaro había concluido en fracaso; en un fracaso que lo sumía, al tiempo que en la pena, en la ira — porque ahora veríase obligado a aguardar varias semanas para que Yuri estuviese, otra vez, en aptitud de quedar encinta. Por la noche, cuando volvió muy tarde a la casa y comió, cubierto ya por la herrumbe del mutismo, la ensalada de su gusto que Claudia había aderezado para halagarlo, oyó de su mujer un tímido comentario:

—La niña se habría salvado si hubieras traído a un doctor.

Despaciosamente la miró Lázaro y con voz átona, los sonidos sobrenadando en el tedio, respondió:

—Lo que pudo haber hecho un doctor, lo hice yo. ¿Quién te ayudó a parir a tus hijos? ¿Quién los cura a ustedes cuando enferman?

Insistió ella — ¿para que se enconara en Lázaro el remordimiento?:

—Si hubiese venido un doctor, tu hija estaría viva.

Sin énfasis, movió él la cabeza para rechazar, como si se tratara del fastidioso embate de una mosca, lo que Claudia decía:

—La criatura nació antes de tiempo.

—Se habría salvado con un doctor. Pero tú, terco en no dejar que venga nadie...

Para poner punto final a la insubordinación de Claudia, dijo Lázaro:

—Rehúso el trato de los demás hombres, porque no soy uno de ellos.

—Otra vez esas ideas tuyas...

—Mis hijos tampoco lo son, y por eso los libro del riesgo de tratar a extraños. Un médico es uno de esos intrusos que detesto y a los que no quiero ver aquí. Si no

busco relación con ellos, o comunicarme, o recibir su amistad o compartir su interés, se debe a que no deseo dar a las confidencias que me hicieran, el pago de las mías. Lo cual, por la índole del trabajo que llevo a cabo, es muy peligroso e inconveniente para mí. Tarde o temprano llegarían a saber de mí lo que debo conservar secreto, hasta que sea tiempo de hacérselo conocer al mundo...

Ella, por primera vez en una eternidad, le acarició con los dedos el dorso de su mano atigrada de pecas:

—Quisiera entenderte, Lázaro... —declaró con efusión.

Y Lázaro contestó gravemente:

—Algún día, cuando estés preparada, me entenderás...

Después de una dilatada pausa, y porque creía a Lázaro en disposición de ánimo para hablar de tales temas, Claudia aludió a Dios.

—Hoy, que lo necesitas, ¿por qué no te acercas a Él?

Por respuesta obtuvo una sentencia pronunciada con secas palabras definitivas:

—Se acercan a Dios quienes todo lo poseen, o quienes de todo carecen. Si bien no poseo todo, en cambio de nada carezco. ¿A qué, pues, buscar al que no necesito? — apartó la silla y se levantó. Escuchábase el dormir acompasado de Momo. Presentíase la vigilancia rencorosa de Job. Yuri era un vacío de silencio dolorido. A propósito de su hija, inquirió sin nombrarla

—¿Cómo está...?

Musitó Claudia:

—Duerme...

—¿Hablaste con ella después de...?

—No se da cuenta todavía de lo que perdió, perdiendo a su hija —y en la sombra del recuerdo ordenó unas palabras que había oído decir a Lázaro: *"Ojalá nos fuera dado prever el futuro de nuestros hijos. Si pudiésemos saber qué va a ser de ellos, no cometeríamos la repetida insensatez de traer tantos a este infierno..."*; palabras que adquirirían esa noche significación muy especial.

Por no haberle sido inculcado jamás el romanticismo de los sentimientos maternos, ninguna traza dejó en el ánimo de Yuri la muerte de la niña. Que la hubiese perdido le afectaba nada; y por eso cuando Claudia, con palabras llorosas, le comunicó la irreparable novedad, la muchacha quedó impávida, como si no le correspondiera a ella recibir la condolencia que hilvanaban penosamente, entre hipoes, los labios trémulos de su madre. Fracasaba también en explicarse el abatimiento en que cayó Lázaro a resultas del malparto, y por qué sus ojos, siempre vivos, se humedecían de tristeza cada vez que la miraban. Tampoco hallaba proporcionada la melancolía de los largos silencios a los que el hombre se dejaba arrastrar mientras la acompañaba por las tardes, y le tomaba la mano, y le acariciaba la frente, y suspiraba con lenta conmisericordia, y extraviaba sus pupilas minuciosas en las de su hija; silencios que sólo quebrantaba para murmurar frases que la absolvían de faltas que Yuri ignoraba haber cometido.

Que Yuri, desde pequeña educada en la estricta disciplina del respeto (no interrumpir a Lázaro si hablaba; hablar sólo si él la autorizaba a hacerlo; callar a la orden de un gesto) fuera espejo de los pesarosos silencios de su padre, llevaba a éste a suponer, erróneamente, que el corazón de su hija padecía también el dolor atroz de los sentimientos de culpa y vergüenza. Para aliviarla de ellos, besaba sus manos encallecidas, lo que era inusitado, y en tono muy dulce, muy confidencial, sus labios la reconfortaban con frases de aliento:

—No fue culpa la tuya. Pronto estarás bien. Quiero verte alegre — que la chica aceptaba sin comprender, y a las cuales respondía como si intuyera que tal reacción era la que de ella esperaba Lázaro.

Después de la breve interrupción, Lázaro devolvíase otra vez a sus reflexiones, al lento acariciar las manos de la joven y al reiterado, amoroso e incansable mirarla, hasta que la tarde plegaba sus plumas de luz y la arena negra de la noche —fluida como la de un reloj— se transvasaba a la angosta alcoba, para que se iniciara otro silencio más inquietante: el de los sueños de Yuri, y de todos, el más obsesivo por terco: que concluyese la convalecencia para reincidir en la práctica del amor.

En el curso de los treinta y cuatro meses siguientes, Yuri produjo cinco pequeños cadáveres amarillentos. Cinco enormes dolores en Lázaro. Cinco quebrantos a su esperanza. A dilucidar el enigma de por qué la matriz de Yuri expulsaba al mediar la gestación a seres sin posibilidad de sobrevivir, aplicó Lázaro todo su saber. En vano fue que leyera los libros adecuados; que recurriera, conforme al consejo de especialistas a los que consultó pero a los que nunca accedió a llevar a casa, al auxilio de las medicinas; que tomara las providencias más drásticas para impedir que Yuri hiciese peligrar sus embarazos. De que era fértil no tenía duda; sólo faltábale averiguar por qué su vientre había sido incompetente para albergar, el tiempo justo para que pudieran lograrse, a las cuatro hembras y al varón que tan sin esfuerzo había concebido.

El fracaso era el amargo premio inexorable a sus desvelos, y la amargura, y luego la cólera rabiosa, y por último, el odio, fueron sedimentándose en su espíritu. (Si hubiese creído en Él, Lázaro habría llegado a la conformidad de atribuir tales descalabros a la reiterada venganza de Dios; como era agnóstico, buscaba las claves donde estaba seguro de poder encontrarlas: en el campo de la biología. Pero allí, por mucho que lo arara, tampoco halló respuesta a sus preguntas ciegas. Condescendió, inclusive, a aceptar consejos de Claudia, por más que ella no abundara en experiencia.)

Si Yuri era una mujer físicamente bien dotada para producir hijos —joven, fuerte, sana, de pelvis amplia y exactas funciones glandulares—; si era dócil para acatar los horarios que Lázaro fijaba a su descanso, su sueño, su amor y su ejercicio; si era valerosa, hasta el extremo de haber soportado sin queja el cautiverio de los seis meses consecutivos que yació en una cama, hasta que su espalda se llagó, cuando aguardaba que naciera su tercer chico, ¿por qué perdía a las criaturas?, se preguntaba Lázaro, y con él Claudia y Yuri; ¿por qué los alumbraba apenas más grandes que ratas? ¿Por qué coloreaba sus pieles el espantoso tinte de los limones viejos?

Secretamente comenzó Yuri a detestar sus monótonos embarazos, no tanto porque temiese al trabajo de los difíciles partos, al tedio de las cuarentenas, al picoteo cruel de las inyecciones que habían dado en aplicarle, a la condena de la inmovilidad a que la sometían apenas quedaba grávida — cuanto porque Lázaro la privaba de la satisfacción carnal desde el momento en que engendraba en ella a un nuevo ser. De allí que también secretamente ansiara ahora no concebir otro hijo, o concebirlo después de un disfrute mayor de los deleites. A medida que a un aborto seguía otro y otro a éste, dábase cuenta Yuri que en su padre iba apagándose la lumbre de los deseos, y que ya no la amaba con el brío de un verdadero amante, sino del modo mecánico y obligatorio de un esposo.

Y ella anhelaba el violento ardor de la primera época; la paciente búsqueda de las sensaciones; los minuciosos refinamientos que las fijaban en sus recuerdos; la prolija maestría que usaba Lázaro para hacer de cada obra de amor una de arte.

Añoraba las tardes febriles del cobertizo; la placentera lasitud de los crepúsculos que veía morir a través del escaso hueco de la ventana, el diálogo vivaz de los besos; la quemadura del aliento de Lázaró como un cosquilleo en la desnuda superficie de su cuerpo. Sufría nostalgia del rudo frenesí que asordaba sus oídos, de las miradas que la hacían arder al tocarla; de las palabras de homenaje a la golosina de sus senos, al matiz de trigo de su piel, a la gracia fulgurante de sus ojos; a la sabrosura carnosa de sus labios, a la flexible esbeltez de su talle; a la armonía de sus sólidas caderas, al ritmo de su andar que conjugaba los del gato y la gacela.

La antigua brasa habíase vuelto tímido rescoldo; el tumulto de la pasión, tranquila tarea de rutina; y confuso, lo que era nítido, como las caricias que la llevaban al vértigo; calmo, lo que solía ser tempestuoso: el apetito del celo; mediocre y gris, lo que deslumbraba por original e imaginativo. El amor tornábase ceniza en la sórdida agonía de la costumbre, y ni siquiera lo volvía bello el encanto de lo prohibido. Sin nadie ante quien esconder su clandestino trato, admitido por Claudia y por Job abominado el comercio del incesto, Lázaró y Yuri compartían la misma cama, y ya no todas, o la mayor parte de las noches: sólo las muy pocas de cada mes que Lázaró (luego de cálculos calendáricos, de consultas al termómetro, de matemáticas de fertilidad) estimaba a Yuri propicia para concebir.

Después, el dilatadísimo ayuno, que se prolongaba tanto como tardaba el vientre de la muchacha en aburrirse del feto al que daba albergue.

La pasión en crisis de Lázaró originaba, por contraefecto, la exuberancia de la de Yuri. En sus noches de insomnio, rodeada del sueño ajeno, o del afán sensual de Job (a quien sabía despierto en el cubil vecino y, como ella, quemándose en la pira del deseo) tiraba del largo cabo del recuerdo, y recreaba situaciones de lujuria, los maravillosos encuentros que concluían en el plácido sopor de la siesta; el grato compás que mediaba entre un raptó y la espera del siguiente. Lamentaba su magnífica fecundidad y muchas veces llegó a desear ser estéril. Si lo fuese, ¿la buscaría Lázaró, que ya sólo la frecuentaba para hacerla fructificar en hijos y no, como al principio, para proporcionarle sin avaricia la alegría del amor? Que para tal fin utilitario la usara su amante, llenábala de resentimiento — pero no de venganzas. Yuri amaba a Lázaró y por él, únicamente, desesperaba ser amada. Apetecía al hombre, pero ese hombre *debía* ser Lázaró, no otro. No Job; por mucho que Job pudiera colmarla de lo que su padre le regateaba. Ni aun en sus más lúcidos momentos o en sus duermevelas decoradas de símbolos lascivos, se hacía acompañar de la imagen de su hermano. El socio de sus odiseas eróticas era siempre Lázaró: un Lázaró maduro y sabio, generoso e infatigable; bien distinto al que en el trato diario apenas se dignaba a mirarla y aun a hablarle.

No obstante el suntuoso desarrollo de su cuerpo, que ya antes de cumplir los doce años aventajaba en belleza y garbo al magnífico de su hermana, le faltaba aún a Momo la mínima madurez indispensable para cumplir los deberes de maternidad a los que su padre había decidido dedicarla. Era tan joven, orgánicamente tan tierna, que ignoraba todavía las molestias periódicas de la regla. Conforme a los minuciosos apuntes que llevaba de las aptitudes físicas, de las características intelectuales y de las peculiaridades emocionales de cada uno de los suyos, calculaba Lázaró que la pequeña alcanzaría la plenitud al promediar el verano; un verano que los resecos vientos de la primavera precoz y lo tardío de las lluvias auguraban cálido. Que hubiese de aguardar varios meses lo contrariaba y no poco, por cuanto de aplazamiento a la ejecución, o continuación de sus negocios, significaba la espera.

Hombre que seguía la norma de evitar hasta donde de él dependiese (por medio de cuidadosos análisis de posibilidades) las intromisiones del azar, Lázaro empleó las semanas en leer, y tomar de ellos notas sin fin, docenas de tratados sobre obstetricia, dietética, hematología, puericultura, higiene conyugal, y en consultar la experiencia de ginecólogos y demás sabios de caro prestigio. Las opiniones ajenas coincidían con las propias, y lo reafirmaron en la convicción a la que había arribado luego de ver morir a sus cinco hijos — Yuri los abortaba, cada vez más temprano, porque su matriz era evidentemente inepta para retenerlos a causa de algún defecto irreparable. Más desalentador le resultó enterarse que los médicos ignoraban que a la fecha existiese un tratamiento capaz de impedir que los productos se malograrán.

Descartada Yuri, encauzó Lázaro el interés de su deseo hacia Momo; mas no abiertamente, sino de la misma suave manera que había puesto en uso para conquistar a la mayor de sus hijas. Si entonces sólo debió precaverse de la sospecha de Claudia, ahora sentíase obligado a la doble discreción de no ser descubierto por Claudia antes de tiempo (lo que sería enojoso para sus proyectos) ni delatarlos con Yuri, cuyo apasionamiento por él era tan agudo y egoísta que no cabría esperar de su parte —como lo esperó y recibió de Claudia— el perdón de la conformidad. Confiaba, sin embargo, que quisieran o no le otorgarían ese perdón de conformidad cuando una y otra se enfrentaran al hecho irreversible de que Momo, la última virgen de su linaje, era la sucesora de ambas en el amor del jefe de la familia.

Con fría astucia de ajedrecista planteó Lázaro una serie de jugadas que oportunamente, conjeturó, iban a brindarle excelentes dividendos de éxito. La primera de ellas, con base en el pretexto ideal de lo bochornoso del clima (segunda vez que se valía de éste para sus planes) fue reanudar los ejercicios gimnásticos a piel abierta. Del modo más casual, anunció una noche:

—Desde mañana volveremos todos a asolearnos como antes... —Miró a Claudia y a Yuri con mucha simpatía, pero excluyó a Momo, como si quisiera subrayar que no la tomaba en cuenta. Acentuó la bondad de su sonrisa cuando sus ojos encuadraron a Job; el primer gesto amable que el muchacho recibía de su padre desde la tarde de la tunda. —Nos hace falta quemarnos un poco, recuperar el color de la salud. Y en cuanto a ti —se dirigió particularmente a su mujer— puedes, si quieres, acompañarnos vestida.. .

Las palabras de Lázaro, que en sí nada extraordinario anunciaban, llenaron de premoniciones a Yuri y la hicieron intuir que él no la amaba ya como ella creyó que la amaría siempre; que el vínculo de pasión que los ligaba había sido roto. Las preguntas acudieron tumultuosas a los labios de su pensamiento. Sólo unas cuantas tomaron forma concreta. Si para que nadie la mirase en su desnudez, Lázaro había abolido la promiscuidad al natural a la hora del ejercicio o la del baño; si antes lo llenaba de cólera y aun de celos (pensaba Yuri) que Job la espiara al trabajar; si la reprendía por sentarse con las piernas abiertas; o por ondular las caderas al ir de un lado a otro, o por dormir sin ropas, o por ajustarse provocativamente el hábito en torno a las caderas o a los pechos (desde su primer embarazo no le permitió usar ya el ceñidísimo de seda blanca); si, en síntesis, le ordenaba comportarse con cierto pudor, ¡él, que detestaba ser hipócrita! — ¿por qué ahora parecía estar dispuesto a entregarla a las miradas de su hermano? ¿Acaso porque no le importaba ya que otro hombre, al que sabía ávido de Yuri, apeteciera a la hasta hoy su cómplice de amor? ¿Planeaba Lázaro la argucia horrible de que entre Yuri y Job se estableciera el trato de los sexos, para así, con tan buena excusa, sacudirse a quien le era no sólo insoportable ya como amante, sino a la que odiaba luego de haberle demostrado, en

cinco ocasiones consecutivas, su total ineptitud para ser la madre de los hijos que con ella le urgía tener?

Sobre la dureza vil del camastro, Job revolcó toda la noche su desesperación porque amaneciera. Como Yuri, aunque por razones distintas por mucho que pareciesen similares, trataba de explicarse por qué Lázaro había decidido reanudar la vieja práctica del nudismo colectivo. ¿Porque había dejado de temer a la competencia de su hijo? ¿Porque se sentía tan dueño de Yuri que no le importaba que el macho joven la apeteciera? ¿Porque deseaba tenderle a éste una trampa, usando de señuelo a la muchacha? Cualesquiera que fuesen sus verdaderas intenciones, Job no quería comprometerse, ni incurrir en el error de disputarle a una mujer que era ya suya.

En los breves periodos que lograba dormir, Job se aturdí con las confusas imágenes que atrepellaban su cerebro — retazos de hembras en total desnudez; figuraciones vertiginosas de vientres, senos, nalgas, muslos, sexos, bocas, ojos; fragmentos que el recuerdo de la mente y el recuerdo del deseo barajaban, combinaban, confundían, creaban y recreaban, en inacabable mutación.

Con ansia, que rozaba constantemente la angustia y a la que trataba de calmar encauzándola por el atajo de la masturbación, vigilaba Job la alta cúpula de cristales en espera de que la luz del alba anulara la amenaza de las tinieblas. Era enorme su prisa de ver cumplido, en el nuevo día, el sueño que noche a noche, desde que Yuri le fue arrebatada, alentaban sus insomnios; sueño que nunca creyó posible ver realizado y que pronto, gracias a Lázaro, lo sería: mirar, sin tener para ello que enfrentar el riesgo de espiarlo, el cuerpo de la mujer que deseaba, y al que recordaba apenas en su verdadero contorno, por más que millares de veces lo inventara en sus agotadoras abstracciones.

Ya no era a Yuri a quien Job ambicionaba, sino a Momo. De ésta era el cuerpo plural y fragmentario que evocaba en las horas de tumultuosa sensualidad. Con ella concertaba citas su deseo; de ella velaba el sueño; a ella, como en una ocasión a Claudia, la acariciaba por las noches, tomando ventaja de su profunda inconciencia. Las solitarias satisfacciones que Job se procuraba, lejos de aplacarla hacían más viva su fiebre y más obsesivo su afán de disfrutar a la que era sólo alegoría en su mente. Momo, parecíale, era más hermosa de lo que había sido Yuri tres años antes; más adicta a él, también. (Pese a saberse vigilada, ingeniábase para estar cerca de Job, comedíase a hacerle pequeños servicios y le permitía, así fingiera no advertirlo, tocarla a escondidas. Libertades que alentaban al muchacho y lo hacían suponer que Momo iba a ser suya alguna vez.) ¿No eso había querido decirle Claudia cuando pronunció las palabras que alimentaban desde entonces su esperanza?

—*Cuando seas hombre, así como Lázaro, tendrás también una mujer para ti.*

Job era ya hombre— Por eso aspiraba a la posesión de Momo. Si de las tres mujeres de la familia, dos eran ya de Lázaro, ¿para quién, si no para Job, razonaba éste, habría de ser la última?

Por mucho que estuviese seguro que Momo habría de ser suya, y, no obstante, por temor a cometer una nueva equivocación que le acarrearía una segunda y más feroz golpiza, Job decidió no demostrar interés por su hermana hasta en tanto no pudiera descubrir si Lázaro tenía alguno. Lo dudaba, sin embargo. Señor de dos mujeres, ¿iba a pretender una tercera? ¿Llegaría su avaricia al extremo de regatearle a su hijo el derecho que éste se autootorgaba sobre Momo?

En la reserva de la conducta que decidió adoptar, en el control de sus emociones cuando se encontrase frente a Momo desnuda, en la cautela de su comportamiento

futuro, esperaba Job hallar la seguridad necesaria para observar, sin que él lo advirtiese, a Lázaró; y proceder de acuerdo a lo que éste hiciera. Una pregunta (era siempre la misma, no importaba en qué términos la plantease) lo atormentaba constantemente: ¿Y si Lázaró quisiera despojarlo también de Momo? A ella oponía mil sutilezas, como repetirse, hasta creerlo, que su temor era absurdo y que Lázaró jamás intentaría hacer suya a la mujer que Job quería para sí. El más firme de los argumentos que enfrentaba a su inquietud seguía siendo el de que Lázaró, dueño ya de dos esposas, no pretendería una tercera. Si tales fuesen sus intenciones, le bastaría ordenar a Momo que fuera a dormir con él. En busca siempre de puntales para su optimismo, reflexionaba Job que quizá lo que Lázaró buscaba al reiniciar la gimnasia nudista era que entre sus dos hijos solteros surgiera la atracción de los instintos y pudieran vivir conforme a las leyes de la Naturaleza.

Tan quebradizo como el de sus hermanos era el sueño de Momo. Aunque no estorbaran su libre desarrollo, como al de Yuri, los sombríos temores, ni los gritos del cielo, como al de Job, era inquieto, superficial y frágil, porque su mente había caído, desde el principio de la noche, en el anticipado frenesí de imaginar qué maravilloso sería, apenas concluyera la lenta hemorragia de la sombra, la emoción de mostrarse a los ojos incisivos de Lázaró — ojos que si la miraban a solas, perdían su tristeza antigua, y penetraban, tal que si tuvieran punta y filo, las murallas de su ropa, y llevaban a su sangre el tumulto del azoro cuando él los usaba (lo que era corriente en los últimos tiempos) para escudriñarla con la abierta curiosidad de la lujuria.

Esta curiosidad (que Lázaró encubría con indiferencia taciturna frente a testigos) estimulaba, como él deseaba que ocurriese, la curiosidad de Momo. Para que la niña se preguntara por qué era ella objeto de un trato más gentil, lo que produciría un conveniente desenfreno de su imaginación, comenzó el padre a cortejarla con aquello a lo que la sabía sensible: fugaces sonrisas, palabritas de encomio a lo gracioso de sus gestos, a lo lindo de sus ojos, a lo gallardo de su cuerpo, a lo pícaro de sus mohines, a lo macizo de su carne y a lo suave de la piel que la ceñía. Halagos que calaban hondo a Momo, hasta hacerla atreverse a preguntar con retorcimientos de rubor:

—¿Así soy, Lázaró? —a lo que él respondía:

—Mucho más... —y fácilmente la empujaba a buscar, para placer de su vanidad, la obligada comparación:

—¿Más que Yuri...

—Sí...

Después de estos abrumadores homenajes, bruscamente reasumía Lázaró su actitud tiránica, y a veces por más de una semana la privaba de sonrisas, mimos y palabras, tal que si estuviese muy enfadado con ella. Al sentirse rechazada, la chica caía en la tristeza, tornábase melancólica, se convertía como su madre y sus hermanos en una autómatas que actuaba acuciada por el miedo, que temblaba en presencia del amo, que perdía el hilo de la respuesta si necesitaba contestar a alguna pregunta, y que gastaba las horas tratando de encontrar la falta involuntaria que había producido la cólera paterna. Atento a la evolución de ese desequilibrio emocional que provocaba y regulaba a su gusto, Lázaró interrumpía la tortura justo en el momento en que más abatida veía a Momo. Tornaba a ser bueno, cariñoso y dulce, y se hacía pagar el premio de la gratitud de la muchacha, a quien le faltaba malicia para sospechar que ese juego de afecto y despego, de amor y rechazo, se ajustaba a un ritmo y era parte del plan que Lázaró, para seducirla, había puesto en marcha luego de convencerse de que Yuri jamás acertaría a darle hijos.

No dormida; tampoco despierta (durmiendo cuando imaginaba velar; y velando cuando creía dormir, en un continuo, laborioso y fatigante cruce y descruce de la imprecisa frontera entre la lucidez y la inconciencia) Claudia ocupaba el tiempo inmóvil de esa noche de insomnios colectivos en buscar la manera de impedir que Lázaro, si tales fueren sus propósitos, intentara convertir a Momo, como lo había hecho con Yuri, en su compañera de adulterio. De que lo pretendía, sobrabanle pruebas, y a recopilarlas dedicaba ese lapso de silencio nocturno. Curtida en el dolor, probada ya en el agua regia de la humillación continua; encallecida, si así pudiera decirse, su sensibilidad — la idea de que el padre quisiera seducir a Momo no le causaba, tal que le ocurrió cuando supo que lo había hecho con Yuri, asco, pena o, de menos, cólera de celos. Sólo una grande y abrumadora lasitud, y la certeza de que, habiéndolos agotado todos, Lázaro no podría ya en el futuro admirarla con ningún nuevo horror, con otra perversión. Pues, ¿qué ignominia original puede inventar quien ha mancillado ya a una y planea hacer lo propio con la segunda y última de sus hijas?

Consideraba que la decisión anunciada por Lázaro al principio de la noche era el primero de una serie de gambitos que habrían de culminar, si nadie le salía al paso (y ese *nadie* abstracto, sólo podía ser ella), con la conquista de Momo. Así la creyeran torpe, Claudia no lo era tanto como para que no se hubiera dado cuenta por innumerables detalles que las relaciones entre Lázaro y Yuri, especialmente a partir de la tarde en que la muchacha expulsó al quinto de sus hijos inmaturos, eran tensas, secas, difíciles, como son, en la etapa previa al rompimiento definitivo, las del hombre y la mujer que contemplan una crisis pasional, o de intereses.

Testigo atento había sido de la mengua del ardor de Lázaro; del paulatino hastío que le causaba la pegajosa compañía de Yuri; de los profundos silencios en los cuales se demoraba, como si le causara infinita pereza mover la rueda del diálogo. En lo íntimo, causábale placer (el de los resentidos, que lo derivan de la amargura de quienes a ellos los agredieron en alguna forma) que Yuri sufriese los efectos desmoralizadores de la gelidez de su amante, que llorara las duras lágrimas de saberse en peligro de abandono, que vagara días y noches en el limbo de lo incierto; que padeciera, una a una, las penas secretas que Claudia, por culpa suya, había padecido. Gozaba también, quizá en superior medida y con más gusto, las delicias de la venganza al observar de qué modo se agriaba el carácter de Lázaro, y cómo él, antes lleno de lozanía física y del entusiasmo del amor, iba tornándose caviloso, más siniestro; y, sobre todo, cuánto se esforzaba por disimular su fracaso de crear, en su hija y a partir de ella, el nuevo linaje; esfuerzo que tenía por fin evitar que Claudia lo ofendiera con una piedad que Lázaro estaba pidiendo a gritos, pero que no deseaba que le fuese ofrecida. Si bien Lázaro se valía de todos los recursos del disimulo para encubrir que cortejaba a Momo (más exacto: que la preparaba anímicamente a fin de que cooperara gustosa a su propia seducción), de los mismos valíase Claudia para inducirlo a cometer el error de imaginar que nadie se había dado cuenta aún de sus pretensiones, ahora que con tanto discreto ahínco buscaba ganarse la confianza, el afecto y la solidaridad de su futura víctima. Pero su juego era tan burdo, por mucho que él lo considerara sutil y astuto, que Claudia requirió de poco para convencerse de que el hombre miraba a la niña con ojos de sátiro y de que la atacaría en cuanto estuviese en aptitud de quedar preñada. Aunque grave, el peligro no era inmediato, pues Lázaro —pensaba Claudia que así pensaba él— respetaría a Momo mientras ésta fuera impúber.

Ahora que sólo faltan dieciocho minutos para que Lázaro retorne y otros siete para que muera carcomido por los dolores del cianuro, Claudia comienza a padecer,

tan agudo como el cansancio físico que le produce la espera, el miedo a que su voluntad de matar se quebrante y a que la cólera que la insta a la venganza claudique en el perdón — virtud a cuyos efectos se conoce vulnerable y a la cual esta noche desea ser inmune. Con temor advierte que ciertos vagos impulsos generosos han arraigado en lo profundo de su conciencia y que en su mente, a medida que transcurre el tiempo, crece una duda perturbadora: para salvar a Momo, ¿no existe una solución que sea igual de eficaz, pero menos radical que el asesinato de Lázaro?

Dar asilo a duda semejante, reflexiona Claudia, ¿es o no síntoma de lamentable debilidad? Desconfiar de la eficacia del homicidio, ¿no lo es también? Si continúa intacto el viejo resentimiento en el que se ha incubado su venganza, ¿por qué habría de complacerla dar con una fórmula que le permitiera proteger a la hija sin verse obligada a destruir al padre? El miedo que comienza a dominarla mientras aguarda, ¿terminará por anular su ira, o continuará otorgándole el necesario valor para cometer el crimen? Claudia imagina que matando a Lázaro saldará la crecida deuda de las antiguas ofensas. Lo cierto es que ha planeado su muerte porque desea poner a su familia, y ponerse ella misma, a salvo de sufrir en el futuro otras igualmente graves. El exterminio de Lázaro será, pues, más un acto de temor que de coraje, más de defensa que de agresión.

Para no correr el riesgo de ser vencida finalmente por la generosidad (que excluye al odio, inhibe el deseo de venganza y vuelve incierta la memoria que registra los agravios), se impone Claudia el esfuerzo de estimular, con el recuerdo de las consecutivas humillaciones, el resentimiento que guarda contra Lázaro. La tarea, en la que confiaba entretener el borroso tiempo de la espera, le toma sólo unos cuantos segundos, al término de los cuales reconoce que la más intolerable de esas humillaciones —la que se hará pagar con la muerte de Lázaro— es la de haber vivido con él. El crimen que cometerá esta noche no será, como Claudia piensa, resultado de una crisis de su cólera, sino de una crisis de la paciencia que ella agotó en cuatro lustros de sumisión al infame que cree matar porque ahora apetece a Momo, y al que matará, en un desplante de rebeldía no por tardío menos válido, porque está harta de ser humilde, conforme y débil.

Puesta al margen toda consideración de orden moral, el homicidio de Lázaro tendrá para Claudia el atractivo de las experiencias que jamás se han intentado. ¿Otra por ella más ansiada y desconocida que la de hacer algo que no haya sido previamente dispuesto por la voluntad ajena? En cuanto él muera, luego de apurar a lentos sorbos el veneno que condimenta la sopa, Claudia será libre porque habrá destruido, así sea en forma simbólica, a todas las personas que la han obligado desde pequeña a cumplir condena de servidumbre. Crimen colectivo, del que serán víctimas un hombre al que abomina y los pálidos fantasmas a quienes gozaron torturándola — las tías, la Miss, el cura, el médico del asilo, el seductor que amaba los halcones.

A medida que progresa el tiempo, y con él la tensión del silencio y de la zozobra, Claudia comienza a sentir que cada instante es menos ella y más la mujer cuyo cuerpo imita al suyo, pero en la cual, así se le asemeje, no se reconoce. Se piensa, y no sabría decir por qué, el molde de un vacío, de un hueco que duplica su forma humana, un ser que siendo Claudia, simultáneamente no lo es. Si los que miran son sus ojos, ¿por qué le parece que es una extraña la que de ellos se sirve para observar a Yuri, que recuenta los motivos de su odio a la mínima distancia de seis pasos, y a Job, que hace lo propio recargado al muro? Si es su cerebro el que razona, ¿por qué se le figura que los pensamientos que teje —inclusive el de no ser

quien imagina que es, y viceversa— pertenecen a alguien que no conoce? ¿Por qué la intrusa a la que no identifica sabe tanto del infierno que ha sido su vida?

Gracias a tan singular dicotomía, a ese continuo desgajarse de su personalidad — al que no se habitúa, por mucho que le ocurra con frecuencia— le es posible ser testigo de los recuerdos y de las sensaciones de Claudia que tiritan de frío y miedo mientras aguarda en la triste estación que huele a desinfectantes, a pueblerinos soñolientos, a orines ácidos, a polvo viejo, el paso del tren mixto que ha de llevarla a purgar en la gran metrópoli que nunca ha visto (y que casi no verá después) la sentencia del exilio que el rencor y los prejuicios, la cólera y el asco de la tía Amelia le han impuesto.

Es la hora previa a la del alba y en su carne, como una protesta, repercute el dolor del aborto. El viento aún nocturno lastima a los que toca. Directas caen sobre Claudia las pupilas crueles de la tía y sus labios reiteran la pregunta que la obsesiona:

—¿Quién fue el hombre...? —y que obtiene la terca respuesta de siempre:

—No sé.

Luego de que Claudia la agrede con los monosílabos que interrumpen la continuidad del diálogo, Amelia retrocede y se refugia en el silencio de la ira — su rostro, una máscara mortuoria cuyos rasgos, a golpes despiadados, cava la luz tristísima que sudan los cuatro focos desnudos de la sala de espera; sus manos, dos garras descarnadas que se trenzan y destrenzan en el nerviosismo de la impaciencia. Porque es grande, y va en aumento, la que irrita a la solterona. Son las cuatro y treinta y el tren atrasa ya setenta y cinco minutos; lo que sucede siempre, pues el mixto de las tres y quince pasa normalmente, *cuando viene a tiempo*, a las cinco y cuarto. Aunque en los últimos veintidós años el tren no ha llegado conforme a su horario, quienes de él se sirven para viajar hacia las ciudades de la meseta se apersonan en la taquilla con la adecuada anticipación, temerosos de que por un vez, la del imponderable, arribe puntual y los deje.

A la costumbre de llegar a la estación con margen de sobra para comprar el boleto y ser de los primeros en abordar el mixto, se han sometido Amelia y quienes escoltan a Claudia; la tía Bruna, con los ojos llorosos y el gesto compungido; el cura impasible que bosteza con los labios apretados; la *Miss*, que no quiere perderse la escena de los agrios adioses, el fin de la primera parte del drama que a ella le cupo en suerte conocer desde sus principios. Están allí, de pie como barrotes de jaula, en torno a la muchacha de la que se deshacen igual que de una vergüenza. ¿Y qué si no una vergüenza, la peor que pudo recaer sobre su vida, es Claudia para Amelia? La muchacha mantiene baja la mirada para que no se cruce con las muy adustas que le arrojan sus guardianas apenas alza los ojos. Escucha, poniendo fin a un silencio, la queja:

—¡Qué calamidad, el dichoso tren!

—Insoportable, Amelia... —secunda el cura.

—Desde que yo soy yo —subraya la *Miss*— jamás ha llegado a tiempo.

Escucha, también, muy tímida, la voccecita de la tía Bruna preguntando a su hermana:

—¿Te sientes cansada? —y la contestación rispida de Amelia:

—¿Cómo quieres que me sienta, después de dos horas aquí?

Con su inoportuna candidez, Bruna sugiere:

—Pues ahí hay bancas vacías —a lo que la otra tía objeta:

—¿Ocupar esas tablas? —aludiendo a las ya muy pulimentadas por el uso, que sirven a los que aguardan.

—¿Dónde si no, Amelia?

—¿Sentarme donde se ha sentado ve tú a saber cuántos. .. tísicos?

—¡Qué exagerada eres, Amelia!

—Cállate, por Dios... —le exige su hermana, que se vuelve a comentar con el cura y la médica —¡Cómo vamos a sentarnos en un muladar como éste...

El sacerdote conviene con ella en que el lugar es inmundo, con tanto polvo, escupitajos, cascaras, papeles, restos de comida, campesinos y hedores.

—Bien harían en pasarle jabón y escoba siquiera una vez al año.

—En estercoleros así —aumenta Amelia— se pescan infecciones muy fácilmene.

La Miss asiente:

—Tanta promiscuidad. Tanta porquería, y ¡cómo huele...

—A rayos... —aporta el cura, olisqueando la atmósfera.

Callan. Han estado hablando de lo mismo, con ligeras variantes, desde que llegaron, y el tema, de tanto trillarlo, se gasta pronto. Se ponen a escudriñar a Claudia como si quisieran a fuerza de hacerlo con tal insistencia penetrar el secreto de su crimen de amor. Claudia se siente incómoda, disminuida, vejada por lo que están pensando de ella en ese momento. La tía Bruna, que quiere mantener viva la charla para librar a su sobrina de la tensión que le produce ser blanco de la cólera de las miradas, hace un comentario que desgrana de nuevo el enojo de Amelia:

—Si todos sabemos que el tren siempre llega tarde, ¿por qué no tomaste pasaje para la niña en el rápido de la mañana?

Amelia la riñe con un gesto de furia y luego con palabras que la ofenden, y que quedan flotando en el silencio penoso que les sigue:

—Bien sabes por qué, ¡estúpida! ¿O quieres que todo el mundo se entere de lo que hizo esta... perdida?

Dos trenes pasan todos los días por la estación de la pequeña ciudad. El mixto, a hora incierta del amanecer. El diurno, o *rápido* como lo llaman aunque no lo sea tanto, a las once de la mañana. Favorecen al segundo, puntual, limpio, moderno, las personas que pueden pagar el lujo de butacas acojinadas, comida *a la carta* y gabinetes particulares. Al primero, aquellas a las que no les importa alternar con lugareños, romeros, viajeros de comercio, peones de vía, soldados, vagabundos; ni tolerar una larguísima jornada de catorce horas a bordo de carros que rechinan, apestan a mugre y abundan en insectos, y que sólo cuentan con un mísero urinario.

La *gente bien* del rumbo establece las jerarquías económicas y sociales no abordando nunca, así necesite hacerlo, el convoy de la madrugada; esa zahúrda sobre ruedas que arrastra, además, carga varia — animales que tienen por destino los mataderos urbanos, legumbres frescas para el consumo de quienes viven en las tierras altas; granos para su almacenaje en los depósitos del gobierno; maquinaria agrícola o industrial, vehículos. Por las mañanas, mucho antes de las once, el andén rebosa de personajes que van a despedir a los que parten. Se forman corrillos, se desea suerte a los viajeros, se reiteran recomendaciones y buenos propósitos de feliz arribo al punto de destino. Todos se conocen, y saben a dónde van, por qué y por cuánto tiempo. (A bordo se harán tertulias, se jugará a los naipes y al dominó, se hará comercio de habladerías; continuará, en suma, el trato de la amistad o del interés.) Ese *todo el mundo* al que se refiere la tía Amalia asiste al cotidiano espectáculo de las despedidas, participa de él, le da color y sabor; adquiere chismes frescos en la estación, proporciona o complementa otros; concerta citas, reanuda contactos.

Al alba todo es distinto. Los que coinciden en la sala de espera son extraños entre sí. No se hablan. Dormitan, recelan. Se aíslan. Lo cual complace a Amelia, que no

quiere correr el riesgo de que alguien la ponga en el brete de explicar por qué Claudia, a la que su familia cuida como a un tesoro, se marcha sin compañía, un mucho a escondidas, en un tren que sólo usan *los de abajo*. Porque los muy pocos que saben del grave desliz de la muchacha se han mantenido fieles al compromiso de discreción que pactaron, la falta de Claudia aún no trasciende; aún es, y siempre lo será, secreto de familia, del que participan, además de las parientas, sólo el confesor y la médica.

Cada minuto que el mixto se demora, es un minuto más de peligro. De ahí el nerviosismo de Amelia. Sería lamentable, reflexiona, que a último momento, por culpa de un curioso que por allí apareciera, se estropease una maniobra tan cuidadosamente planeada. ¡A cuántas conjeturas se prestaría el viaje de Claudia! ¡Qué tolvanera de comentarios provocaría la noticia de que las dos celosas guardianas, el señor cura y la *Miss* habían sido vistos depositando en el tren del amanecer a la sobrina que guardaban bajo siete llaves, como se dice, para no permitirle ir sola ni a la iglesia!

Muy cansada, por el largo tiempo que lleva así, y débil, porque apenas la víspera aún sangraba a consecuencia de la raspa que le practicó la *Miss*, Claudia equilibra su fatiga apoyándose en un pie, luego en el otro, en un balanceo pendular e intermitente que exaspera a la tía Amelia:

—Deja ya de estar bailando —la conmina.

Claudia obedece y se mantiene rígida, con los muslos bien apretados y los ojos rastreando el suelo cochambroso. Pero no puede soportar más de un minuto o dos la inmovilidad. Un dolor agudo, más bien, el eco de un dolor, se apodera de sus riñones (de *su cintura*, que dicen las mujeres) y la obliga a aflojar las rodillas y a cargar todo el peso de su cuerpo sobre la otra pierna. Así hasta que Amelia lo advierte y la reprende. Aunque sufre desde la víspera el miedo de saberse ya irremisiblemente sola, sin más ayuda o compañía que la de sí misma, Claudia desea ahora que el tren que habrá de llevársela llegue cuanto antes. Por miserable que sea el futuro que la amenaza, lo será menos que el presente lleno de odio en que agoniza. De Bruna es de la única persona de quien no sufre rencores; la única, con Sor María Yolanda, de quien no recibirá ofensas, lancetazos de ira, desdén, y sí, por más que sus labios no acierten a expresarlo con palabras, perdón por lo que Amelia, la *Miss* y el cura llaman pecado y que ella, Bruna, benévola, califica como *mal paso*, inexperiencia juvenil, locura.

—¿No puedes estarte quieta siquiera un momento?

La voz de lija de Amelia le raspa los oídos y Claudia se da cuenta entonces de que ha vuelto a moverse de un lado a otro en lucha con su cansancio. Cesa de hacerlo, inmediatamente. Entra en el recinto de espera una familia de labriegos (en vanguardia, el padre; tres pasos a la zaga, la madre, que lleva a la espalda, en la comba de un manto muy raído, el capullo de sueño de un pequeñito; más atrás, portadores del modestísimo equipaje de todos, cuatro muchachos) y acampa en uno de los bancos vacíos. Cada uno de sus miembros guarda silencio, con la compostura que les impone su condición y su timidez campesinas. Más allá, de espaldas a ella y de frente a la noche que se abate sobre la llanura, Claudia ve a un hombre. Cuando éste se vuelve un poco y le ofrece el rostro al examen de su curiosidad, la muchacha no descubre en él nada —un rasgo, un detalle— que lo ancle a su memoria. (Por la tarde de ese mismo día que aún no comienza, sabrá que el viajero, que también la ha mirado a ella con suma discreción, se llama Lázaro.)

Trémulos, se posan en su antebrazo los dedos como salchichas de la tía Bruna. En un sobresalto, Claudia levanta los ojos. Ambas se miran. Con una débil sonrisa mansa, la tía. Claudia con un confuso temor agradecido.

—¿Estás muy cansada, hijita? —le pregunta, en voz baja, a sabiendas de que sí lo está.

Contesta Claudia con un cabeceo afirmativo y con dos palabras que en apariencia lo contradicen:

—No mucho... —y que ha pronunciado altas, para precaverse de algún comentario hiriente de Amelia.

—¿Por qué no te sientas un ratito? —propone Bruna.

Interviene Amelia, inmediatamente:

—Que se aguante, como nosotras.

Bruna, a la que fugazmente enoja el egoísmo y la impiedad vengativa de su hermana, aboga por Claudia:

—Deja que descanse en lo que llega el tren.

—Cállate.

—Comprende cómo ha de estar sintiéndose después de lo que le hicieron...

Para evitar una querrela entre las dos, y ahorrarse las nuevas humillaciones que de seguro Amelia le infringirá, Claudia se atreve a decir:

—Así estoy bien, tía Bruna. Prefiero no sentarme.

La Miss apostilla:

—Bastantes horas tendrá para descansar durante el viaje.

Cuidando de no ser vista por Amelia, cuya furia contienen apenas los diques de lo que llama *la buena educación*, Bruna deja una caricia con su mano, una palmadita, en el brazo de Claudia, y le entrega en la mirada que dirige rectamente a sus ojos la constancia de su simpatía.

(En el laberinto de su cerebro de mujer sometida al albedrío de otra, mayor y dura, a la que no ama porque sólo la teme, Bruna no encuentra ni terrible ni imperdonable lo que hizo Claudia. No importa cuáles sean las nuevas consecuencias de su acto; tampoco cuánto deba Claudia pagar en sufrimiento, si sufrir le depara la vida, por haberse atrevido a hacer lo que ella se conformó con desear mientras fue joven, y que hoy, que es casi una anciana, lamenta no haber intentado. Amelia es fanática de la pureza porque nunca sintió deseos de perderla. A nadie amó; nadie se atrevió a cortejarla. A Bruna, en cambio, le fue brindada la oportunidad de amar y la esquivó. Debiera por ello ser un pozo de resentimiento; no lo es, porque la ira de vivir no llegó a corromperla. Por muy infeliz que Claudia llegare a ser, razona, lo será menos que sus tías — tumbas a las que nunca penetró la luz de la esperanza. Seres que renunciaron, una por rencor y asco, la otra por seguirla, a la experiencia del amor; razón por la cual morirán sin saber que cuatro meses intensamente vividos en el delirio, valen por un siglo de tedio. Del olvido se yergue una pálida sombra que avanza, a través de la memoria de Bruna, por un camino de neblinas. Es el recuerdo, la frágil osamenta del recuerdo, de L... Era un joven serio, tímido, de mirada intensa, profunda; quizá sombría. Servíanle de ropaje a su cara, un tanto hostil y poco amable, las gafas de gruesos aros de cuerno. Sólo cuatro ocasiones coincidieron Bruna y él — las cuatro únicas que lograron sustraerse al celoso espionaje de Amelia. La primera, en el templo. La segunda, semanas más tarde, en el azar de una fiesta de amigos. La tercera, una noche al pie de su balcón, al que él se acercó audaz: un minuto a solas, unas pocas palabras de prisa dichas por él y por ella apenas comprendidas; un furtivo roce de sus manos. La última, tan breve como las anteriores, el bellissimo atardecer de un 17 de noviembre. Bruna

volvía a casa, luego de haber hecho confidente de sus pecaditos al anciano sacerdote que entonces gobernaba la parroquia. El joven la abordó en la calle y, al socaire de una larga barda de piedra negra sobre la que colgaban las macizas frondas de las bugambilias, le dijo que la amaba y que esperaba ser correspondido. ¿Permitiría que él pidiese permiso a Amelia para iniciar relaciones de noviazgo? Atropelladamente, Bruna farfulló una negativa que aún hoy, al cabo de treinta o cuarenta años, no puede justificar. ¿Error de chiquilla torpe; miedo a provocar la cólera de su hermana; asombro que le ofuscó la razón al ser requerida en amores? El joven reiteró su pregunta y Bruna repitió su respuesta: el *No* que todavía le duele en el alma. Luego, en un arrebató que los dejó a ambos sin aliento, L..., unió su boca a la de Bruna; beso, ése, el único de hombre que sus labios recibieron. Así que él se alejaba —comenzando a convertirse en el fantasma que desde entonces ha sido— Bruna rompió a llorar, y más lloró al leer lo que él, como si presintiera que iba a sufrir el rechazo, llevaba escrito en el pliego que le entregó al apartarse. Bruna lo escuchó decirle desde el silencio de las letras: *"De este bello amor que quisimos hacer nuestro, ¿qué nos queda? A ti, unos recuerdos que el tiempo irá gastando. A mi, la emoción de haber hallado en ti la luz que busqué en la eternidad de mis tinieblas."*

Claudia descubre que su corazón alberga ya desde esta noche a un huésped desagradable, aunque no intruso — el odio, del que se ha dejado ganar. Pero no odia, como piensa, a la tía Amelia por haber dispuesto el crimen que ejecutó la *Miss* con la tolerancia del cura. Odia a quien recurrió a una artimaña perversa para obtener lo que ella, por voluntad propia, quizá le hubiese concedido. El haber sido burlada así la hace sentirse limpia y, por lo mismo, con derecho a aborrecer. Desea vengarse. Revelar lo que las mujeres y el sacerdote quieren, esto es: el nombre del seductor, parécele ruin y poco eficaz. ¿Creerían su palabra; osarían enfrentarse al poderoso, desafiarlo, exigirle que reparara su ofensa? o, como lo adivina y teme, ¿se limitarían a callar y a seguir culpándola de ligera? Debe, pues, si desea vengarse de él, hallar un medio que lo dañe verdadera, permanentemente. ¿El suicidio? Morir le será fácil: le bastará arrojarle, desde el tren en marcha, a un abismo. Cuando aquel al que va dirigida su revancha sepa que Claudia ha muerto por culpa suya, se encadenará para siempre a los remordimientos. La muchacha desea que éstos sean tan atroces que lo obliguen a renunciar al gusto por la vida, y que su castigo consista en ver en cada rostro, el de Claudia; sufrir en cada placer que goce, la amargura del recuerdo de Claudia; lamentar que frustre su alegría, si alguna le queda, la sombra de Claudia. (Ella ignora, pues muy pocos lo saben, que los remordimientos constituyen el orgullo de los ruines; lo que da interés a sus vidas.)

Morir le parece sensato ahora, por cuanto la muerte le brinda oportunidad de liberarse del miedo que ya le produce vivir. No le arredra anticipar el fin de su existencia. Los suicidas, ¿toman ventaja al Destino privándose de la vida, o sólo cumplen la cita concertada por él, para la hora y el día exactos del autosacrificio? Si ella muriese, ¿lo lamentaría alguien además de Bruna? Sabe que no, y deduce que su acción quizá hasta alegre a Amelia, y poco importe a la *Miss* y al confesor.

Como si estuviese leyéndole el pensamiento, le ruega la tía Bruna:

—No te desesperes, hijita. Dios te ayudará. Siempre estará contigo.

Para no decirle la verdad de lo que piensa, Claudia sonríe. Pero lo cierto es que ha perdido la fe en Dios, por quien se siente defraudada, de quien se sabe abandonada. ¿Por qué, si es magnánimo, la dejó atendida a sus pobres fuerzas en las horas de enorme sufrimiento que acaba de padecer? Si Él, omnividente, no desconoce las circunstancias en que se produjo su caída, ¿por qué no inclinó a

Amelia hacia el perdón? ¿Por qué, si es justo, permitió que quienes no lo son la condenaran, primero al aborto, y ahora a la amargura?

—Llámallo. Invócalo —continúa en un bisbiseo discreto la tía Bruna—. Él acudirá a ti...

Claudia vuelve a asentir, perezosa e incrédulamente. ¿Para qué llamar a quien demuestra ser sordo a los ruegos? ¿Para qué alzar la voz si va a perderse en el silencio? ¿Para qué agotarse en el esfuerzo de esperar una piedad que se le negó cuando la necesitaba? En unos cuantos días Claudia ha madurado siglos. Podrá apenas contar diecisiete años de vida, y es, sin embargo, una mujer vieja, acabada, triste, porque carece de esperanza, y de coraje —o imaginación— para inventarse otras nuevas.

—Dios está con nosotros —prosigue Bruna, hablando tan quedo que Claudia la escucha con dificultad—. Búscalo en ti. Lo hallarás...

Si Dios la habita, piensa Claudia, ¿compartió su intensa desesperación? ¿Gritó también desaforadamente cuando la *Miss*, con sádica y cruel eficiencia, comenzó a destrozarle las entrañas? ¿Perdió acaso el sentido cuando el dolor llegó a resultarle insoportable — un dolor que Amelia no permitió que mitigara ni el más modesto anestésico? ¿Lloró al mirar la pedacería sanguinolenta que le mostró la médica, mientras la instigadora del crimen la abrumaba con el reproche de ser la asesina *de este angelito que nos obligaste a sacrificar*? ¿Participó Dios de todas estas penas?

—Dios nunca nos deja de Su mano —proseguía Bruna, como si en ese minuto fuera suya la capacidad de la videncia—. Nunca. Si estamos alegres, Él también lo está. Si tristes, con más razón. Y es tan bueno que si lo ofendemos perdona nuestros agravios...

No siente Claudia ser pecadora. ¿Cómo sentirse si no le queda siquiera el placer de lamentar su pecado? Sin embargo, el peso de la palabra gravitará sobre sus hombros por el resto de su vida, y secretamente atribuirá todas sus desventuras a aquella primera que le ocurrió en la ermita de la colina. De pronto, una idea alumbra la sordidez de su tristeza. Si flaqueara su valor y no reuniera el suficiente para intentar el suicidio, quedaría todavía por ejercer otra forma de venganza. Se escucha decir — ¿o sólo pensar?

—Que alguien haga con su hija lo que él hizo conmigo. ..

—¿Me hablas, Claudia?

—No, tía Bruna.

—Creía que me decías algo.

—Sólo pensaba, tía.

(Claudia desistirá de suicidarse, y al renunciar a esa forma de venganza —una de las más sutiles de cuantas existen y una de las más inútiles, también— entrará de lleno en la conformidad. A la hija de su seductor, el Destino le tiene deparado un porvenir feliz. Desconocerá la miseria, el dolor o la angustia. Vivirá tranquila. Será mediocrementemente dichosa, pues jamás hará daño a nadie, ni de nadie lo recibirá. Para orgullo de su padre, será madre de seis chicos muy lindos y buenos, de los cuales uno alcanzará fama eclesiástica. Los otros la ganarán como hacendistas, industriales y políticos. Y todos como filántropos. Claudia, en cambio, tendrá por futuro un continuo presente de tribulaciones. Se empantanará en el horror del miedo; en la depravación física y moral, en la tortura del interminable cautiverio. Sabrá de la agonía de ser sumisa, y cuando ya no le queden por salvar ni las ruinas de su vida, aceptará convertirse en asesina en un intento por rescatar la de sus tres hijos.)

A las cinco y doce, como si por medios misteriosos hubiesen recibido aviso de que el tren no demorará más de tres minutos, los que van a viajar en él comienzan a

abandonar, con cierta prisa que no llega a precipitación, los asientos que han estado calentando durante horas. Sin que les importe el ataque del viento, se desparraman por el andén, con paquetes o velices en la mano, y estiran las piernas, y bostezan; fuman, se buscan y rebuscan el boleto que han puesto en el bolsillo y que no encuentran. A las cinco y catorce el silbatazo dobla el recodo y la sala se despereza de su modorra. Sesenta segundos más tarde (puntual como siempre en el retraso) el mixto arriba por fin. Descienden de sus carros de madera unos cuantos pasajeros. Otros, a lo sumo veinte, trepan. Desde el coche—correo lanzan a los brazos de los funcionarios postales una valija de correspondencia y varios bultos, y a cambio reciben varios bultos y una valija de correspondencia.

El tren, con el pretexto de que lleva retraso, abrevia la escala y sólo puede permanecer allí un par de minutos. Es preciso, pues, acelerar las despedidas. Amarga es la que da la tía Amelia a Claudia:

—Que la vida te alcance para arrepentirte —le desea, rencorosa.

El cura nada dice, y se limita a poner en manos de la muchacha un sobre:

—Entrégalo a las personas que estarán esperándote en la estación cuando llegues...

La Miss amplía la escasa información del sacerdote:

—Son unas monjitas. Irás a su casa. Allí, con ellas, encontrarás otra vez el camino de la virtud. Sé buena y obediente.

Bruna, dominada ya por la emoción, confía más que en las palabras en la elocuencia del gesto. Se echa sobre Claudia y le envuelve en un estrecho, sollozante abrazo. Musita:

—Cuídate mucho, hijita... Perdónanos. Rezaré por ti todos los días. Te escribiré, y pronto, si puedo, iré a visitarte — le deja un torpe beso en la mejilla y se cubre los ojos para no ver a Claudia que se aleja, sola, en dirección al tren que ha anunciado, con tres gruñidos enérgicos, su inmediata partida.

Claudia, ahora, se encuentra al garete en el amplísimo vestíbulo de la estación terminal de la gran ciudad — a la que presiente hostil, deshumanizada, adversaria. La asusta el inmenso ruido que parece brotar de todas partes y no extinguirse nunca. La arrolla la prisa descortés de los enjambres de individuos que entran y salen. La marea el tufo de la multitud que la empuja. La ensordecen las voces ininteligibles que escupen los altoparlantes. La deslumbra la cruda luz que vacían los sucios ventanales. La aturde la grito de los que cargan maletas. La impresionan las acometidas de los vendedores. La perturba el manoseo procaz de los frescos. Pero más la empavorece advertir que sus compañeros del mixto se han ido, dejándola allí, perdida, con un poco de dinero en la bolsa, un negro veliz, un sobre con unas señas, y sola. El que la paraliza es un miedo difícil de catalogar, que la empequeñece y anula. Nunca ha visto sitio tan grande, sórdido y populoso. No volverá a ver otro que se le iguale. Las monjas, ¿dónde estarán? Tiembla al pensar que tales monjas no existen y que la tía Amelia, el cura y la Miss la enviaron para que se extraviara en aquel laberinto, que es para ella tan hermético como un desierto. La manecilla más larga da una vuelta completa en la carátula del gigantesco reloj que tasa los minutos. Presiente, sin embargo, que algo o alguien la ampara en ese momento; que estando sola, no lo está por completo. Mira en torno y a nadie ve que conozca. ¿A quién puede conocer en ese territorio extranjero? Terminan sus ojos el giro de trescientos sesenta grados, el lento examen panorámico de ese infierno de estruendos, y se detienen en los de Lázaro.

—Nadie vino por usted —afirma lo que es evidente y ella responde lo que también es:

—No.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Pues... —la frase que iba a decir se despeña luego de la primera palabra.

—¿Sabe a dónde ir?

—No.

—¿No?

—Bueno, sí. Tengo una dirección.

Guía la mirada de Lázaro hacia el sobre que él ha visto en mano de Claudia desde que descendió del tren y se perdió en la corriente tumultuosa de los pasajeros. Sin preguntarle si le permite hacerlo, el hombre lee la dirección escrita con rebuscamiento.

—¿Desea que la lleve?

El miedo de la desconfianza hace temblar a Claudia, luego de que escucha la pregunta que le ha hecho Lázaro. Se protege, fingiendo no haber oído, pero el rubor que en su rostro sucede a la palidez, la traiciona. El hombre la atrae y la asusta; con él se siente protegida y, simultáneamente, en grave peligro.

—El sitio al que debe ir queda bastante lejos de aquí... —le hace saber Lázaro, y Claudia se pregunta si para forzarla a aceptar su compañía, para acentuar más aún su temor, o para hacerle comprender la magnitud de su soledad. No insiste, no dramatiza, no acosa.

Se limita a enunciar, de la manera más sencilla y directa, lo remoto del domicilio. Deja a Claudia la decisión final.

—¿Muy lejos?

—Al otro lado de la ciudad.

—Oh —exclama Claudia, bobamente.

—¿O prefiere seguir esperando a que vengan por usted?

—Creo que sí.

—¿Alguien de su familia?

—No. Unas monjas. Voy a vivir con ellas.

—¿Las conoce? —Claudia niega— ¿La conocen?

—Tampoco.

Admitiendo ya que Claudia rehusa su compañía, Lázaro la aconseja:

—Cuando se canse de esperar y vaya a tomar un taxi, pregunte antes cuánto van a cobrarle. Los choferes acostumbran abusar si no hace con ellos un arreglo previo. ¿Quiere que le muestre, ahora, dónde están los automóviles de alquiler?

Lázaro no aguarda a que ella acceda o rechace. Toma el veliz de Claudia y a una seña le indica, le ordena casi, que lo siga. (Comienza así, de la manera más natural, una costumbre de obediencia que concluirá esta noche cuando el veneno queme las visceras del hombre.) La luz se les echa encima como una bestia feroz, y por unos momentos los extravía en la tiniebla del deslumbramiento. Claudia ve a Lázaro discutir con el conductor de un taxi, pero no escucha sus palabras. La pequeña polémica se prolonga quizá un minuto. Ambos llegan a un acuerdo.

—Suba —la llama Lázaro, y abre la portezuela.

Dócil, ella obedece y se encuentra encogida, a la defensiva, en un rincón del asiento posterior del coche. Lázaro, sin pedirle parecer (autoritario ya a partir de entonces) ocupa un sitio a su lado, y le dice al chofer a dónde ir. En silencio, viajan a través de la ciudad que muestra a flor de piel las huellas de los destrozos que le han dejado el tiempo, el descuido municipal, el uso y la incuria de quienes la transitan. Sucio, ruidoso, vastísimo, sobrepoblado le parece el caserío que atisba así que el automóvil rueda a tumbos sobre hoyancos, esquivando a los transeúntes, buscando

la muerte de los perros, librándose por milagro de chocar en cada esquina con vehículos que se desplazan con similar atolondramiento.

La casa de las monjas no es un convento; tampoco un asilo; desde luego no una cárcel, ni siquiera un reformatorio; menos, un hospital — aunque de todo eso participe. Es amplia de tamaño y, así la rodeen jardines arbolados y la canse la luz del sol, es siniestra y muy triste. Circunda su grama cuidada por las huéspedes una alta muralla de piedra volcánica, a cuyo pie se multiplican, profusos, inextrincables arriates de flores; pinceles que todavía chorrean color, dice de ellas Sor María Yolanda cuando está de vena. En ese muro concluyen, iguales a olas por repetidos, los sueños de libertad de quienes lo tienen por límite de sus universos destruidos. Los sillares sucesivos que lo forman remontan su dureza vertical hacia un cielo siempre azul y cálido, rara vez lúgubre de nubarrones. En el centro de la geometría de rombos verdes hay una fuente, cuyo reborde de cantera usan, para sentarse y mirar las viejas carpas abúlicas que nadan en el agua, las muchachas que están allí para tratar de reconstruir sus vidas y crearse, con los escombros de la que echaron a perder por ligeras, curiosas o tontas, una nueva, más feliz — o más amarga.

La rutina de la que llaman, simplemente, la Casa, es muy estricta. Rutina de convento y prisión, de orfelinato y sanatorio, que norman leyes muy antiguas, muy severas, muy crueles. Governa una Superiora, a la que nadie ve, pero cuya autoridad ninguna deja de sufrir. La ayudan, organizadas al estilo castrense, monjas de diverso rango y poder; oficiales, podría llamárseles, de un ejército de mujeres castas, resentidas, enérgicas, rigurosas, pálidas y suspicaces. Algunas, muy pocas, son jóvenes, o bisoñas. Se advierte su inexperiencia en que su trato con las chicas a las que cuidan, adiestran en oficios varios y catequizan, es amable, humano, compasivo. Equivalen a los sargentos, que sin formar parte de la tropa se identifican más con ella que con los jerarcas. Cada una de esas monjas, o *hermanitas*, o sores como también les dicen, tiene a sus órdenes a un grupo de pupilas. Responde por él ante las jefas; le sirve de maestra y de ejemplo, de confidente y de guía espiritual; de amiga y de enfermera. A su cargo corre, so pena de reprimenda, que el grupo, como si lo compusiera una y no veinte muchachas, se acueste y se levante a la temprana hora reglamentaria; que se asee en los diez minutos que se le conceden por la mañana y por la noche; que no busquen camorra con otras, ni que peleen entre sí (por las mil cosas mínimas y terribles que desencadenan sus furias) quienes lo integran; que no se establezcan relaciones contrarias al canon de la naturaleza; que no solacen sus charlas con los temas prohibidos: el sexo, la nostalgia de la lujuria, la escatología y cuanto al erotismo se refiera; que se respete, en fin, el régimen medieval que afama —e infama— al establecimiento.

El silencio es ley fielmente acatada — silencio de ojos bajos y manos enlazadas, en actitud de súplica, a la altura del pecho; de pasos menudos que no arrancan sonidos al pavimento. No se tolera el escándalo de las risas, el desorden de las bromas, la alegría del buen humor. Como para todo hay tiempo, uno hay, de media hora después de la comida, para las expansiones, la comunicación abierta, el grito inclusive, de las que no son aunque sientan serlo reclusas de la gran mazmorra que desplanta sus muros en un suburbio de la ciudad. Quienes violan el silencio sufren castigo: se les destina a ejecutar trabajos más sucios, rudos o difíciles: asear las letrinas, lavar la ropa de todas sus compañeras de grupo; colaborar en las grasosas faenas de cocina; palear carbón en el cuarto de calderas. (Hubo una época en que se les azotaba con vergajos de toro, luego de habérseles atado por las muñecas a un poste. La práctica servía, además de para ejemplarizar, para que cierta Superiora, de indudables inclinaciones sádicas, satisficiera su placer con el

sufrimiento ajeno. Cuando la espuma del rumor llegó a oídos de los miembros del Patronato —pues uno es el que administra la Casa— y amenazó alcanzar las oficinas policiales, la monja que autorizaba las torturas fue transferida a provincias, a ocupar un cargo como el que dejaba. No han vuelto a tenerse noticias de ella. Tampoco se sabe si obedeció la consigna de no disponer azotainas para las chicas semidesnudas.) Penas más benignas suelen ser: cortar el césped, podar los árboles, voltear la tierra de la huerta, limpiar los gallineros. Se acostumbra como sentencia complementaria: privar de sal, o de carne, o de dulce, o de pan a las que reinciden, o no permitirles que duerman, o forzarlas, al término de la jornada del día, a rezar en voz alta cuatro rosarios de quince misterios, mientras, de rodillas y con los brazos en cruz, circundan el corredor.

Acostumbrada a igual disciplina en casa de sus parientas, Claudia no encontró insoportable o vejatoria, como otras de sus compañeras la encontraron al llegar, la disciplina del asilo. En realidad, su perruna sumisión a los mandatos de las mujeres duras y pobres de afecto, sólo cambió de sitio. Tal obediencia le granjeó, sin habérselo propuesto, la simpatía de las monjas con las que trataba directamente, y en particular, la de Sor María Yolanda. Era ésta la más joven de las religiosas y la única no ruda. De carácter suave, nunca abusaba de su autoridad para reñir a las muchachas; si debía hacerlo, sus palabras titubeaban a fuerza de ser tímidas, y a fin de cuentas, la que resentía los efectos del sermón era ella misma.

Sor María Yolanda había tomado los hábitos monjiles el año anterior. En el siglo no alcanzó la felicidad, y a buscarla se lanzó por los imprevisibles caminos del servicio a Dios. No era el suyo, por más que insistiera en así creerlo, un caso típico de vocación religiosa. Huyó del mundo (porque huida fue la que emprendió al darse cuenta, ya tarde, de que no volvería a encontrar ni un hombre ni un amor como los que había perdido al renunciar a ellos) cuando el Destino la enfrentó, en un momento cobarde, al dilema de aceptar el amor que él le entregaba, lleno de poesía e imaginación, si bien socialmente objetable, o seguir para siempre atrapada en la red de prejuicios que se llaman buenas costumbres. Mucho lloró antes de decidirse, y más, luego de haberlo hecho. Hombre como aquél —no esposo, amante, o novio; solo Hombre— no hallaría otro; y sabiéndolo y no deseando caer en el desencanto de buscarlo en vano optó por asirse a la esperanza de la fe. Fue así que ingresó en el convento e hizo los votos necesarios. Porque todavía amaba al *imposible*, Sor María Yolanda tomó especial aprecio a Claudia, la muchachita triste, no muchos años menor que ella, que había incurrido en la debilidad de apasionarse, y que por eso la aventajaba en valentía.

(Es curioso observar que las mujeres que carecen de decisión admiran a las que se atreven, con sobra de ella, a audacias sólo reservadas para las que van a ser muy dichosas o muy infelices. Cada uno con su peculiar matiz, ¿se parecen o no los casos de la tía Bruna y de la joven religiosa? A causa del miedo que les produce, a una, la hermana; a otra, la sociedad en que vegeta — rechazan el amor y se niegan a alcanzar la alegría vital. Luego, ambas pasarán la vida lamentándolo.)

El sistema que en la Casa se sigue, y el cual los patronos estiman ejemplar, tiene una grave falla. Dentro del régimen penitenciario, todas las asiladas reciben idéntico trato, no importa su origen social (lo que es bueno, por cuanto se evita la injusticia del favoritismo), ni la magnitud de la falta que ameritó su internamiento (lo que es malo, pues contribuye a que jóvenes aún inocentes se corrompan por su ineludible contacto con las muchachas de trueno que abundan). No pocas son las huéspedes que en el reclusorio adquieren costumbres y aficiones que antes de ingresar desconocían. Aprenden a mentir, robar, calumniar, fingir, delatar; se inician en

amoríos lesbiánicos, en prácticas solitarias y en perversos masoquismos. Obsesivo parece ser su interés por los asuntos sexuales, lo cual choca con la sensibilidad, aun pudorosa en extremo, de Claudia. Apenas se apagan las luces en los dormitorios, lo que ocurre a las nueve treinta de la noche, comienza el hervor de las confidencias, la reiteración de los relatos sicalípticos, el intercambio de informaciones.

La primera noche que Claudia pasó en la Casa, fue sometida a un continuo interrogatorio que se prolongó hasta el amanecer. Sor María Yolanda dormía profundamente, y las pupilas tomaban ventaja de ello para hablar, casi en voz alta y sin censura, con la recién llegada. Las preguntas la hacían ruborizarse, estremecerse, temblar de susto, sentir asco. La veterana del grupo —veterana por más que no cumpliera aún veinte años— le dijo de manera directa para dejar bien clara cuál era su propia condición y la de sus compañeras.

—Todas las que estamos aquí somos putas. Así que puedes hablar claramente. ¿Por qué te trajeron...?

Fue una noche de pesadillas vividas en dolorosa lucidez. Como pudo, a veces con silencio, respondió Claudia a las preguntas. La espantaba descubrir de cuánta miseria moral eran dueñas las muchachas con las que le tocaría convivir. ¿Era entre ellas donde iba a encontrar el camino de la virtud, al que había aludido la *Miss* al despedirla en la estación de provincia, ya tan lejana en el recuerdo? ¿Eran esas mujeres, ya por completo prostitutas, sus guías hacia el arrepentimiento? ¿Era con pecadoras que se ufanaban de serlo, donde esperaban Amelia, la médica y el cura que ella purgara su propio pecado?

Morbosamente querían saber detalles, nombres, fechas; pormenor de sensaciones, estadística de reincidencias, y cosas peores aún:

—¿Te dolió?

—¿Te gustó?

—¿Te hizo esto... o aquello?

—¿Se lo hiciste tú?

—¿Cuántas veces?

—¿Lo habías hecho antes?

—¿Lo buscaste tú o te buscó él?

—¿Con cuántos te has acostado ya? —y centenares por el estilo, que ponían en el estómago de Claudia espasmos de vómito, en sus labios, silencio de vergüenza y en su corazón el frío del terror. Hubiese querido gritar, pedir auxilio a la monja centinela, humillarse y rogar a sus compañeras que dejaran de proferir las obscenidades que la enrojecían. No se atrevió a hacer ninguna de las tres cosas, y soportó hasta lo último el humillante interrogatorio.

Cuando todas las del grupo hubieron escuchado la pequeña noticia del desliz de Claudia, la capitana hizo un comentario que resumió el desencanto del auditorio ávido de perversiones:

—¿Sólo por eso te metieron aquí?

A Claudia le pareció incomprensible la pregunta. Falta como la suya, ¿no merecía la condena que esa noche comenzaba a cumplir? ¿Puede una muchacha soltera y finamente educada, como era y había sido ella, incurrir en falta mayor que perder la virtud? ¿Es intrascendencia sacrificar, la virginidad a los deseos de un hombre que no puede ofrecer a su víctima siquiera la compensación del matrimonio? Una joven católica y de ejemplar conducta, ¿no pierde el más valioso de sus tesoros al perder la doncellez?

—Si por haberte ido con un hombre te encerraron —comentó la veterana— ¡qué anticuadas son tus tías! Si supieras lo que yo hice antes de venir... Un día de éstos te lo contaré.

No todas las internas (al menos no todas las del grupo de Sor María Yolanda) poseían antecedentes de prostitución precoz. Algunas no habían tenido trato carnal con hombres, pero estaban allí porque se habían descarriado en forma diversa: robando, huyendo de sus casas, rebelándose contra la autoridad de padres o tutores. Otras lo estaban porque eran débiles mentales, dipsómanas, neuróticas, epilépticas o afectas al embuste. No pocas vivían allí, con encontrarse sanas del cuerpo y del espíritu, porque la Casa les brindaba alojamiento y comida gratuitos por un tiempo. Cuando el Patronato les conseguía un empleo se iban, en ocasiones para siempre. Pero no era raro verlas retornar, al cabo de pocas semanas o meses, ya encintas, o moribundas por efecto de los abortivos que les habían aconsejado ingerir. Otras regresaban sólo tristes por su mala fortuna.

Muy variable, nunca ajustado a regla fija, era el lapso que las huéspedes pasaban en el reformatorio. Su estancia, según el caso particular de cada una, podía ser breve o prolongarse en forma indefinida. Las que detestaban el encierro, invertían el tiempo en urdir absurdos planes de huida, en comprometer la monástica paz con insurrecciones que fracasaban porque eran secundadas por muy pocas, o en buscar la complicidad de quien pudiera ayudarlas a salir de allí. (Era tan eficaz la vigilancia, que en diez años sólo cuatro pupilas habían logrado evadirse de ese ambiguo penal de religiosas. La quinta, Claudia, habría de escapar, casi involuntariamente, unas semanas más tarde.) Otras, por creerla buena, valíanse de la plegaria para aplacar el disgusto de Dios y ganarse el perdón de quienes las inscribieron en tal sitio de reclusión. La mayoría dejaba que el Azar decidiera su porvenir. Eran, como Claudia, las débiles, las menos audaces, las pasivas y conformes porque las asustaba tener que enfrentarse de nueva cuenta al universo hostil.

Luego de las abluciones y del somero aseo a los dormitorios (que sólo se hace a *conciencia*, como se dice, los sábados) la rutina diaria de la Casa comienza con la obligada asamblea en el vasto patio interior. Los grupos, con su monja al frente, se arrodillan a orar cinco minutos en el sitio que ha sido predeterminado para cada uno de ellos — rectángulos de límites blancos que cuadriculan la superficie de baldosas, sobre las que un día de cada siete practican, también, ejercicios gimnásticos o juegos con pelotas. Al rezo sucede, sin que el orden de las filas y el silencio se quebranten, el desfile hacia el comedor. El lúgubre, parejo y mecánico redoble de centenares de zapatonos repercutiendo con severidad en los aleros termina por despertar en las frondas de los árboles la locura de los pájaros.

Agotadas las horas de estudio y de trabajo en aulas y talleres que protegen innecesarias rejas, comienzan las clases de religión. Sacerdotes, beatas, médicos, abogados, maestros y otros miembros de la cofradía de la virtud hacen caer sobre los pobres entendimientos de las muchachas cataratas de palabras graves, torrentes de sentencias solemnes, diluvios de lugares comunes, con el propósito de que en sus cerebros y en sus conciencias arraigue la idea de que están allí porque son pecadoras y de que sólo por medio del sacrificio podrán alcanzar la improbable redención:

—Pero aun así —acostumbran pontificar—, aun así será difícil que Dios, y las demás personas decentes, de recta y honesta conducta olviden lo que ustedes han hecho. Guarden siempre en la memoria esto que les digo: una joven que ha infringido, como ustedes lo hicieron, las estrictas leyes del Altísimo y las no menos estrictas de los buenos cristianos, lleva en el rostro, a manera de señal eterna, la

huella de su pecado... La oración, el respeto a la sociedad, el temor a provocar la Divina cólera, la pureza de los ideales, el recato en el vestir, hablar y pensar, y sobre todo, el ferviente propósito de enmienda les servirán de mucho para salir de la ciénaga en que han caído. De otro modo, ténganlo en cuenta, irán hundiéndose más y más en el lodo del que tratamos de rescatarlas. Si caen definitivamente, ¿qué será de ustedes?; ¿qué fin tendrán? El de las bestias, el de las prostitutas, el de las que han desafiado a su Creador: ahogarse en el oscuro pozo del infierno, padecer allí, hasta el Día del Juicio Final, las torturas que inventa Luzbel. .. Sólo dos caminos pueden tomarse en la vida: el del Bien y el del Mal. Las mujeres que toman el primero, se convierten en novias del Señor. A las que se pierden en el segundo les aguarda el trágico destino de convertirse en amantes de Satanás...

(A algunas de las jóvenes les parecía menos atractiva la idea de ser novias del Señor que concubinas de Lucifer. Claudia escuchó a una de ellas comentar:

— ¡Qué aburrido ser nomás la novia de Dios para toda la vida! Ser la querida del Diablo, siquiera por una noche, me gustaría más...)

Invariablemente terminaba el discurso diario con éstas o parecidas palabras:

—Ustedes, muchachitas que han pecado gravemente, pero que están arrepentidas o en vías de hacerlo, ustedes no vacilarán en elegir la senda del Bien. De no hacerlo y de persistir en el vicio, no podrán escapar el castigo pavoroso de las llamas eternas...

La de los viernes es la tarde feliz de las reclusas, que la esperan con ansia durante las seis anteriores de la semana, no tanto porque tengan prisa por ir a confesar sus pecados, cuanto porque en el par de horas que permanecen fuera del asilo disfrutan de la muy agradable sensación de ser libres. El templo al que las llevan hállase en el mismo barrio que la Casa, y en salvar la distancia que separa uno de otra emplean las chicas y sus jefes un cuarto de hora de marcha. El paseo se inicia a las tres y concluye a las cinco. Pero desde las dos y treinta, y aun desde antes, en la vecindad del reformatorio bulle la algarabía de quienes aguardan la salida de las jóvenes — parientes, amigos, novios o compañeros; vendedores de refrescos, dulces, baratijas, conos de nieve, revistas ilustradas; y no pocos hombres y mujeres para los cuales tiene interés diverso ver el desfile de las pupilas, con sus tristes uniformes negros, sus zapatos de cuero también negro, sus rostros sin afeites. Aunque signifique violar el reglamento, algunas de las monjas permiten que los que han ido a ver a las internas se acerquen a ellas, y las saluden o les obsequien golosinas, o les entreguen cartas de amor o les comuniquen noticias del mundo del que han sido relegadas temporalmente. Las autorizan, también con amable disimulo, a que las escolten de vuelta, y ayuden de ese modo a prolongar en las hospicianas el placer de no sentirse por completo en el olvido de los suyos.

Claudia volvió a ver a Lázaro por segunda vez, y por primera desde que ella ingresó en la Casa, la tarde de su tercer viernes en el establecimiento. Lázaro se hallaba en la esquina, obviamente esperándola, pero no mostró deseos de acercarse, menos de hablarle, cuando la joven pasó a unos metros de él. Se limitó a entregarle los ojos y a permanecer en su sitio, mientras el grupo de Sor María Yolanda se alejaba rumbo al viejo templo colonial. Cuando cruzaron de nuevo por allí, el hombre proseguía su discreta guardia inmóvil. Tampoco entonces hizo intento de comunicarse con Claudia, a la que se limitó a escrutar con pupilas tenaces e inexpresivas. La imagen del Lázaro de guardia en el crucero y más que la imagen en sí, la intensidad con que la había mirado, hicieron difíciles los sueños de Claudia esa y las siguientes noches. ¿Había ido a buscarla? Si así, ¿por qué no la abordó? ¿Fue casual el encuentro? ¿Lo fue también que él continuase velando su retorno al cabo

de dos horas, como si el tiempo no hubiese fluido, ni ella ido a la iglesia, ni dicho sus faltas al confesor?

Invariablemente, por más que no pudiese dormir o quizá por ello mismo, Claudia se sintió menos sola todas y cada una de esas noches. Parecíale, ¿exceso de imaginación?, que el hombre al que había visto primero en el tren y luego, el viernes, en la esquina, se hallaba cerca, vigilándola, acompañándola; y no se atrevía a abrir los ojos por temor a recibir la sorpresa de verlo, en efecto, muy cerca de su cama: los brazos cruzados, la mirada fija en su rostro; la dádiva de una palabra amable, en los labios.

(En el futuro —siempre la misma duda: ¿meses, años, siglos?— Lázaro le demostrará muchas veces que posee la facultad de estar con ella aunque la ausencia separe sus cuerpos. En cierta ocasión, cuando Claudia ya esté encinta de Job, Lázaro emprenderá un viaje. Muy joven aún, y única moradora de la casa que él no termina de edificar y que no es tan grande y tétrica como ahora, Claudia sufrirá el agónico miedo de quedarse prisionera en el silencio y expuesta a los peligros, que imagina inmensos, de la soledad. Temerá, además, que el gato aparezca. Al mediar el alba de la primera noche despertará a consecuencia del grito muy agudo, del sollozo que han emitido sus labios, porque muy clara y cálida en su oído ha escuchado la voz de Lázaro nombrándola; y sentido en el cuerpo el roce de unas manos que la acarician.

—Soy yo... —susurrará la voz.

—Ay... —gritará ella nuevamente apretando todavía más los párpados.

Las manos, que no ve pero que siente, le rozarán fresca y suavemente la cara, el cuello, los pechos, el vientre ya maduro; y la voz, que ha reconocido de Lázaro, le dirá:

—Estoy contigo para que no tengas miedo. Ahora vas a dormirte, a olvidar esta soledad, a sentirte amparad; por mí.

Claudia caerá en un sopor profundo y ya ningún pánico alterará, por esa noche que aún no vive, su reposo. Como en esa época Lázaro no la priva todavía de papel y del lápiz para escribir, ella anotará en la libreta la pequeña crónica de su experiencia, a la que atribuye simple calidad de sueño. Cuatro días y cuatro noches más pasará Lázaro fuera de casa y durante ello Claudia tendrá la sensación de que Lázaro está presente, próximo, así no pueda verlo. Cuando él regrese, con el cuerpo lleno de fatiga y de dinero los bolsillos, porque el viaje ha sido largo y las ventas magníficas, dirá algo que le alterará los nervios y la hará caer en el temor:

—¿Por qué te asustaste la primera noche? Sólo vine a verte para ayudarte a encontrar el sueño... ¿Sentiste mis caricias, oíste una voz que te llamaba? Era yo, Claudia, protegiéndote...

Esta noche, mientras aguarda a que Lázaro llegue para matarlo, Claudia trata de recordar cuántas experiencias de este género ha tenido con él. Son centenares, quizá millares. En el principio la asustaban. Después de renunciar a encontrarles explicación lógica, se acostumbró a juzgarlas naturales. Ahora la inquieta que Lázaro, al que sabe diabólicamente dotado para anticiparse al futuro, adivine apenas entre cuál va a ser el suyo y frustre los planes de su homicidio.

Desde el sábado, y tan ansiosamente como sus compañeras, comenzó Claudia a desear que fuera viernes. Aquellas suspiraban toda la semana porque el viernes, si se habían comportado bien, recibían el premio de un medido asueto de dos horas. A Claudia, en cambio, consumíanla una impaciencia y una curiosidad distintas: la de saber si Lázaro, que no era su amigo ni su pariente y que carecía de razones para ir a verla, estaba otra vez de guardia en los alrededores del asilo. Cinco periodos de

siete días llevaba confinada allí y aún no recibía la primera de las cartas que Bruna prometió escribirle. (Jamás las recibirá, porque Amelia ordenó a Bruna, y ésta la obedeció, no comunicarse con la sobrina, ni siquiera por correo. Cada mes giran a la Directora el dinero necesario para sufragar los gastos de alojamiento y manutención de Claudia.) La emocionaba, sin embargo, pensar que alguien, así fuese el desconocido cuyo nombre era Lázaro, se preocupaba por ella lo bastante para desatender sus negocios e ir a visitarla, si visita podía considerarse la del viernes anterior.

Fue viernes, y a las tres los grupos comenzaron a abandonar la prisión de religiosas. Ninguna de las veinte muchachas que marchaban detrás de Sor María Yolanda, formadas de dos en fondo, tenía más prisa que Claudia por llegar a la esquina. Iba dispuesta a resignarse en caso de que Lázaro no hubiese vuelto, y a emocionarse, no sabía por qué exactamente, si lo había hecho.

Sor María Yolanda —no muy alta, morena, de nariz graciosamente torcida, de ojos oscuros de enigmático mirar— había comentado por la mañana:

—Nadie te escribe ni te visita, ni te espera los viernes ¿por qué? — a lo cual había contestado Claudia con admirable aplomo:

—Hoy va a venir alguien...

—¿De tu familia?

—No, madre.

—¿Amigo?

—Sí.

Al doblar la esquina, cerca aunque no en el mismo sitio donde la esperaba una semana antes, Claudia vio a Lázaro y se sintió aturdida; tanto que bajó la mirada para no tener que ofrecerla a la del hombre; y no sólo aturdida, sino casi ciega y a punto de perder el equilibrio. Unos instantes después, ya repuesta de su turbación, volvió la cabeza, alargó el cuello, derramó sus pupilas sobre la pequeña multitud que seguía a las muchachas. Pero Lázaro ya no estaba en el sitio, ni entre la gente, ni en parte alguna de la calle. Parecía haberse diluido en la luz que bajaba zumbando del cielo: una luz muy rubia en la que jugueteaba una bandada de pájaros. Claudia empleó el tiempo que le tomó llegar a la iglesia en recriminarse por haber sido tímida y tonta, y en preguntarse, ¿por qué, si deseaba ver a Lázaro, cuando estuvo frente a él escondió el rostro, aceleró el paso y casi se ocultó entre sus compañeras? Lo ignoraba, como también por qué, con tal afán, quería que él la mirara, le hablara, o siquiera le sonriera.

A las cinco de esa misma tarde, Claudia y Lázaro se encontraron frente al templo de canteras centenarias. Para dirigirse derechamente a Claudia, Lázaro aprovechó el jugueteo de las muchachas que no acertaban a formarse en grupo. Ella estaba muy triste, lamentando todavía lo absurdo de su comportamiento. Él se le aproximó sin hacer ruido y en voz queda —idéntica a la que usará para hablarle en sueños— pronunció su nombre:

—Claudia... —y ella, alcanzada por la sorpresa, saltó, y gimió:

—Ay... —al tiempo que intentaba huir sin saber de qué o de quién, pues no lo había visto.

Lázaro la tomó del brazo suave, firmemente, y la retuvo. No le pidió que lo mirara ni pronunció otra palabra que la ya dicha; pero Claudia, de pronto, se sintió impelida a alzar los ojos como si él, con su silencio, estuviera ordenándole que lo hiciera.

—¿Está usted bien, Claudia?

—Sí —repuso ella con mucha dificultad.

—¿Se ha sentido menos sola estos días... especialmente por las noches?

Claudia no tuvo tiempo de meditar el verdadero alcance de las palabras de Lázaro, y concedió:

—Sí,

—¿Sabe por qué, Claudia? —Lázaro le clavó una de sus taladrantes miradas y expresó con solemnidad y misterio— Porque todas estas noches he estado pensando mucho en usted...

—¿Sí? —dijo ella incoloramente.

—No sólo pensando; también acompañándola, Claudia. La he visitado mientras dormía, y conozco sus sueños, y sé que ahora ya no odia porque ha olvidado a... — y pronunció en un susurro el nombre de quien la había seducido en la colina.

(Por primera vez, se humillará Lázaro diciendo tal nombre. Años más tarde, durante la violentísima disputa a que dará causa el hallazgo de la libreta, volverán sus labios a ordenar las sílabas que lo forman. ¿Por obra de qué casualidad acertó Lázaro en ese nombre que no conocía porque Claudia jamás se lo había dicho?)

Claudia lo miró empavorecida y en ese instante, a manera de revelación, comprendió que el destino de su vida estaría ligado a ese hombre que la asustaba y, al mismo tiempo, la hacía sentirse segura, protegida y fuerte. Era Claudia la única que faltaba de alinearse en el rebaño de Sor María Yolanda. Resuelta, autoritaria, pero sin cólera, la monja se dirigió a ella para interrumpir su entrevista con Lázaro.

—Criatura —le dijo, mirando más al hombre que a la chica— sólo esperamos por ti. Despídete ya del señor...

—Sí, sí, madre. Perdón —farfulló.

Lázaro retuvo la mano que impulsivamente Claudia le ofreció en despedida; y para que no perdiera ni una de sus palabras él le anunció, marcando bien cada letra:

—El viernes estaré esperándola, Claudia.

Ni el siguiente, ni los dos viernes sucesivos salió Claudia del asilo; ni Lázaro se apostó a esperarla en las cercanías, como si supiera que la muchacha había sido castigada y que su reclusión —consecuencia de la venganza de un sujeto infame— iba a prolongarse tres semanas. Siempre atenta a la felicidad de sus alumnas y, por ello mismo, siempre comprometida por sus problemas personales, Sor María Yolanda fue quien más se sorprendió al ver el nombre de Claudia en la lista de jóvenes a las que se privaba, por tiempo indeterminado, del privilegio de ir al templo.

—Son órdenes superiores... directas —dijo la monja a cuya discreción quedaba sancionar a las reclusas.

—¿Qué hizo, Madre, para que la castiguen así?

—Lo ignoro, Sor María Yolanda —repuso la otra, y decía verdad—. Se me ordenó ponerla en la lista, hasta nuevo aviso. Es todo lo que sé.

—Claudia es una muchacha buena, disciplinada, que no alborota, que estudia y trabaja, y que jamás causa líos en clase o fuera de ella. Es, además, lo sabemos, distinta a sus compañeras; tan distinta que aún no comprendo por qué está en un lugar como éste...

Con los ojos empequeñecidos por la rabia, la madre que imponía los correctivos miró a la joven monja:

—¿Tiene algo de malo este sitio?

Un golpe de rubor, pues comprendía ahora que había sido imprudencia hablar con tal desparpajo, empurpuró las mejillas de Sor María Yolanda.

—No fue mi intención decir lo que usted creyó que dije, Madre —ofreció como disculpa—. Sólo quise decir que...

—Es suficiente. Puede retirarse.

—Madre —insistió Sor María Yolanda desde la puerta, antes de volver sobre sus pasos—, ¿no sería posible que se reconsiderara la decisión de...?

—No.

—Pero, ¿qué hizo la pobre muchacha?

—No lo sé.

—Y sin embargo...

Enérgica, la monja de mayor rango frenó la palabrería que comenzaba a desbordar a la otra y poniéndose en pie, brusco y amenazador el gesto, la redujo a silencio:

—Buenos días...

En el curso de la mañana, Sor María Yolanda hizo otras indagaciones y halló que nadie sabía, o quería decir nada respecto a Claudia y a la falta que había ameritado su castigo. Dedujo, con acierto, que alguien estaba ejerciendo contra la chica una represalia tan injusta que ninguna de las otras monjas se atrevía a mencionarla. Trató de aclarar el misterio preguntándole a Claudia sin rodeos, qué había hecho:

—No lo sé, Madre. Le juro que no lo sé... —repuso Claudia, amparándose en una mentira, pues la avergonzaba decir la verdad.

—¿No lo sabes, Claudia... o tampoco quieres decírmelo?

—De veras, Madre. No sé por qué me castigaron...

Al llegar a la Casa, cada una de las muchachas que recibía asilo en ella era sometida a un cuidadoso examen médico. El resultado era transcrito, con carácter de confidencial, a la Directora, y ésta a su vez lo enviaba al archivo para que fuera agregado al primer documento del legajo abierto a nombre de la nueva pupila. Ese primer documento contenía la síntesis biográfica, casi siempre llena de escabrosidades, de la joven — datos generales sobre su conducta anterior y muy particulares sobre el tipo de falta que había cometido. Cuando ésta era de índole sexual (prostitución mercenaria, promiscuidad lírica, inclinaciones lésbicas, o desliz por falta de experiencia) anotábanse en el expediente dos letras con tinta roja: PC, que significaban: *Pecadora Carnal*. Otras claves eran: H, para hurto; DM, para débil mental; LI, para ladrona incorregible; DI, para dipsomanía. El examen que se practicaba a las PC era el más estricto, no sólo porque constituían la escoria de ese pequeño y sombrío penal de mujeres sin porvenir, sino porque era necesario saber si la chica estaba sana, encinta, o enferma de la sangre y en aptitud de contagiar a las demás.

Claudia sufrió la injuria de ese primer examen apenas veinticuatro horas después de haber llegado al plantel. Fue un sábado por la mañana. Había dormido mal sobre un camastro que olía a chinches y sangre de periodo en el departamento de Pre—Admisión, una especie de limbo en el que las recién llegadas esperaban hasta saber si se les rechazaba o no. (Claudia, huésped de pago, no debió ser detenida en Pre—Admisión, pero lo fue a causa de un error burocrático.) Una afanadora de rostro caballuno, pelirroja y alta, le echó a las manos una bata parda y sin mangas, y le ordenó inamistosa:

—Quítate toda la ropa, toda; también los calzones y el corpiño, y ponte esto... El doctor va a revisarte.

Tímidamente, Claudia se atrevió a preguntar:

—¿Qué va a revisarme?

Del modo más despiadado, la afanadora le informó:

—Lo de abajo, para ver cómo lo tienes...

La enfermería era espaciosa y su mobiliario sorprendentemente moderno — obsequio de uno de los Patrones de la institución; personaje de gran renombre

social, que había hecho fortuna por medios ilícitos, que la esplendidez y frecuencia de sus dádivas a planteles del mismo tipo ayudaban a perdonar y aun a justificar. La luz que entraba por las ventanas adquiría cierta tristeza al incidir en los níqueles de las mesas o del instrumental quirúrgico; al dar de lleno en las vitrinas, sillas, bancos y mesas pintados con esmalte; al difundirse por el piso del immaculado linóleo; y tornábase siniestra al envolver al hombre calvo y de lentes sin arillos que leía la hoja biográfica de la muchacha que acababa de entrar.

La bienvenida que le ofreció a Claudia, al tiempo que le indicaba que tomara asiento frente a él, fue cordial, y ella agradeció que se le recibiera con una sonrisa y un ademán amables. El médico frisaría en los cincuenta. Su calvicie, sus quevedos, su discreta obesidad, la albura de su bata, la forma simpática en que miraba, inspiraban confianza.

—¿Tú eres Claudia?

—Sí, señor.

—Veo —aludió al curriculum de la chica— veo que tuviste una experiencia desafortunada. Es lamentable, pero hecho está. ¡Ah, muchachitas, que quieren vivir demasiado de prisa...! ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—A los diecisiete ya conoces a los hombres. ¿A cuántos?

—Uno... —dijo Claudia, después de un dolorido silencio.

—¿Fuiste con él varias veces, eh?

—No.

—¿Cuántas, criatura?

—Una.

—¿No tomaron precauciones? —como Claudia demostrata, con el gesto, que no comprendía el por qué de la pregunta, el doctor la planteó de modo distinto—. A tu amigo, por lo visto, no le importó embarazarte, ¿verdad?

No respondió ella, ni él insistió. Durante un minuto o algo así, se aplicó el médico a la relectura de los antecedentes de la chica. Mirándola por encima del borde de sus anteojos, la cabeza un poco inclinada, en los labios el asomo de una sonrisa, hizo después otro comentario que la sorprendió:

—Y luego, un aborto entre el tercero y el cuarto mes. ¿Por qué dejaste que él, luego de haberte burlado, cometiera contigo ese nuevo crimen? —iba ella a replicar, pero él ligó otra frase—. Así son todas ustedes: pierden la virtud, se entregan sin provecho a un hombre, se asustan y recurren a lo que no tiene perdón: el asesinato de un ser inocente...

Su humor, antes cordial, parecía haberse agriado súbitamente. Encaró a Claudia y en tono seco la llenó de reproches, la comparó con la más pérfida de las bestias y le hizo sentir, por primera vez ese su primer día allí, que su falta era de tal manera grave que sólo un largo periodo de rehabilitación moral y cristiano arrepentimiento, podría ayudarla.

—El amor en sí, Claudia, no es pecado —dijo, otra vez afable—. La vida es amor. Dios es amor. Convertir en amor los impulsos humanos, es natural, y el Señor premia al hombre y a la mujer dándoles hijos y la oportunidad, por medio de ellos, de perpetuarse en el mundo. Matar a esos hijos, privar de la vida a los frutos del amor, sí es pecado. ¿Me has entendido?

Claudia asintió y, contrita, musitó un:

—Sí... —a partir del cual, el médico desarrolló el nuevo pasaje de su perorata:

—Eres joven, diría yo que linda; eres ya mujer... Tu vida está arruinada, pero no del todo. Puedes reconstruirla. Entre nosotros encontrarás afecto, comprensión,

tolerancia. Considéranos como a padres, y madres tuyos; y a mí, como un verdadero amigo... ¿Sí?

—Gracias... —murmuró ella, conmovida.

El médico —todo él un crujir de almidón en su bata deslumbrante— se puso en pie y llamó:

—Hermana...

Casi instantáneamente acudió una monja—enfermera a la que Claudia no había visto, y que había estado recatada detrás del biombo más próximo a la puerta del quirófano, escuchando al médico sermonear a la nueva pupila.

—Hermana —dispuso él—. Asee a esta muchacha para auscultarla.

La monja—enfermera aceptó:

—En seguida, doctor —y a Claudia, mostrándole el camino a la salita de operaciones—: Ven por aquí.

En contraste con el médico, la Hermana era brusca de movimientos y parca de palabras. Luego de cerrar la puerta, lo que era inútil pues el doctor no rondaba para espiar, ordenó a Claudia que se desnudara y que, ya desnuda, se tendiera sobre la mesa. Encendida de vergüenza, y tras de resistirse un poco, la muchacha hizo lo que le pedía.

—¿Va usted a quedarse aquí? —preguntó muy cohibida a la monja.

Ésta le echó una mirada fría y despectiva:

—¿Quisieras que no...?

A lo que Claudia replicó rápidamente:

—Sí, sí, quédese por favor. Tengo miedo...

—Jmmm... —hizo desdeñosa la mujer, al tiempo que comenzaba a asear a Claudia como el médico había ordenado. Con una sábana cubrió el cuerpo sin ropas de la joven y caminó hacia la puerta, para anunciar:

—Ya está lista, doctor...

El examen, contra lo que Claudia temía, no fue molesto, y sí rápido y superficial.

—Por lo menos —escuchó comentar al médico— la persona que te ayudó en el aborto sabía cómo hacerlo. Muy, muy profesionalmente... Veamos ahora lo demás. ..

Sin que le importara la presencia de la enfermera, el hombre revisó minuciosamente el resto del cuerpo de Claudia. Sus dedos exploraron con delicadeza que tenía mucho de sensual, toda esa carne joven, firme y asustada; y, diagnosticó para sí, digna que se le prestara en el futuro mayor atención.

—Puedes vestirme, criatura —dijo, y salió para que Claudia lo hiciera con libertad.

Minutos después, luego de haber hecho algunas anotaciones en el expediente de Claudia (infamado con la marca en tinta roja: PC, pecadora carnal), y de haber puesto su firma al pie de ellas, le informó:

—Dentro de poco te practicaremos la segunda revisión. Mientras, daremos tiempo a que tu organismo termine de recuperarse, ¿eh? —Tomó el expediente y lo entregó a la enfermera. Instruyó a ésta—: Hermana, puede llevarla ya a Admisión. La joven se quedará con nosotros... —Miró a Claudia con mucha simpatía— Criatura, deseo que la pases bien en la Casa... Hasta la vista...

Cuatro semanas más tarde, la mañana de un miércoles, salía Claudia del comedor con sus compañeras de grupo cuando fue abordada por una monja, joven pero no tanto como Sor María Yolanda, que le preguntó su nombre. Luego de oírsele decir, le pidió que la siguiera:

—El doctor quiere verte inmediatamente...

—Debo avisarle a Sor María Yolanda...

—Lo haré yo. ¿Sabes cómo llegar a la enfermería?

—Creo que sí.

—Pues, adelántate...

La monja que la había aseado la primera vez era la única persona que se hallaba en ese momento en la enfermería. Como si previamente hubiese recibido esas instrucciones, apenas la vio entrar indicó a Claudia que se desnudara en el quirófano, se tendiera y esperara. Todo ello hizo la muchacha, que ahora no tenía miedo sino, a lo más, sólo un poco de frío. Un tiempo después, la enfermera se presentó; realizó con meticulosidad su tarea, cubrió con la sábana a la chica y retornó a la sala de consulta.

—Puede usted pasar, doctor... —la escuchó Claudia decir al médico, que había entrado a la enfermería unos segundos antes.

—Está bien, hermana, ahora la veré —contestó el doctor. Al murmullo de su voz siguió un rumor de papeles que eran recogidos y puestos en manos de la religiosa, y una orden—: Mientras atiando a la niña, lleve esto al archivo y recoja los expedientes que solicité ayer...

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Prometieron traerlos a las once, y apenas son las nueve.

—Madrecita... —reiteró la voz cordial del médico— si no las apura un poco, las santas mujeres del archivo no los mandarán nunca.

Las voces se alejaron, se apagaron suavemente y cesaron por completo en los oídos de Claudia. El médico y su auxiliar habían llegado a la puerta de salida. Muy claro percibió la muchacha el ruidito de la cerradura y luego el doble *click* de la llave girando en el ojo. A continuación, el eco tranquilo, muy tranquilo de los pasos del hombre aproximándose al lugar donde lo aguardaba la joven a la que había hecho llamar.

—¿Cómo se siente hoy la criatura, eh? —la interrogó afablemente al cruzar el umbral.

—Bien, doctor... —dijo Claudia, protegiéndose todavía más con la sábana que le cubría el cuerpo desde los pies.

El médico lucía bien afeitado, limpiísimo, casi juvenil con el adorno, un poco frívolo, del perfume que lo saturaba. Demoró Claudia unos momentos en advertir que no llevaba puestas la bata ni la chaqueta.

—Veamos si es cierto...

Tomó asiento en el banquito metálico y comenzó a contar las pulsaciones de la muchacha. Así que observaba el avance del segundero en la carátula de su reloj, formuló algunas preguntas sobre el estado de ánimo de su paciente y sobre sus experiencias en la Casa. La previno:

—Muchas compañeras tuyas tienen ideas y manías un poco... raras, sobre el sexo. ¿Te han hablado de ellas? ¿Te han invitado a ensayarlas?

Un silencio apenado fue la respuesta de Claudia. El doctor le soltó entonces la mano y le anunció, con tono melífluo y quizá no muy firme, porque la emoción comenzaba a hacerlo vacilar:

—Ahora, niña, veamos lo que sigue...

Con agilidad de malabarista, tan rápida y sorpresivamente que Claudia no pudo impedirlo, el médico tiró de la sábana y dejó al descubierto la desnudez de la joven. En instintiva reacción de pudor, intentó ella proteger sus partes con las manos; pero, de tan confusa, no acertaba a saber si primero el vientre o los pechos. En su aturdimiento, lo único que hizo fue taparse los ojos con los antebrazos. Oyó que el doctor le decía para tranquilizarla:

—Criatura, ¿me tienes miedo? ¿Te apena que te vea desnudita? ¿Por qué, mujer? Cuando se tiene un cuerpo tan lindo como el tuyo debe dar mucha satisfacción que lo vean... ¿No estás orgullosa de que te esté mirando yo...? Ahora, hija, voy... voy a examinarte...

Las manos que la tocaron eran las muy activas y torpes de un amante senil en el furor del deseo. Manos que asaltaban la carne sorprendida de Claudia; que tomaban ventaja de su inmovilidad. Al de las manos continuó el ataque de los labios del médico; labios húmedos y tercos que seguían el camino ya recorrido por aquéllas. En retardada reacción de miedo y repugnancia, Claudia gritó muy fuerte un:

—Mamá... Mamacita... —que paralizó, por lo intenso, al atrevido.

—Shh. Cállate... —le ordenó éste, en voz bajísima.

—Déjeme... Déjeme... —profirió Claudia, siempre alto.

—Oye... No grites. Mira... Escúchame... —rogaba el hombre, jadeando, agitando frente a ella las manos abiertas para que no saltara de la mesa y huyera.

—Déjeme... —era lo único que Claudia sabía decir en tal apuro.

Cesó el médico de tocarla y retrocedió un par de pasos. Su cráneo sin pelo brillaba enrojecido y sudoroso; sus ojos centelleaban lascivia y, también, cierto temor.

—Ahora, óyeme, Claudia.

Lo arrítmico de su respiración hacía casi imposible que eslabonara tres palabras sin ahogarse entre cada una. De la manera más persuasiva, inflamada cada una de sus frases por el ardor ya incontenible de su lujuria; desorbitado en el violento frenesí de las pasiones, comenzó a proponerle a Claudia que accediera a un pacto de amistad, verdaderamente íntimo, entre ellos. Si aceptaba iniciarlo allí, en momento tan propicio, él conseguiría para ella un trato de excepción en el establecimiento; inclusive: pediría a la Directora que la destinaran al servicio de la clínica. Más aún, si Claudia estaba dispuesta a llevar las cosas a sus consecuencias extremas, él gestionaría que la dejaran libre; alquilaría para ella un hermoso departamento en alguno de los más selectos barrios residenciales y sufragaría todos sus gastos y caprichos.

—Déjame tenerte ahora, una sola vez siquiera... —rogábale, babeando deseo y tratando otra vez de cubrir el de Claudia con su cuerpo regordete—. Déjame, por favor, y te prometo...

Ella consiguió librarse de las manos que le atenaceaban brazos y piernas, saltó de la mesa de curaciones y comenzó, como pudo, a tratar de meterse dentro de su uniforme. Pero el médico no cesaba, y se entabló entre ambos una lucha a forcejeos, golpes de rodilla y arañazos. Claudia se puso a gritar de nueva cuenta. Él quiso, con la mordaza de su diestra, impedir que lo hiciera, y hubo de soltarla cuando la muchacha recurrió al arma de sus dientes. Dolido por el mordisco, y herido en su vanidad de sátiro incompetente y desdeñado, el doctor contuvo sus ímpetus, y sintiéndose, de pronto, muy ridículo, procedió a levantar del piso su pantalón y a abotonarse las bragas.

—¿Es dinero lo que quieres? —preguntó para ofenderla.

—Déjeme salir de aquí.

—Puedo darte todo lo que pidas... —y sacando la mano del bolsillo le ofreció un puñado de billetes.

—Quiero irme... Por favor... —rogó Claudia, vestida ya con la bata de reclusa.

El médico hizo otro intento, ahora amable, para ganarse a Claudia. Machacó sobre el tema de la libertad y de la riqueza que él podría proporcionarle.

—Te sacaré de aquí, criatura. Te pondré casa, y tendrás dinero, y criados, y automóvil. Viajaremos. Haré que seas feliz...

—Déjeme salir... —reiteró ella, cuando él, con su cuerpo y con su brazo horizontalmente tendido, obstruyó el hueco de la puerta.

—Sé inteligente, muchacha. No digas que no a lo que te ofrezco. Piénsalo. Te conviene.

—Déjeme salir...

—Soy rico y me gustas. No te arrepentirás si aceptas.

—Quiero irme.

La insistencia de Claudia, que no gritaba ya, que sólo había caído en la monotonía de pedir que la dejara marcharse, exasperó al médico y provocó un nuevo viraje en su humor. Se tornó agresivo, soez, inicuo. La llenó de injurias. La llamó prostituta. La cubrió de amenazas, y al terminar la explosión de su cólera dijo algo que mucho le dolió a Claudia y que habría de ser determinante, cuatro semanas después, para que decidiera huir del asilo.

—¿Qué te espera en la vida, cuando salgas de aquí, si alguna vez llegaras a salir libre? Porque debes saber que estarás aquí para siempre, hasta que te hagas vieja, o dejes de pagar tu hospedaje, o nos cansemos y te echemos... ¿Lo sabías?

—No estoy presa... —protestó Claudia.

—Has sido olvidada por tu familia, que es peor. Tus tías, y está escrito en el papel que entregaste al llegar, nos piden que te retengamos aquí indefinidamente, in—de—fi—ni—da—men—te. Nada quieren saber de ti. Si vives o mueres, no les importa. Si tus parientas, las únicas que tienes, te rechazan, ¿quién te queda, criatura? Yo, en cambio...

Ella agitó la cabeza, negándose (no, como el médico creía, a aceptar el ofrecimiento de convertirla en su amante) a admitir la verdad de lo que había oído: que sus tías la habían enviado a esa mazmorra para que se pudriera en el olvido, para que su juventud se agostara en el cementerio de las pecadoras; para que sus ojos, ávidos de ella, no volvieran a deslumbrarse con la luz de la esperanza.

—Eso que acaba de decirme sobre mis tías, ¿es cierto? —pidió saber, llorando ya no lágrimas sino brasas.

—Sí.

—¿De verdad?

—¿Quieres leer la carta que trajiste de tu pueblo? —le ofreció el médico, dulcemente, creyendo que ahora sí había logrado resquebrajar la obstinada resistencia de Claudia. Añadió: —Son gentes malas contigo. Para ellas estás muerta, tú, que eres linda, joven, buena, y que te mereces un porvenir de alegría...

Claudia no escuchó las últimas palabras del médico. Brusca, apartó el brazo que obstruía su camino y se dirigió en línea recta, sin mirar, ni oír, sin sentir dolor, decepción o ira, hacia la puerta. A su lado el hombre marchaba—a saltitos, como un sapo, tratando de arrancarle la promesa:

—Ahora que lo sabes, ¡déjame que te ayude! ¿Sí, sí?

Se detuvo Claudia ante la puerta cerrada. No hizo intento de abrirla: su inmovilidad, su silencio, el rictus endurecido de sus labios, el halo de amenaza que la enmarcaba, ese resplandor de hielo que parecía irradiar de su piel, asustaron al doctor, y fue éste quien, a pesar suyo, hizo girar la llave. Antes de que la joven saliera, reiteró su oferta:

—Por última vez, ¿aceptas que seamos amigos?

Nada respondió Claudia, porque nada había oído; porque nada, ni siquiera la cólera, la hería.

El médico comprendió que había cometido un error al proponerle relaciones de intimidad a una muchacha estúpida e inocente como Claudia. Decidió, en consecuencia, precaverse de enredos futuros, de problemas con los demás miembros del Patronato, y de habladurías que empañaran su limpiísima reputación de hombre virtuoso y de irreprochable conducta social y profesional. Vistió su bata blanca y se puso a redactar un informe a la Directora — informe que le permitía, además, dar curso a su despecho. En la parte medular, delataba:

"... y con descaro rayano en la impudicia, y muy propio de las PC incorregibles, la joven cuyo nombre se menciona, trató de inducir al suscrito a que juntos se entregaran a prácticas bochornosas, proscritas por la moral cristiana. Es por ello, Madre Superiora, que me permito, como miembro del Patronato y médico en jefe de la Clínica, sugerir que..."

El papel temblaba en las manos pálidas de la Madre Superiora. A su secretaria, para quien en voz alta leía el texto del médico, le ordenó tajante:

—A reserva de tomar otras medidas más radicales, que a esa mujer... —buscó el nombre en el largo párrafo escrito por el doctor— Claudia se llama, no se le permita salir los viernes hasta nuevo aviso, y que se le destine, luego de cumplir con sus obligaciones del día, a limpiar todos, todos los excusados por la noche... —Dictada sentencia, interrogó a su auxiliar: — ¿Qué otro asunto...?

La monja que tomaba el dictado y sometía a la consideración de la directora la correspondencia recibida por la mañana, informó:

—Queda pendiente, Madre, el pago de las cuentas al carnicero...

—Respecto a eso... —y la voz de la directora asumió el tono impersonal de la mujer de negocios que acuerda lo que mejor conviene a los suyos.

La semana anterior a celebrarse uno de los grandes fastos de la Iglesia Católica, y con el fin de que ninguna quedara sin comulgar, la Directora decretó una amnistía parcial para todas las muchachas que purgaban condena de encierro. Su perdón no las relevaba de la tarea de seguir cumpliendo con los otros desagradables deberes a que estaban obligadas. De lunes a sábado, dos cada día, los grupos de muchachas tomaron el camino del templo: al cabo del desayuno, el primero; después de comida, el segundo. A las veinte chicas de Sor María Yolanda, Claudia entre ellas, les correspondió salir del asilo la tarde del miércoles. Lamentó Claudia que esa breve libertad que les caía en suerte no hubiese coincidido con el viernes, porque gustaba imaginar que Lázaro continuaba yendo a esperar su salida ese día.

Lázaro no estaba en la calle, pero sí los buhoneros, vendedores de confites, refrescos y periódicos. Sin parientes, amigos o enamorados que se acercaran a hablar con las muchachas, y, al hacerlo, a obligarlas a marchar con cierta lentitud, el grupo de Sor María Yolanda cubrió el trayecto hasta la iglesia en la mitad del tiempo que acostumbraba. Cuando Claudia entró en el templo, sintió que caía en el vientre de una ballena, como el bíblico personaje que había servido de pretexto al último conferencista para aburrirlas, apenas la víspera, con una charla de hora y media.

Mientras aguardaba a que le llegara su turno, y martirizaba sus rodillas en la dureza del piso de mármol, Claudia —como si presintiera que ésa iba a ser la última oportunidad que tendría de hacerlo en los veinte años del futuro que estaba a punto de empezar para ella— decidió hacer una confesión muy completa; y por confesión muy completa entendía decir no sólo sus pecados de rutina sino también lo que por tanto tiempo había callado: el nombre de su burlador. Mas, cuando comenzó a colar sus faltas a través del cedazo del confesionario, se olvidó por completo de su acuerdo; dijo sus culpas, fue absuelta y, posteriormente, enviada por Sor María

Yolanda a esperar, con las que lo hacían ya en el atrio, a que todas sus compañeras vaciaran sus conciencias en el oído del cura.

Al asomarse a la luz de las cuatro de la tarde (colorida, enorme, cálida, bullidora de insectos) Claudia lo vio. Estaba en el centro del atrio, mano sobre mano, en la actitud alerta de quien vela la aparición de un ausente. El estupor enraizó al suelo los pies de la muchacha, y dilató sus labios en un ¡ahí!, al que se mezcló una sonrisa de confusión que era, al mismo tiempo, de alegría.

Con gesto suave, Lázaro se dirigió a ella; y ella, por primera vez desde que se conocían, le ganó la palabra:

—¿Quién le dijo que hoy iba yo a salir?

—Nadie.

—¿Ha ... venido los otros viernes?

—¿Para qué... si no iba a verla?

—¿Sabía que...?

—Todo lo sé, Claudia. No lo olvide —aclaró él: ¿alardeando de su videncia, amenazándola veladamente, o comenzando ya a apoderarse de su credulidad?

—Pero... —tartamudeó la muchacha maravillada y también, no poco, llena de miedo— pero, hoy es miércoles. Usted ha venido los viernes. ¡Y hoy es miércoles...!

Enigmático, Lázaro sonrió y, aludiendo a la luz que los abrumaba y al calor, sugirió a Claudia apartarse de allí y buscar una poca de sombra. Claudia hizo un precario intento de negativa. Sor María Yolanda quería que todas las jóvenes estuvieran juntas. Sor María Yolanda no le había dado permiso, esa tarde, para hablar con su visitante. Sor María Yolanda se enojaría si la viera de palique con él y lejos de las otras chicas. Con gran aplomo, y en forma por demás incomprensible para Claudia, Lázaro dijo:

—Sor María Yolanda no la verá conmigo.

—¿Se va usted... ya tan pronto? —lo interrogó precipitadamente.

—Nos iremos juntos, Claudia; usted y yo, ahora mismo.

—¿Usted y yo? ¿A dónde?

—No volverá usted a la cárcel donde la tienen. Se irá conmigo.

—¿A dónde? —volvió a preguntar Claudia, sin darse cuenta de que habían salido del atrio y que caminaban ya por el jardín situado enfrente del templo.

—A mi casa, que desde hoy, y para siempre, será la casa de usted.

Quiso ella rehusarse, deteniéndose, ofreciendo la resistencia muscular de su brazo a los dedos de él que lo oprimían. Apenas advirtió que la joven deseaba desasirse, Lázaro la dejó en libertad. La miró intensamente. Pronunció las palabras con nitidez:

—Vendrá conmigo, Claudia. Prefiere venir conmigo antes que regresar allá... Yo no la molestaré, no intentaré nunca abusar de usted. Nos necesitamos, Claudia. ¿Seguimos...? —y le tendió la mano, que ella aceptó sin el titubeo de una reflexión.

Esta noche, veinte años después de aquella tarde, aún se pregunta por qué obedeció a Lázaro, por qué le entregó su mano si al hacerlo le entregaba también su voluntad y renunciaba al derecho de ejercerla por sí; por qué, si no lo amaba, olvidó negociar las condiciones bajo las cuales accedía a ser su compañera de vida, su víctima de cautiverio. Sigue preguntándose, además, al cabo de cuatro lustros de remordimiento, qué castigo le habrán impuesto, por su negligencia, a Sor María Yolanda. Hoy, a sólo diecinueve minutos de convertirse en homicida, recuerda con amor a la joven religiosa del asilo — la dulce muchacha morena, de ojos vivaces, luminosa sonrisa y alada gracia, que le prodigó, en ese antiquísimo tiempo de

tristeza, el generoso amparo de su bondad y de su consejo. ¿Vivirá? ¿Pensará aún, como entonces pensaba, en el hombre al que no tuvo la valentía de seguir?

Sobre el rostro, igual a dedos que lo tocan, Claudia siente la mirada de Yuri. Anuda sus ojos a los de su hija, y, aunque lo espera, la asusta descubrir en ellos, inalterable aún y acrecentado por la impaciencia, el frío tesón del odio. Ella también tiene odio, más, ¡qué distinto al de Yuri! ¿Acaso porque el suyo es antiguo y el de la muchacha reciente de veinticuatro horas? Odiar, como amar, es actividad que suele embotarse en la costumbre, la que a su vez convierte en pálido rescoldo el fuego del sentimiento. El odio que experimenta Yuri contra su padre es joven, muy intenso, inmaduro. Por serlo, desea darle salida por medio de la venganza inmediata. Si apenas ayer Claudia hubiese pedido a Yuri aprobar el sacrificio de Lázaro, Yuri habría dicho no, porque ayer Yuri creía que él continuaba amándola; porque ayer los labios del hombre no se habían abierto para lanzarle sin misericordia las palabras que le queman la memoria.

Yuri aparta los ojos del pálido semblante de su madre y los deja en las palmas de sus manos, que continúan vueltas y heladas de angustia, sobre sus muslos. En las líneas de esas manos encallecidas, escamosas y grandes, puede leer no el futuro incierto de su vida, sino el inmediato y ya viejo pasado que para ella representa la mañana de ese día; y de esa mañana, el minuto o dos que estuvo a solas con Lázaro.

Se encontraron, sin testigos, casi por casualidad (pues Lázaro había dado en no buscarla a solas como antes) en el cobertizo. Momo se hallaba en la casa, ayudando a Claudia, y Job había ido a hacer, por mandato de su padre, alguna diligencia a la cocina. Al advertir que nadie los acompañaba, Lázaro se tornó súbitamente hosco y enemigo; abruptamente lejano y glacial.

—¿Cómo estás hoy, Lázaro? —le preguntó Yuri, como si hubiese pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron.

—Bien —dijo él, volviéndose a Yuri, erizado de enojo—. Habla menos y trabaja más, que no sobra tiempo.

Yuri, que llevaba casi una semana buscando, sin haberla hallado mejor que ésa, una oportunidad para hablar con él de sus más íntimos asuntos, dejó pasar de largo las rudas palabras de Lázaro. Bajó del alto banco que ocupaba ante la mesa de envasar, hizo un pequeño rodeo y se acercó a su padre. Con los brazos le enlazó el cuello y muy quedo, en un susurro de insinuaciones implícitas, le planteó una pequeña queja:

—¿Por qué ya ni siquiera me miras, Lázaro?

Tenso, rígida la columna vertebral, inmóviles sobre la mesa las manos, los ojos entrecerrados para protegerse del resplandor rectangular de la ventana, repuso:

—¿Debo mirarte?

—Antes lo hacías.

—¿Debo seguir haciéndolo?

—Te amo, Lázaro.

—¿Y...?

—Me gusta que me mires, que me hables.

—¿Sí?

—Y también... —la voz de Yuri se matizó suavemente de intención— y también que me busques por las noches. ¡Hace tanto tiempo...!

—Estás enferma.

—Ya me siento bien, Lázaro. Hace mucho que me siento bien.

Nada dijo él. Con los dedos comenzó a tamborilear sobre la mesa, para que Yuri advirtiera cuan cargantes y detestables le parecían sus insinuaciones. Pero Yuri, ¿porque sólo veía el perfil de su padre y no la impaciencia tan significativa de sus manos?, aprovechó el silencio para añadir:

—Sueño contigo por las noches, Lázaró. ¿No me has oído llamarte con el pensamiento?

—No —fue la seca negativa.

Yuri aplastó sus pechos contra la espalda de Lázaró; aspiró profundamente el olor de su pelo y de su piel; le buscó los labios — encendida ya, como en otro tiempo, por el deseo sensual que la sola presencia del hombre producía en su sangre.

—Lázaró... —gimió, y trató de que él mirara el catre al pie de la ventana sobre el cual tantas veces se habían amado.

Con gran frialdad, Lázaró le negó la respuesta de otro, igual de violento, al beso que Yuri trataba de entregar a su boca, cerrada y colérica.

—Lázaró —gimió nuevamente, con los ojos vidriosos y los labios henchidos— quiero otra vez, como antes... ¡Lázaró!

Apartándola, le preguntó:

—¿Para qué... otra vez como antes?

—Te quiero, Lázaró. Y ya estoy bien.

Rechazando su ardorosa acometida, él recitó:

—Quería de ti hijos para crear mi nueva familia. Te necesitaba para algo mejor que para amante...

—Lázaró —exclamó ella, adivinando lo que él iba a decirle, y que ya la horrorizaba —No fue mi culpa. Yo, yo... Podemos tratar otra vez.

Con un gesto le ordenó callar, y ella obedeció. Luego, con toda la inquina de que era capaz, con espantosa y lenta crueldad, Lázaró pronunció terriblemente las palabras:

—Sólo sirves para ser madre de abortos. ¡Déjame en paz!

Yuri cayó instantáneamente en un extravío que la puso fuera de la vida a partir de ese momento. Más despiadada no podía ser la prueba del desamor de Lázaró. "*Sólo sirves para ser madre de abortos...*" Cada una de las letras le dolía en la superficie de la piel, como si él las hubiese estampado a fuego, y en la profundidad del sentimiento, como si hasta allí hubiese llegado la quemadura de la injuria. El tiempo se interrumpió y en Yuri cesó todo interés. No la abrumaba la cólera, aún no los celos, tampoco el ansia de vengarse de quien, con siete palabras, había destruido la vaga confianza que brinda a la mujer saberse posesión del hombre; la abrumaba el vacío al que había vuelto; el miedo a un futuro al que Lázaró le vedaba la entrada. No podía siquiera amar en Lázaró al padre, porque Lázaró había sido para ella más que eso. ¿Cómo mirar con otros ojos al que los suyos habían mirado como imagen de un placer? ¿Por qué método disociar al padre bondadoso del amante que la desdeñaba?

De ese aturdimiento, para sumirla en el de los celos que dieron origen al odio, la sacó, al mediar la tarde, la revelación que Claudia le hizo. La madre habló con la hija como si lo hiciera con otra mujer de dilatada experiencia, cuyo consejo requería.

—Lázaró va a hacer esta noche con Momo lo que hizo contigo hace mucho...

Fue entonces cuando Yuri, a resultas de lo que acababa de oír, comenzó a recuperarse, a salir de la ebriedad del pasmo y a conceder a lo que anunciaban las palabras su exacto valor. Retornaba al mundo de las cosas reales y sentíase aún torpe, como después de un largo deambular entre sueños que no se recuerdan y cuyo olvido agrada. Miró a su madre, como si apenas entonces la conociera; como si

entre ellas terminase, en tal momento, la enconada pugna pasional que las había distanciado tres años. Sintió que Claudia, al hablarle así y decirle lo que le había dicho, buscaba su alianza de amiga, su auxilio de hija, y que sabiéndola en riesgo de traición, le revelaba los planes del enemigo común.

—¿Qué es lo que estás diciendo, Claudia? —insistió para comprender mejor lo que su madre pretendía comunicarle.

Claudia volvió a repetir la frase, y agregó el complemento de otras reveladoras y dolorosas:

—Tu hermana terminó ayer su primera regla. ¿Entiendes?

—Sí.

—Ya es mujer... y puede comenzar a tener hijos.

—Sí.

—Lázaro, que no los logró contigo, los buscará con ella. Tal vez comience hoy. Quizá mañana.

—Sí.

—¿Sabías que Lázaro esperaba a Momo para dejarte?

—No —dijo Yuri, y hubiese podido agregar: *"Pero lo presentía..."*

—Ahora, Yuri, ¿vas a permitir que tu padre haga a Momo tan desgraciada como te hizo a ti... y como me hizo a mí? —planteó Claudia, admitiendo ya, sin orgullo, ante la culpable, el sufrimiento que había tratado de disimular con resignación y soberbia en los últimos tiempos.

Yuri agitó vigorosamente la cabeza y comenzó a llorar, no conmovida por el porvenir de infelicidad que Claudia auguraba para Momo, sino por el dolor que los celos le causaban al darse cuenta de que el breve pasado de amor que había vivido con Lázaro sería el futuro, quizá duradero, de su hermana. Poco le importaba que ésta pudiese sufrir tanto como ahora ella, y mucho, que pudiera disfrutar de las mismas enloquecedoras sensaciones que le descubrió su padre. La mera idea de que Lázaro hiciera con la chica lo que juntos habían hecho, trastornaba a Yuri, la cegaba de cólera, hacía arder en afanes de venganza. Mas, ¿cómo impedir que esa noche, o la de mañana, u otra cualquiera de los próximos días, Lázaro desposase a Momo?

—¿Vas a permitirlo, Yuri?

—No sé.

—Él te ha dejado por ella, como hace tiempo, por ti, me dejó a mí. Ahora sabes lo que eso duele...

Yuri asintió lentamente, no tanto porque hoy que lo sufría igual, se compadeciera del dolor que sufrió su madre, cuanto porque ahora le tocaba padecer los celos que causan el abandono de la persona que se ama; traición de abandono que nunca pensó que la alcanzaría también a ella.

—Duele, sí, mucho...

Menos lamentaba haber sido causa entonces del dolor de Claudia, que hoy víctima de un dolor semejante. Y lo que más la enfurecía era saberse impotente —e incompetente— para frustrar los designios de Lázaro.

Del jardín llegaba a ellas el eco de las risas de Momo y el sonido grave y poco frecuente de la voz de Lázaro, instándola a permanecer quieta en tanto él terminaba de cortarle el pelo. Cada una de esas risas, en las que no había maldad y ni siquiera coquetería, causábale a Yuri una punzadura insoportable. Recordó, y los celos laceraron su espíritu al rozar su memoria, que Lázaro había tenido con ella amabilidades idénticas cuando se aprestaba a seducirla. Adivinó lo que vendría después: las caricias, las insinuaciones apenas disimuladas, el pequeño obsequio, el

mirar intencionado — y al fin, la experiencia máxima; el epílogo de un juego de amor que venía a ser, en realidad, el prólogo a la vasta pasión.

—¿Dudas todavía? —y Claudia pidió a Yuri que recordara lo que ésta, sin necesidad de consejo, estaba recordando ya.

El dolor de Yuri resarcía a Claudia en esos instantes de su propio dolor inolvidable. Sentíase dispuesta a compadecerla, a ofrecerle su conmiseración; pero se abstuvo de pronunciar cualquier palabra que ayudara a su hija a sentirse menos infeliz y menos triste. Si su deseo hubiese sido aliviar la pena de la joven, ¿habría encontrado el embuste y el consuelo exactos para mitigar sus celos y su resentimiento? ¿Sabe alguien cómo volver conforme a quien sufre las violentas sacudidas de una marejada emocional? Dejó, pues, con sólo guardar silencio, que Yuri continuara debatiéndose en el conflicto de sus pasiones; a solas, como en su tiempo ella misma superó una crisis similar.

—¿Qué podemos hacer para que no lo haga? —inquirió Yuri, y su voz parecía trasudar fatiga después del largo recorrido que había hecho desde los confines de la tristeza hasta sus labios.

—No sé... —dijo Claudia, para no tener que revelarles que por su mente, simultáneo a la pregunta de Yuri, había cruzado el relámpago de una trágica decisión.

Todavía, a dieciocho minutos de perpetrarlo, Claudia se interroga por qué buscó la complicidad de sus hijos para que la ayudaran a cometer el asesinato de Lázaro. ¿Acaso porque se sabía incapaz de intentarlo sin ayuda ajena, o porque deseaba que ellos, que eran también víctimas, participaran con ella del placer de la venganza? En rigor (lo supo desde que decidió el homicidio) no necesitaba siquiera enterar a Yuri y a Job que había resuelto matar a Lázaro por el seguro medio del cianuro. Podía haberlo hecho y el resultado habría sido idéntico. Los involucró, sin embargo, no para ser menos responsable que ellos, sino para que ambos, al colaborar en la empresa, se ligaran a ella por el lazo indisoluble de los remordimientos. Asesinos los tres (¡y qué mejor pretexto para justificarse unos a los ojos de los otros que el de salvar la inocencia de Momo, amenazada por un perverso!) integrarían una singular cofradía de verdugos, lo que la ponía a cubierto de recriminaciones y aun de delaciones futuras.

Para sorpresa de Claudia, fue Yuri, no obstante ser la más agraviada por el momento, quien opuso cierta resistencia cuando su madre, como si apenas acabara de decidirlo, insinuó que sólo matando a Lázaro (y matándolo esa misma noche, apenas volviese del baño público) podrían impedirle que consumara el atentado contra Momo.

—¿Por qué matarlo, Claudia? ¿Qué ganaría yo...?

—¿Qué perderías... si lo has perdido para siempre? ¿O crees que Lázaro vuelva a mirarte, después de que tenga a Momo? —y dijo en seguida algo que hirió mucho a Yuri, porque ésta en otro tiempo lo había pensado respecto a Claudia—. Momo es joven, bonita, y su cuerpo no tiene el cansancio del tuyo. Si tu hermana le da los hijos que tú no le diste, ¿tendrá Lázaro ojos para ti? ¿Y cuando Lázaro y Momo vivan como marido y mujer, no sufrirás celos horribles y te arrepentirás de haberlo dejado vivir...?

Continuó pulsando, martirizando en forma metódica e intensa la fibra que sabía más sensible en su hija, porque también lo era en ella. Aludió a los celos cotidianos, a la amargura que iría apoderándose de su espíritu, a la vergüenza de humillarse y tolerar la diaria injuria de la felicidad de los reprobos. Hizo, en cierta forma, un

análisis de sus propios sentimientos. Esos celos, esa amargura, esa vergüenza que auguraba para Yuri, ¿eran o no los que ella aún padecía?

De que su prédica había hecho finalmente daño en la voluntad de Yuri, tuvo constancia cuando la muchacha abatió la cabeza sobre el pecho y, mirándose las manos para no tener que mirarla a los ojos, suspiró:

—Al principio, vamos a extrañarlo mucho... —palabras que implicaban homenaje de amor y sentencia de muerte para Lázaro.

—Ya nos acostumbraremos.

—¿Lo crees así, Claudia?

Porque, a pesar de todo, dudaba acostumbrarse a vivir sin Lázaro, Claudia eludió dar una respuesta directa a la pregunta de Yuri, y planteó la que constituía la segunda parte del problema:

—Trataremos esto con Job.

Maravillaba a Claudia escucharse hablar con tal aplomo. ¿Qué la autorizaba a arrogarse el derecho de tomar en sus manos la vida de Lázaro y decidir su fin? ¿Qué, el echar sobre la conciencia de sus hijos el peso del remordimiento inevitable? Comprendió que estaba gobernada por el odio, y que era éste el que la empujaba, ahora que había reunido el valor necesario, a llevar a cabo los proyectos de venganza tanto tiempo meditados — y siempre aplazados. Sabía que de no ponerlos en práctica, hoy que estaba resuelta y que tenía una justificación válida, jamás lo haría. (Al calor del odio, el asesinato le parecía menos monstruoso que urdido en la frialdad del cálculo.) Se encontraba, pues, de cara a un dilema: aniquilar a Lázaro, o perdonarlo. Si lo aniquilaba, ¿viviría en paz consigo misma? ¿Alcanzaría esa paz si lo dejaba seguir viviendo?

Volvió a repetirse que no mataba a Lázaro sólo para impedir que cometiera con Momo la misma repugnante infamia que había cometido con Yuri. Lo mataba para vengar todas las innumerables ofensas de que la había hecho víctima, a ella y también a sus hijos, en los últimos veinte años. Saldaba, en un único lance de coraje, la muy larga cuenta de abusos a que había dado lugar su inveterada cobardía.

Muchas horas llevaba Job fuera de la casa, atareado al parecer en el que de un tiempo a la fecha constituía su pasatiempo predilecto: el arreglo del jardín; pero, en realidad (mientras cortaba el césped, volteaba la tierra al pie de rosales y geranios, o los libraba de hojarasca y hierbas parásitas) debatiéndose en la ira de los celos; en la cólera que le producía atisbar a Lázaro y a Momo hablando en secreto, escrutándose con malicia, sonriéndose de un modo que él consideraba equívoco e insinuante.

Era obvio que para ellos Job no existía, porque ni una sola vez se habían detenido a mirarlo trabajar. Como si el muchacho no estuviera allí (y estaba allí para estorbar un poco siquiera la soledad a que su padre y su hermana habían ido diríase que a esconderse) ambos no cesaban en sus risas o en sus silencios; silencios éstos cuya intención parecía a Job más profunda que la de los bisbíceos de que se valían para conversar. Vio a Lázaro cortar el pelo a Momo. Llevarla en seguida a la caseta de la ducha y permanecer con ella los minutos que requirió para bañar y secar su cuerpo. Lo vio entretenerse en nuevas charlas mientras ella se peinaba al gusto de su padre. Vio a éste, por último, entrar en la casa; salir un poco más tarde; abrir y cerrar la puerta del muro; lo escuchó, al cabo, poner en marcha la motocicleta, y partir.

Desde hacía varias semanas se dedicaba Job a espiar a Lázaro y a Momo. El comportamiento de Lázaro, sus incontables atenciones para con la chica, la acusada

deferencia con que la trataba, le hacían recordar a Job la época, remota en el tiempo, dolorosamente próxima en su memoria, en que su padre asediaba a Yuri. En el presente, Lázaro valíase para conquistar a Momo de los mismos artificios que había empleado para seducir a la primera de sus hijas — sonrisas, miradas, caricias, palabras de halago. ¿No eran cada vez más extensos los periodos que pasaban ambos a solas en el misterio del cobertizo? ¿No irritaba a Lázaro que Job o Yuri entraran a aquél sin anunciarse? ¿No casi todas las noches, mientras la familia dormía, abandonaba Lázaro su cubil y se demoraba horas junto al camastro de Momo, al acecho de sus sueños? Y en cuanto a Momo, ¿no se negaba ya a retozar con Job y a dejarse manosear como antes lo permitía, tal que si su padre se lo tuviese prohibido?

Job presentía que muy pronto, no cuándo pero sí en un plazo que imaginaba breve, Lázaro iba a arrebatarse a Momo; y tal certeza lo llenaba de ideas de venganza. Él deseaba a Momo, la deseaba para sí, pues creía tener derecho a su posesión. En forma elemental, razonaba que si Lázaro, por ser el hombre más fuerte y más viejo de la casa, había tomado ya a las dos mujeres mayores, a él le debía corresponder la menor. Desde que Lázaro lo despojó de Yuri, creyó Job que su padre lo compensaría entregándole a Momo. En esa ilusión había vivido hasta que Lázaro (con su nuevo modo de comportarse con la niña) comenzó a demostrarle que sus pretensiones eran vanas y excesivas. Momo, que gustaba ensayar con él ciertas audacias que a ambos complacían sensualmente, se tornó de pronto fría, arisca, inaccesible. Muestra del brusco cambio de los sentimientos de Momo hacia él, fue el choque que entre ambos ocurrió por la mañana y que, a más de haberlo afectado muchísimo, lo confirmó en la sospecha de que estaba a punto de perder a su hermana.

Lázaro, Yuri y él trabajaban en el almacén. Momo se hallaba en la casa, con Claudia. Lázaro le ordenó a Job, ¿para poder hablar en privado con Yuri, o por mera casualidad?, que fuera a traerle un vaso de agua, pues sufría sed. En el jardín intermedio entre la casa y el cobertizo, Job coincidió con Momo, y como otras veces lo había hecho, pretendió acariciarla. Enfurecida, la muchacha lo rechazó con violencia y profirió amenazante:

—Si vuelves a tocarme te acusaré con Lázaro... para que te haga lo que la otra vez... —y a Job volvió a dolerle en la memoria la quemadura de la boca. Atufada, la muchacha se puso en pie, se alisó el pelo que aún tenía largo, sacudió de briznas de pasto la falda de su bata, y jadeando, puntualizó: —No te me acerques nunca, porque ya no me gusta jugar contigo...

Durante el resto de la jornada, pese a que juntos pasaron muchas horas trabajando, Momo, que solía hacerlo antes con frecuencia, no dirigió una sola mirada a su hermano, y sí todas, igual que sus sonrisas, a Lázaro, que las devolvía en la misma forma cálida, intencionada y llena de amor.

Anímicamente predispuesto a colaborar, ya que no a iniciar o proponer por sí mismo, en cualquier acción de venganza colectiva que se tomara contra Lázaro, Job escuchó con vivísima curiosidad las palabras con las cuales su madre lo invitaba a asociarse a ella y a Yuri para matar esa noche al enemigo. Lo que Claudia estaba proponiéndole, sin retórica de ninguna especie, coincidía con sus propios deseos, y que su madre y su hermana mayor lo invitaran a ser su compañero de homicidio, lo aligeraba mucho del miedo que inhibía sus impulsos de cometerlo por su mano.

Porque Job, desde que intuyó que Momo le sería arrebatada por el mismo tirano que lo había privado de Yuri, habíase puesto a buscar una fórmula para impedirlo, y halló que no sólo la mejor, sino la única, era destruir para siempre al rival

todopoderoso. Si Lázaró se apoderaba de Momo, ¿a qué otra mujer íntegramente suya podría ya aspirar él? Muerto el adversario, ¿quién si no Job quedaría dueño absoluto de todas las hembras de la casa? Lo mareó un poco, al envanecerlo, la idea de ser el nuevo amo, de señorear sobre las mujeres del serrallo. A partir de esa noche, sin varón que le hiciese competencia, ¿podría alguien impedirle tomar a Claudia y cumplir su viejo anhelo de adolescente? ¿O a Yuri, y ufanarse de gozar a la querida de su padre? ¿O a Momo, por voluntad de su amor?

—¿Cómo vamos a matarlo? —preguntó valiente y ya en el principio de la crueldad. Cruel, porque Yuri y Claudia lo ayudarían a compartir en dos tercios su inmenso miedo. Valiente porque sabía que si el plan fracasaba no todo el castigo recaería sobre él.

La frialdad con que Job había pronunciado las palabras, asustó a Claudia al permitirle comprender que el odio que el hijo experimentaba contra su padre era más violento, si ello fuese posible, que el suyo propio y el de Yuri juntos. La luz final del crepúsculo encendía con tonos bermejos el semblante taciturno del muchacho. A ese fulgor de sangre, lo vio envejecido, adusto, en una tensión que no se cuidaba de paliar, como su hermana y su madre lo hacían, con un gesto que disimulara sus verdaderos sentimientos. Job suscribía a la propuesta de homicidio con un regocijo casi demencia!

—Hoy nos las va a pagar todas... —lo escuchó augurar reconcentradamente, y sintió más miedo aún.

Hablar del crimen la asustaba menos que oír a Job. Exploró su ánimo:

—¿Crees que debemos matarlo, Job?

—Sí.

—¿Habrás algún modo, piénsalo, de salvar a Momo sin...?

—¿Pudiste tú salvar a Yuri...?

—Fue distinto, Job —dijo Claudia, no acusando el efecto del reproche—. Muy distinto. Ella... lo quiso.

—¿Y no lo quiere Momo?

—Job...

—¿Has visto cómo se miran, cómo se hablan, cómo se esconden de nosotros? ¿Lo has visto, Claudia? Si no es para impedirle que tome a Momo, ¿para qué quieres que lo matemos? ¿Para qué, Claudia?

—Si habláramos los tres, Yuri, tú y yo con Lázaró, y le dijéramos que... —iba Claudia a plantear nuevos argumentos, no para disuadir a Job de ayudarlas a perpetrar el crimen sino para saber hasta qué extremos se sentía capaz de llegar, cuando el muchacho la atajó bruscamente:

—No hay que hablarle, Claudia. Hay que matarlo. Hay que vengarnos.

Hubo un silencio de segundos. Cruzaron la luz unos cuantos pájaros que buscaban sus nidos entre las luces del cielo. La tarde moría suavemente, adornándose con las flamas, ahora multicolores, del crepúsculo. Claudia sintió caer, no por desplome del cuerpo sino del pensamiento, en los círculos profundísimos de la alucinación, y luego extraviarse en un dédalo de vacíos concéntricos que se movían con la silenciosa dinámica de lo inmóvil; en seguida, ascender hacia la parte más alta de la nada y quedarse allí, mirándose a sí misma en el suspenso de la memoria que se ha perdido. ¿O es que se recupera la memoria en el instante de extraviarla? De no ser así, ¿por qué en esos dos o tres segundos recordó tantas cosas cuyo rastro había extraviado su recuerdo?

"No es injusto impedir que viva un ser que sin duda será nefasto para el mundo", fue una, y otra: *"Cuando en nada crees, ¿de qué mal puedes arrepentirte?"* o, *"Toda*

acción, aun la que a los demás pueda parecería horrenda, es buena si quien la comete procede de acuerdo a su conciencia. No lo es si la conciencia se acongoja".
¿Quién había dicho tales palabras que acababa apenas de inventar?

Job le había hecho una pregunta y esperaba, mirándola curiosamente, a que la contestara:

—¿Cómo vamos a matarlo? ¿Pensaste en eso?

—No —mintió ella, situándose otra vez en el jardín, en el crepúsculo, frente a Job. Interrogó en su turno—. ¿Cómo crees que debemos matar a Lázaro?

—Bueno —indicó Job, como si temiese comprometerse sugiriendo también el arma de más seguro empleo—. ¿Con un cuchillo?

Luego de rechazar el empleo del cuchillo, Claudia sometió a la consideración de su hijo la idea del cianuro, que Yuri había encontrado excelente:

—Con veneno.

—Sí. Con veneno será lo mejor —aprobó Job vivamente. Había temido, cuando mencionó valerse del cuchillo, que Claudia aceptara y delegara en él, que era fuerte, la responsabilidad de cometer por sí el asesinato. El uso del acero exigía lucha, agresión directa, ataque de persona a persona; el del cianuro, en cambio, no. Ninguno de los comprometidos tendría que dar cara a la víctima y ésta, en cuanto ingiriese el tóxico, quedaría imposibilitada, por obra del intensísimo dolor, a repeler a sus asesinos.

Claudia abundó en argumentos —que no le pedía Job, pero que enumeraba quizá para creer mejor en ellos— respecto a las bondades de su plan. El veneno era arma infalible, rápida y, necesariamente, mortal. Fácil, además, de administrar. Unos cuantos granos en la sopa de migas, unos minutos de espera y, como inmediata consecuencia, el colapso agónico, definitivo de Lázaro.

—Además —se anticipaba a la objeción que pudiera hacerle Job, y que Yuri sensatamente le había hecho ya—, además, Lázaro no se dará cuenta de que estamos matándolo...

—¿Crees que no, Claudia? —se inquietó Job, a resultas de la afirmación que hacía su madre para tranquilizarlo antes de que se preocupara.

—No se dará cuenta. Te lo aseguro... —contestó Claudia, y razonó por qué—. Lázaro nos dice que las gentes que trabajan con veneno pueden intoxicarse fácilmente por descuido. ¿Sí o no?

—Sí.

—Nos dice también, y eso es cierto, que a fuerza de manejar los venenos uno se acostumbra a lo que huelen y llega a no sentirlos más.

—Sí.

—¿Qué peligro corremos de que note que en la sopa hay veneno? Como lo huele todo el día, y lo ha olido toda su vida, no sentirá que está comiendo cianuro. Y cuando llegará a sentirlo, ya estaría casi muerto.

No parecía convencer mucho a Job la confianza de su madre. Moviò la cabeza, sin palabras, dubitativa y lentamente. Claudia dijo entonces:

—Si yo pusiera veneno en tu ensalada, ¿sabrías, por el sabor, que lo había puesto?

—Creo que no...

—Lázaro tampoco. ¿No se queja, a veces, de que todo lo que come sabe a matarratas?

—Sí.

—Entonces, ¿estás de acuerdo en que lo envenenemos?

—Sí.

Claudia planteó inmediatamente otro aspecto importantísimo de la cuestión:

—Ahora sólo nos falta conseguir el cianuro.

—Yo lo traeré —ofreció Job sin vacilar; y eso era precisamente lo que ella quería oírle decir.

Unos minutos más tarde, en las sombras ya espesas que entintaban el jardín, Claudia y sus dos hijos mayores celebraban un nuevo conciliábulo, durante el cual, a sugestión de Yuri, se discutió en torno a un tema de suma importancia. ¿Qué hacer con el cadáver de Lázaro? Job sugirió lo más sencillo: sepultarlo en el ámbito de la propiedad, con lo cual la muchacha estuvo de acuerdo. Claudia, en cambio, disintió:

—Sería tonto hacer eso...

—¿Por qué —preguntaron ambos a un tiempo.

—¿Han pensado en Momo?

—Ella nada dirá, porque nada sabrá.

Se entabló una breve polémica. Yuri y Job consideraban que lo más conveniente era conservar el crimen en secreto de familia y convencer a Momo, si ésta llegara a alentar alguna sospecha, que lo correcto había sido sepultar el cadáver en la casa. Con más experiencia que sus hijos, Claudia argüía que negocio tan turbio debía ser manejado con mucha claridad, aunque les pareciese contradictorio. Antes de exponer su idea, hubo de informarles de ciertas cosas que ellos ignoraban.

—El mundo, allá afuera, es distinto al de aquí dentro. Allá hay leyes, y policías, y cárceles. (Les explicó lo que eran las leyes, los policías, las cárceles; no lo que eran realmente, sino lo que ella recordaba que eran.) Cuando alguien mata a alguien, no importa cómo o por qué, los policías hacen preguntas y tratan de saber si tal muerte fue crimen o no...

—Eso —la interrumpió Yuri — si llegaran a saber que Lázaro murió.

La apoyó su hermano:

—Sólo nosotros sabremos lo que pasó.

—Los policías, los agentes, se enteran siempre... —dijo Claudia, y apenas lo hubo hecho, en el milésimo de segundo siguiente un calosfrío de temores la estremeció.

—Momo no dirá nada —machacó Job, y agregó, traicionándose subconscientemente al dejar que su más recóndito pensamiento lo trascendiera—. No dejaré que hable nunca con nadie...

Claudia se refirió entonces a las personas, desconocidas por la familia, con las cuales Lázaro sostenía relaciones de comercio o amistad. ¿Era descabellado considerar el riesgo de que alguna de ellas, extrañada por la desaparición de su amigo o proveedor, iniciase pesquisas y que de ellas recayeran sospechas y que de las sospechas se derivaran problemas de magnitud incalculable para sus asesinos — el ir a la cárcel, por ejemplo?

—Cuando Lázaro muera, esto es lo que vamos a hacer —resumió Claudia, y detalló su proyecto:

Avisarían a la policía que el jefe de la familia se había envenenado a resultas de una lamentable negligencia, lo que es lógico que les acontezca a los que tienen trato con materiales altamente tóxicos; para precaverse de toda sospecha, harían desaparecer el tazón dónde había comido las migas y lo sustituirían por otro con restos de sopa sin contaminar; rociarían polvo de cianuro en las manos del muerto, para que se creyera que había olvidado lavárselas; demostrarían todos conmovedora y llorosa tristeza por la trágica muerte del hombre, y organizarían un funeral común en el cementerio. Sólo procediendo así podrían quedar al margen de suspicacias.

—¿Les parece bien?

—Sí —aceptaron Yuri y Job.

— Lo importante —dijo Claudia para finalizar, porque había escuchado a Momo llamarla desde el interior de la casa— es que *nosotros creamos* que Lázaro murió por accidente, y que demostremos a la gente que venga lo mucho que nos duele lo que pasó. No olviden, por el bien de todos, que debemos estar muy tristes...

Un poco más tarde, ya en la casa, mientras iniciaba la cuidadosa preparación de la sopa que serviría de vehículo al cianuro (y un tanto melodramáticamente porque los obligaba a repetir un compromiso en el que ambos estaban de acuerdo) Claudia exigió a sus hijos emitir su voto personal y comprometerse en complicidad por medio de un juramento.

—Yuri: ¿quieres que Lázaro muera?

—Sí —repuso Yuri, resuelta.

—¿También lo quieres tú, Job?

—Sí.

—Pase lo que pase, ¿juran no decir nunca a nadie lo que hicimos?

—Sí —aceptaron ambos.

Y comenzó la espera que concluirá dentro de dieciséis minutos.

Claudia se dice que lo primero que hará, en cuanto Lázaro muera, será penetrar en su alcoba, que desconoce. ¿La atrae averiguar qué clase de tesoros guarda allí? ¿Leer los catorce volúmenes manuscritos de su *Libro de la Experiencia Trascendente*? ¿Usar el dinero que de seguro él ha acumulado y que no confía en custodia a ningún banco? ¿Hacerse de datos, papeles, indicios de cualquier tipo que le permitan saber algo del hombre de quien todo lo desconoce? No. Ansia entrar en esa alcoba por primera vez en su vida, para mirarse en el espejo que Lázaro consulta cuando se afeita. Mucho tiempo, tanto que fracasa al calcularlo en años, lleva Claudia deseando enfrentarse a una superficie que le devuelva su imagen. No por vanidad; sólo por curiosidad, y por el deseo de recuperar su rostro — lo que de ese rostro quede.

Será, la imagina, una experiencia nueva, y duda si agradable o no. La inhibe un poco el temor que infunde el misterio; intentar lo que no se ha intentado antes. Quizá sea mejor, piensa, seguirse recordando como era, no averiguar cómo es ahora, haciendo venir desde el fondo del azogue su cara actual. Se recuerda en forma por demás vaga (igual que si el rostro que mira su

memoria perteneciese a otra persona) cómo era en su juventud — las mejillas tersas, la piel fina, el cuello esbelto, la dentadura pareja y firme, sin huecos ni cavernas de caries; el pelo limpio de canas; los ojos sin amarilleces en la esclerótica; los labios libres del rictus que hoy los vuelve duros.

Tiene miedo de que se le muestre todo eso, pero está dispuesta, así ello signifique perder el rostro de su pasado, a enfrentarse al de su presente. Piensa, después, en la sorpresa que constituirá para Job, Yuri y Momo verse por primera ocasión duplicados en un espejo. Cada uno de ellos sabe cómo es la cara de los otros (el color de los ojos, la línea del perfil, la forma y el tamaño de los dientes, el dibujo de los labios, el trazo de las cejas), pero no cómo es la propia. La imagen que les devolverá el cristal será la de un desconocido; de un desconocido que les prestará, gústeles o no, simpatíeles o no, un conjunto de rasgos particulares para andar por el mundo. Adquirirán, por el sólo hecho de mirarse en el espejo, una fisonomía personal; una máscara de características únicas que los acompañará para siempre.

¿Cómo reaccionarán las chicas cuando vean sus rostros? ¿Se despertará su interés por ser hermosas? Con cierto temor prevé las consecuencias que para Job

—para su carácter tornadizo y blanduzco— tendrá el mirarse en el espejo. ¿Logrará soportar la fealdad de la cicatriz que vuelve repulsiva su boca y, por ende, su cara gatuna? ¿Le guardará rencor a Claudia por haberlo hecho conocerse?

En la casa no ha habido nunca otro espejo además del que Lázaro esconde y cuya existencia conoce Claudia porque lo miró en el muro la tarde que llegó a vivir allí. El espejo —redondo, anillado por un aro de níquel— desapareció y nunca ha vuelto a verlo, aunque sabe que el hombre al que va a matar lo conserva y lo usa. Por qué le impedía consultarlo, es una de las muchas preguntas que nunca se atrevió a plantearle a Lázaro. ¿Tal vez para que no fuera testigo del irreparable deterioro de su rostro, del abatimiento de su lozanía, de la erosión tenaz del tiempo?

Si bien Claudia ha perdido un rostro, ha ganado, en cambio, tres: los de sus hijos. Con rasgos de cada uno ha compuesto, en la imaginación, un semblante propio — y cuando desea saber cómo es, le basta mirar la mueca amarga de Job, los ojos tristes de Yuri, el gesto grave que ya tiene Momo a pesar de ser tan niña.

La chica se asoma un par de veces al jardín, inquieta por la tardanza de Lázaro. Su inquietud es la de la amante que espera al amado. Sin mirarlos, tal que si no estuviesen patéticamente inmóviles y en tensión, se mueve entre su madre y sus hermanos como un gracioso pez en aguas de silencio. Ellos la ven ir y venir y tiemblan; tiemblan por el temor a que adivine, si no los ha adivinado ya, sus pensamientos. Sin embargo, Momo no incurre —ni incurrirá en los quince minutos que todavía ha de prolongarse la espera— en sospechas de ninguna especie. Sólo ansia que Lázaro retorne, porque tiene gran curiosidad, ella que no ha recibido nunca ninguno, de saber qué regalo le traerá.

Job abandona el sitio donde ha estado tanto tiempo de pie y vuelve a su alcoba. Se tiende y, con los ojos abiertos y el pulso arrítmico, prosigue aguardando. Yuri encuentra insoportable continuar la pasiva vigilancia y se acerca a la mesa dispuesta para la cena y rectifica someramente la distribución de un plato, una servilleta o un cubierto. Sólo Claudia permanece más o menos tranquila, serena en la medida que puede sentirse quien va a cometer un crimen apenas transcurra un cuarto de hora más.

Muy lentamente, como si se despidiera del lugar en el que ha vivido prisionera veinte años, o como si esa noche fuese la primera vez que lo ve, Claudia escudriña el conjunto de muros, bóvedas y muebles que la rodea; lo mira sin alegría, porque no le trae buenos recuerdos.

Pronto todo eso será suyo y de sus hijos, y sin embargo, la codicia no la tienta. Piensa que quizá lo mejor sea, cuando todo haya terminado, vender la propiedad. Cómo, en cuánto y a quién, no lo sabe. Alguien, supone, se lo dirá. ¿Alguien — si a nadie tiene más allá de las murallas?

Comprende la dimensión de su soledad cuando se da cuenta de que no conoce a ninguna persona en el mundo; cuando recuerda que ha olvidado totalmente las señas de su casa de provincia y, también, las del asilo. Vivos en el caos de su memoria hay unos cuantos nombres. Amelia, Bruna, Sor María Yolanda. Nadie más. Le ocurre imaginar que es una niña a la que su madre pone en la vida después de haberla retenido un ciento de años en las tinieblas del vientre. ¿Y qué, si no un claustro materno, impermeable y oscuro, ha sido para ella esa enorme casa que hoy remira?

La casa es extraña, no sólo por su peculiar disposición, sino por la atmósfera que la aniega. No puede decirse que sea tétrica, oscura, pródiga en rincones tenebrosos, en recovecos traicioneros. Por el contrario, es clara, de trazo arquitectónico muy simple, de muros blanquísimos, abierta en sus espacios, reverberante de luz. Esa

apariencia amable oculta la casa verdadera. La que espía y delata. La que vigila a quienes en ella moran. Los muros no son de cal y canto, aunque se crea. Son, le parece a Claudia, de una materia orgánica, viva, sensible, que recoge y conserva, para recontarlos después al amo, los actos de la familia y aun lo que piensa. (Si las mira con atención, descubre que en las paredes se multiplican hasta el vértigo miles, millones, miríadas de pequeños oídos humanos que integran, al fundirse y confundirse uno en otro, éste en el que sigue y así al infinito, un gigantesco oído. Cada uno de los prismas de vidrio compuestos en forma de hemisferio, ¿es o no un ojo sin párpados al que ningún movimiento o gesto escapa? ¿Y no son bocas, sin labios ni dientes, los huecos que sirven de puertas?)

En el principio, Claudia todavía no lo olvida del todo, la casa era bien distinta. No tan grande, ni tan hermética; menos aún, tan hostil.

—Estoy haciéndola con mis propias manos —había dicho Lázaro, no sin orgullo, al referirse a ella, mientras el taxi en el que apresuraban la fuga de Claudia ganaba las últimas calles de la ciudad, que eran las primeras del suburbio—. Lo que va usted a ver, Claudia, es obra de mucho tiempo de trabajo y de todo mi dinero. No es una casa lujosa; tal vez le parezca un poco rara de forma, pero creo que gracias a su diseño es muy cómoda.

—Usted... ¿vive allí?

—Vivo y trabajo... —y fue ésa la primera ocasión que Lázaro le reveló que era fabricante, todavía en pequeña escala, de insecticidas.

—¿Solo? —quiso saber Claudia, sin reparar en su imprudencia. Lázaro hizo un gesto de extrañeza, y ella se apresuró a corregir—: ¿Vive usted solo...?

—Sí. Usted será la primera mujer, y creo que la última, que entrará en mi casa.

En el polvo de una extensa llanura, limitada por un anfiteatro de colinas áridas, concluía abruptamente el polvo de lo que era más que calle una brecha. Luego de abandonar el vehículo, y a manera de disculpa, Lázaro indicó a Claudia:

—Tendremos que caminar todavía unos diez minutos. Espero que no la canse.

De lo fino y ardiente, el polvo parecía ceniza. (¿No es la ceniza el polvo del fuego?) En la distancia y muy próximo al contrafuerte del lomerío, se desplazaba en esos momentos una densa tolvanera; un cono invertido que giraba, era fácil advertirlo, a gran velocidad. Un perro mustio (el último que Claudia habría de ver) cruzó al trote delante de la pareja que caminaba con las cabezas un poco inclinadas para no recibir de lleno en el rostro el impacto de las partículas que un viento más discreto, de breves ráfagas, levantaba del yermo. Aunque en un par de kilómetros a la redonda no había casas, piedras, zanjas o ningún otro sitio en el cual o tras el cual pudiera guarecerse del calor, el perro se desvaneció entre la luz — o quizá sólo confundió su color con el del paisaje. Fue hasta esa tarde que Claudia oyó pronunciar la palabra *mimetismo*, de la que se valió Lázaro para explicar la que a la muchacha le parecía inexplicable desaparición del animal.

Claudia comenzó a sentir miedo, a arrepentirse de ir en compañía de un hombre totalmente extraño hacia un destino incierto; a lamentar el arrebató —¿había sido un arrebató o un pasajero desfallecimiento de su voluntad a negarse?— que la impulsó a escapar del grupo de sus compañeras de asilo. No pudo evitar decirse con el pensamiento, aunque con sus propias confusas palabras, que cada acto de la vida tiene el antecedente —de otro idéntico. Para acudir a la cita de su seducción, había tenido que burlar la vigilancia de sus amigas de retiro espiritual; y hoy, para huir con Lázaro, y quizá para ser otra vez seducida, ¿no acababa de hacer lo mismo?

Lázaro, que vigilaba sus reflexiones, dijo suavemente para tranquilizarla:

—Nadie la molestará en mi casa... —y Claudia no necesitó esforzarse mucho para deducir que el *nadie* impersonal al que Lázaro aludía era él mismo.

Habló después del futuro de esa llanura. Con el tiempo, auguraba, el terreno alcanzaría gran valor comercial. Lo que ahora se antojaba baldío, en unos pocos años, a lo mucho cinco, estaría densamente poblado. (Lázaro acertó en su vaticinio. Hoy, su casa y el amplio predio que la circunda y protege, ocupan el centro de una zona populosa y muy próspera.)

296

—Compré la tierra cuando nada valía —apuntó—. De esto, naturalmente, hace ya mucho tiempo...

Claudia vio la casa, más bien, la corteza de piedra que la ocultaba, cuando un fuerte golpe de viento limpió el polvo que enturbiaba el cercano horizonte. Lázaro tomó a la muchacha por el brazo; extendió el suyo. Apuntó hacia el muro parduzco con el índice y anunció solemne, como si le mostrara, más que una barda vulgar y triste, la única porción todavía inédita del universo:

—Allí está. Mírela bien, Claudia...

Grande en varios miles de metros cuadrados era el predio al que daba límite la muralla, y la puerta de lámina que se cerró detrás de Claudia con estruendo, parecía por lo generoso de sus proporciones y por la gran barra de hierro que la aseguraba por dentro, la de una fortaleza. Frente a sí, la recién llegada vio un lote desnudo, cuyo centro ocupaba un segundo muro circular, una especie de redondel no tal alto como el primero, pero sí, en apariencia, igual de espeso.

—La casa está adentro... —informó Lázaro, y pidió a Claudia que lo siguiera.

Hacia un lado notó la existencia de lo que enunciaba ser, y que en efecto era, un depósito en el que Lázaro guardaba los materiales que estaba usando para la construcción de la casa: sacos de cemento, pilas de arena, costales de cal, varillas estructurales, maderas, tabiques de barro cocido, rollos de alambre de diverso diámetro, y escaleras, picos, palas, cedazos, martillos, cinceles; maderas.

—Por supuesto que ya está habitable, pero no concluida. En unos cuantos meses le daré, le daremos fin. Es amplia, con mucha luz y excelente temperatura todo el año.

Con una gruesa llave, Lázaro abrió la puerta también metálica que garantizaba la seguridad de la casa en sí. Sin palabras, sólo mostrándole el paso, la invitó a traspasar el umbral. Apenas lo hubo hecho, Claudia se halló ante el edificio más extraño que había visto en su vida. (Un edificio que muchísimos años después habría de ser considerado supermoderno por lo audaz en su concepción arquitectónica, producto del imaginativo talento de quien lo proyectó y construyó.)

—Raro, ¿no le parece? —escuchó que Lázaro la interrogaba.

—Muy bonito —dijo, aunque no había tenido tiempo, durante los tres o cuatro segundos que llevaba boquiabierto mirándolo, de saber si el edificio lo era o no.

—Le agradezco que le guste, y que no piense que estoy loco por haberme hecho una casa, una cosa así...

La luz de la tarde resbalaba, oblicua y cálida, sobre la amplia cúpula, semejante a una ampolla de cristal, que rompía sin estridencia la severidad de las líneas horizontales de la casa de una sola planta, muros enjalbegados, estrechas ventanas y puerta sin hojas. En su torno se desarrollaba un jardín de increíble verdor al que alegraban macizos de flores varias: rosas, geranios, iris, lirios, heliotropos, alcatraces, camelias.

—Me gusta la jardinería —explicó Lázaro, lo que era evidente a la vista del cuidado que había puesto en cultivar el césped y los arriates. Suspiró complacido,

para luego agregar—: Alguna vez, con su ayuda, esto quedará de verdad muy bonito. Ahora, antes de que conozca la casa por dentro, la llevaré a que vea la hortaliza. .. Porque debe saber, Claudia, que soy vegetariano, una de esas personas que no comen carne...

La hortaliza se veía atendida con esmero semejante al del jardín. Ocupaba, por detrás de la casa —que en esa parte, orientada al norte, carecía de ventanas y puertas— un gran espacio. A flor de tierra, entre los surcos, destacaba el recto brillo de los tubos de riego. Así que se aprestaba a demostrarle a Claudia cómo funcionaban los aspersores Lázaro enumeró las diversas variedades de legumbres que sembraba y cosechaba: lechugas, coles, rábanos, zanahorias, patatas, calabazas, ejotes, apios.

—Las que me hacen falta las compro en el mercado, según la temporada...

Complemento de la hortaliza, era el huerto: un bosquecito de manzanos, perales, durazneros, naranjos, limoneros, a muchos de los cuales vencía el peso de las redondeces maduras, o casi maduras, de sus frutos, que Lázaro, según informó a Claudia, iba cortando sólo a medida que los necesitaba, y no antes, para disfrutar íntegros su aroma y sabor. Como homenaje de bienvenida, Lázaro buscó el más bello, apetitoso y perfumado melocotón y lo ofreció a su huésped.

—Dígame, si ha probado antes un durazno más delicioso que éste.

El fruto, le pareció a Claudia después de gustar el primer bocado, era tan fino de sabor como agradable a la vista, y Lázaro, a quien ufanó que la muchacha hiciera justicia con el cumplido a los productos de sus árboles, la hizo probar en seguida una manzana, una pera delicadísima, una naranja empalagosa de tan dulce. Después, en el chorro de uno de los surtidores, se lavaron manos y labios, y Lázaro le pidió a Claudia que notara la presencia del arco iris en los abanicos de agua pulverizada.

—Dicen que es augurio de felicidad estar donde el arco iris nace —comentó.

Claudia, que había oído citar esa mentira en el colegio, dijo: —Así dicen — melancólicamente.

Con gran suavidad, Lázaro tomó a Claudia por el codo y al tiempo que se ponían otra vez en marcha, ahora hacia la casa, pronunció unas palabras a las que ella dio por respuesta un sonrojo:

—Usted va a ser muy feliz aquí. Se lo prometo.

Cuando entró en lo que Lázaro comenzó a llamar *la casa de usted*, Claudia se sintió un poco aplastada por la vastedad de su única dependencia — un inmenso recinto circular, caliente como un invernadero, soleado en exceso, de pisos de ladrillos rojos y paredes muy blancas de rugosa textura. En el centro, justo abajo de la bóveda de bloques de vidrio que filtraban la luz y la difundían parejamente a modo que no hubiera sombras, se hallaba a medio edificar una especie de cuarto de forma elíptica y sin techo.

—Allí guardaré los muchos papeles que tengo, Claudia. (Después de haberle servido de biblioteca y de lugar ideal para escribir sin que lo distrajera o perturbara el goteo insistente de los pasos de sus hijos que crecían, Lázaro convirtió en dormitorio el amplio cuarto, al que ningún miembro de la familia ha tenido jamás acceso, ni siquiera Claudia que lo conoció cuando era sólo el esbozo de lo que sería con los años — refugio y observatorio del amo, sitio de meditación y espionaje; núcleo vital de la casa en todos los órdenes.)

No había más, ni siquiera rincones; una desnuda estancia cuya aridez interrumpía la construcción central, esa suerte de silo chato e inacabado entonces. Tampoco muebles convencionales. Sólo un camastro de madera, cubierto por una manta; una

cómoda donde guardaba su ropa; en el muro, un pequeño espejo redondo como un ojo; un par de sillas y dos mesas. Una, colmada de papeles que Lázaro no creyó conveniente mostrar a Claudia; otra, muy grande, cubierta por docenas de frascos de cristal o botes de hojalata, todos con el aviso de la palabra *Veneno* en la etiqueta, y rimeros de bolsitas para envasar los productos insecticidas.

—De este lado —señaló Lázaro la parte de la mesa cubierta de botes y pomos— es el laboratorio. De éste —se refirió a la opuesta— es el comedor.

Sonrió Claudia, quizá tontamente, y preguntó:

—¿Y la cocina?

Le tocó a Lázaro sonreír a manera de disculpa:

—La cocina, por ahora, es eso... —y la llevó a que mirara, un poco más allá, cuatro bloques de piedra que servían de hogar y un trípode de hierros ennegrecidos del que colgaba un perol de cobre—. Un tanto rústico, ¿no le parece? Claro que estando usted ya aquí, tendremos que hacer una verdadera cocina...

La guió después a que mirase la cama: lo que fingía ser una: varias tablas montadas sobre un par de caballetes también de madera:

—Usted dormirá aquí, al menos por esta noche... —y por primera vez desde que ambos entraron en la casa, Lázaro no habló en plural. Agregó, para no dar tiempo a que en la mente de Claudia arraigaran la sospecha o el temor—: Yo dormiré afuera, en el tejaban que vimos al llegar. Las noches son templadas y secas. No será, pues, mucha molestia. A propósito, ¿a qué horas acostumbras levantarte? —le preguntó, tuteándola también por primera vez.

—Temprano. Puedo hacerlo a cualquier hora.

—Porque yo dejo la cama apenas amanece; a las cinco, en verano; a las cinco y media, en invierno.

—¿Y qué hace usted tan temprano?

—Ejercicio. Gimnasia. ¿Has hecho gimnasia alguna vez?

—Nunca.

—Te gustará, Claudia. Hará que te sientas siempre joven, fuerte y, en tu caso, siempre linda...

Que él la considerara linda sin serlo, agradó mucho a Claudia; tanto que su rostro se empurpuró súbitamente. Más que los discretos elogios que luego estuvo él dedicándole a su juventud, a su personal encanto, a su gracia, a lo delicioso de su risa, al donaire de su paso, Claudia agradecía a Lázaro que la tratara con ternura, calor y un afecto que sólo el hombre de cierta edad y experiencia puede prodigar a una mujer joven.

—¿Tienes hambre?

—Pues... no.

—Con tanta emoción como has padecido hoy, poca has de tener. De todos modos —prometió en son de guasa— esta noche te iniciaré en los Grandes— Secretos—de—la—Cocina—Vegetariana, a base de hierbas y frutas — y mientras disponía lo necesario para cocinar la cena, Lázaro se dedicó a gastarse bromas por tener aficiones gastronómicas tan fuera de lo común.

Esa noche, y las ocho o diez que le siguieron, la pasó Claudia prácticamente en vela, durmiendo a ratos, vigilando la puerta los más, temerosa de que el hombre que le había ofrecido la hospitalidad de su casa y su amparo de varón, pretendiera hacerse pagar de un modo que ella, decíase, no estaba dispuesta a consentir. Pero Lázaro (que no tenía entre sus planes el de asediar a su huésped con requerimientos amorosos) mostrábase resuelto a respetar su promesa de la primera tarde: *"Nadie la molestará..."* Cuando llegaba el momento de la despedida nocturna,

se limitaba él a desearle que tuviera sueños felices, y se iba a descansar sobre la cama que se improvisó en el depósito de materiales.

Paulatinamente, Claudia fue adquiriendo la confianza necesaria para dormir sin temor a que Lázaro quisiera abusar de ella. De tanto oír las charlas de sus compañeras del asilo había aprendido que los hombres recurren a todos los medios (inclusivo los de hacerse pasar por buenos, nobles, generosos y decentes) para seducir a las mujeres. La táctica de respeto que empleaba Lázaro, la tierna cortesía de su trato, el jamás aludir al tema del sexo, el nunca hacerle preguntas sobre la experiencia erótica que pudiese tener, inducían a Claudia a desechar poco a poco, y casi sin advertirlo, los temores que pudiese alentar respecto a la conducta, en lo que a su persona atañía, de ese cuarentón serio y laborioso.

De sueño precavido y escaso fue su primera noche. Vestida con el uniforme del asilo, con algo de frío y muchísimo miedo, Claudia no encontró acomodo para su fatiga en el camastro que Lázaro le había cedido.

Impedían la paz de su mente millares de pensamientos fugaces, de imágenes confusas, de palabras y de frases vistas y simultáneamente oídas en terrible desorden. Una, sin embargo, la única, tenía siempre coherencia en su continuo refluir: *¿Por qué estoy aquí, viviendo ya con un hombre?* Fracasaba en responderse, y los nueve elementos de la oración se perdían por un tiempo en el caos de lo absurdo.

Pronto amaneció y la luz del nuevo sol, diseminada dentro de la estancia por los cristales de la cúpula, arrancó definitivamente a Claudia del sueño que sólo poco antes había conseguido conciliar. La primera sensación de soledad absoluta la tuvo al abrir los ojos y hallarse, aterida de frío y dolorida de cansancio, en una cama, en un lugar, en un silencio que le eran desconocidos. Se levantó y buscó el espejo que había visto la víspera. El clavo del que colgaba estaba ahora vacío. Miró en torno para consultar la fecha del día en el almanaque. Ninguno encontró, como tampoco periódicos, libros, revistas, o cualquier otro material de lectura. Incluso los papeles de Lázaro ya no cubrían la mesa como la noche anterior.

Después salió al jardín y se puso a explorarlo, en la parte que no conocía, con intenciones de encontrar el cuarto de aseo al que Lázaro había hecho referencia cuando le dijo al despedirse:

—El baño está afuera, cerca de la huerta...

Apenas había vuelto a la casa cuando escuchó el ruido de los goznes de la puerta que comunicaba el jardín del resto del predio, y un instante después le fue posible ver a Lázaro. Se cubría con una especie de bata sin mangas que le bajaba hasta las rodillas. En el arco del brazo llevaba un bulto de ropa, una toalla y una jabonera. Para que no fuese él a creer que estaba espiándolo, Claudia corrió a la cama y fingió dormir. Transcurrió un largo tiempo, tan largo que estuvo a punto de dormirse, y lo que la muchacha temía —que el dueño irrumpiera en el recinto— no se produjo. ¿Habría ido a tomar una ducha? Quizá, pues parecía dispuesto a eso. Si el silencio era perfecto y muchos los minutos que habían pasado, por qué no escuchaba aún el ruidoso correr del agua?

En puntas de pie, se dirigió Claudia hacia una de las dos ventanas del lado contrario a aquel en que estaba el camastro. Se asomó; miró algo que le apagó instantáneamente la respiración, y apartó los ojos avergonzados. A gran prisa, como si hubiese hecho algo que merecía una tunda o visto lo que se le tenía prohibido, regresó sobre sus pasos. Sentía que el rubor calcinaba la piel de su rostro y que sus ojos estaban sucios de pecado. Sin saber por qué, comenzó a rezar la primera plegaria que acudió, más que a su memoria, a sus labios.

Sentada en el borde del lecho, dejó Claudia que pasara otro tiempo. Durante ese período de espera, lo que había visto al atisbar por la ventana lejos de borrarse de su recuerdo (como ella deseaba vivamente) calaba más en él. Al estupor y a la confusión del primer momento siguió, en el espíritu de Claudia, el sentimiento de la curiosidad — de una curiosidad irreprimible, que la acuciaba, ahora con brava insistencia, a hacer lo que deseaba y no se atrevía; volver al ventanuco y mirar a Lázaro; el cuerpo desnudo de Lázaro, ejercitándose en la gimnasia.

No se atrevió, sin embargo; pero al día siguiente, aun antes de que la primera luz rompiera el cascarón de la noche, Claudia estaba ya despierta, esperando a que Lázaro, como la víspera, entrara en el jardín. En cuanto lo hubo hecho (siempre enfundado en su larga bata, con su muda de ropa limpia bajo el brazo) la muchacha se acercó sigilosamente a la ventana y desde allí lo vio hacer lo que millares de veces haría ella también — desnudarse, para en seguida someter sus músculos a la disciplina matinal del ejercicio.

Aunque nunca había visto Claudia a un hombre desnudo (jamás verá a otro, excepto a su hijo Job), el cuerpo de Lázaro le pareció joven, fuerte, muy esbelto y lleno de salud. Un cuerpo, en verdad, que más parecía ser el de un muchacho que el de un varón en la madurez.

Como si no supiese que lo miraba (con el tiempo, cuando gane por completo su confianza, él le dirá: *"Siempre tuve la seguridad de que me espiabas cuando hacia ejercicio"*, lo que hará que Claudia lo niegue, se sonroje y termine admitiéndolo) Lázaro colocó sobre el césped su atillo de ropa, la jabonera y la toalla. Después, de espaldas al observatorio de la joven, se despojó de lo que Claudia creía que era sólo una bata y resultó ser lo único que vestía dentro de la casa: la dobló con mucho cuidado y la puso junto a las otras. Procedió luego a mover los brazos, el torso, las piernas, el cuello, los dedos; a inclinarse, a erguirse, hacia adelante y hacia atrás, hacia un lado y hacia otro, con ritmo tranquilo, con suma destreza, con mucha elegancia. Sesenta minutos más tarde —la práctica dura siempre una hora exacta— Lázaro terminó su calistenia y todo él centellante de transpiración, se dirigió a la ducha.

Lázaro era un trabajador metódico e incansable. En los primeros tiempos, y para que Claudia aprendiese cómo hacerlo, personalmente preparaba el desayuno, la comida y la cena, y la instruía en un estilo de vida distinto al que ella había conocido y al que de pronto, por encontrarlo satisfactorio en su simpleza, se acostumbró. Después del desayuno, el amo se aplicaba —primero solo; más tarde con el auxilio de la discípula, que daba muestras de ser muy despierta— a mezclar en sus proporciones exactas los venenos y demás ingredientes con los que fabricaba los insecticidas. Esas faenas se prolongaban hasta la hora de comer. Por la tarde, o bien continuaban la producción de matarratas (por aquellas fechas aún no elaboraba productos contra plagas agrícolas, ni contra insectos voladores o rastreros) o bien gastaban el tiempo hasta el oscurecer, pesando lo que debía contener cada bolsita. Dos días a la semana, los previos al de descanso, que era el domingo, Lázaro se ausentaba de casa desde muy temprano y volvía por la noche, con las maletas vacías y en el bolsillo nuevas notas de pedido.

—Seriedad y puntualidad, es el lema de mi negocio —comentaba él, a medida que el suyo, casero y modesto, progresaba.

—¿Por qué no empleas a alguien que nos ayude? —se atrevió ella a sugerirle cierta vez, cuando ya estaba grávida de Job y sentía que su capacidad de trabajo, a causa de su estado, iba menguando.

Lázaro la miró con severidad y le dijo en forma terminante:

—A mi casa no entrará nunca nadie. No quiero ver aquí gente curiosa, husmeando mi vida y la de los míos...

(Sólo una vez en veinte años quebrantó Lázaro esta decisión. Cuando entre él y Claudia no existía ya ninguna liga de amor, deseo o amistad; cuando ya Job y Yuri eran mayorcitos y Momo muy pequeña aún, Lázaro recibió la visita de un hombre al cual ni ella ni sus hijos pudieron ver. Lázaro les anunció sencillamente:

—Hoy por la tarde vendrá un señor a hablar conmigo. Dormiré aquí tres noches. Ustedes lo harán en el laboratorio y no saldrán de allí hasta que esa persona se haya ido. La comida para todos la haré yo...

Y así fue. Tres días y tres noches permanecieron Claudia, Job, Yuri y Momo confinados en el almacén, cuya puerta cerraba Lázaro por fuera y abría solo un momento por la mañana para que pudieran salir a asearse. Personalmente cuidaba de alimentarlos a hora fija. Al cuarto día les devolvió la libertad, sin preocuparse de explicarles quién había sido su huésped ni las razones de su propio y misterioso comportamiento. No lo supo nunca Claudia ni se atrevió a preguntarlo, pero ese hombre debió ser alguien muy importante para Lázaro: alguien que fumaba, pues halló cenizas y restos de cigarrillos en varias partes de la casa; y los muchachos preguntaron de qué era ese extraño olor que impregnaba la atmósfera. Qué hicieron Lázaro y el desconocido; de qué hablaron, en qué secretas empresas emplearon el tiempo, tampoco logró averiguarlo.)

Pues Lázaro había ya comenzado a construir fuera de la casa un cobertizo — *el laboratorio*, gustaba llamarlo— Claudia volvió a insistir:

—El ayudante podría trabajar contigo allí, en lo que yo me alivio. Ahora que estamos vendiendo tanto va a hacerte falta una persona...

De modo paciente, y al tiempo enérgico, Lázaro la detuvo:

—He dicho que no quiero extraños aquí. Además, Claudia, permite que sea yo quien tome las decisiones...

En esa primera época de su vida en común, el carácter de Lázaro era siempre apacible, dulce, cariñoso. Gustaba hablar para Claudia, y a ésta escucharlo pontificar largas horas de cosas que la maravillaban porque no las comprendía. Su charla era amena, vivaz, suavemente irónica, y la muchacha sentíase transportada por su palabra fácil y colorida a universos desconocidos, a edades fuera del tiempo, a ensueños mágicos. Con innegable autoridad abordaba lo mismo temas filosóficos, que religiosos o literarios o artísticos. Su saber erudito, la sencillez de sus exposiciones, lo vasto de sus conocimientos, lo apasionado y directo de su oratoria, deslumbraban a Claudia y la llevaban a sentirse más y más atraída hacia ese hombre bueno, decente y paternal, que la cuidaba, respetaba y educaba como si fuese su hija.

Si en los primeros tiempos Claudia vivió en la zozobra de saberse sola e indefensa a merced de Lázaro, ahora que lo conocía, y que comenzaba a compartir con él, por decisión propia y no porque se lo hubiese pedido, el esfuerzo de la lucha diaria, ningún temor perturbaba sus sueños; ninguna angustia empavorecía su soledad.

Cayó en cuenta que estaba enamorándose de quien jamás le hablaba de amor, al advertir cuánta nostalgia le producían sus breves ausencias y cuánto regocijo le proporcionaban sus retornos.

A la décima semana de vivir en casa de Lázaro, éste comentó que la notaba muy pálida de semblante y le sugirió, para remediar la tristeza de su tez, que tomara baños de sol. Se pronunció ardoroso partidario del naturismo, de la vida en contacto con la luz y el aire.

—Voy a decirte algo que no sabes de mí —expresó, fingiendo ignorar que Claudia lo espiaba todos los días—. Cuando hago ejercicio en el jardín, mientras tú duermes todavía, me desnudo por completo...

—¿Sí? —preguntó ella, así que sus mejillas se encendían.

—Desde hace muchísimos años. ¿Has visto que tome medicinas?

—No.

—Creo ser un hombre muy sano, a pesar de mi edad. Me siento fuerte y, hasta diría, joven. ¿A qué lo debo? Al sol. A la gimnasia. A que sigo un régimen de vida muy higiénico. No fumo, no bebo, no me desvelo... ¿El vestido que te hice, es cómodo o no?

—Sí —dijo Claudia.

—Muy simple también, como todo lo que me gusta. Ningún resorte que ciña la carne, ninguna prenda de más en contacto con tu piel. Un vestido que te permite libertad de movimientos, que no aprisiona ni tortura tu cuerpo. ¿Puede haber algo mejor, eh?

Claudia estaba de acuerdo en que esa bata que Lázaro había cortado y cosido para ella era cómoda, fresca, agradable de usar. Entre su piel y la tela no se interponía el estorbo de ninguna ropa interior, lo que la ayudaba a sentirse, en efecto, libre de ataduras. Caminaba, sentábase, dormía muy a su gusto, y hallaba cierto deleite en saberse desnuda dentro de la holgura, en advertir el balanceo de sus senos y de sus caderas.

—Solamente hay algo más cómodo que esta ropa —sonrió él, con intención— y es no usarla. ¿Te gustaría asolearte desnuda alguna vez? No cuando yo esté, por supuesto, sino a solas; sin más testigo que el cielo...

Ella guardó silencio; no hizo el compromiso de aceptar o rechazar la sugestión de Lázaro, y éste cambió de tema. Por la noche, Claudia se preguntó si alguna vez reuniría valor para desnudarse, así fuese a solas, en el jardín. Ciertamente que en una época ya muy lejana en su recuerdo —cuando vivía prisionera de Amelia y Bruna— se había visto muchas veces sin ropa en el espejo de su recámara; pero, reflexionó, la desnudez en el cuarto de baño o en la alcoba es bien distinta a la desnudez a pleno sol.

Llegó el viernes —el día que Claudia imaginaba que era viernes— y como de costumbre Lázaro tomó las dos maletas; anunció su retorno para muy tarde, pues deseaba examinar cierta motocicleta que vendían barata, y partió. Claudia lo oyó cerrar por el lado de afuera la primera muralla; luego hacer lo mismo con la segunda puerta; y quedó a solas.

Empleó casi toda la mañana en limpiar la casa, sucia siempre, a pesar de lo limpio que era Lázaro, de la arena y del polvillo de cemento, cal y pedacería de ladrillo que él estaba usando aún para concluir la construcción de su cuarto de estudio. Cosechó en la hortaliza unas cuantas legumbres, en el huerto cortó unas frutas, soltó el agua del grifo para lavarlas, y las dejó, listas para ser hervidas, en la cocina que Lázaro le había acondicionado.

Un pensamiento, que ya creía olvidado, comenzó a acicatearla, ¿Por qué no desnudarse ahora que estaba totalmente a solas?, y a ese pensamiento siguió un temor: ¿y si Lázaro, volviendo inopinadamente, la sorprendía sin ropas? Titubeó un largo momento y decidió no intentar la experiencia que le aconsejaba aquél. Hacia la mitad del día, cuando ya la cansaban el calor y el tedio de no tener más qué hacer, resolvió tomar un baño. Antes de colocarse debajo de la ducha, y a guisa de precaución, echó la aldaba.

Al terminar de refrescarse abrió la puerta y la claridad del mediodía (una fiebre de luz que evaporaba la humedad del césped y rebotaba en la albura de los muros) envolvió a Claudia en un fuego blanco, espeso y cegador. Así que perezosamente aplicaba la toalla a su piel, pensó que ésa era la ocasión ideal para asolearse desnuda —como le había sugerido Lázaro y como ella deseaba hacerlo— y con el ánimo de súbito muy resuelto, sin que le importaran ni los consejos del pudor ni el miedo a ser vista, salió del cuarto de baño y se encontró en la grama. Su primer impulso fue ganar la casa y, dócil a él, echó a correr, cubriéndose los pechos y el vientre con la bata parda. La idea de que se comportaba como una tonta refrenó su paso, contuvo su ansia de ocultarse, la obligó a detenerse.

Ahora, al fin, estaba donde deseaba estar: en el cálido centro de la luz, sin ropas, ni testigos. Sentíase muy extraña, casi desvergonzada, como si estuviese cometiendo pecado de soberbia, y a un tiempo, muy a su gusto, muy libre, muy pura. Echó a caminar. Recorrió el jardín de un extremo a otro; dos o tres veces atisbo a través de la mirilla del portón del muro hacia la parte baldía del terreno para asegurarse de que Lázaro no había vuelto; y se puso a saltar y retozar alegremente sobre el verdor del pasto, en una euforia inexplicable y primitiva.

Mucho más que cuanto vestía su holgada bata, le agradaba sentir el vibrar de sus sólidos senos, la elasticidad de sus músculos, el ritmo de su andar. Hallaba delicioso sumergirse en la luz que fulgía en su piel y entregarle los brazos, las piernas, los muslos, la espalda; su cuerpo todo. Que recordara, ninguna sensación física le había proporcionado antes placer tan extraordinario, original y duradero. Se escuchó cantar, y luego que hubo perdido miedo a ser sorprendida así por Lázaro, se tendió sobre la hierba y se dejó quemar por la lumbre del sol.

(Esa noche inquietó la tranquilidad de su sueño la multiplicada imagen de una joven mujer que transitaba desnuda por el mundo, para escándalo de los hipócritas y para aplauso de maduros hombres infinitos, desnudos también, que usaban todos el mismo rostro de Lázaro. ¿Por qué el de la muchacha que ofrecía la inocencia de su cuerpo a la tenaz admiración de los varones, era un rostro idéntico al de Claudia? Se lo preguntó un millón de veces y el alba llegó antes de que ella pudiera resolver el enigma.).

Las negociaciones para la compraventa de la motocicleta eran lentas y Lázaro, por interés de que no se estancaran más, comenzó a salir de casa todas las tardes y a volver a ella al oscurecer, contento a veces por los progresos alcanzados, molesto otras por las exageradas exigencias económicas del dueño de la máquina, lo absurdo de los regateos, o la poca seriedad de su trato.

En cuanto oía a Lázaro cerrar la puerta exterior, Claudia se despojaba de la ropa y desnuda utilizaba el tiempo en lo que tanto le agradaba: regar o podar el césped, limpiar el huerto, cortar las flores; o bien, repetir de memoria los ejercicios que veía hacer por las mañanas. Mucho le gustaba, además, yacer sobre el pasto y durante horas mirar el cielo y soñar que era feliz. Al declinar el sol, tomaba un baño, cubría su cuerpo ya color de miel con la ruda tela de su funda, y empezaba a preparar la cena, que Lázaro comería de prisa antes de ponerse a trabajar de nueva cuenta hasta la medianoche, para recuperar el tiempo perdido durante la tarde en las engorrosas pláticas.

Una pregunta de Momo, lanzada por sorpresa, estalla como una granada en el círculo de silencio amargo que forman Claudia, Yuri y Job. La chica, que ha pasado antes muchas veces entre ellos sin mirarlos, ni hablarles, ni advertir siquiera que callan y reflexionan, interrumpe su nuevo viaje hacia el jardín, los escruta intensamente y con sus palabras que hieren el silencio los hace caer en la zozobra.

—¿Están pensando en Lázaro? —es lo único que sus labios preguntan, pero basta para que los tres se sientan descubiertos.

A la defensiva, Claudia, Yuri y Job se esconden instantáneamente en lo más remoto del silencio. Como mejor puede (fingiendo no haberla oído, o mirando hacia donde no tropezarán con los ojos de Momo, o dejando a los otros miembros de la conspiración la responsabilidad de contestar) cada uno de ellos trata de disimular lo mucho que los ha turbado la pregunta — una pregunta en sí misma no capciosa, pero que en las circunstancias de esta noche adquiere una trascendencia dramática. El no hablar, el imperceptible suspenso de sus alientos, la súbita quietud que los ataca, el estupor que los anonada, los compromete más que los protege. Claudia, la menos asustada de los tres, trata de encontrar entre las palabras que cruzan como meteoros por el caos de su cerebro, las que necesita para hilvanar la respuesta exacta; esto es, la que aleje de Momo, si es que la tiene, toda suspicacia. Pero la jovencita la interrumpe antes de que pueda hablar, si así pudiera decirse, y reitera:

—¿Están pensando en Lázaro? —ahora de manera casi exigente, al tiempo que trata de descifrar, mirándolos a los rostros, el misterio que pueda haber en el mutismo de su madre y sus hermanos.

Es Claudia, no Momo, quien ve fluir de las caras de Yuri y de Job, como si fuera transpiración, el espantoso temor a saberse descubiertos; a saber fracasado su plan de homicidio. En sus mejillas aparece una cerúlea palidez de ancianos cobardes; sus ojos se apagan y sus labios se aprietan más, tal que si quisieran impedir el paso a cualquier respuesta comprometedora. Piensan, sin embargo, en el crimen, repasan en la partícula de un segundo todos los detalles de la intriga; mencionan sus motivaciones personales, aluden inclusive al cianuro. Están delatándose en silencio; haciendo abortar el siniestro proyecto. Momo no varía su gesto, no altera su semblante, no demuestra en forma alguna haber interpretado, lo que ellos, a fuerza de querer ocultar, están, gritándole. Igual que ante Lázaro cuando los interroga, se sienten ahora traslúcidos, abiertos, inermes de palabras. En poder de quien es hábil como el padre (y como ellos mismos) para llegar hasta lo más hondo de los secretos.

El silencio se prolonga otra décima de segundo, y Claudia presiente que el hilo de la tensión está a punto de reventarse. Ya tiembla, insegura, la barbilla de Yuri; no como si fuera a hablar sino a llorar, que sería lo peor. Si la muchacha se soltara en lágrimas, Momo haría nuevas preguntas y acabaría, se las contestaran o no, cayendo en la sospecha verdadera. Se pondría alerta y enteraría de sus recelos a Lázaro, apenas éste llegara. Le basta a Claudia mirar de soslayo a Job para alarmarse también. El terror que lo invade hace que los dedos de las manos se mezclen y remezclen desesperadamente, húmedos y temblones, como le ocurre, cuando las emociones lo zarandean, desde que el padre castigó con la quemadura del cautín sus labios lúbricos. El cuerpo del muchacho se mantiene en la rigidez de un cadáver empalado.

Vislumbra venir otra pregunta, quizá más comprometedora que la que Momo les ha hecho. Casi le es posible ver cómo los términos que la formarán se ordenan en el cerebro de su hija. Es preciso salirle al paso. Piensa Claudia, tan velozmente como se lo permite su propio miedo, que no puede correr el riesgoso albur de que sean Yuri o Job quienes hablen, y que es ella, por aturdida que esté (inclusive para protegerlos contra cualquier futura y violenta represalia de Lázaro) quien debe responder. Millones de ideas se le acumulan detrás de la frente y buscan salida a un mismo tiempo por sus labios. Palabras tumultosas, ingobernables, rebeldes, que reclaman el derecho de ser dichas primero que las otras. Se escucha pronunciar:

—Sí, estamos pensando en Lázaro...

No mira, porque sus ojos desafían a los de Momo, la expresión que aparece en los rostros de Yuri y Job; pero la adivina de espanto. Siente haber caído en el atolladero de las explicaciones. Ella, que deseaba ahorrárselas, está comprometida a darlas. Sin querer, ha abierto cauce al interrogatorio que trataba de evitar.

—¿Por qué piensan en Lázaro? —dispara Momo otra rápida saeta.

—Pues... porque tarda mucho.

La chica los mira entonces uno a uno, detenidamente, con la atención que se dispensa a raros objetos de museo:

—Los tres tienen unas caras... ¿Por qué quieren que vuelva pronto?

—Pues... —por segunda ocasión Claudia inicia así, con esa palabra a la que sigue un titubeo, su tímida respuesta— pues, para verlo.

Ahora Momo se dirige a Yuri. La mide un instante con ojos fríos, ojos de victoria:

—¿Y tú también quieres que Lázaro venga pronto?

Yuri mira angustiadamente a su madre, como preguntándole qué decir. No se mueve Claudia, no parpadea, desoye la súplica de consejo que hay en las pupilas de Yuri. Finge indiferencia para que Momo no advierta que entre ellas existen lazos de complicidad. Con el pensamiento le ruega, la ordena, la conmina a responder lo que es cierto. Yuri, sin duda, interpreta el mensaje, y dice:

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres que venga pronto? —y nuevamente cree Claudia advertir en la voz de Momo, un acento metálico, un retintín de burla y encono. Tercia la madre:

—Quiere verlo, por lo mismo que tú, que Job, que yo —Asume entonces, de manera impremeditada, la dirección del diálogo—. ¿Por qué vas y vienes al jardín a cada momento? ¿Por qué no te sientas, como nosotros, a esperarlo...?

Desposeída de la ventaja que le brinda hacer ella las pregunta (las formula por curiosidad, no porque tenga alguna base de sospecha, algún motivo de recelo, el menor indicio para suponer que entre su madre y sus hermanos se ha establecido el promiso de asesinar a Lázaro esta noche) Momo se aviene a contestar las que le formula Claudia; y ésta, a medida que las obtiene, va sintiéndose más tranquila, menos amenazada, más a salvo —siquiera por el momento— del peligro. Momo cae en la confusión de las palabras y comienza a replegarse; a decir las que, sin ser mentira, le permiten conservar intacto el secreto que Lázaro le pidió guardar. Secreto que Claudia, de persistir, descubrirá. Le es necesario batirse en retroceso; valerse de las palabras para ocultar su pensamiento, y, más que éste, su sentimiento.

(Lázaro la comprometió a no revelar que la traería un obsequio, pero Momo supo que no era la noticia del regalo la que le demandó guardar, sino algo más importante, más íntimo, más de ambos. Si no fuera así, ¿por qué los ojos de su padre brillaban de modo tan intencionado y singular cuando habló con ella?)

Para librarse del contraataque verbal de su madre, finge Momo que no ha oído su última pregunta y sí, de pronto, el ruido que se le ocurrió inventar a fin de hacerse de una excusa que le permita huir:

—¿Oyeron? —interrumpe lo que Claudia está diciendo; alza la cabeza, la inclina como los perros cazadores para escuchar mejor, y emite una expresión de pretendido alborozo—. ¡Es Lázaro...!

Sale, en franca huida. Cuando Momo desaparece tragada por la boca de la noche, Claudia remira a sus hijos que demuestran por lo pálido y estupefactos, estar muy sorprendidos por haberse salvado de la sagacidad inquisitiva de su hermana. Le dan lástima por lo escaso de su valor, por lo profundo de su turbación. La ven

ambos con ojos implorantes, preguntándole (así traduce ella el lenguaje de esas pupilas opacas de angustia) a qué prodigio deben atribuir que Momo no haya descubierto, si los traicionaron a flor de piel, sus propósitos homicidas. Yuri se arriesga a concretar, con una palabra lo que Job sólo se conforma pensar con muchas.

—¿Sabrá?

No del todo segura, Claudia dice:

—Creo que no... —y se pone en pie, para ir a averiguarlo.

Momo se ha desvanecido y Claudia debe escudriñar atentamente las apretadas tinieblas. Llama a su hija. Pronuncia su nombre con dulzura primero, y con energía después, al no recibir respuesta. La asusta pensar que la chica, que se esconde en alguna parte de esa soledad a oscuras, se niegue a darle la cara porque ya sabe lo que la familia trama contra Lázaró. Quizá, se dice, Momo ha ido a ocultarse para que Claudia, Yuri y Job *no sepan que ya sabe*. Si no, ¿a qué atribuir tanto su desaparición como su silencio?

Recorre el césped, siempre llamándola a media, suave voz; siempre pisando con tiento para no alarmarla más, si es que sufre miedo. Consume así un minuto sin hallarla. Se dirige al bosquecillo de frutales. Lanza su voz, corno si fuera una bola de boliche, contra los troncos de los árboles, y su voz muere en el vacío.

—¿Momo, estás ahí...?

En su escondite de sombras y silencio, Momo contiene el aliento cuando su madre, con el cuerpo un poco inclinado para no tropezar con las ramas bajas de los arbustos, se adentra en el huerto para buscarla, en ése, que es el único sitio donde puede estar. Claudia no cesa de llamarla ni de advertirle que la sabe cerca.

—¿Por qué te escondes? ¿Por qué no contestas? Ven acá.

Es ahora Momo quien sufre miedo y por eso, manteniéndose muda e inmóvil, trata de hacerse invisible en la oscuridad. Sufre miedo porque está segura de saber por qué Claudia le exige comparecer. Tiene la absoluta certeza de que su madre y sus hermanos, ante los que cree haberse traicionado con el pensamiento, la confundirán a preguntas y terminarán arrancándole su secreto.

Claudia, que no acierta todavía a descubrirla en la confusión de las tinieblas, se detiene a unos cuantos pasos de ella, y la llama varias veces; y como otras tantas su palabra se pierde, decide usar de la amenaza:

—Si no vienes inmediatamente, te acusaré con Lázaró. El aviso hace temblar a Momo, que sabe bien de qué modo enfurecido reacciona Lázaró cuando algún miembro de la familia quebranta la ley de la obediencia, y pues no quiere que él se enfade con ella y le niegue la palabra por varios días, decide al fin responder. Para justificar que está allí, y no en la casa como debía, y comportándose de modo por demás extraño, la chica alarga el brazo y arranca la primera fruta que sus dedos tocan — un durazno aún no maduro. Le hinca los dientes y con la boca llena de pulpa agria, dice:

—¿Me hablas, Claudia?

—¿Estás sorda?

—No te había oído —lo cual ambas saben que es mentira.

—¿Por qué te escondes?

Evasiva es la contestación que entrega Momo:

—Vine a comer fruta. ¿Quieres una manzana, Claudia?

—No.

—¿O una pera, o una naranja?

Han salido de la pequeña selva y están de vuelta en el jardín. Caminan muy lentamente. Momo mordisqueando la fruta de ingrato sabor. Claudia, buscando en el pensamiento una manera de encauzar el diálogo hacia donde le interesa. La hija, temerosa de no saber qué decir —creíble— si Claudia le pregunta a qué suerte de negocio se ha comprometido con Lázaro. La madre, angustiada porque el mutismo de la chica presagia catástrofe. Ambas, víctimas del temor que les impone mutuamente la convicción de que *la otra* conoce ya el secreto que cada una esconde.

—¿Quieres una fruta, Claudia?

—No.

—¿O probar esta?

—No.

—Anda... Está un poco agria, pero sabrosa... —propone Momo, tratando de ser amable con su madre para hacer que olvide, o aplase, las preguntas con las que de seguro va a torturarla.

Con un movimiento de cabeza, Claudia se niega a tomar el durazno mordisqueado que Momo le ofrece, y para fundamentar su rechazo, advierte:

—Cenaremos en cuanto Lázaro llegue. Será mejor, pues, que no sigas comiendo.

Claudia hace que su mano repose en el antebrazo de su hija y presiona sobre él, suavemente, para detenerla. Al sentir el contacto de los dedos de su madre, Momo cesa de caminar, igual que si la hubiese alcanzado algún fluido paralizante. Tiembla, como si la temperatura de esa libia noche fuera muy fría, y su respiración se interrumpe unos segundos. Cuando luego de buscarle los ojos, Claudia le indica:

—Quiero que hablemos. .. —Momo se agita hasta la planta de los pies descalzos.

—¿De qué? —indaga con mucho recelo.

—De cosas. De cosas que debes saber.

—Bueno —acepta a la defensiva, y desconfiada.

—¿Caminamos? —Momo cabecea su conformidad y ambas se ponen otra vez en movimiento.

Recorren la dimensión del jardín y vuelven, lenta y reiteradamente, sobre sus pasos, que producen apenas un suavísimo rumor al hollar el tupido césped. A medida que escucha lo que Claudia va diciendo, la chica se tranquiliza. El tema que sirve de espina dorsal a la plática, nada, o muy poco, tiene que ver con Lázaro. Contra lo que esperaba y temía, Momo no escucha a Claudia plantearle preguntas comprometedoras, ni intentar sonsacarle, por ejemplo, por qué aguarda con tal impaciencia el regreso de su padre; menos, la naturaleza del secreto o del misterio de que es depositaria. Se limita a hablarle de cosas que Momo no conoce y que tampoco le interesan. Alude al mundo exterior y a quienes lo habitan; a su estilo de vida y al espíritu gregario de sus moradores.

—¿Te gustaría salir de aquí, ser como las muchachas de tu edad; usar vestidos bonitos? ¿Ir a la escuela, y tener amigos, y cantar, y bailar y asistir a la iglesia? ¿Conocer a otras personas, leer libros, oír música, comer distinta comida...?

Claudia hace las preguntas por andanadas, más esperando acicatear con ellas la curiosidad de su hija que escuchar respuestas afirmativas. ¿Cómo puede Momo decir sí o no, si ignora lo que son la amistad, la escuela, el canto, la danza, el libro, la música y aun otros alimentos que no sean los exclusivamente vegetarianos? Pero Claudia menciona todo eso no sólo con el propósito de excitar el interés de Momo, sino con el de irla preparando para cuando llegue el momento —esta misma noche, sin duda— de ponerla frente a un mundo cuya existencia desconoce.

—¿Te gustaría conocer pronto todo eso. . . ?

Momo no da señal ninguna de ambición por disfrutar lo que su madre ha enumerado. Se limita a escuchar cómo la mujer pondera con entusiasmo (como si ya Lázaró hubiese muerto) las cosas que componen lo que se llama *el mundo* y que Claudia, por el procedimiento de nombrarlas ante Momo, comienza apenas a recordar; esto es, a recuperar. Cuando la madre agota las palabras reitera:

—¿Quieres vivir allá. ..? —y ambiguamente señala hacia las luces de la ciudad; y añade en seguida, con un temblor en la voz—. Conmigo y con tus hermanos...

Ahora no caminan más. Están detenidas, mirándose: con ansiedad, Claudia; sin comprender el porque de toda esa palabrería, Momo. Como la hija no aporta ninguna respuesta, no obstante que han transcurrido muchos segundos desde que la interrogó, la madre insiste:

—¿Te gustaría salir de aquí, vivir de otro modo, conocer a otras gentes que no sean Lázaró o nosotros?

Momo tampoco responde. Se conforma con mirar alternativamente a su madre, el lechoso resplandor eléctrico del cielo y la oscuridad vegetal de la hierba. Claudia la toma por el mentón y le busca los ojos. ¿Por qué retiene la contestación? ¿Qué profundas reticencias niegan vida a las palabras de Momo? Le exige que hable, y la muchacha lo hace al cabo, con una calma que aterra a la mujer:

—No quiero salir, ni conocer nada de eso.

— ¿Por qué, por qué? —se desespera Claudia.

—Porque Lázaró dice que todos los que viven allá —y reitera el ademán ambiguo de Claudia para señalar el cielo y, por extensión, cuanto existe a partir de los límites de la casa— son muy malos y nos harían daño; y también, porque Lázaró dice que es aquí donde debemos estar para siempre...

Lo que Momo ha dicho sin titubeos espanta a Claudia por cuanto le demuestra hasta qué grado ha conseguido Lázaró apoderarse de la voluntad de su hija. Dominar a quienes viven con él, hacerlos pensar y sentir como él piensa, siente y quiere; obligarlos inapelablemente a acatar los acuerdos de su albedrío (sean estos de la índole que fueren) ha sido siempre característica del hombre al que va a asesinar dentro de nueve minutos. Como hoy Momo, y casi por idéntica razón de amor, Claudia renunció en otra época a la oportunidad de ser libre; oportunidad que Lázaró le brindó con palabras más o menos parecidas a las que ella acaba de usar. La respuesta de Claudia fue, en sus líneas generales, similar a la que la chica le ha dado. Alega en su favor que las circunstancias eran distintas. Ella venía huyendo de los zarpazos de un mundo hostil que la condenaba a la amargura; de una familia que le negaba la gracia del indulto. La aguardaba el sombrío futuro de no tener ninguno. La abrumaba la certeza de estar liquidada. Lázaró era algo más que un hombre, que un compañero, que un esposo o amante. Era la esperanza, la mano amiga que la salvaba del desastre; la luz que derrotaba sus lúgubres tinieblas.

Momo — ¿conoce el odio; ha sufrido los dolores de la cólera ajena; ha padecido las heridas del desdén? ¿Se ha sentido sola y ciega, y hambrienta y triste, entre enemigos? Quien está a punto de ahogarse toma el primer salvavidas que le arrojan, sin que le importe de momento pensar si el que lo rescata de la muerte es bueno o malo, noble o ruin, si procede o no con desinterés. Para ella, que se debatía en la desesperación, Lázaró fue el salvavidas y, pues no tenía otra alternativa, aceptó su ayuda. Momo, en cambio, no huye del pasado. Ni sufre por él, ni teme el futuro. Es pura. Joven. Merece un porvenir de libertad y de paz espiritual; no un infierno de lujuria y lágrimas y asco, como el que les ha tocado padecer a su madre, a Yuri y a Job. Es absurdo y mas que absurdo contrario a toda ley de la naturaleza que prefiera casi con alegría ser cautiva de Lázaró y que renuncie a una existencia que

podrá ser difícil, pero que al menos no estará gobernada por los instintos de un padre satánico.

Lázaro había comprado al fin la motocicleta: un lamentable montón de chatarra que rodaba precariamente y a cuyo arreglo se aplicó durante muchas horas por las noches, al término de la diaria jornada de trabajo. Como si se tratara de algo muy valioso, desmontó y clasificó cada una de sus partes; adquirió, nuevas, las que no podía reparar; limpió, enderezó, ajustó las útiles; engrasó y volvió a armar el motor, la caja de velocidades, la cadena transmisora, los manubrios. Reparó el sistema de luces, el carburador, las llantas, y alineó las ruedas. Todo ello con la habilidad de un mecánico experto, pues a más de los de agricultor, herrero, albañil y ebanista, poseía Lázaro otros talentos artesanales: perforista del pozo que suministraba agua a la casa, cerrajero capaz de diseñar y construir en su modesto taller una colección de candados que se abrían por medio de claves aritméticas; fontanero muy apto; electricista competente, e inventor de cuanto fuera necesario.

Una de esas noches, así que pacientemente descarbonizaba las válvulas de la motocicleta, Lázaro hizo a Claudia una pregunta que ella no se esperaba:

—Ahora que ya estás tranquila, que has dejado de sentir miedo, que has tenido tiempo de reflexionar; ahora que, según creo, no recuerdas tanto como antes lo mucho que sufriste, ¿no quisieras irte?

—¿Irme? —dijo ella, sin comprender.

—Sí. Irte. Salir de aquí. Volver a vivir entre la demás gente. Quizá no te guste sentirte mi esclava, siempre encerrada en la casa.

Rápidamente comentó Claudia:

—No soy, ni me siento esclava.

—Eres joven. Tienes, por ello, derecho a otra clase de vida. A enamorarte de alguien de tu edad. A ser feliz. . .

—Aquí lo soy.

A la luz del foco que los alumbraba ardieron los ojos de Claudia, luego de haber confesado por primera vez que era feliz viviendo en casa de Lázaro. Éste la miró intensamente:

—Porque si deseas marcharte —añadió— no te detendré. Si lo que buscas es un empleo, tal vez consiga uno para ti. Te ayudaré económicamente mientras lo necesites.

—No quiero irme... —lo interrumpió ella; pero él, como si no la hubiese escuchado, prosiguió:

—Y tienes todo el derecho de irte y yo ninguno para rogarte que te quedes. Nada más lejos de mi deseo que obligarte a seguir conmigo, si aspiras a una vida mejor, o distinta, a la que te brindo. Soy un hombre viejo y, por lo mismo, difícil de tratar. ¿Qué diversiones, qué alegrías puedes encontrar aquí? Ninguna, como no sea trabajar de la mañana a la noche, o soportar mi presencia...

Ella, impulsivamente, tocó con sus dedos la mano de Lázaro, sucia de grasa y petróleo:

—No diga eso, por favor.

—Soy insoportable, lo sé —repuso él, mirando primero la mano y luego los ojos de Claudia; unos ojos húmedos de gratitud y, si de algo le valía su experiencia para interpretar los sentimientos de sus semejantes, también de amor.

—No lo es, Lázaro. Usted es hombre bueno. . . —tembló la voz, de Claudia al añadir—. La única persona buena que he conocido.

—¿Lo dices de verdad o sólo porque te sientes obligada a la gratitud, a una gratitud que no te exijo de ningún modo?

—De verdad, así lo digo. Quiero seguir con usted, mientras me lo permita.

La escrutó él con fijeza:

—Por mí, será para siempre; y, ¿por ti, Claudia?

—También.

—Piénsalo con calma.

—Lo he pensado.

—Ojalá y no te arrepientas de lo que hoy dices... —comentó él con voz extraña, y agregó—: Si alguna vez quieres marcharte, bastará que me lo hagas saber. Mañana, o dentro de cien años. ..

—Nunca.

—Eres libre, Claudia; recuérdalo siempre. Libre para irte, como fuiste libre para venir...

No dijeron más. Silenciosa y concienzudamente, como si estuviese por completo a solas, Lázaro continuó removiendo el hollín petrificado que cubría la válvula, Claudia, muy emocionada, continuó a su vez mirándolo — y admirándolo.

Nunca hasta esa noche habían hablado de asuntos tan personales como el que ventilaron en el taller; tampoco, ni siquiera en forma indirecta, había insinuado Lázaro el menor deseo de conservar con él a la muchacha, y ésta se preguntaba, ya con muy poco temor, si a partir de entonces, dicho lo que se había dicho, sufriría algún cambio la relación amistosa de protector y protegida, el afecto casi impersonal que los ligaba. (Esa relación no se modificó. Lázaro continuó siendo el mismo individuo bondadoso, indiferente, que hasta entonces había sido.) Cuando volvieron a verse, a la hora del desayuno que ella aprendía ya a preparar, él no hizo la menor referencia a lo que habían discutido la víspera, y Claudia no acertó a definir si le agradaba o no que el dueño de la casa fuera de tal modo discreto.

Luego de que hubo dejado la motocicleta en inmejorables condiciones estéticas y mecánicas, pintada y con el motor funcionando óptimamente, ideó Lázaro adicionarle una tercera rueda y un carrito auxiliar que le sirviera, para transportar en él, y no en los velices de siempre, los insecticidas que salía a vender. Ocupó dos noches en diseñarlo y una semana en construirlo. Claudia gustaba acompañarlo mientras trabajaba, a veces hasta la hora del alba, en el tejaban. Admiraba la sencillez con que resolvía los problemas técnicos que iban planteándosele y el hábil uso que daba a las no muchas herramientas de que disponía. Como en todo, también en esos menesteres desempeñábase Lázaro con la seguridad que otorga la experiencia y el conocimiento de los secretos del oficio. Laboraba en silencio, sin demostrar fatiga, con una concentración casi sobrehumana, y era obvio que vencer las dificultades producía un cierto placer que lo estimulaba a proseguir.

—¿Por qué no duermes un poco? —preguntaba él de tiempo en tiempo, al notar que el sueño iba venciendo a Claudia, que había pasado lo que iba de la noche en vela, acurrucada y, también en silencio, observándolo trabajar.

Despabilándose, ella respondía invariablemente:

—Prefiero estar con usted. Cuando termine, me iré a dormir.

Sonreía Lázaro vagamente y tornaba a olvidarse, por una o dos horas, de que Claudia estaba sacrificando las de su descanso para estar con él, porque encontraba más placentera su compañía, aunque no le hablase ni la mirase, que la soledad de su lecho — pensando en él.

Para entonces, Lázaro ocupaba ya todos los pensamientos de Claudia, no sólo cuando estaba ausente o fuera del alcance de su vista, sino también cuando los separaban, como en esas noches de trabajo en el improvisado taller, sólo unos cuantos pasos y el silencio. Cautivaban a la muchacha, más que la gallardía física

de Lázaro —que era un hombre casi bien parecido— la fuerza protectora que trascendía de su presencia; la sensación de paz que disfrutaba viviendo a su amparo; el cariño con que se sabía tratada; la inalterable dulzura de sus palabras, sus miradas y sus sonrisas; y estaba segura de que Lázaro, comportándose de tal suerte, buscaba infundirle valor para ser feliz, ánimo para no temer al futuro, y además de todo ello, o quizá como consecuencia de ello, razones válidas para que adquiriera por primera vez la necesaria confianza en sí misma.

¿Estaba Claudia enamorándose de Lázaro?

Así atribuyera a gratitud y admiración los sentimientos que cada día con mayor intensidad experimentaba por su protector, lo cierto era que lo amaba, y que lo amaba de una manera profunda y humilde, y sintiéndose en deuda con quien, sin pedir nada para sí, la colmaba generosamente de lo que ella siempre había carecido: calor humano, afecto paternal, amistosa compañía. Que él no hubiese hecho el menor intento de cortejarla en esas muchas semanas que llevaban de tratarse tan cercana y asiduamente, era otro de los secretos motivos que tenía la joven para admirarlo, porque comprendía que Lázaro era un hombre excepcional, un caballero que honraba el compromiso de respeto que pactó con su huésped la tarde que la llevó allí.

Aunque agradecía ser tratada así, comenzó a intrigar a Claudia la conducta emocionalmente indiferente de Lázaro; y dio en preguntarse si como mujer estaba tan huérfana de encantos, atractivos y adornos que sólo merecía de él miradas desprovistas de interés, neutras palabras de consejero espiritual o inocuas sonrisas de benefactor. ¿Por qué Lázaro no había aludido más, con un gesto o siquiera con la intención de sus ojos, a que era bonita? Si muchas veces, a la hora de las comidas o durante las de trabajo, sus manos solían quedar por largos momentos muy próximas, ¿por qué no había hecho él intento de rozarlas o de acariciarlas? ¿Por qué nunca lo había sorprendido espiándola al caminar? ¿Porqué, en fin, la trataba Lázaro como a un mueble y no como a una muchacha, a la que mucho hubiese halagado el sencillo homenaje de un requiebro?

(Era Claudia de tal modo candida que no descubría, tras la aparente indiferencia de Lázaro, el gran interés que éste alentaba por ella — porque él se había propuesto seducirla, aunque no aplicando los métodos comunes. ¿Qué era Claudia, cuando la rescató del asilo, si no una muchachita espantadiza y amargada, que acababa de vivir varias experiencias desagradabilísimas? Como a una mujer así resulta poco sensato hablarle de amor, alarmarla con requerimientos, acosarla con apetitos sensuales —pues el trauma la ha puesto bajo los efectos frecuentemente perdurables del miedo a los hombres y de la aversión a los asuntos del sexo— Lázaro decidió usar la estrategia más sutil de despertar en ella, de manera natural, una nueva curiosidad tanto por el amor en sí, como por quien, en ese caso Lázaro, personificaba el amor. Y como lo había previsto, Claudia cayó en la curiosidad y, de la manera más tosca y conmovedora, se dedicó a enflorarse el cabello y a exagerar sus movimientos al caminar, para atraer sobre sí la atención de quien fingía no prestarle ninguna.)

La mañana de un viernes, Lázaro llenó por primera vez el carrito de la motocicleta con bolsas de insecticida, anunció a Claudia que volvería tarde por la noche, y se ausentó. Era un día muy caluroso. La densidad y el ardor de la luz, resultaban en extremo agobiadores y Claudia, luego de concluir sus pocos quehaceres domésticos, se desnudó y se puso a trabajar ociosamente en el jardín; ociosamente, porque lo hacía sin plan y sin prisa, cortando aquí las hojas secas, enderezando allá unas torcidas ramas de rosal, removiendo la tierra donde estaba endurecida,

regando el pasto donde mostraba más los efectos de la fiereza del sol. A ratos volvía la manguera sobre sí misma y se refrescaba hasta que su piel tomaba frío. Lo cálido de la temperatura, el silencio apenas interrumpido por el chirriar de los insectos, la reverberación corrosiva de la claridad de los muros comenzaron a amodorrarla. Decidió dormir una siesta, pero le resultó imposible hacerlo dentro de la casa, caldeada como una estufa, y prefirió volver al exterior. Buscó una zona de sombras frescas en el huerto, improvisó un lecho con su bata, y se tendió.

Varias horas se prolongó su sueño y, al mediar la tarde, cuando abrió los ojos, tenía la sensación de haber dormido apenas unos minutos. Nada, al parecer, había cambiado; ni la luz, que continuaba cabrilleando en el cielo de cobalto, ni el silencio aún rumoroso de alas invisibles, ni el calor que la hacía transpirar por toda la piel. A poco, aunque sin saber ni vagamente a qué atribuirlo, comenzó a sentir que no era ella la única persona que disfrutaba de esa armoniosa soledad, de ese vacío en el tiempo. Alzó un poco la cabeza y en sus labios se formó un grito:

— ¡Ay! —que fue simultáneamente de susto y asombro; de sorpresa y pudor.

Lázaro, que llevaba allí más de una hora, regalándose con el espectáculo del magnífico cuerpo desnudo, la miró sonriente e hizo un comentario que provocó en Claudia un sacudimiento de satisfacción y de vergüenza:

—Eres muy bella cuando duermes... — (El hombre de la colina ¿no había dicho lo mismo?)

Paralizada por la estupefacción a mitad del movimiento que había iniciado para levantarse, Claudia no acertaba a hacer algo más que a mirarlo con los ojos muy abiertos y en el rostro un confuso gesto de temor y pena. Para tranquilizarla, él reiteró dulcemente.

—Sí, Claudia: cuando duermes eres muy bella —y para que la muchacha no se sintiera más abrumada, él se volvió y, fingiendo que buscaba una fruta entre el follaje del arbusto que le daba apoyo, le brindó la oportunidad de vestirse.

Apenas él dejó de mirarla, Claudia echó a correr; mas no hacia la casa, lo que hubiera sido lógico, sino, lo que no lo era, hacia el fondo del huerto. Al recuperar la capacidad de razonar, de la que sin duda había estado privada momentáneamente, se dio cuenta de que continuaba desnuda y sin nada a mano con qué cubrirse. Sentía en la piel el dolor múltiple de las pequeñas heridas que se había hecho al hendir, en su inexplicable huida, la masa de ramas espinosas. Quiso alejarse más aún, poner una mayor distancia entre ella y Lázaro, pero se lo impedía la barrera del muro. Se acurrucó en la espesura, como un animal que sabe que su única salvación depende, a más de su suerte, de su aptitud para permanecer inmóvil, confundido con el paisaje que lo rodea, en tanto se alejan quienes lo persiguen, o desisten de seguir su rastro.

Lázaro, que se había vuelto rápidamente al escuchar la estampida, recogió la bata que Claudia había olvidado y con ella en las manos se internó en el huerto (como muchos años después —esta noche— habría de hacer Claudia al buscar a su hija Momo) llamando a la muchacha y pidiéndole, con palabras suaves, que no tuviera miedo. Sólo unos instantes le tomó hallarla. ¿Cómo puede alguien esfumarse en un bosquecito de muy reducidas dimensiones al que alumbra con toda su intensidad la luz del sol vespertino? Claudia no respondió a los ruegos del hombre, y porque no podía escapar ya, cerró los ojos y se cubrió la cara con ambas manos.

—¿Por qué le has asustado? —le preguntó él, en voz muy baja, poniéndose de rodillas a su lado.

Claudia comenzó a sollozar, a agitarse a causa del miedo que había vuelto a dominarla, a nulificar su instinto de conservación y su voluntad para huir o para

defenderse si él, como ella temía, intentaba atacarla. Pero las intenciones de Lázaro no eran esas. ¿Para qué recurrir a la violencia si iba a ser más fácil y más grato obtener el amor, la entrega de la joven por otros medios?

—Aquí está tu ropa —dijo, ofreciéndosela. Como Claudia no hiciera el menor intento de tomar la bata, Lázaro preguntó—. ¿Quieres que me vaya?

La respuesta de Claudia fue un fuerte sollozo, al que siguieron varias e intensas convulsiones producidas, dedujo él, por el susto que le causaba saberse atrapada —sin posibilidad de recibir auxilio— por un individuo enajenado por el deseo. Lázaro consiguió meter su diestra entre las manos de la muchacha y tomarla por la barbilla. Súbitamente cesó la resistencia de Claudia y entonces él le ordenó firme, pero no agresivo:

—Mírame...

Ella abrió lentamente los ojos y las lágrimas, hasta entonces contenidas por las pestañas, se desbordaron sobre su rostro. En las pupilas anegadas había una doble imploración; un alegato, diríase, de piedad. Lázaro contempló el rostro embellecido por el llanto y luego, como si cumpliera un rito —y lo estaba en cierta forma cumpliendo— acercó sus labios a las mejillas de Claudia y gustó, también lentamente, del amargo sabor de su piel.

—Ven. .. —le rogó en un susurro, tomándola por las muñecas y tirando de ellas para levantarla.

—No... —suplicó ella, sólo oponiendo a la demanda de Lázaro esa palabra; más que dicha, aspirada.

—Ven... —insistió él, y Claudia, dócilmente, cedió. Siempre con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, sin que le importara ya que él la viera desnuda, Claudia volvió a decir:

—No... —pero ya sin vehemencia; ya en el principio de la voluntaria entrega; ya pasivamente sometida a él. Un *no*, que no rechazaba y que dicho así, en forma tan dulce y queda, equivalía a un suspiro de aceptación.

Lázaro la alzó en sus brazos y ella no opuso resistencia. La condujo al jardín y galantemente la depositó sobre el césped. La amó allí con refinada delicadeza, sin causarle daño; sin brutalidad y sí con una ternura y una sabiduría que Claudia siempre habría de agradecerle. Ternura, bondad y sabia pasión que trastornaron sus sentidos y la comprometieron en deuda de gratitud, que imaginó eterna, con el hombre que le había descubierto por primera vez los infinitos, encantadores y ricos matices del placer.

A partir de esa tarde, Claudia comenzó a vivir en un deslumbramiento de felicidad. Con la maestría que solamente otorga la experiencia, Lázaro fue enseñándole con el ejemplo que el principal elemento del amor es la imaginación de quienes lo practican más que como un mero acto biológico y reproductivo; y la de ese hombre ya no muy joven, pero sí muy avezado, parecía no tener fin. Eran tan perturbadoras las sensaciones, tan inéditos los deleites y de tal modo abundantes sus recursos para producirlos, que cuando Claudia creía que se los había mostrado todos, Lázaro la asombraba siempre con un nuevo placer — que era el mismo, pero hecho sentir de otro modo.

Cierta vez, cuando ya la intimidad que existía entre ambos la autorizaba a hacer preguntas, Claudia planteó una que guardaba en la cabeza desde hacía varias semanas. Quiso saber si en la vida de Lázaro había habido muchas otras mujeres, como su experiencia parecía demostrarlo. Lázaro le acarició una mejilla y dijo reposadamente:

—La pasión amorosa, criatura, no se aprende en la teoría.

Las palabras de Lázaro, aunque poco claras para Claudia, avivaron sus celos incipientes y le proporcionaron audacia para insistir:

—¿Has conocido muchas mujeres?

—Sí —aceptó él sin pestañear, y agregó—. Tienes, lo veo, celos de ellas.

—Sí —dijo a su vez Claudia, casi para llorar.

La besó él en los labios: unos labios firmes, espesos, espontáneamente aptos para las caricias; dispuestos siempre a florecer en sonrisas, a devolver las sensaciones que recibían. (Labios de Claudia: los únicos que a él le había gustado besar, devorar, retener en los suyos hasta el ahogo.) Moviendo apenas los propios, en un susurro que enardeció a Claudia, hizo un comentario pleno de cordura:

—Eres muy joven y por eso sufres celos de las otras. De no haber sido por ellas, ¿sabría amarte en la forma que lo hago? —y sin que en su dicho hubiera el menor asomo de suficiencia, concluyó—: Tú, la última y más amada mujer de mi vida, deberías guardar gratitud a las que ocuparon un lugar en mi pasado, pues fue con ellas que ensayé el amor que hoy a ti corresponde disfrutar...

Claudia, enrojeciendo, abatió el rostro, y tornó a preguntar, temerosa de que la respuesta de Lázaro —directa como todas las suyas, nunca paliada con eufemismos piadosos— le causara algún dolor: el primero de la sinceridad:

—¿Recuerdas a esas mujeres?

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Por qué?

—Porque el presente, que eres tú, anula el pasado y el recuerdo de sus fantasmas.

Saberse objeto de un culto de amor como el que Lázaro le profesaba, no sólo en el conyugal sino en los demás órdenes de la existencia (en el trato diario, en la mutua lucha del mediocre trabajo en común, en la angustia de los problemas económicos a los que él nunca aludía; en la amistad que iba creciendo entre ambos) producía a Claudia, al tiempo que una firme sensación de confianza, el pavoroso temor a perderlo todo abruptamente. Por las noches, a veces, sufría sentirse muy sola, huérfana otra vez y ya desamparada. Aun a riesgo de perturbar el sueño de Lázaro, buscaba su mano y al hallarla asíase a ella como si en esa mano encontrara la fuerza que en tales momentos necesitaba para no desesperar; para no abismarse en el sombrío infierno de su pasado doloroso y amargo — tan próximo a su recuerdo todavía. Con su misteriosa facultad para interpretar los pensamientos de la muchacha, Lázaro musitaba el consuelo de que Claudia tan urgida estaba:

—Duerme, amor, y no temas.

— ¿Me abandonarás, Lázaro, cuando te canses de mí?

—¿Se abandona lo que se ama, Claudia? ¿Me abandonarías tú?

—Yo, no. Pero es distinto, Lázaro. Yo no decido; tú sí. Nunca te querré tanto como deseo quererte; como mereces que yo te quiera.

—¿Por qué?

—¡Si pudiera explicarme. ...! No tengo palabras, como tú las tienes, para decir lo que siento por ti y... todo lo demás.

—A veces las palabras, las muchas palabras, hacen daño al amor, Claudia. Quiéreme, aunque no sepas por qué... Es mejor así. Y no pienses, porque cuando se piensa se llega a la desesperación; especialmente si lo que pensamos tiene que ver con nuestros sentimientos personales. El amor que perdura no es del pasado;

tampoco es del futuro, sino el del presente. Aquél está muerto; el otro, aún no nace. El que importa es el de hoy... y aquí.

Meses después, cuando estuvo totalmente seguro de que los malestares que quebrantaban la salud de Claudia eran los primeros de su gravidez, Lázaro extremó más aún sus amabilidades para con la muchacha. Aunque le permitía que siguiera ayudándolo en el trabajo, evitaba que se esforzara en exceso. No la privó del ejercicio mañanero, pero sí cuidaba de que fuera muy leve, apenas el necesario para mantener activos sus músculos. Las tareas rudas (lavar los pisos, ahondar los surcos de la hortaliza, transportar materiales de construcción del tejaban al interior de la casa) volvieron a quedar a cargo del hombre, como habían estado hasta que ella llegó. Dispuso para Claudia un régimen alimenticio especial y un número específico de horas de sueño y reposo. Muchas veces, así fuese de día o de noche, al abrir los ojos Claudia encontraba a Lázaro mirándola con amor, con una suerte de respeto agradecido que la enternecía y que la hacía sentirse muy feliz de poder corresponder, con un fruto, al amor que él sin avaricia le entregaba. Por las tardes gustaban ambos sentarse en la grama y desovillar charlas de amena variedad. Casi siempre, hacia el final de la velada, coincidían en un tema que les era grato: el del ser que estaba formándose en el vientre aún no crecido de Claudia, y Lázaro, sin que ella supiera por qué, expresaba invariablemente que lo alegraría muchísimo que la criatura fuera niña.

—¿Por qué no un niño, para que sea como tú y se llame igual? —insistía ella alegremente; y él, con mucha seriedad, a veces con tanta que Claudia pensaba que lo enojaba un poco que lo contradijera, daba por única razón para su preferencia:

—Me gustan más las niñas.

—¿Cómo lo sabes, si no has tenido hijos?

—No lo entenderías. .. —y cerraba el paso a la discusión.

Una de esas noches, y por primera vez en el tiempo que llevaba en la casa, Claudia pidió a Lázaro un favor: un favor personal, dijo, que mucho le agradecería que él le cumpliera:

—¿Qué deseas? —inquirió él, un poco a la defensiva.

—Escribir. .. Sí, escribir una carta a mis tías. . .

—¿Para qué, si no te quieren? ¿Para qué recordar a esas brujas?

—La tía Bruna fue, es, muy buena. Quiero decirles, Lázaro, que ahora soy feliz...

¿Me darás ese gusto?

Él sonrió neutralmente, sin comprometerse a decir que sí o que no. Ya tarde, en la cama, luego de desearle sueños tranquilos, dijo como si apenas le recordara:

—En la mesa dejé una libreta y un lápiz, para que escribas tu carta. Yo la pondré en el correo.

—Gracias, amor.

—Hasta mañana.

—Te quiero mucho... —repitió Claudia, como lo hacía todas las noches al iniciar, muy próximo su cuerpo al de Lázaro, la aventura del sueño.

El texto escrito por Claudia la tarde siguiente y entregado a Lázaro por la noche, para que lo pusiera dentro de un sobre y lo remitiera a las señas de las tías, ocupaba una sola cara de la hoja arrancada a la libreta de rígidas tapas. Más que una carta, era un recado lacónico, casi agresivo, que no empezaba como los de ese tipo con la fórmula tradicional: *"Queridas tías: espero que cuando reciban la presente se encuentren bien de salud, que yo gracias a Dios..."*, sino que iba directo al grano como si la autora no quisiera gastar tiempo y espacio en caracoleos literarios. Lázaro lo leyó con gran detenimiento y luego lo escondió entre las

numerosas páginas del libro que estaba redactando. Buscaba, al proceder así, dos cosas: impedir que las tías supieran dónde vivía su sobrina; y, conforme a lo que ésta les pedía, demostrarle a Claudia que no les interesaba en lo absoluto su futuro destino.

La nota de Claudia rompía con un frío: *"Doña Amelia", y continuaba: "Aunque sé que no le importo a usted nada, estoy segura de que para estas fechas ya sabrá que dejé la casa de las monjas. Tal vez le hayan dicho que me fui con un hombre. Eso es cierto y también que vivo con él y que voy a tener un hijo: un hijo que nadie va a matarme. Tengo que agradecerle a usted que me haya mandado al asilo. Sé que lo hizo para librarse de mi, no para que yo enderezara mi vida. En el tren conocí al hombre que hoy es mi esposo y con el que soy muy feliz, porque es la persona más buena del mundo. Ahora sé que gracias a él no tendré una vida triste, como a usted le hubiera gustado que fuera la mía. Quiero decirle, señorita Amelia, que no le guardo ningún rencor y que pido a Dios que la perdone y la ayude a arrepentirse del mucho mal que me hizo. Como ve, no soy vengativa ni mala. Mi nueva dirección es ... —transcribía los datos que Lázaro le había dado, y agregaba—: Si después de todo este tiempo, y de saber que vivo tranquila y en paz con mi conciencia, desea usted perdonarme a mi por lo que hice allá y que sé que mucho le dolió, se lo agradeceré. No necesita usted decirme que me perdona. Me contento con que me haga saber en alguna forma que leyó esta carta. Si no recibo noticias tuyas, sabré que no me perdona y que no quieren usted, o mi tía Bruna, saber nada de mi. Si así sucede, nunca volveré a escribirles, se lo juro. Le ruego que le diga a mi tía Bruna que la quiero mucho, y usted reciba los recuerdos de su sobrina, Claudia."*

Durante mucho tiempo, Claudia alentó la esperanza de que recibiría la respuesta de perdón que necesitaba para ser espiritualmente feliz, pues, para serlo en la plenitud que ella deseaba, hacía falta un aviso, por mínimo que fuese, que le permitiera saber que Amelia, la más resentida de las tías, había olvidado la gran ofensa. Pasaban los días, las semanas, los meses y Claudia no recibía la señal. A mañana y tarde preguntaba a Lázaro:

—¿Hay carta para mí?

—No —era la invariable respuesta, a la que seguía un comentario neutro al parecer, pero no exento de insidia—. Las tías se han olvidado de ti...

—¿Por qué? —insistía Claudia, que no renunciaba aún a la esperanza.

—Porque perdonar es la más difícil virtud de los humanos.

—Yo perdóné lo que ellas me hicieron. Leíste que les decía que no les guardaba rencor.

—Perdonas porque eres buena. Ellas no lo son.

—¿Por qué, por qué?

—Te lo demuestran no escribiéndote. Piensan que lo que buscas es, quizá, volver con ellas.

—No me iré nunca de aquí.

—¿Sí?

—Soy feliz contigo.

—Entonces, ¿qué te importa que no escriban? Conmigo tienes toda la felicidad que quieres.

—Sí, sí.

—Págales con la misma moneda. A olvido, olvido mayor.

Llegó el día, por Lázaro esperado, en que Claudia no recordó preguntarle si había carta para ella. No lo hizo tampoco al siguiente, y a partir de entonces no volvió nunca a interesarse por su correspondencia personal, y en su espíritu quedó

afirmada para siempre la convicción de que para sus tías, como Lázaro expresaba y como Amelia había dicho alguna vez, ella había muerto ya.

(Cuando, después de consumado el asesinato de Lázaro, Claudia hurgue entre las pertenencias que éste atesora en su refugio, encontrará la carta cuya respuesta aguardó inútilmente. El hallazgo producirá en ella una violenta cólera y la hará rectificar el implacable juicio que formuló contra las dos mujeres, a quienes creyó ruines hasta el exceso porque jamás respondieron a la súplica que no tuvieron oportunidad de conocer.)

La construcción de las nuevas dependencias de la casa prosperaba apenas porque Lázaro y Claudia dedicaban todo el tiempo a trabajar en la pequeña fábrica. El producto era bueno, su precio razonable y muy hábil Lázaro para venderlo. La motocicleta le permitía ahora movilizarse con suma rapidez y atender puntualmente los pedidos. Casi todas las tardes el amo salía a atender sus compromisos comerciales y por la noche regresaba con nuevas órdenes, nuevos clientes, nuevas posibilidades.

—Dentro de poco te harás rico —comentaba Claudia en son de broma.

—¿Y quién te ha dicho que aspiro a serlo? —respondía él, muy seriamente.

—Estamos ganando muy buen dinero.

—Y gastándolo en materiales, que cada día son más caros.

—Tienes ya una gran reserva.

—Inversión previsor, Claudia. En cuanto me sobre tiempo, terminaré el estudio y comenzaré a cuidar los detalles. Algún día ésta será una casa bonita, con su buena cocina, su hielera, su propia planta de luz. Nos tomará años, pero, ¿qué importa?

Claudia vio al gato la primera vez una tarde de calor canicular. Lázaro había salido temprano y ella se aplicó por un tiempo a la limpieza vespertina de la casa. En obediencia a la última recomendación del hombre, se acostó a dormir la siesta, pero la temperatura era a tal grado severa que su cuerpo, por más que no lo cubriese ninguna prenda, transpiraba copiosamente. De mal humor dejó el lecho y buscó la frescura abierta del jardín. A poco, sin embargo, los bichos que pululaban entre el pasto y los que revolaban en la luz recalentada comenzaron a fastidiarla en tal forma que desistió de su propósito de permanecer tendida.

Los cinco meses que ya duraba su embarazo habían afectado la estabilidad de su carácter, y por eso no era infrecuente que Claudia —sobre todo si se encontraba a solas— cayera en largos periodos de tristeza, hastío e inexplicable desesperación. Entonces lloraba, porque eso le producía cierto bienestar; o se dedicaba a comer frutas, así no las apeteciera, hasta que la amenazaba el dolor del estómago. O, como esa tarde, sin ánimo de romper el llanto y sin deseos de ir al huerto, prefería abandonarse al ocio absoluto; al no pensar, no hacer, no sentir. Estaba molesta porque Lázaro se había ido, privándola de su presencia; con miedo a no saber en qué entretenerse durante las horas que tardaría en volver y resentida contra todo lo que la rodeaba y hostigaba: la casa, la luz, el silencio, los insectos, la falta de sueño, la modorra, el aburrimiento y el cosquilleo de sus nervios. El sudor, la sed y el súbito, irreprimible afán de gustar algo dulce: un caramelo o un helado de vainilla; o algo salado: un plato de angulas. ¿Por qué no? En la casa, dentro de una gran copa de vidrio, había azucarillos, más no logró reunir ánimos para ir a buscarlos.

Prefirió, en cambio, porque sólo requería un pequeño esfuerzo, tomar un baño. Abrir el aspersor central y dejarse humedecer. Aunque la llave distaba apenas media docena de pasos, que fácilmente podía cubrir arrastrándose si no deseaba caminar, Claudia demoró muchos minutos la decisión de soltar el agua.

Sentada ya sobre el césped, con los ojos fijos en la llave del aspersor y una gran pereza en la voluntad. Claudia comenzó a padecer la sensación un poco inquietante de que alguien estaba vigilándola, espiándola en su desnudez. No podía tratarse de Lázaro, porque no había escuchado los ruidos de su retorno y porque, además, no la perturbaba ya que la mirase sin ropas. A la sensación de que un intruso merodeaba por allí, sucedió el temor a ser asaltada y quizá muerta por un criminal o, lo que no era menos malo, por un perverso. Por si era un hombre el que la espiaba y, por si las intenciones de tal hombre eran siniestras, decidió, a punto de abandonarse a la histeria del pánico, advertirle de un modo indirecto (y pueril) que no estaba sola ni, si tal creía, indefensa.

Con aplomo, como si efectivamente estuviese un merodeador dentro de la casa (hacia la cual volvió el rostro para verter el grito) Claudia llamó en voz muy alta:

—Lázaro... ¡Lázaro! Ven pronto y trae la pistola...

Estaba segura de que el espión, luego de oírla llamar de tal modo enérgico a Lázaro, huiría inmediatamente, y sus oídos se apresaron a escuchar el rumor de la fuga. Mas no ocurrió así y Claudia, ahora por completo empavorecida, siguió sufriendo los efectos perturbadores de las tercas miradas que *alguien* le clavaba en la piel de todo el cuerpo.

—Lázaro... —volvió a decir, y el miedo quebró la palabra a la mitad.

Le parecía increíble que una persona que no fuera Lázaro —un asaltante, por ejemplo— hubiese podido entrar en la propiedad. Más que increíble, imposible, pues la puerta exterior y la muralla eran inviolables, como lo eran, también, la puerta y la muralla interiores. Una reflexión la condujo a otra; ¿dónde podía hallarse el que la espiaba? No en el jardín, por supuesto, sino en... Alzó entonces los ojos y lo vio, en el sitio exacto desde el cual sentía descender sobre su desnudez las agujas de las miradas. Era un gato. *El Gato*.

Un gato enorme que se recató rápidamente y que se desvaneció a la vista de Claudia casi al tiempo que ella lo cubría con la mirada. Con la misma celeridad felina, la muchacha se levantó de la grama y corrió hacia la puerta, con el propósito de ver al animal a través de la hendidura que había entre la chambrana y el muro y desde la cual era posible abarcar un amplio sector de la otra parte del terreno. No lo consiguió, bien porque el gato había tomado otro camino; bien porque había ganado ya la primera de las tapias. Aún con el corazón dándole vuelcos, Claudia rompió a reír — una risa nerviosa por medio de la cual trataba de librarse del pánico que tanto la había hecho padecer en los minutos anteriores.

Esa noche, así que Lázaro le hacía tiernamente el amor, Claudia conoció la sensación inédita hasta entonces de que no era él quien la llevaba al éxtasis, sino otro hombre, desconocido, muy joven y lleno de luz, cuyas facciones eran idénticas a las del gato que había entrevisto espiándola en lo alto de la muralla.

—Lázaro... —llamó Claudia, después de agotar la pasión. Quería sincerarse con él, en alguna forma, por esa suerte de infidelidad en que creía haber incurrido al pensar en el hombre con rostro de gato mientras Lázaro la colmaba de satisfacciones.

—¿Sí? —suspiró él, y las nieblas del sueño amortiguaron el brillo de la palabra trabajosamente pronunciada.

—Lázaro... —reinició ella, y no pudo continuar, porque no sabía qué decir o cómo decirlo, y porque Lázaro no la escuchaba ya.

Por la mañana, mientras Lázaro se ocupaba en un leve ajuste a la motocicleta, Claudia hizo la primera anotación en el cuaderno que él le había dado; la primera de los centenares que habría de hacer en los años siguientes. Consignó, en forma que

con el tiempo parecería equívoca: *"Anoche no era Lázaro quien estaba conmigo; y no era Lázaro, tampoco al que yo amaba. Era él, ¡Él! Su cara, sus ojos, la forma de mirar eran los suyos. No tengo la menor duda. Su recuerdo me impidió dormir..."*

Una inquietud, que crecía a medida que avanzaban las horas de la mañana, dio en perturbar a Claudia. Ansiaba, lo que nunca antes le había ocurrido, que Lázaro se marchara. Se atrevió, inclusive, lo que era inusitado en ella, a preguntarle si iba a salir.

—Hoy, no. ¿Por qué?

—Pues, bueno, por saberlo...

—¿Necesitas algo?

—No, no... Nada.

Había que cumplir un pedido de cierta importancia y después de la comida ambos continuaron llenando bolsitas. Al mediar la tarde, más o menos a la misma hora que la víspera, el gato reapareció en el borde de la tapia. Claudia no pudo verlo, pero sí alcanzó a escuchar su grito, su voz, su reclamo: un maullido discreto, una a manera de señal preconvenida, un modo de anunciar que estaba allí. Para que Lázaro no oyera el maullido, Claudia comenzó a hacer ruido con los envases de papel; un ruido tan innecesario que el hombre interrumpió su labor.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? —preguntó Claudia tontamente.

—¿Te ha puesto nerviosa otra vez el gato?

Claudia palideció violentamente (cosa que él pudo apreciar porque en esa purísima luz era imposible guardar el secreto de una reacción) y tartamudeó:

—¿Cual gato?

—El que está maullando allá afuera. El que viene a hacerlo por las tardes. ¿Lo oíste ayer...?

—No... —mintió.

—Es un gato vagabundo... Sal y míralo si gustas... —la autorizó Lázaro, y creyendo Claudia que él, por alguna razón incomprensible, le tendía una celada, dijo:

—Todos los gatos son iguales. ¿Para qué verlo?

—Hace mucho que no venía...

—¿Sí?

—Meses tal vez. Antes lo hacía con frecuencia.

—¿Le dabas de comer?

—No. Un día de éstos —comentó en brusca mutación de su humor— voy a ahuyentarlo para siempre.

—¿Por qué? —dijo ella vivamente, al ver en los ojos de Lázaro un brillo extraño.

—Detesto que me espíen.

—¡Es un animal...!

Lázaro la miró enigmáticamente y agregó en tono ambiguo, que la hizo temblar dentro de la ropa:

—Eso parece. Un inocente animalito...

Todas las tardes, sin faltar ni una de las cinco que requirieron para terminar el trabajo, el gato acudió a la casa. Se anunciaba, tal que lo hizo la segunda vez, con un maullido imperioso; que repetía luego, como si tuviera noción del tiempo, a intervalos regulares de quince minutos.

—Es tu amigo... —decía Lázaro, y espiaba el rostro de Claudia de modo insistente, curioso e irónico, como si quisiera que su expresión delatara algo que él esperaba, y cuya misteriosa naturaleza sólo él conocía.

—Sí, allí está... —respondía ella, indiferente como quien no quiere comprometerse.

Luego, sin añadir otro comentario, él volvía a lo suyo y no se ocupaba más de mirarla. En sus labios, sin embargo, quedaba sobrenadando una sonrisa enigmática que mortificaba mucho a la joven, a quien mucho angustiaba también que Lázaro la espíara con tanta curiosidad cada vez que el gato maullaba, en ocasiones lastimeramente, en otras imperiosamente, y ella se estremecía como se estremece, si es discreta y fiel, una mujer a la que otro hombre galantea en las narices del esposo.

La mañana del sexto día Lázaro se marchó temprano y Claudia entró en una especie de frenesí. No sabía por qué (o más bien, resistíase a admitir que era por eso) pero deseaba que el tiempo corriera y llegaran las horas de la tarde para ver al gato con todo detenimiento; para reconocer la cara felina que tan reiteradamente aparecía en sus sueños, y tanto como en sus sueños, en sus repetidos insomnios. Porque lo cierto era que Claudia dormía mal desde que el rostro del gato comenzó a invadir su memoria a toda hora.

Iba la mañana apenas por la mitad cuando Claudia —que se encontraba en la cocina, sentada en un escabel, de espaldas a la puerta, picando las verduras de la comida— empezó a experimentar un desasosiego idéntico al que la había trastornado hasta el pánico siete tardes antes. No necesitó volverse para *saber* que en el umbral, quieto y silencioso, se hallaba el gato. Le bastaba sentir en la nuca el hormigueo de sus miradas y en todo el cuerpo, otra vez como si un violador la acechara, el tacto de la inquietud.

El gato maulló suavemente, acariciadoramente y al avanzar hacia Claudia, la arqueada sombra de su cuerpo se extendió sobre el piso como una amenaza. El animal hizo un rodeo para situarse frente a la muchacha encinta y luego saltó encima de la mesa. Sus grandes ojos amarillentos se fijaron entonces en los de Claudia, se apoderaron de ellos y les exigieron, podía creerse así, mirarlo con fijeza — como si él fuera un hipnotista profesional y ella su colaboradora en el experimento.

Al tomar los suyos contacto con los ojos del animal, Claudia comenzó a sentir que su voluntad (la de pensar, sentir, moverse, gritar, huir) se paralizaba gradualmente y que su cuerpo iba quedando poco a poco, de manera inevitable, en poder de la voluntad del gato. Sólo conseguía mirar; mirar las tercas pupilas redondas que la taladraban con su insistencia. Estaba, hubo de admitirlo, por completo a merced de ese gato grande, de leonado pelaje y rectas orejas, que observaba atento y tranquilo a la víctima de su fascinación. Claudia parecía estar bajo los efectos paralizadores de la hipnosis; de una hipnosis, como la que las víboras—alicante, conforme a las consejas campesinas, suelen producir en las mujeres para aprovecharse de la leche de sus senos. Afirman tales consejas que la bicha, poseedora de facultades mesmerísticas, busca la mirada de las recién paridas y las induce al sueño y se aplica enseguida a sus pechos, y al chico, para que no llore al verse privado del pezón, le entrega el consuelo de su cola. Cuando se harta, la culebra se escurre a su escondrijo, y al cabo de unos minutos, las mujeres recuperan la lucidez sin recordar qué les ocurrió durante el breve sueño; o sólo recordando ciertas deleitosas emociones.

Después de un tiempo, en que permaneció muy quieto frente a Claudia en tenaz duelo de miradas, el gato abandonó, su tensa postura acurrucada, se irguió sobre sus cuatro patas, sacudió la cabeza de color más oscuro que el resto del cuerpo, arqueó el espinazo como si se desperezara, y bostezó. Pero no avanzó

inmediatamente hacia la mujer, que continuaba mirándolo, impedida de moverse, de ahuyentar con una voz o con un ademán, al felino de expresión torva, agudos colmillos y negra lengua, que la atisbaba con obsesiva curiosidad. Luego, como si estuviese seguro de que ella no iba a huir o a rechazarlo con un golpe, caminó sobre la mesa, pisando la picadura de legumbres; se dejó caer en el regazo de Claudia y, mientras maullaba con dejo sensual, comenzó a frotarse contra el vientre, los senos, el cuello de la muchacha.

Cuando el gato, con lento paso majestuoso, hubo vuelto a la luz del jardín, Claudia fue recuperando lentamente el dominio de sus movimientos, la aptitud de pensar, hablar y sentir que había perdido en los minutos, ¿o las horas? que pasó en compañía del animal. Una gran lasitud —como la que sigue a un intenso placer o a un intenso miedo— fatigaba sus músculos, al grado de que sólo ansiaba echarse sobre la mesa y dormir. Tiempo más tarde, Lázaro la encontró así: dormida con la mejilla en la madera y en el rostro una misteriosa expresión de placidez.

Fue ésa la única ocasión en que el gato enseñó ser lo suficientemente audaz para acercarse a Claudia. Nunca volvió a hacerlo, así Lázaro —como aquélla— se encontrara fuera de casa. Tampoco se dejaba ver u oír si Lázaro se hallaba en compañía, o al menos cerca, de la mujer. Pero ésta *sabía* que el gato merodeaba por los alrededores: en el silencio alto de las tapias, en el refugio de las sombras del huerto, en el escondite ideal de los arriates; siempre a su espera, siempre atento a lo que ella hiciese. Sólo otra vez, estando Lázaro presente, el animal se atrevió a mostrarse. Fue una mañana muy temprano, a la hora que la pareja practicaba sus ejercicios. Como le acontecía momentos antes de que el gato apareciera, Claudia comenzó a sentirse nerviosa y torpe. Lázaro dijo algo que ella no escuchó porque, sin darse cuenta, había dejado de moverse, y porque sus oídos estaban atentos a recibir el saludo de la bestia. Su mirada inquieta, ansiosa diríase, escudriñaba la parte superior del muro, los macizos de flores, la espesura del bosquecito de frutales, segura de que en alguno de esos sitios descubriría a su amigo.

—¿Por qué no me oyes? —preguntó Lázaro por tercera vez—. ¿Qué te ocurre?

Ella respondió con alguna vaguedad ininteligible, porque en ese momento, al fin, había visto aparecer el gato en la barda, y porque no había oído las nuevas palabras de Lázaro ni sentido la presión de sus dedos en el brazo.

—¿Qué dices?

Nuevamente Claudia murmuró algo incomprensible y siguió con la vista fija en el reborde de la muralla. Lázaro, entonces, miró también hacia donde su mujer miraba y vio al gato. Luego de que uno y otro se miraron —en los ojos del gato una insolencia amarilla; en los de Lázaro un odio oscuro— aquél se marchó con desenfado.

—¿Te asustó?

—No.

—Porque si te asustó, tendré que matarlo.

—Oh, no —protestó Claudia.

—Me es antipático.

—¡Pobrecito...!

—Un día de éstos no volverás a verlo más —auguró Lázaro, casi siniestramente, y Claudia no comprendió por qué lo había enojado tanto que ella estuviese mirando al gato.

—Es un animal que no molesta...

Él la miró rectamente a los ojos:

—¿Viene cuando yo no estoy? —Claudia, que temía mentirle, prefirió fingir que no había comprendido; y él planteó la pregunta en forma más sencilla—. ¿Ha venido el gato a verte otras veces?

Claudia rompió a reír, para disimular la turbación que le causaba el interrogatorio; y más que las preguntas en sí, el no saber a dónde quería él conducirla. Dijo:

—Lázaro, por Dios. ¿Crees que lo único que hago cuando sales es ponerme a averiguar si el gato viene o no?

—¿Y no lo haces, Claudia?

—¡A mí que me importa si viene o deja de venir!

—Me es desagradable ese animal —profirió Lázaro, con los ojos puestos en la muralla.

Claudia comentó entonces, en broma:

—Hasta parece que le tienes celos... —y le espantó ver en el semblante de Lázaro, y sobre todo en sus ojos que agredían al mirarla, una reprimida expresión de cólera, que se borró en la misma súbita forma en que había aparecido.

Comentó, otra vez dueño de sus emociones:

—Bah, dejemos eso. Te decía que el brazo, al inclinarte. .. —y como si hubiese olvidado las palabras de Claudia que lo habían hecho enfurecerse, continuó explicándole la manera de hacer más armonioso el ejercicio que ella comenzaba esa mañana a practicar.

¿Adivinó el gato que su presencia —indiferentemente tolerada por Lázaro antes de que llevara a vivir con él a Claudia— molestaba ahora al dueño de la casa? Al parecer, sí, pues a partir de esa mañana no volvió a exhibirse, excepto cuando el amo estaba fuera. Apenas se apagaba en el vacío de la llanura el estruendo de la motocicleta, el gato aparecía en la barda, en el jardín o en el huerto y echaba al aire su alarido.

Claudia comenzó a aficionarse a tales visitas; a gustar de ellas en tal forma que una tarde que el animal falló en acudir, se sintió muy inquieta y, lo que la perturbaba mucho, decepcionada. A la tarde siguiente, cuando el gato volvió a apostarse en la tapia y desde allí empezó a llamarla, Claudia decidió, ¿en venganza? no salir. Luego del primer maullido, el gato aguardó un tiempo razonable; al ver que la mujer no aparecía, insistió dos o tres veces más; como tampoco lo atendiera, convirtió su grito en un desgarrador, dramático lamento sin solución de continuidad, que exasperó los nervios de Claudia y que le causaba, al parejo que pena, un gran miedo.

Al correr de los minutos, los maullidos se hicieron tan apremiantes y dolorosos, tan repetidos y profundos, que Claudia no pudo resistirse más y corrió al ventanuco para desde allí espiar al gato. El lomo un arco de ira, las fauces abiertas en una especie de bostezo, la cola enhiesta, lo vio pasearse con inquietud de poseso en el filo de la muralla; recorrerla de un extremo a otro con la furia celosa de un galán que desespera, y no lo disimula, por la tardanza de la mujer que no acude a un coloquio. A veces, cesaba su frenético paseo y, levantando los ojos al cielo pesadamente azul, profería lo que era fácil confundir con un llanto muy triste y humano.

Claudia padeció de pronto, sofocante, el remordimiento de estar haciéndolo sufrir y, conmovida por su padecer, salió al jardín. El gato se aplacó instantáneamente por unos segundos y en seguida, en una suerte de alegrísima reacción, se precipitó a una singular euforia: describiendo una parábola se lanzó hacia el césped y apenas lo hubo tocado comenzó a corretear, a saltar, a ejecutar increíbles piruetas en torno a la muchacha. Cuando agotó su entusiasmo, se irguió sobre sus patas traseras y emitió una sonora carcajada — una risa amplia y aguda que espeluznó a Claudia.

Su trato constante le enseñó a la mujer a conocer, si así pudiera decirse, los estados de ánimo de su compañero irracional. Solía reír a carcajadas cuando estaba de buen humor; gemir melancólicamente si algo, ¿qué? lo preocupaba; o guardar silencio y limitarse a mirarla con expresión de tristeza si ella, a resultas de su embarazo, no se encontraba en buena salud.

Lo que más parecía agradar al gato era contemplar desnuda a Claudia. Si ella se echaba a tomar el sol en el jardín o si se ocupaba de regarlo o de podar las plantas, el animal poníase a mirarla tesoneramente, y en sus pupilas ardían las inextinguibles lucecitas del deseo. En esos momentos, Claudia sentía que no era una bestia la que espiaba su cuerpo, sino un hombre inflamado por la más extraña pasión.

Encontraba confusamente placentero saberse codiciada por el gato; codiciada con un ardor viril más intenso y por completo distinto al de un hombre. A veces sufría la secreta vergüenza de estarle siendo infiel a Lázaro; de traicionarlo por el solo hecho de ofrecer su desnudez a los ojos de ese animal que reaccionaba, no como lo que era, sino como un varón lascivo y descarado, que se exaltaba en forma increíble si ella, para darle variedad al juego, poníase a provocar sus instintos por el método siempre eficaz de irse desnudando poco a poco en su presencia: de ir mostrando a pausas, con deliberado impudor, aquellas partes, los senos y el vientre, que más lo entusiasmaban. Si Claudia, a propósito, se arropaba luego de haberse dejado ver, el gato daba en gemir, en revolcarse, en estertorar con la vehemencia de un macho en brama que no puede tomar a la hembra que apetece.

Acuciosamente, Claudia confiaba a las páginas de la libreta los pormenores de su amistad con el gato. En las notas manuscritas que trataban de él, ni una sola vez lo mencionaba como lo que era, ni hacía alusión, así fuera en forma indirecta, al género al cual pertenecía. Lo designaba con la clave de una letra — la G. hablaba de G. como si se tratara de un hombre al que añorase. No pocos de los pasajes de aquel que no era un *Diario* aunque lo pareciese, eran atrevidos y equívocos. (Tanto que a ella misma, años más tarde, cuando trató de explicar al iracundo Lázaro quién era G. y por qué había escrito tales audacias, le parecieron muy endebles los argumentos a los que recurrió para sincerarse. ¿Cómo convencer a un esposo perturbado por los celos que el G. al que con tanto amor y frecuencia se refería era una criatura irracional y no un amante?)

"Anoche, mientras Lázaro me hacía el amor y me decía lo mucho que me ama, mi pensamiento estaba con G. en otro lugar, y como me ha sucedido ya muchas veces, sentía que eran los suyos los ojos que miraban los míos y tuyas también las palabras que caían sobre mis labios", rezaba una nota, y otra: "No sé por qué, pero siento que el hijo que voy a tener es más de G. que de Lázaro", y otra más: "El recuerdo de G. no me abandona nunca. Si estoy sola, él está conmigo; si Lázaro me acompaña, siento que G. piensa en mí", y ésta: "Cuando duermo, cuando sueño, la cara de G. no se aparta de mi memoria: es una cara hermosa, estoy convencida. ¡Su cara! La veo como la vi la primera vez: llena de curiosidad ante mi cuerpo; la veo como la he visto después todas las veces que nos encontramos los dos solos y yo, sin que él me lo pidiera, me desnudaba porque sabía que le gustaba verme así. ¿Por qué, si no debo hacerlo, si quiero a Lázaro y le estoy tan agradecida, recuerdo constantemente a G.? ¿Es de una mujer normal pensar lo que pienso respecto a G.?"

(Otras notas eran menos personales, menos comprometedoras, pero igualmente sinceras: aludían, casi todas, a Lázaro con amor y gratitud, con respeto y cariño; pocas con pasión. Según la constancia de Claudia, Lázaro era para ella el símbolo de la generosidad y la confianza. Hablaba de él con ternura, más como si fuera su

padre que su esposo. Las que no lo mencionaban, referíanse a las vulgares sorpresas de la vida hogareña: el progreso de las ventas; el placer de haber preparado, sin auxilio ajeno, su primer guiso vegetariano; el nacimiento de una flor; la belleza de un crepúsculo; el sobresalto de la tarde que tomó su primer baño de sol; el alborozo que le produjo saber que iba a ser madre. La tristeza de esperar en vano la carta de las tías. El miedo al misterio del parto. Sus aprensiones al respecto ocupaban dos páginas. En su parte medular, Claudia narraba:

"Hoy le pregunté a Lázaro si no sería bueno ir pensando en qué hospital voy a tener a mi hijo, y él contestó:

—Lo tendrás aquí.

Le pregunté entonces si no sería bueno que me viera el doctor o la doctora que van a encargarse de ayudarme, y dijo:

—No.

—Debe verme, para saber cómo estoy y cómo viene el niño.

—Nadie te verá.

—¿Quién va estar conmigo?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí. Yo.

—¿Nadie más? ¿Un partero?

—Sé lo bastante para no necesitar ayuda de otros.

Pensé que bromeaba y me reí, aunque él estaba muy serio:

—Tú no eres doctor.

—Aunque no lo sea, yo te ayudaré. Sé como hacerlo.

Le dije que tenía miedo y él, como si no supiera a qué, me preguntó:

—¿Miedo, tú?

—Sí, Lázaro. A morirme. A que me duela.

—No te dolerá más de lo normal, ni te morirás. Todo saldrá bien.

—¿Por qué no me llevas al hospital o haces que venga alguien que sepa de estas cosas?

Él me miraba con el cariño con que me mira desde que esperamos a nuestro hijo, y sonrió, supongo, para que yo me tranquilizara:

—Nadie podrá atenderte con más amor, con más cuidado que yo, porque a nadie le importas lo que a mí. Entre los dos nos arreglaremos, ya verás. Sólo te pido que cuando llegue la hora seas valiente y confíes en mí... Eso dijo para darme ánimos ahora que el momento se acerca, pero tengo miedo, mucho miedo; más del que ya tenía antes de saber que nadie va estar conmigo cuando el niño nazca. ¿Dudo que Lázaro pueda hacer lo que un doctor? Quisiera creer que no, pero la verdad es que sí. Lázaro, que jamás miente, dice que ha leído libros y que sabe de estos asuntos lo suficiente para que yo salga bien; y yo debo aceptar que es cierto. Pero eso no me quita el susto; al contrario, lo hace más grande. Si alguien estuviera conmigo —un médico, o siquiera una mujer de esas que saben traer niños al mundo— me sentiría más protegida. Claro que a nadie, como dice, puedo dolerle lo que a él, pero de todos modos eso no me quita que yo esté sufriendo lo que sufro desde esta mañana...")

Claudia vio vivo por última vez al gato —más que al gato, a su sombra— pocas horas antes de que Lázaro, harto de la vigilancia de la bestia de sardónica sonrisa, le pusiera la trampa de los pedacitos de carne envenenados con cianuro.

Por el ancho hueco de la puerta entraban hasta más allá de la mitad de la estancia los fulgores torrenciales, del sol de invierno, revelando la textura de las

baldosas; suprimiendo los contrastes entre la luz y la sombra: poesía de los medios tonos. Como una lupa de infinitos aumentos, esa luz que pronto comenzaría a enfriarse magnificaba el tamaño de las partículas de polvo y de los insectos que en ella revoloteaban y hacía, además, que unos y otros pareciesen limaduras de cristal en suspensión. Esa misma luz traía desde el exterior el espeso volumen de la tapia y el cruzar intermitente de pájaros invisibles, frutos vagabundos de los árboles.

En la sombra de la barda, Claudia vio aparecer la silueta del gato: amplificada, estilizada, majestuosa, insolentemente segura de sí misma. La vio ir de un lado a otro de los límites de la embocadura de la puerta; perderse en la sombra, reaparecer después y detenerse en el cuadrángulo de claridad. El corazón le rebotó de angustia y el cerebro de órdenes que lo conminaban a irse sin desafiar al hombre que podía descubrir su presencia con sólo apartar los ojos de la balanza en la que pesaba los polvos. El gato no captaba el ruego telepático de Claudia y continuó en el sitio, erguido y alto, interrumpiendo el paso de los rayos del sol, de modo que se le veía de perfil, como si fuese más que un gato vivo uno de juguete.

Los minutos que pasó la bestia en la muralla resultaron casi agónicos para Claudia, quien temía que Lázaro al sorprenderlo cumpliera su amenaza de escarmentar al felino que los espiaba. Al cabo (o porque se cansó de esperar que Claudia saliera de la casa, o porque al fin recogió sus ruegos de que desapareciera), el gato rompió su estatismo de deidad faraónica y se esfumó. Apenas lo hubo hecho, Claudia atisbo disimuladamente el rostro de Lázaro y nada halló que la autorizara a suponer que él también lo había visto.

Aunque a mediodía había dicho que no pensaba salir, apenas se apagaron los resplandores malva del elaborado crepúsculo, Lázaro tomó la motocicleta y se marchó. Ya a solas, Claudia exploró el jardín varias veces, más con la esperanza de ver al gato que con el propósito de desentumecer sus piernas y de procurar un poco de alivio a su espalda fatigada por las muchas horas consecutivas de trabajo. A media voz hacía llegar a todos los lugares donde podía hallarse el gato, el siseo:

—Bicho, bicho, bicho... —con el que lo instaba a mostrarse.

Como su llamado no logró hacerlo comparecer, Claudia supuso que el animal había vuelto ya al sitio donde habitualmente vivía, ¿una casa de los alrededores, un agujero en la llanura, una cueva en las colinas? Algo así como una hora más tarde (en aquella época aún le resultaba fácil calcular el tiempo con cierta exactitud) Claudia escuchó la motocicleta de Lázaro que regresaba y luego el inevitable estruendo de la puerta al cerrarse. Por encima de la barda interior saltó el grito del hombre, anunciando:

—Ya regresé —y a continuación—: ¿Está lista la cena?

Acostumbrada a no querer saber más de lo que Lázaro estaba dispuesto a decirle, Claudia se abstuvo de preguntar dónde había ido o qué había hecho durante el tiempo que pasó fuera; y él, por su parte, no demostró interés ninguno en explicarle que había ido a comprar la picadura de carne que pensaba utilizar, luego de haberla saturado convenientemente con cianuro, para

envenenar al gato, esa misma noche, apenas Claudia se durmiera. Terminaron de cenar, charlaron un rato de asuntos de trabajo, de la niña por nacer, del nombre que iban a ponerle, de las nuevas obras que Lázaro planeaba para ampliar el tamaño y las comodidades de la casa. Lavaron los platos, seleccionaron las frutas para el desayuno, y se retiraron a la cama.

Ninguno de los dos dormía. Lázaro, porque estaba aguardando a que Claudia lo hiciera tan profundamente como él necesitaba para levantarse y salir sin alarmarla. Ella, porque Lázaro velaba con los ojos cerrados, en un intento infructuoso de

engañarla con la mentira de la inmovilidad. Le preocupaba ese tenso insomnio del hombre; también, recordar que en los últimos días se comportaba como un extraño lleno de misterio y reserva, igual que si lo aquejaran graves preocupaciones. Muchas veces, mirándolo cavar, fruncir el ceño y mantenerlo así durante horas, como si sufriera un dolor en el pensamiento, había querido preguntarle los motivos, las causas de esa desazón apenas disimulada, y no lo había hecho un poco por timidez y otro porque el momento le parecía, siempre, inoportuno. Pero esa noche la coyuntura de que él no pudiera dormir, se le figuró propicia. Sin moverse, ni buscar con la suya la mano más próxima de Lázaro para tomarla, acariciarla y sentirse amada y protegida, Claudia entregó al silencio de la vigilia mutua una débil pregunta: —Lázaro, ¿te pasa algo?

Él aplazó mucho la respuesta, porque estuvo meditando si debía devolverla a Claudia e iniciar una charla de incierta duración. Dijo, en voz muy queda, como si estuviesen haciéndose el amor:

—No. Duerme, que es muy tarde.

—Lázaro, ¡te siento tan solo...!

—Tú me acompañas.

—Me refiero a otra clase de soledad. Tú sabes a cuál —trabajosamente, porque su henchido vientre de siete meses de preñez entorpecía sus movimientos, Claudia se incorporó a medias en el camastro y echó todo el peso de su cuerpo sobre el puntal del brazo doblado por el codo—, Lázaro, ¿por qué no me cuentas; por qué no me dejas que te ayude?

En la oscuridad, el tentáculo de una mano de Lázaro acarició las mejillas de Claudia; las acarició con amor, como si acariciara uno de sus senos o un fruto. Sus labios —lo que rara vez hacía, ahora— buscaron los de la muchacha y se unieron en un beso muy puro, muy de hombre y mujer que han superado la furia de la pasión.

—Nada me preocupa, créemelo...

Claudia suspiró, como si la desalentase que él rehusara compartir con ella los problemas, o lo que fuese, que lo retenían despierto en las horas que debían ser para el sueño, o absorto en interminables reflexiones durante el resto del día. Volvió a tenderse, luego de laboriosa maniobra. Con ambas manos sobre la esfera del vientre (sintiendo, o creyendo sentir debajo de la piel los movimientos del hijo que en él moraba; sintiendo, o creyendo sentir los aleteos del pequeño corazón independiente) ella hizo un comentario:

—Si pudiera ayudarte a no estar tan solo, Lázaro... —que originó el muy indefinible del hombre:

—¿Cómo puedes ayudarme a compartir esta soledad que no comprendes? ¡Si lograras siquiera entender lo que callo!

Ella adivinó que las palabras de Lázaro, susurradas con acento de tenue decepción, encerraban un reproche: ¿el de que fuera tonta? ¿El de que nunca hubiese hecho un esfuerzo para superar su mediocridad? ¿El de haberse limitado, como otras tantas, a ser sólo la mujer, el ama de casa, la carne para el disfrute del hombre que padece el privilegio de ser distinto a los demás? Humildemente rogó:

—Ayúdame, Lázaro, para que yo pueda ayudarte... —y lo que dijo sonó a frase hecha, facilota y convencional.

Él dijo, siempre quedamente:

—No estoy ni me siento solo... —y creyendo que lo decía por gentileza, para no hacerla sentirse mal si su soledad era consecuencia de alguna ineptitud suya, Claudia lo rebatió:

—No necesitas decirlo para saber que te sientes solo, que siempre te has sentido así desde que yo estoy aquí. Quizá... quizá otra mujer, más grande, más inteligente, menos tonta que yo...

Otra vez la mano de Lázaro buscó las mejillas de Claudia y, en seguida, su boca, que cegó suavemente para que las palabras no siguieran fluyendo:

—En la soledad, Claudia, he encontrado la libertad —ella lo escuchó reír bajito, como si quisiera restarle énfasis, grandilocuencia a lo que iba a agregar y que fue—: Somos libres cuando llegamos a la convicción de que estamos solos y que el mundo no es lo que nos rodea, sino aquello que tiene por límites nuestra piel.

—Nadie está totalmente solo —dijo Claudia—. Yo no lo estoy, porque te tengo a ti. Tú no debías sentir que lo estás, porque me tienes a mí. Y todos, aun los que no creen, tienen a Dios...

Él hizo descender su mano desde el cuello, donde la había dejado reposar luego de haberle apartado de los labios de Claudia, hasta la conmovedora y endurecida hinchazón de su vientre. Acariciando el ser, cubierto aún por la tensa epidermis, recitó.

—¡Dios, el gran consuelo! La panacea que a mí no me sirve.

—Nos sirve a todos, Lázaro. A ti también, aunque lo niegues.

—No lo niego. A Dios no se le niega con palabras. Se le excluye por otros medios. El de la inteligencia... Lo dije una vez, para ti, según creo... Si no con éstas, con palabras parecidas. En el tren, ¿recuerdas?

—Hablaste mal de Dios, entonces, y no sé si lo que vas a decirme es lo mismo que dijiste aquella tarde...

Por medio de presiones de sus dedos sobre los dedos de Claudia, Lázaro fue subrayando las frases que él consideraba más importantes de su pausada perorata en torno a Dios, la fe, la debilidad de los humanos y la fortaleza de los agnósticos. Cosas que ella no comprendía, pero que a él parecían entusiasmarlo. Aunque su tono era muy didáctico, distaba mucho de ser el de un proselitista:

—El acceso a la fe no se tiene por la inteligencia. La inteligencia, Claudia, combate la fe. La fe es producto de un contacto directo, voluntario y vehemente, con la fuerza que autogeneramos y a la que nombramos Dios. Conseguido ese contacto, el hombre gana lo que designa con el vago vocablo: Gracia. La Gracia, que es sólo una forma, poco común ciertamente, de enajenación; una perturbación mental que a algunas personas les produce trastornos tan agudos que las convierte en dementes peligrosos, en iluminados esquizofrénicos. Éstos alcanzan, entre las ovejas del Cristianismo, jerarquía de santos...

Claudia, escandalizada por lo que Lázaro había dicho y temiendo que Dios la considerara cómplice del blasfemo, intentó desasirse de la mano que arropaba la suya, al tiempo que demandaba:

—Lázaro, no quiero que digas eso...

Pero él no cedió a la exigencia de la mano ni de la voz de Claudia, y continuó hablando en la sordina de su media voz reflexiva:

—Iba diciéndote, antes de que me interrumpieras, que el hombre busca el contacto con Dios para obtener la recompensa de la Gracia; lo que demuestra que es el interés, el humano y mezquino interés, lo que lo mueve a someterse a la Divinidad. Bien, cuando un hombre, y tal es mi caso, interrumpe deliberadamente ese contacto, pierde la fe; y muy difícilmente, así su voluntad intervenga después, podrá recuperarla. Yo, Claudia, carezco de fe, de la clase de fe que a los hombres se nos exige tener: en el ídolo, en el símbolo, en la leyenda.

—Pobre de ti que no tienes nada... —dijo ella, y aunque su mano continuaba en la de Lázaro, éste sintió que la comunicación entre ambas se había interrumpido, como si Claudia no encontraría grato ni digno, menos aún amoroso, que él la tocara.

Comprendió él la indirecta que ella le transmitía en forma tan evidente, y desenlazó sus dedos.

—La fe, como la verdad, debes encontrarla en ti misma, por ti misma. Si no, carece de valor. La verdad que tú descubres, la verdad en la que crees, es la única buena y se llega a ella después de pasar la dilatada prueba de la experiencia. Se nos dice, Claudia, que nada hay más firme que la fe; se nos dice que quien la tiene profundamente arraigada es fuerte y jamás la pierde. Premisas falsas, ambas. La fe se pierde porque nada es permanente en el hombre; y sí todo, excepto su verdad, transitorio, perecedero.

La escuchó removerse en el camastro contiguo, y luego preguntarle abruptamente:

—¿Quién eres que hablas así, Lázaro?

Pues estimaba que eran muy serias las palabras que iba a decir (y que Claudia no habría de entender esa noche y nunca) él no usó un tono doctoral para expresar su respuesta; sino uno sonriente y casi frívolo:

—Pertenezco a la raza secreta de las Antiguas Personas. Soy un Sobreviviente de los Tiempos. Uno de Los Pocos.

—¿Los pocos?

—Constituimos, diseminados por el mundo, una sociedad hermética. Somos Los Pocos; así, con mayúscula. Debemos asumir, porque nos conviene, personalidad distinta a la que nos es propia. Yo, por ejemplo, paso por ser fabricante de matamoscas. Cada uno de nosotros tiene una labor particular que desempeñar, y en tanto llega el Momento del Gran Cambio, la etapa de la evolución definitiva... Oh, pero es inútil tratar de que comprendas... Es lástima que ni yo ni mis hijos alcancemos a vivir lo necesario para disfrutar de las maravillas de la Existencia Trascendente. ¿Qué importa? Debo, hoy, hacer mi parte con la humildad y el espíritu de renuncia con que la han hecho otras de las Antiguas Personas en el pasado. Porque debes saber, Claudia, que el tiempo del hombre es ínfimo si lo comparamos con el Tiempo Superior que nos gobierna...

Al discurso siguió una risotada de Lázaro y, como Claudia continuara guardando silencio (porque no había comprendido ni una sílaba y porque, además, la enfadaba mucho que él hablase irrespetuosamente de Dios y de los santos), él le hizo cosquillas en los senos para instarla a reír:

—Anda, burlate de mí como yo lo hago... —y, ¿de mentiras, o para restarle su verdadera y hermética importancia a lo que había dicho? Lázaro se mofó de sus propias palabras, repitiéndolas con matiz de ridículo—: Antiguas Personas. Sobreviviente de los Tiempos. El Gran Cambio... ¿Suenan bonito, eh?

Claudia dijo entonces:

—Hasta mañana... —como si estuviese muy disgustada y quisiera no ocultarlo; se tendió trabajosamente sobre un flanco y en menos de un par de minutos cayó en el sueño.

Para abandonar el lecho, salir de puntillas, cruzar el jardín y ganar el tejaban, Lázaro aguardó, luego de repetir "*Hasta mañana*", a que la respiración de Claudia le indicara que ya dormía profundamente.

De tan redonda, la luna hacía recordar una bola de marfil abandonada en el centro de una mesa de billar; o bien, pensó él, una desgarradura perfectamente circular a través de la cual, con sólo desearlo, podía asomarse a la claridad del

mundo metafísico al que alumbra (astro contradictorio que despidió rayos de hielo) el sol de la noche. La sombra que avanzaba delante de Lázaro emulando sus movimientos, era menos espesa, de consistencia menor, de lo que suele ser la de un cuerpo repetido en el piso o en el muro por la luz del día.

En silencio de fantasma, más que caminando: trasladándose en una especie de levitación, cruzó el jardín, empujó la puerta que había dejado sin cerrar y, siempre con gran sigilo para no asustar al gato que debía estar oculto en alguna parte de la penumbra, llegó al tejaban. Dudó entre darle fuego a un fósforo para encender la lámpara y buscar la carne, o no. Optó por lo primero, no tanto porque le resultara difícil hallar a tientas el bulto que contenía los trocitos sanguinolentos, cuanto porque le era indispensable tener una poca de luz, la mínima siquiera, para verter en ellos, a manera de aderezo, el veneno. El olor de esa carne de ínfima calidad le produjo una intensa náusea, y cuando la tocó con los dedos padeció una desagradabilísima sensación — la de hurgar dentro de las llagas de un cadáver desnudo hasta de la piel. Luego de imponerse a la repugnancia que le producía manipular esa materia fofa y muerta, Lázaro la cubrió con generosas cantidades de cianuro, apagó, tomó la escalerita, la apoyó en la tapia, trepó por sus peldaños y dejó allí, donde gustaba el gato tenderse a espiar, una parte, quizá un tercio, de la carnada. Distribuyó el resto en el jardín, la hortaliza y el huerto. Borró la clave aritmética del mecanismo de cerrajería y retornó a la casa. De entre los labios de Claudia brotaba el surtidor desigual de su respiración. Al tenderse junto a su mujer, Lázaro pensó en voz alta

—No me lavé las manos... —y cuando se disponía a levantarse para asearlas en el grifo de la cocina, Claudia se movió, giró sobre su costado y su brazo cayó, cruzándolo, sobre el pecho de Lázaro, quien hubo de guardar, entonces, para no despertarla, absoluta inmovilidad.

Se puso a esperar que su compañera de sueño reiniciara los sonoros ronquidos que la habían estado arrullando antes de que se moviera para dar a su cuerpo una postura más cómoda. En vano, Claudia no roncaba ya, pero su brazo —seguro como un ancla— sujetaba por completo a Lázaro, que no se atrevía, ahora, a hacer ningún movimiento que pudiera inquietarla.

Fue él, por más que no deseaba hacerlo sin antes lavarse las manos que habían tenido contacto con la carne y el veneno, quien terminó durmiéndose. Lo supo al iniciar una breve, intensa lucha contra los párpados dominados por el sueño, y al tratar de recordar dónde estaba y de quién era, aunque sólo de Claudia podía ser, la voz que lo llamaba y los dedos que tiraban suavemente, para despertarlo, de su brazo y de su pelo.

—Lázaro —le pedía el murmullo de Claudia— Lázaro, ¿oyes lo que está pasando?

Sintiendo que cargaba sobre los hombros el peso del cansancio total del universo, Lázaro se apoyó en una de sus manos y, medio adormilado todavía, trató de concentrar la atención de sus oídos, más que la de su mente, en el ruido, estruendo, rumor o lo que fuese que Claudia le rogaba escuchar.

—¿Lo oyes, Lázaro?

—¿Qué? —dijo él con la torpeza de quien sólo puede hilvanar mínimas frases elementales.

—Al gato. Se queja. ¿No lo oyes...?

Hasta que Claudia nombró al gato y agregó el comentario de que se estaba quejando, pudo asociar Lázaro el intraducible rumor que provenía de la oscuridad del jardín con el del estertor de un moribundo: un gemido intermitente, de acusados altibajos, que se agrandaba en el silencio de la madrugada, que llevaba a los

nervios de la mujer, y aun a los del hombre, una vibración que en ella era de miedo y en él de neurastenia.

—Es el gato, pero se queja como hombre.

—Tápate los oídos y duérmete —ordenó él.

—Lázaro, ese animal está sufriendo.

—¿Por qué dices: está sufriendo, si no te consta?

—Está sufriendo. Óyelo bien... —Claudia dejó un espacio muy amplio entre la última palabra que había dicho y la siguiente que pensaba decir, a fin de que Lázaro escuchara al gato: lo que parecían ser lamentos de dolor— ¿Lo oíste...?

—Duérmete... —volvió él a sugerirle.

—Vé que le pasa... —se atrevió ella a ordenarle.

—Oh, Claudia, déjame en paz.

—Si no vas tú, iré yo... —e inició un movimiento para levantarse.

La tomó él por un brazo y la obligó, con firmeza, a tenderse:

—Iré yo...

No buscó al gato porque no tenía interés, si lo encontraba, de ser testigo de su agonía. Se limitó a llamarlo:

—Bicho, bicho... —en voz alta para que Claudia supiera que él, para complacerla, trataba de localizar al animal y ayudarlo, en caso de que requiriese algún género de auxilio. Pero los quejidos cesaron repentinamente apenas Lázaro apareció en la puerta y comenzó a decir, sin entusiasmo —Bicho, bicho...

Para hacer tiempo, circundó el jardín un par de veces, se internó en el huerto y en la hortaliza, y regresó. Claudia, deformada, arrebuada en su batón de dormir, estaba también llamando al gato desde la puerta cuando él volvió.

—¿Lo encontraste, Lázaro?

—No.

—¿Buscaste bien?

—En todas partes. Creo que ya se fue.

—¿Estás seguro?

—¿Has vuelto a oírlo?

—Quizá lo asustaste y escapó...

—Lo que quiere decir, Claudia —explicó él, rodeándole los hombros con el brazo — que el gato no estaba enfermo ni sufriendo. Estos animales son por naturaleza hipócritas, falaces, taimados, y gustan de llamar la atención. .. Hace un rato, hasta yo mismo creí en la mentira de sus maullidos...

—No eran maullidos, Lázaro; los conozco bien. Eran quejidos, como de gente.

—Quejidos o maullidos, eran un truco para espantarnos el sueño; lo prueba que ya no lo oíganos, ahora que tú y yo estamos despiertos.

—Eso no prueba nada...

—Prueba que el gato vino a estropearnos la noche.

—Sufría por algo. Lo sé.

—Claudia, Claudia, ¡dices cada cosa! —remedó el tono quejumbroso que había usado ella— ¡Estaba sufriendo! Que va, mujer. Ese gato vagabundo está dándole serenata a la luna, y nada más. En cuanto me vio ¡pum!, desapareció... Anda, vamos a dormir.

De nuevo en sus camastros de madera, Claudia comentó:

—Hubiese jurado que sufría horriblemente...

—De haber sido así —repuso Lázaro, arrastrando las palabras para que Claudia comprendiera que tenía sueño y pocas ganas de hablar— seguiría en el jardín o donde estaba cuando empezó a meter bulla...

—Tal vez se fue porque lo asustaste...

—Si pudo irse, es que nada le dolía. Y, Claudia, por favor: terminemos ya. Duérmete y no hables más de ese molesto animal...

Mucho tiempo permaneció Claudia con los ojos cerrados y los oídos alertas a percibir el menor ruido, el más leve signo sonoro que le indicara que el gato había vuelto al mundo de tinieblas del jardín (si es que se había ido de él, como opinaba Lázaro) o que continuaba oculto en algún sitio, como ella suponía, y sufriendo sabrá Dios qué horrible pena. La venció finalmente el sueño, y el grito doloroso del gato no volvió a escalar el silencio. Lázaro, en tanto, deseaba en la profundidad de su pensamiento: *"Ojalá haya ido a morirse lejos de aquí..."*

Lázaro, que a orgullo tenía ser dueño de una salud a prueba de enfermedad (si fuera lícito emplear tales términos para decir que había sido consecutivamente sano treinta años) despertó indispuerto al día siguiente. A la luz del amanecer de plomo, su rostro —se le figuró a Claudia— veíase distinto a como era siempre: los ojos, la nariz, la boca, la barba, los dientes, las cejas, parecían haber sufrido cierta indefinible alteración. Contra su costumbre, no fue el primero en abandonar el lecho de tablas y, también contra ella, flojeó un poco antes de echar fuera de él las piernas. Permaneció unos momentos sentado en el borde, con la cabeza gacha y una abrumadora fatiga en todo el cuerpo; y hubo de hacer un enorme esfuerzo para ponerse en pie.

—Es extraño... —dijo, respirando con dificultad.

Claudia, que lo había visto apoyarse en la mesa como si estuviese muy débil, se acercó:

—¿Te sientes mal?

—Algo raro, una punzadura aquí, en el estómago.

—¿Preparo un té?

Movió él la cabeza y con los dedos de ambas manos se palpó la cara, reconociendo, o tratando de reconocer, sus rasgos:

—Siento que la tengo hinchada, ¿sí?

—Hinchada, no... —le informó Claudia, después de observársela—. Sólo un, ¿cómo diré?, un poco distinta, La boca, los ojos, las orejas...

—¿Cómo están...?

—Te digo: distintas. Muy poco...

Pensativamente recibió Lázaro el comentario de Claudia y luego, sin duda ya menos enfermo que un momento antes, se dirigió a toda prisa al tejaban. Allí buscó el espejo (que guardaba, con la brocha, la navaja y el jabón de afeitar, en una caja cerrada con llave), y se escrutó las facciones por un largo momento. Las encontraba, sí, un poco alteradas, como si estuviese sufriendo los efectos de una reacción alérgica. De vuelta a la casa, apuró unos tragos del té que Claudia había preparado aunque él le ordenó que no lo hiciera, e indicó:

—Vamos a movernos un poco... —con lo que quería decir: vamos a hacer gimnasia.

—Si te sientes mal...

—Estoy perfectamente...

—... ¿por qué no descansas hoy? —terminó Claudia de preguntar.

—Estoy bien. Anda. Vamos.

Muy arduo resultó para Lázaro completar la hora matinal de ejercicio. Era evidente que lo hacía sin entusiasmo y sólo por el deseo de no dejarse vencer por el malestar, que lejos de disminuir, aumentaba. En dos o tres ocasiones, Claudia lo vio detenerse, respirar con acusada dificultad, perder el ritmo de los movimientos,

tambalearse, sacudir la cabeza, parpadear como si le hubiese caído polvo en los ojos, y luego continuar penosamente una práctica de la que no estaba obteniendo esa mañana ninguna satisfacción.

Aunque estaba inapetente se obligó a comer las frutas y a beber los jugos que componían el desayuno. Dejó a medias la tostada de centeno y careció de ánimo para probar el postre de ciruelas. Mirándolo enfermo —la cara parda, los labios muy pálidos y un tanto hinchados; sombreadas de triste color violeta las cuencas de los ojos; las manos temblorosas, lentos los reflejos musculares— Claudia le propuso:

—¿Quieres que llame a un doctor?

—No.

—Entonces, ¿por qué no te acuestas...?

—Estoy bien...

Hizo intento de levantarse de la silla y no lo consiguió. Una súbita oscuridad lo dejó ciego, aturdido de mareo, momentáneamente. Volvió a dejarse caer sobre el asiento. Transpiraba y empalidecía en forma tal que Claudia se alarmó:

—Lázaro, ¿qué es lo que sientes?

Incapacitado temporalmente para hablar, él movía la cabeza y hacía vagos ademanes con los brazos, como si estuviese tratando, con tales acciones intraducibles, de comunicarle algo urgente, cuya gravedad ella, aunque lo deseara, no alcanzaba a comprender.

—¿Qué, Lázaro...? —le preguntaba, desesperándose porque se sentía incapaz de ayudarlo— ¿Qué quieres decirme? ¿Qué vaya por el doctor? ¿No? ¿Qué, entonces, Lázaro? ¡Dios mío...! Lázaro, ¿qué te pasa? Dime, Lázaro, dime...

Él se había echado sobre la mesa y parecía no oír las súplicas de Claudia, ni sentir sus manos que estaban sacudiéndolo por los hombros y la espalda, y que luego le tomaron la cabeza y se la alzaron, y le apartaron el pelo que le caía sobre la frente húmeda de una transpiración fríasima y viscosa, y le palmearon las mejillas, y le ciñeron el pecho en un abrazo que el propio miedo y la impotencia de la mujer hacían más conmovedor.

—Lázaro, mi amor... —imploró Claudia, usando las palabras *mi amor*, más que para testimoniarle el que le profesaba, para llamar, designar, señalar a quien merecía ser nombrado con ellas—: ¡háblame, dime qué quieres que haga...!

Por mucho tiempo el ruego angustiado de Claudia quedó sin respuesta. Lázaro, de bruces sobre la mesa, respiraba apenas y seguía inerte, duro como una piedra. Claudia comenzó a gemir y a llorar en forma tan queda que casi ni ella se oía, y a sentir después que no podía estar allí, gimoteando, lloriqueando como una tonta, y no ya en camino de buscar un médico — lo autorizara Lázaro, o no.

—Voy a buscar quién te cure... —dijo en el oído de Lázaro, y echó a caminar hacia la puerta, balanceando su cuerpo pesado y deforme. Al llegar al umbral recordó que para ganar la calle (seguía llamando *la calle* a la planicie que se dilataba entre la propiedad y las últimas calles del arrabal que no había vuelto a ver) necesitaba, antes, abrir dos puertas, y que para ello le era indispensable conocer la combinación de la cerraduras. Recogió sus pasos y trató de que él le respondiera — ¿Cómo abro las puertas? Dime los números, Lázaro...

Así, hasta que el silencio del hombre —un silencio de coma agónico, de muerto que aún respira— y tanto como el silencio, aterrador por sus dramáticas motivaciones, la convicción igualmente dolorosa de que Lázaro no vivía ya, desencadenaron todas sus ruidosas lágrimas, sus moqueos, los primeros gritos de lo que consideraba ya su viudez. Poco a poco sus brazos dejaron de ceñir el cuerpo de Lázaro, y el de Claudia resbaló, silencioso como un papel, hasta el piso. No

sentada, desparramada, huérfana de quien le daba fuerza, compañía y amor para no sentirse en completa soledad, siguió llorando, murmurando:

—Lázaro... Amor, mi amor... Lázaro... —hasta que una mano se posó dulcemente en su cabeza, y la voz de él, débil y como muy lejana, le preguntó:

—¿Qué... te... pasa...?

Y ella, sin asustarse, se estremeció de felicidad, y tomó la mano, y la besó en la palma y en el dorso, y enredó sus dedos en los fríos dedos de Lázaro, y se apoyó en los muslos del hombre y jadeando por el esfuerzo y la emoción, hablando con dificultad porque sus palabras se ahogaban en las lágrimas y eran atropelladas por los gemidos, logró ponerse en pie y se echó sobre Lázaro, y lo empujó con su vientre dilatado, y le dejó con los besos que sembró en su cuello, su nuca, su frente, constancia de gratitud porque no había muerto, porque estaba en condiciones de hablarle y de consolarla.

Con los ojos semicerrados y en los labios de cal un temblor de sílabas que no conseguía articular coherentemente, Lázaro trataba de comunicarse con Claudia.

En un momento de silencio de la mujer, alcanzó a decir:

—Allí... —y señaló con una mano desfalleciente, con una mano que era un pájaro herido a mitad del vuelo y a punto de caer, la cómoda en la que guardaban ropa y otros objetos:

—Sí, sí... ¿La cómoda?

Asintió Lázaro y tragó saliva dificultosamente. Indicó:

—Botellas. Una. Tráela...

Interpretando la orden, el ruego de Lázaro, Claudia corrió a la cómoda y buscó en su interior las botellas a las que trabajosamente se había referido, y que no le eran desconocidas pues más de una vez las había visto allí, aunque ignoraba para qué, o por qué las guardaba él con tanto celo. Eran cuatro. De vidrio ámbar, tapadas con gruesos corchos y éstos recubiertos con una dura materia que bien podía ser lacre.

—¿Esto es lo que quieres? —interrogó, poniendo frente a Lázaro las dos botellas que había tomado.

—Sí... —repuso él, con la palabra y el énfasis del cabeceo—. Ahora... abre una... y... trae... un vaso.

El líquido que Lázaro vertió dentro del vaso con mano insegura, tenía el color de la cerveza y se le hubiese tomado por tal si produjese espuma y tuviese una consistencia menos densa que el aceite. Con ayuda de Claudia, cuyos dedos temblaban tanto como los suyos, consiguió él beber la mitad de ese brebaje que conservaba desde hacía años y que era un eficaz, y secreto, contraveneno. No muy grato debía ser el sabor de la pócima, pues conforme la trasegaba eran más acusados en el rostro de Lázaro los signos del asco. Al apurarla por completo, pidió:

—Ayúdame a... a... acostarme.

Lo condujo a la cama, lo auxilió a tenderse y colocó a su lado, cómo él lo pedía, la botella abierta y el vaso.

—¿Estás mejor?

—Ahora, sí...

Con un vaivén de su cabeza, rechazó el ofrecimiento de Claudia, cerró los ojos y, tal que si se desinflara murmuró:

—Nada... Voy a dormir...

Se desmadejó casi inmediatamente y comenzó a respirar con pareja regularidad. Claudia, que retenía en las suyas una de las manos de Lázaro, siguió a su lado tanto tiempo como se lo permitieron la incómoda postura de su cuerpo y los calambres que adoloraban sus piernas. Con amor, prolongó su guardia hasta que no le quedó

duda de que Lázaro dormía sin sufrimiento y que la medicina estaba haciéndole buen efecto. Luego, caminando en puntas de pie para que ni el levísimo ruidito de sus plantas al rozar las baldosas molestara su sueño, salió al jardín a terminar la plegaria que, sin darse cuenta, recitaba ya.

.. este mismo jardín, un quinto de siglo más viejo hoy que entonces. Entre los muy pocos sucesos que en su memoria han sobrevivido a la prueba del tiempo destructor, cuenta Claudia el de la sorpresa que le causó volver a encontrar al gato, precisamente en el sitio al que ahora, como lo hace cuando está muy deprimida, ha venido a detenerse y meditar. En el medio del huerto, entre la profusión de añosos troncos que parecen brotar no de la tierra invisible en que ahondan sus raíces sino de una blanduzca superficie de hojas muy frágiles que crujen bajo sus sandalias.

—Aquí es... —dice, como siempre, y mira hacia la oscuridad en la que chapotean sus pies.

En el sitio exacto del hallazgo no ha puesto Claudia nunca una marca; no lo ha señalado en ninguna forma. ¿Cómo olvidar que allí, entre los jóvenes manzanos, a mitad de una amplia y clarísima escama de luz encontró al gato — muerto y ya endurecido? Recuerda que gritó un jay! de pasmo cuando sus ojos tropezaron con la criatura inmóvil en el extremo del surco que, al arrastrarse en su agonía, había abierto en la tierra negra y porosa. Recuerda (y como siempre que lo hace, en sus pestañas vacilan las lágrimas) que un dolor, igual al que poco antes le había causado ver a Lázaro tan enfermo, se le clavó en el corazón así que no le quedó duda de que el compañero amoroso de tantas tardes de soledad era sólo un residuo sin vida, de pelos mustios y sucios de vómitos. Recuerda el primer resentimiento, que entonces no sabía que lo era, que experimentó contra Lázaro, a quien, mentalmente, hizo responsable, por más que careciera de base para acusarlo, del trágico fin del gato.

Trágico, sí, porque había muerto envenenado con la carne, arteramente distribuida en la huerta, la hortaliza, el jardín y la tapia, que fue encontrando en el curso de la mañana, mientras Lázaro dormía y ella, muy triste y con absoluto desinterés por su trabajo, realizaba sus cotidianas faenas. Parecíale una ruindad que Lázaro, para deshacerse del gato, hubiese tenido que matarlo, y también que hubiese llevado su antipatía hacia el pobre hasta el extremo de depararle la más cruel de las muertes — la del cianuro. ¡Qué dolor el de sus maullidos, qué desconsolada desesperación la de sus patéticos gritos! Y qué infamia la de Lázaro que a sabiendas de que estaba muriéndose, nada había hecho, siquiera matarlo, para ahorrarle su pena; que había fingido que lo buscaba, aunque sabía (lo que era exacto) que en el huerto era donde la vida del gato terminaba entre espasmos horribles.

—También esta noche voy a vengar al pobre gato. . . —murmura, y la satisface reforzar los motivos de su odio contra Lázaro con ese que apenas acaba de ocurrírsele.

El golpecito de una tos (ese tipo de tos que se usa para llamar la atención o para anunciar la presencia) la hace volverse hacia la puerta de la casa. Contra el fondo luminoso de la entrada se recorta la silueta de Job, y Claudia la encuentra extraordinariamente parecida, en porte, a la de Lázaro. Sólo difieren, vistos así, en la forma de las orejas: las del padre son comunes, las del hijo se asemejan —son— a las de un gato: erguidas, agudas, sensibles a captar los sonidos que escapan a los demás. Job no ha vuelto a toser; continúa de pie en el umbral, apoyado en la jamba; los ojos sin duda oteando la oscuridad desde la cual, sin delatarse, lo espía su madre.

A la compasión que le produjo encontrar al gato sucedió en Claudia la curiosidad. Con la punta del pie, no porque le tuviera asco, sólo porque la muerte (así ocupara el cuerpo de un animal) le producía horror, movió el cadáver en tal forma que la luz del sol le alumbró directamente la cara. Lo que vio en ella la hizo retroceder, espantada, unos pasos.

—¡Ayl... —exclamó, resistiéndose a creer lo que miraba.

Cuando consiguió superar ese nuevo asalto de la sorpresa, y venció el miedo a acercarse para ver con mayor calma al gato, comprendió Claudia que su primera impresión era correcta — y que los rasgos de esa cara felina repetían increíblemente los de Lázaro. Le parecía estar viendo, plantados en el óvalo facial del gato, los ojos, la nariz, la boca, del hombre que no muy lejos de allí, en el camastro de la casa, yacía enfermo a consecuencia de una benigna intoxicación. Un tropel de preguntas se le formó en el cerebro; un caos de incógnitas que se multiplicaban como hongos: las facciones humanas que creía adivinar en el rostro del gato, ¿eran, por efecto de alguna mágica transmutación, las de Lázaro? ¿Era éste quien asumía la forma del gato para espiarla? Si no, ¿por qué, cuando el deseo les daba vida, eran tan iguales los ojos de Lázaro a los del gato, y viceversa? Una sospecha horrorizante, que la dejó sin aliento y que luego echó a temblar sus manos, se abrió paso entre la confusión mental que padecía en esos momentos. ¿Eran Lázaro y el gato una sola, única persona? El vello del cuerpo se le erizó y la piel se le llenó de grumos helados. La mera suposición de que así podía ser, le secó de saliva la boca y, cosa que nunca le había ocurrido, le perturbó la vejiga, al grado de que por sus muslos comenzó a correr la cálida humedad de su orina incontrolada. Sufrió, en seguida, un ataque de risa, no sabía si porque estaba mojándose como una bebida o porque padecía, sin poderlas evitar, las consecuencias imprevisibles de un tremendo pánico. Cuando todo hubo pasado: esto es, cuando recuperó el gobierno de sus emociones y se convenció de que era de locos pensar que un hombre puede asumir la forma de una bestia, sintió vergüenza por haberse orinado a sí misma. Obediente a un impulso de simpatía, se inclinó para acariciar el cadáver, y le pareció que sus dedos tocaban un juguete de cartón, duro, anguloso, frío, cubierto por una pelambre a la que le faltaba el brillo de la de un gato verdadero.

Volvió a la casa y no bien puso pie en su interior, una voz —la muy irritada de Lázaro— comenzó a reñirla:

—¿Dónde estabas?

—En el jardín —repuso obviamente, pues de allí venía.

—He estado llamándote.

—No te oí.

—Llamándote para que me alcanzaras la otra botella... —rezongó él, tendiéndose otra vez muy lentamente.

—Perdóname. ¿Quieres tomar tu medicina?

—Claro, no voy a untármela...

Lázaro estaba de mal talante, y lo había puesto así la cólera que le suscitó llamar docenas de veces a Claudia y no ser escuchado y menos atendido por ella. Su lengua rebosaba epítetos despectivos contra la tonta mujer que se preocupaba por todo, menos de velar al compañero enfermo. Le irritaba la lentitud de sus movimientos, la torpeza de sus manos que no lograban descorchar el segundo frasco del antídoto; la nerviosidad que la hacía tropezar con los muebles; el azoro con que ahora lo miraba y el descuido, ¡la estupidez!, corrigió, de no evitar que de sus dedos se escurriera hasta el suelo, y se estrellara allí, el envase de cristal ámbar.

—Claudia, Claudia, pon más atención a lo que haces. .. —resopló pacientemente, aunque hubiese querido salpicarla de injurias.

Luego de haber dejado caer al piso la botella, Claudia no pudo ni gimotear una débil excusa, ni mover los labios, abiertos y secos, porque sus ojos enloquecidos estaban mirando la cara de Lázaró — una cara que se había transformado, en el tiempo que dejó de verla, en la de un gato que se pareciera levemente a un hombre.

—¡Lázaró! —dijo al fin.

Él movió lentamente los que no eran ya labios humanos sino fauces bestiales, y gruñó:

—Busca la otra botella, y no vayas a romperla. ¡Rápido!

La orden fue escuchada por los oídos de Claudia, pero no obedecida por su voluntad. Víctima de la parálisis del pavor, continuó mirando la ancha cara de gato que se sobreponía, como una máscara traslúcida, a la de Lázaró, y pensando que su razón flaqueaba porque sus ojos la hacían ver lo que no existía: lo imposible, lo diabólico, lo que sólo a un loco le es dado mirar.

—Lázaró —anudó— ¿te has visto la cara? —lo cual era idiota, pues ¿a qué espejo podía haber consultado?

Lázaró abrió los ojos, miró a Claudia atónitamente y luego, muy lentamente porque su debilidad era extrema, alzó las dos manos. Las llevó temblorosas a sus mejillas, para tocárselas, primero, muy despacio; luego, con gran aprensión. Los dedos, al parecer, no reconocían el dibujo de los rasgos y por el ansia con que los palpaban podía creerse que los encontraba ajenos, desconocidos, como si pertenecieran a otra persona — o a otro ser.

—¿Qué tengo en ella? —exigió saber, con voz insegura.

Cuando Claudia no contestó a lo que se le preguntaba, y en cambio dijo:

—Se parece a la de un gato... —las pupilas de Lázaró se convirtieron en dos delgadísimos paréntesis, como las de los gatos si la luz es muy intensa.

—Trae la botella —repitió él, dando por no oídas las palabras que tanto lo habían inquietado, pese a su aparente impasibilidad.

Pero Claudia alcanzó a descubrir una conmoción de temor en su forzada indiferencia, y soltó:

—Encontré al gato que envenenaste. Está en la huerta.

—Anda. La botella...

—Y, ¿sabes, Lázaró? La cara del gato también está muy cambiada. Se parece muchísimo a la tuya...

Lo escuchó respirar profundamente, llenarse los pulmones con el aire tibio de luz, retenerlo, y luego, usando sólo una mínima parte de él, decirle:

—Cuida de no romper, también, esa botella...

Un día, uno solo, duró la enfermedad de Lázaró. No fue, de cierto, una enfermedad; apenas la consecuencia de un descuido. En cuanto reanudó el trabajo de pesar venenos, mezclarlos y ponerlos en bolsitas, discursó un rato sobre lo peligroso que resulta manejar sustancias tóxicas sin las precauciones adecuadas.

—Nada más fácil, lo has visto, que envenenarse. Que te sirva de ejemplo y experiencia. El mejor contraveneno es la precaución. Agua y jabón. Mucho de cada cosa. Porque debes saber, y lo digo para que te prevengas, que pronto, como ya me ocurrió a mí, dejarás de oler estas sustancias; dejarás de *sentir* sus emanaciones; cesará de molestarte su *grato* aroma. Cuando se llega a ese punto, uno corre peligro. Sin la defensa del olfato que las delata, es muy fácil, como te he dicho, tocarte la boca, los ojos, la nariz, con los dedos sucios de arsénico, cianuro y cosas por el estilo...

Al gato no se le mencionó jamás. Luego de obtener el consentimiento de Lázaro, Claudia cavó un hoyo y enterró el cadáver esa misma tarde en el lugar en que ha hecho, esta noche, la suma de sus recuerdos: entre la cuarta y la quinta hilera de manzanos.

—¿Claudia? —Es Job quien ha lanzado el anzuelo del susurro—pregunta a las aguas quietas de la tiniebla.

Aunque él no puede verla, Claudia se recata detrás del tronco más próximo. Job se desplaza con elásticos andares de gato, pisando suavemente la hierba, avanzando furtivo como merodeador nocturno. De sus movimientos trasciende una rítmica elegancia, no del todo humana; tampoco del todo felina. Una bien equilibrada mezcla de fuerza y gracia.

—¿Claudia? —insiste, con voz en tal forma modulada que hace recordar a su madre los maullidos del gato cuando estaba contento.

Ella no sabe por qué y, sin embargo, ver a su hijo caminar con la cautela del animal de uña que busca la presa, la lleva a pensar que Job es algo así como un resorte, sometido por algún poder superior, pero que puede expanderse, saltar, adquirir en una suerte de violenta liberación su longitud original. Más que buscar a Claudia con la mirada, el muchacho parece ventearla. Alza la cabeza, la vuelve a sumir al grado de que por momentos parece un decapitado; lleva por delante, a manera de antenas, los brazos, y sus manos se mueven sin cesar, como si estuviese nadando, o como si con ellas fuese separando a medida que avanza los velos de la oscuridad.

—Claudia —reitera, suplica, avisa—, Claudia, déjame hablarte.

Ella, deliberadamente, pisa las hojas para que produzcan ruido; un ruido que guíe a Job hacia donde se encuentra. Al oírlo, se detiene, y nunca como ahora se asemeja más a un animal: se dobla por la cintura, las manos al nivel de la cara, los dedos curvados. Claudia piensa que si sus uñas fueran retráctiles estarían en ese momento proyectadas hacia afuera, listas para abatir a quien se pusiera a su alcance.

—Aquí... —orienta ella.

Job sigue el hilo de la voz y, como si la hubiese visto, se dirige a Claudia en derechura, ya sin titubeos, ya sin fatigar sus ojos en la búsqueda de lo invisible.

Son dos sombras que guardan silencio, luego de quedar una frente a la otra. Claudia percibe el *crac* que produce al separarse del tronco la ramita de manzano que Job acaba de arrancar para jugar con ella mientras habla. Lo oye, después, inspirar a fondo, vitalizar su sangre con el oxígeno del aire que huele a césped y a noche.

—¿Qué haces, Claudia?

—Pienso. Recuerdo.

—¿No te has arrepentido?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

—Lázaro se tarda mucho.

—Llegará pronto.

—Claudia...

—¿Sí?

—¿Crees que todo nos saldrá bien?

—Debe salir.

—¿Todo?

—¿A qué llamas todo?

- A lo que vamos a hacer. A lo que vendrá después, como dices.
—Sí. ¿Lo crees tú también?
—Ahora, oyéndote: sí.
—¿Ahora?
—Hace un rato, cuando Momo comenzó a preguntar, tuve miedo.
—Yo también.
—¿Tienes miedo todavía, Claudia?
—Sí. ¿Y tú?
—Sí.
—¿Mucho?
—Sí.
—Domínate.
—Claudia, ¿qué te dijo Momo?
—Nada.
—¿Habrá adivinado que...?
—No.
—¿Estás segura?
—Sí.
—¿Por qué preguntó si esperábamos a Lázaro?
—¿A quién otro podemos esperar, Job?
—Claudia, he estado pensando...
—¿En qué...?
—En lo que vamos a hacer. Más bien, en lo que nos pasaría si no pudiéramos hacerlo.
—Yo también, Job.
—No podemos fallar. ¿Verdad que no, Claudia?
—No podemos.
—¿Y si Lázaro no quisiera comer la sopa?
—La comerá.
—Digo, si no quisiera, ¿qué haríamos?
—Oh, no sé.
—Tendremos que matarlo, de todos modos.
—¿Quién, entonces?
—Yo.
—¿Por qué tú, Job?
—Yo soy el hombre...
—¿Has pensado cómo?
—Sí.
—Dímelo.
—Con el hacha. No con un cuchillo. Con el hacha. De un solo golpe, para que no se defienda.
—Si lo hacemos así, no podremos decir que murió por accidente.
—Hay que matarlo; con lo que sea, hay que matarlo hoy.
—¿Y Momo, Job? ¿Qué le diremos?
—Tú le explicarás por qué lo hicimos.
—¿Lo entendería?
—Dímelo tú. ¿Lo entendería?
—Job, el veneno es mejor que el hacha. Recuerda que la muerte de Lázaro debe parecer muy natural. Es más...
—¿Sí?

—.. quizá hasta conviniera que... Pero, no; es muy complicado.

—¿Qué cosa?

—Se me ocurría que todos nos envenenáramos un poquito. No con cianuro, por supuesto... No, no. Es absurdo. Claro que si todos enfermáramos, nadie creería que... Olvidalo, Job. Es mucho riesgo...

—Sí. Podríamos calcular mal.

—Ahora, vuelve a Yuri. No la dejes sola con Momo...

Job nació un amanecer, y para Claudia el alumbramiento resultó menos doloroso de lo que había temido. Lázaro había empleado todos los minutos de las horas previas al esfuerzo final —las que empezaron a contar a partir del momento en que el primer espasmo le arrancó un grito, poco después del atardecer de la víspera— hablándole, convenciéndola de que si ella deseaba con toda la fuerza de su voluntad que no le doliera el trabajo del parto, su carne toleraría las inevitables molestias y daría a luz sin mayores problemas. Y Claudia, que en esos momentos necesitaba una, se aferró a la esperanza que él trataba de infundirle con sus palabras.

—El dolor, Claudia, es un recurso defensivo del organismo; un recurso natural —decía él—. Ahora que tengas a tu hijo, va a dolerte, claro está; pero si piensas profundamente, sinceramente que no te dolerá, sufrirás muy poco...

Barajó este argumento en todas las formas imaginables a lo largo de las horas, hasta que la anestesió psíquicamente, y hacia el alba, Claudia se encontró dueña de una resistencia física y mental que le permitió, para asombro suyo y satisfacción de Lázaro, superar la tortura de las dilataciones, de los desgarramientos, del paso de un niño muy robusto por el estrecho conducto de su vagina.

Con voz sombría, de resentimiento en su trasfondo, Lázaro dijo después de recibir a la criatura:

—Es varón...

Fatigada y sudorosa, Claudia dejó caer suavemente su mejilla sobre el hombro y, con el remedo de una muy débil sonrisa en los labios, miró a Lázaro que sostenía por los tobillos, como si fuera un conejo desnudo, el cuerpo sanguinolento y seboso del primer hijo vivo que producía su cuerpo. Tal que la de una candileja, la luz de la lámpara que silbaba en la mesa, proyectaba hacia el muro y el techo, agrandadas, las siluetas del padre y del chico.

—Tú querías una niña. .. —musitó y, sin que viniera al caso, rompió a llorar (más que de pena por haber defraudado a Lázaro haciendo nacer un hijo y no una hija), de alivio, de emoción y de todos esos sentimientos que embargan a las mujeres cuando acaban de parir a su primogénito. Él dijo:

—No es culpa tuya, Claudia. No es culpa tuya... —y se ocupó, como si no fuera ésa la primera vez, que lo hacía, de limpiar al niño, que berreaba con ensordecedora sonoridad; y de bañarlo a continuación con el agua tibia que tenía lista, para tal efecto, en una palangana.

Ella aventuró una pregunta:

—¿Está... bien? —con temor de que no lo estuviera; de que le faltaran o sobrarian miembros o dedos; de que afeara su boca la hendidura leporina.

—Está completo... —repuso él, pero su voz, le pareció a Claudia, carecía de brillo: una voz opaca, decepcionada, que protegía con su tono neutro algo no dicho aún.

—Lázaro —prorrumpió, intentando erguirse y no consiguiéndolo sino a medias—, ¿Lázaro, qué pasa, qué tiene el niño que te has puesto así...?

—No tiene nada.

—Lázaro, quiero verlo...

No se apresuró él a mostrárselo. Terminó de bañarlo, de curarle con tintura de yodo la herida del ombligo; de ceñirlo con habilidad de comadrón; de envolverlo con una manta. Sólo después de haber hecho todo esto, en silencio y sin atender a la constante súplica de Claudia:

—Quiero verlo. Enséñamelo, Lázaro...

Éste se acercó a la cama y dejó en brazos de Claudia el capullo humano que llevaba entre los suyos:

—Es tu hijo —indicó con cierta triste solemnidad.

Antes de mirar al niño, los ojos de Claudia quedaron fijos en los de Lázaro, como si quisiera, escrutándolos, penetrándolos, calando en ellos, adivinar a qué obedecía la tristeza que los apagaba, los volvía huidizos y los convertía en dos ágatas inexpresivas.

—Voy a limpiar esto... —anunció él y dio la espalda, tomó la jofaina y la llevó a verter al jardín, porque deseaba que Claudia, a solas, mirara por primera vez al ser a que había dado vida apenas cinco minutos antes.

Claudia, entonces, miró al niño, y un grito, que era un sollozo de horror, estalló en sus labios, botó y rebotó en los muros; la aturdió al caer de vuelta sobre ella; la hizo sentirse madre de un monstruo, porque la carita oscura y llena de arrugas purpúreas a las que daba marco la manta, era la de un gato — la del gato que durante tantos meses había sido centinela de su preñez.

Un examen más cuidadoso no la alivió del horror de la primera impresión. Escrutado poco atentamente, el rostro del niño parecía ser por completo humano. Era normal de cara y de cuerpo, excepto por sus orejas. Más, si se analizaba con detenimiento cada uno de sus rasgos, advertíase entonces que los ojos del chico eran oblicuos y fugados en su trazo oval hacia las sienes; que su nariz era roma, de fosas muy separadas por un grueso tabique; que su boca, de caídas comisuras, remedaba la boca de un gato. Lo que impresionaba más que todo eso eran los dos huesecitos que brotaban de sus encías: dos colmillos curvos, color ópalo, en nada distintos a los de un minino. Cuando el chico lloraba, y lo hacía por largos periodos, su llanto sonaba más al de un cachorro que al de una criatura, y su boca —a causa de las solitarias piezas dentales— era la de un felino.

(Algo ha cambiado al correr el tiempo la cara de Job. Con su dentadura completa, los colmillos se antojan ahora menos gatunos; su nariz no es tan corta como lo era al nacer. Sus ojos, empero, conservan el mismo dibujo, y sus pupilas, que tienen la virtud de reaccionar intensamente según abunde o escasee la luz, miran con taimada insistencia animal. Sus orejas, en cambio, se han hecho más puntiagudas y su dueño ejerce la facultad de moverlas, como los bichos las mueven, cuando perciben un ruido y tratan de ubicar el sitio donde se produce. Aun hoy, cada vez que lo mira, Claudia piensa que el rostro humano de Job encubre el de un gato — no el de uno cualquiera, sino el de aquel que murió envenenado por Lázaro la noche que, ésta, ella evoca con tanto odio.)

En ninguna forma demostró Lázaro cuan disgustado se sentía— por el hecho de que Claudia hubiese puesto en la vida a un varón y no, como él deseaba, a una hembra. Pareció resignarse, ¿podía hacer otra cosa?, a que así hubiese sido, y una vez que él trató amenamente de los misterios y sorpresas de la genética (materia cuyo estudio consumía en esos tiempos sus horas nocturnas) la mujer lo escuchó referirse a que no es tan difícil, si se poseen los conocimientos necesarios, predeterminedar a voluntad el sexo de los hijos. Habló de cosas para ella también desconocidas, como tantas con la que él la asombraba; habló de leyes biológicas,

de mutaciones, del orden misterioso de los genes; habló de la bioquímica, y de como el hombre vencerá a Dios cuando se decida a sintetizar la vida en una probeta.

—El día que lo hagamos caerá por tierra el viejo mito del alma, del hombre como creación divina. Tú y yo, y todos los hombres que han nacido y nacerán, somos un poco de... —mencionó elementos diversos: carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, proteínas, hierro, fósforo, calcio y ácidos orgánicos— combinados en forma adecuada, conservados en un medio de cultivo propicio, expulsados o sacados de él en el momento exacto. A eso se reduce, pues, el secreto de la vida...

En silencio, ella lo escuchaba pontificar largamente; interpolar comentarios que no venían a cuento; aludir a los innegables éxitos obtenidos en el campo de la agricultura y la ganadería; a ciertos ensayos hechos para mantener vivos durante largo tiempo embriones humanos en el falso claustro materno de un laboratorio.

—¿Por qué, si saben cómo hacerlo, esos señores no han hecho a un niño, así como tú dices?

A lo que Lázaro respondió:

—Porque les falta valor para dar el paso decisivo. Porque el hombre no se libra todavía del miedo tribal de retar al Dios que cree superior...

—¿También los que no creen en Él?

—También esos, infortunadamente.

—¿Lo harías tú, Lázaro?

—Mi trabajo —repuso él con seguridad—, el trabajo que yo debo desempeñar se relaciona en nada con esto de que hablamos. O se relaciona, indirectamente, muy poco.

—¿Y cuál es tu trabajo, Lázaro?

Él la midió con una larga mirada benigna. Sonrió, moviendo la cabeza. Tendió la mano y rozó, amoroso, el mentón de Claudia.

—No lo entenderías, ahora —suspiró y envió su mirada a extraviarse en el cielo de grandes cúmulos plomizos de los que iba a desplomarse un inexorable aguacero—. Un trabajo difícil, ingrato; apenas la mínima parte del Gran Trabajo Colectivo...

Divagaba y, al darse cuenta de ello, se ajustó otra vez al tema que estaba desarrollando. Con absoluta convicción, afirmó:

—Nuestro próximo hijo, y todos los que le sigan, será mujer.

—¿Cómo puedes asegurarlo, si dices que esto es tan... qué?

—Imprevisible —completó él—. Lo es, en cierta forma. Pero aun lo imprevisible puede preverse, si sabes cómo. Y ahora yo lo sé...

Se refirió con entusiasmo a los medios ácidos, a los medios alcalinos, a las ovulaciones y a los ritmos de fertilidad. A medida que avanzaba, sus palabras se hacían menos comprensibles para Claudia, que terminó, y así lo dijo, no entendiéndolas en absoluto.

—Poco importa que no las entiendas. Sólo te aseguro que tu siguiente hijo será una niña...

(Lo fue, con enorme sorpresa para Claudia; con ninguna para él. La llamaron Yuri. Igual vaticinio hizo Lázaro cuando tomó a su mujer para embarazarla de Momo. La fertilidad de Claudia cesó definitivamente, misteriosamente, después de que nació la segunda de sus hijas. Por qué perdió la madre de Job, Yuri y Momo su aptitud de reproducción, es algo que Lázaro no ha conseguido explicarse. Tampoco, por qué la probada matriz de Claudia se negó a concebir más, no obstante los muchos intentos que para lograrlo hicieron juntos.) Claudia disfrutó abundantemente de la felicidad en esos años —no sabía cuántos— que se sintió, a más de la compañera, la hija, la posesión más valiosa y respetada de Lázaro. Fue feliz porque compartía con él todo

lo compartible; el delirio del amor, el rigor del trabajo, la dulzura de la confianza, la alegría del éxito comercial, el silencio amistoso, la risa del buenhumor, las preocupaciones, el diálogo—monólogo de las sobremesas, el espectáculo de las puestas del sol, y porque no los divorciaban la cólera, el recelo, los antiguos recuerdos. Crecía el niño y crecía la casa. Concluyó Lázaro los cubículos en lo que vivirían sus hijos cuando pudieran dormir solos. Seis pequeñas celdas (de las cuales, tres no ocupará ya nunca nadie) que irradiaban hacia la estancia desde el tronco del silo central, del inviolable estudio. En torno a la casa alzó, en el lapso de dos lustros, cinco murallas concéntricas y muy altas, las pintó de blanco y sembró en sus bordes millares de trozos de vidrio. Edificó el almacén. Compró y vendió hasta seis motocicletas, cada una mejor que la anterior. Escribió casi dos mil páginas de su misterioso libro. En todo, excepto en la paciente transcripción de sus ideas al papel y en algunas rudas faenas de albañilería, Claudia fue su colaboradora: una colaboradora entusiasta, agradecida, amorosa, que a su vez, en lo físico, iba embelleciéndose, madurando, haciéndose más y más deseable; y que en lo espiritual, en lo intelectual evolucionaba conforme a sus personales capacidades y aptitudes.

Claudia no añoraba la libertad que él le había restringido hasta el grado de permitirle ir sólo al cobertizo, nunca más allá. ¿Para qué ansiaba ser libre —salir a la calle, que no otra cosa— si dentro, con Lázaro y sus hijos, encontraba amor, paz, silencio, alegría y reposo? ¿A qué aspirar la compañía ajena si la del hombre y los niños era la más grata y satisfactoria? A fuerza de no pensar en ellos, hasta los recuerdos habían dejado de ocupar sitio en su memoria. Los nuevos, los valiosos, los trascendentes, los dignos de evocación, comenzaban a partir de la tarde que entró a esa casa. ¿Merecía algo más que se le sacara del olvido?

Amaba a Lázaro profundamente. ¿Cómo no amar al compañero que se desvivía por su felicidad, su salud, su placer físico? ¿Cómo no estarle agradecida a quien la hacía sentirse segura en la vida, justificada en todos los órdenes, limpia de culpa, protegida? En la libreta seguía dejando constancia de sus sentimientos hacia él: largos o breves párrafos, o veces simples frases, en los que expresaba lo intenso de su afecto, lo puro de su amor, lo hondo de su respeto para ese hombre serio, en ocasiones taciturno, siempre bueno y generoso, en el que concurrían todas las virtudes de la persona humana. Lo amaba profundamente porque Lázaro era el ideal, la síntesis, mágica diríase, del esposo, del camarada; porque era para Claudia la luz que señala el camino de la vida y lo despeja de incertidumbres y sobresaltos.

Lázaro era un hombre maravilloso en la amistad, en el consejo, en la compañía: maravilloso era también como amante. La inició, con sabia elegancia, en los secretos de la perfecta y refinada sabiduría erótica; la guió por los metafísicos vericuetos de las sensaciones; le reveló cuáles eran sus posibilidades a fin de que el trato conyugal no recayera nunca en la monotonía de la costumbre y fuera, en cada ocasión, experiencia nueva y perdurable de placer. Si Lázaro la buscaba, Claudia superaba su cansancio, rechazaba el sueño, olvidaba inclusive la presencia de los niños (porque él jamás sometía sus ímpetus a la dictadura de la rutina) y se daba con extraordinario frenesí, con una especie de gratitud que Lázaro sabía corresponder en exceso.

Hasta que una mala noche Lázaro halló la libreta de los recuerdos de Claudia y al penetrar en sus páginas, que era tanto como penetrar en los secretos de quien las había escrito, su equilibrio emocional —por tantos y felices años conservado prodigiosamente— se alteró, ya para siempre, en forma definitiva. Una segunda lectura de ese texto que resumía experiencias, nostalgias, sueños y alguno que otro

rencor, y en que se reiteraba la cita a G. en relación a hechos que parecían reales (y que eran ficticios), de intenso colorido erótico, y en el cual Claudia daba curso a su lirismo romántico o recreaba complicadísimas evasiones; en el que figuraban infinidad de cuentos fantásticos y complejas viñetas de un género literario difícil de catalogar, arraigó en el hombre la sospecha furibunda de que su mujer, la madre de sus hijos, le era infiel — infiel de la peor de las infidelidades: la que se comete con el pensamiento y para la cual no hay murallas, rejas, ataduras lo bastante eficaces.

Después de leer media docena de veces las notas manuscritas, Lázaro quedó muy tranquilo, tal que si no le afectara, como lo afectaba espiritualmente, lo que Claudia había escrito, siempre a escondidas —comenzó a pensar — con el dolo del que está cometiendo una traición ignominiosa, una injusticia contra quien es justo; una ruindad contra quien es noble; una perfidia contra quien es bueno. Quedó estupefacto, mirando sin ver, sintiendo que no era a él a quien infligían la ofensa; no pensando siquiera que Claudia hubiese podido poner en las páginas tantas cosas que herían, dolían, asombraban. En los primeros momentos, luego de repasar la última cita escrita en fecha aún fresca (pues reseñaba algo ocurrido la antevíspera) Lázaro se encontró sin saber qué hacer, de qué modo justificar a Claudia y, sobre todo, diciéndose sin tener conciencia de ello que ese texto, lo que en él se anotaba, le importaba nada.

Quizá lo mejor hubiese sido devolver la libreta al sitio donde Claudia la tenía oculta y del cual él la había tomado por mero azar (buscaba un cuaderno para anotar la fórmula de un nuevo insecticida) sin sospechar cuánto estupor primero, cuántos celos después, y cuánta ira por último, le depararía la lectura de esas cien páginas cuya existencia desconocía; quizá lo mejor hubiese sido no haber leído, con el ahínco que lo hizo, seis veces más el singular documento en el cual, despojada de toda inhibición, confiaba Claudia, ¿a quién? sus más personales, íntimos, desnudos, afrentosos pensamientos; quizá lo mejor hubiese sido olvidar esa mala literatura y no obstinarse en querer saber, de labios de su autora, por qué había escrito tales sandeces y, sobre todo, lo mejor hubiese sido no haber tratado de hacerle confesar quién era G. — el amante cuya identidad protegía usando la inicial de su nombre.

Eso hubiera sido lo mejor, para bien suyo, para el de Claudia, para el del futuro de la familia; pero Lázaro hizo exactamente lo contrario. Del modo más rudo zarandeó a Claudia hasta arrancarla de su pesado sueño; con aspereza brutal enredó su mano entre el pelo de la mujer y, teniéndola así sometida y confusa, la obligó a mirarlo con ojos todavía ciegos. Con palabras que la hirieron como dentelladas, le escupió el primer reproche:

—¿Qué clase de puta eres que has podido escribir esto? —y le puso frente al rostro, y la aplastó después contra su nariz hasta que le causó dolor, la libreta de rígidas tapas.

Claudia, que no veía, que no entendía, que había perdido las palabras para responder a una acusación que aún no alcanzaba a comprender, gimió vagamente, tratando de librarse de la mano que le atenaceaba el cabello y que le provocaba un intensísimo sufrimiento.

—¿Quién es G., quién es G.? —lo oyó gritar desde al otro lado del objeto que le hacía daño en el rostro y que Lázaro continuaba oprimiendo contra éste, como si quisiera hacérselo tragar.

Forcejeó ella para librarse del dolor y de la asfixia, y cuando Lázaro, a fin de que pudiera responderle a su colérica pregunta, aflojó un poco la presión de su mano, Claudia pudo tartamudear difícilmente:

—¿Qué... que... di... ees?

—¿Quién es G.? —gritó él, muy alto, con voz y acento que no parecían los suyos, de natural reposados y corteses.

—Lázaro... —gimió ella, ahora ya no de pena, sino de miedo, porque había visto en sus ojos, siempre apacibles y bondadosos, que acariciaban al mirarla (como había pensado una vez, y escrito muchas en la libreta) la cólera de los dementes irascibles, la ira destructora de los que han perdido la razón.

Enajenado ya por el odio de los celos, trémulo a fuerza de querer reprimir los impulsos homicidas que genera el despecho de saberse víctima de la traición amorosa, tan en poder de la furia que no advertía que estaba clavando profundamente su dedo pulgar derecho en la nuez de Claudia; tan sordo que no escuchaba sus toses de ahogo, Lázaro volvió a llenar con su grito el ámbito de la estancia:

—Putas, putas, ¿quién es G.? ¿Quién es...?

Al no obtener la inmediata respuesta que exigía en ese momento de roncós alaridos, empujó salvajemente a Claudia y la hizo golpearse con la cabeza contra el muro, y sangrar en seguida. Bajo los efectos de la conmoción, que no era tanto de su cerebro como de su sentimiento, Claudia trataba de saber si era a ella a quien Lázaro escupía la infamia de la palabra puta; si era suya la sangre que le chorreaba desde la parte posterior del cráneo; si era ella quien estaba mirando al Lázaro enloquecido, demoníaco, que más parecía una bestia ávida de destruir que un hombre nada más, inexplicablemente, furioso. Si era a ella quería saberlo, a fin de situarse en el tiempo y en el espacio, y comenzar a comprender, comenzar a recordar por qué y de qué se le hacía blanco de tan bárbaro trato.

Lázaro volvió a preguntarle, cuando le pareció que Claudia estaba ya en condiciones de responder lo que él exigía saber:

—¿Quién es G... este G. en el que piensas cuando estás conmigo en la cama? ¿Quién es?

Ella, y nunca sabrá por qué, dijo entonces una mentira a la que después, por mucho que hizo y quiso, no pudo darle enmienda; no consiguió jamás explicar a satisfacción suya y, menos, de Lázaro.

—Nadie... Nadie es G.

Lázaro, que se había aplacado un poco —lo suficiente para plantear con claridad y casi con dulzura la pregunta que originó la absurda mentira— volvió a enfurecerse, no sólo ya a causa de los celos, sino porque interpretó la negativa de Claudia como un desafío, como un esfuerzo que ella hacía para proteger a G—, fuese quien fuese.

—Putas, putas, putas... —aulló de nueva cuenta, y los ecos de la palabra opacaron, hicieron inaudibles las protestas muy débiles y llorosas de Claudia:

—Lázaro, yo... Déjame...

La asió por el cuello y, entre rechinidos de dientes, fue citando, para que Claudia los recordara, algunos pasajes del *Diario*: los que él consideraba más comprometedores. Entre uno y otro, y antes de seguir con uno más expresivo aún, preguntaba:

—¿No sabes quién es el G. al que le has escrito esto?

Claudia, de pronto, cesó de sufrir, de oír, de respirar casi. Cayó en un estado de inconciencia que le permitía ver a Lázaro, mas no escuchar lo que vociferaba, ni sentir sus golpes, ni padecer la tortura de sus gritos. (El hombre reacciona siempre de manera parecida en situaciones determinadas. Fuga hacia atrás en el tiempo — Claudia estaba otra vez en su casa de provincia y era la tía Amelia, no Lázaro, quien la insultaba, tratando de arrancarle la respuesta a ese: "¿Quién es él...?" monótonamente reiterado.)

Recordó que las gentes de antes gustaban decir: "*Vivió una pesadilla...*" para explicar alguna experiencia terrible, de esas que no se desea, so pena de sufrir trastorno de juicio, que se repitan. Ella imaginaba, sabía, sentía, estar viviendo la muy alucinante de ver y oír a Lázaro —el símbolo de la bondad, la ternura y el amor— convertido en un energúmeno, en un enfermo de no sabía qué pavoroso mal, que la acusaba de no comprendía qué espantosos engaños, sucios adulterios e inconfesables aberraciones.

Y como única defensa (su mente paralizada no le permitía coordinar los elementos de la verdad) blandía Claudia un cansino:

—No sé, no sé, no sé...

que exasperaba a Lázaro (como en otro tiempo y por razones similares había exasperado a la tía Amelia) y que ahincaba en él, aún más profundamente, la idea de que Claudia, a la que había creído pura, a pesar de su desliz; ingenua, a pesar de su experiencia sexual; limpia, a pesar del infanticidio, era, ni más ni menos, lo que le había gritado: una puta. Mas, escuchándola con tal tesón negarse a revelar quién era G., ¿tenía porqué admitir como válido cuanto le había dicho de su vida anterior? ¿Podía creer que sólo había sido de un hombre? ¿Y qué ese hombre la había seducido sin ella darse cuenta? ¿Y que ella no había colaborado en el aborto?

—G. —afirmó rotundamente— es... —y pronunció el nombre del seductor de la colina.

—No —gritó ella.

—¿Quién, entonces?

—No sé. ...

—Eres —dijo al cabo, lastimándola con la mirada— eres puta de la peor clase que existe. La que pretende no serlo. De ésas eres tú. ¡Putas!

Profundamente dolida por las injurias, en pleno abatimiento físico y mental, muy fatigada por los sacudones, Claudia se resolvió a revelar la identidad de G., y apenas pronunció las primeras palabras:

—G. es el gato que mataste... —comprendió, escuchándose, que Lázaro jamás le creería. Dejó que esas seis palabras murieran en su boca; y, para que el hombre hallara en ellos la verdad, le ofreció sus ojos que ya no reflejaban miedo, sólo un enorme, compulsivo deseo de ser creídos.

Tan parecida a la del gato que ella sintió calosfríos, estalló en labios de Lázaro una ruidosa carcajada burlona. Al terminar de reír, otra vez adusto y cruel, de nueva cuenta áspero y glacial, preguntó:

—¿Así que ahora resulta que tu amante es un gato? ¿Es lo que quieres decirme?

Creyendo que Lázaro le brindaba la oportunidad de las explicaciones, ella contestó:

—No es ningún amante. Es el gato. Lo juro por Dios...

Iba a seguir hablando, pero en su boca se congelaron una vez más las palabras con las que pretendía, porque eran las de la verdad, que Lázaro la creyera. No pudo continuar porque la espantó, hasta dejarla muda, la salvaje expresión que apareció, luego de oírla invocar a Dios, en la cara del hombre; expresión de la nueva, violenta cólera que le causaba, ahora, que ella tratara de burlarse de él, diciéndole el enorme embuste de que el G., tan amorosa y continuamente aludido en las notas de la libreta, era un gato...

—Putas... —lo escuchó ladrarle, y en seguida vio cómo alzaba una de sus manos hasta la altura de la cabeza, cómo la detenía allí, abierta, amenazante hacha, y cómo, por último, la dejaba caer velocísima sobre ella.

—Ay...

La golpeó embravecidamente muchas veces, sin dejar de repetir en los infinitos tonos de la ira el epíteto:

—Putá...

Y cuando toda la piel de Claudia, a causa del castigo, ardía ya como abrasada por un millar de quemaduras; y mientras, sangrante y con voz muy débil, imploraba que la matara o se apiadara de ella pero que no siguiera haciéndola sufrir en esa forma tan inhumana, Lázaro dijo, él también con el aliento enloquecido:

—Matarte, no lo mereces. Voy a dejarte un recuerdo que no olvidarás nunca...

La tomó nefandamente, y así siguió tomándola por todo el resto de la noche en una reiterada y atroz sodomía con la que —más que vengarse y castigar a la mujer a la que había creído distinta y que era como son todas— insistía en reafirmar sus legítimos derechos de posesión y de usufructo de un cuerpo que era suyo porque él lo había amado, alimentado y protegido. Hacia el alba le permitió un respiro y luego, otra vez en plena crisis, le exigió nuevos sometimientos que Claudia no encontró ni humillantes ni repugnantes, porque para entonces su carne era un solo e inmenso dolor; algo dividido por mitad; una piedra insensible sobre la cual, por fuerza y con odio, continuaba Lázaro consumando la más canallesca de las violaciones.

Muy vagamente lo oyó decir, cuando él se hartó de profanarla:

—Ahora tendrás por qué acordarte de mí...

La dejó rota y sangrante sobre el camastro que nunca habrían ya de compartir. La dejó en la soledad de la tristeza, en el silencio del rencor que jamás habría de atenuarse. La dejó para siempre atónita y, desde entonces, animada de sórdidos afanes de venganza. Esa noche —era casi el amanecer, pero ella sigue llamándola *esa noche* en su memoria— Claudia logró extraer de entre las muchas que atormentaban su cerebro, una idea lúcida, un pensamiento organizado. En voz muy baja, más pensando las palabras que pronunciándolas, rogó:

—Dios mío, dame valor para matarlo...

A cada dolor que padecía su cuerpo se reafirmaba en Claudia el deseo de tomar venganza contra Lázaro; no una venganza simbólica (por ejemplo: no hablarle, exigirle que la dejara marcharse, rechazar sus requerimientos amorosos) sino una tan drástica y definitiva como la de la muerte. Si a crimen igual corresponde castigo igual, ¿podía negársele el derecho de quebrantar también el orden de la naturaleza y asesinar a su violador? Más, ¿cómo o con qué provocar su destrucción? Pensó en el veneno; en el cianuro que él había usado en su represalia contra el gato. Le pareció —como esta noche le sigue pareciendo— el más eficaz, rápido y silencioso de todos los métodos de homicidio que puede usar una mujer.

En cuanto tuviera oportunidad (se dijo), esa misma mañana, tomaría un poco y lo vertiría, a la hora de la comida, en los alimentos del salvaje. No lo hizo, sin embargo, ni ese ni ningún otro día, aunque ocasiones propicias abundaron. No lo hizo tanto porque le faltó coraje cuanto porque deseaba sentirse menos enferma antes de intentarlo, o ¿porque el tiempo fue ayudándola a olvidar la vejación y enseñándola a ser conforme? o, lo que parece más lógico, ¿por qué joven y ya madre la aterraba la idea de tener que enfrentarse a un mundo de hombres igual de perversos que Lázaro?

(Justificó la cobardía de su conformidad, diciéndose que su sino era sufrir indefinidamente y que sería inútil pretender escapar de Lázaro, pues, conforme a lo que estaba escrito en el libro de la suerte, ella y sus hijos caerían en manos de otro demonio de la misma especie. Lo cual ocurrirá, en efecto, en cuanto Lázaro muera. Sin embargo, no renunció a su propósito de cobrarse algún día del incierto porvenir, con la vida de Lázaro, el precio de la profanación de su cuerpo; y en el fondo de su

conciencia, olvidado durante largas épocas de astenia espiritual, ha sobrevivido cuatro lustros, nutriéndose de odio, creciendo a fuerza de sufrimientos y vejaciones, el acuerdo que Claudia tomó mientras sollozaba desmantelada sobre el camastro de su sacrificio.)

Si bien es cierto que Lázaro no volvió a usar nunca, como arma de humillación, la palabra infamante, también lo es que desde esa noche desaparecieron de sus ojos la confianza, la ternura, el amor y la bondad. A partir de las trágicas horas de la querella, esos ojos suyos, antes limpios de celos, se habituaron a escrutar a Claudia como si ésta les fuese cada día por completo desconocida, con una insistencia perturbadora, con una inquina que dolía, con una gelidez que ofendía más, a un espíritu sensible como era entonces el de la mujer, que los insultos. No la llamaba *puta* pero le hacía sentir que lo era. No peleaban ya, pero el silencio que envolvía a Lázaro como un resplandor glacial indicaba que sus respectivos mundos no eran ya, ni volverían a serlo, uno solo — el mundo único, monolítico diríase, de dos que buscan lo mismo por idéntico camino. Lázaro cambió y cambió Claudia. Aquél, se le figuraba a ella, dejó de ser un hombre y se transformó —metamorfosis irremediable— en una especie de animal, en un molusco siempre oculto dentro de su concha, que la espiaba a toda hora desde el fondo de sí mismo, replegado sobre sus más secretos meandros, listo a retroceder si Claudia, sintiendo el acoso de los ojos de la bestia, se atrevía a demandar un poco de olvido, un mínimo de afecto. Si tal sucedía, Lázaro protegíase instantáneamente, y, como si temiera ablandarse, ceder al ruego o dejarse ganar otra vez por el amor, se tornaba huraño, sarcástico, rijoso, y reducía a polvo las esperanzas de la reconciliación que Claudia procuraba a fin de que la familia viviera libre de las tensiones de la cólera. Lázaro no volvió a ser el de antes porque había perdido la fe en la pureza moral de Claudia y, sobre todo, porque no conseguía, por mucho que quisiera, librarse de los pensamientos negativos, del odio hacia la mujer que lo había defraudado. Si él se había dado, entregado a ella sin reserva ninguna, ¿por qué ella, y la prueba estaba en el *Diario*, no le había correspondido en semejante medida? ¿Por qué había renunciado a sus sueños, a sus recuerdos, a los fantasmas de su vida anterior y seguía dejándose frecuentar por ellos, y los mantenía vivos en su detestable literatura, y provocaba la furia de Lázaro en su terquedad de protegerlos?

La convivencia se hizo difícil y sombría entre ellos, porque una temía los celos del otro, y porque éste celaba los temores de aquélla. Lázaro encontró que era más satisfactorio dar órdenes que amor a quien le había demostrado, traicionándolo con el enemigo que albergaba en su memoria, no merecerlo. ¿Para qué amar a la mujer —sea esposa o amante— que no es leal a quien le ha permitido llegar al sitio donde el hombre guarda lo más valioso que posee: la confianza en sus iguales?

Los celos —esa gran pleitesía— proporcionaron a Lázaro el motivo para tomarse contra Claudia la más permanente de las venganzas: la de la ira que no se agota, que se nutre con el recuento de las ofensas y que renace de sí misma, en ciclos cuyo ritmo establece la fidelidad de la memoria, la constancia de los recuerdos. Cada vez que los ojos de Lázaro caían sobre ella, Claudia sentíase taladrada, violada, pasada ya en forma de polvo por el tamiz implacable de la sospecha. La miraba, y al mirarla no veía a la mujer que él había traído a vivir a la casa, sino a otra; a la que existió antes, a la que hizo vaya Dios a saber qué cosas que él no lograría conocer jamás (que sólo había conocido en la mínima parte escrita en el *Diario*): veía a la mustia putita que lo hizo tragar la mentira de su inocencia; la que se ingeniaba para encender con falso rubor sus mejillas; la que decía ser ignorante de los vicios de los hombres. Putita mustia que usaba el chantaje de sus lágrimas o

pagaba soborno con su cuerpo; ese cuerpo hacia el cual Lázaro no guardaba ya la consideración del respeto ni, menos, el compromiso de colmar con amor. Si la deseaba, la tomaba como a una prostituta mercenaria —sin que le importara que ella encontrara agradable o no la relación—, y le exigía, igual que a una del oficio, sus misiones degradantes. Que Claudia no protestara, que no enfrentara a sus caprichos la rebeldía de su disgusto, convencía a Lázaro que el trato que daba a la mujer, y que ésta aceptaba pasivamente, era el adecuado. No adivinaba, pues perdió el interés de averiguar cuáles eran los verdaderos propósitos de Claudia, que ésta se comportaba así porque suponía que a Lázaro le agradaba que lo hiciera. (Confuso círculo de equívocos: él llevando la concupiscencia hasta los peores extremos; ella abandonándose para complacerlo.)

Claudia sabíase perseguida por los pensamientos de Lázaro; desnuda del alma por sus miradas; encarcelada por su despotismo brutal. Como carecía de valor para enfrentarse a la realidad, se refugió en la imaginación. En la imaginación y en el sueño, que es una de sus formas. Adquirió el vicio de dormir. Dormida lograba sustraerse, temporalmente, al acoso del hombre. Dormida conseguía fabricar su propia libertad. Dormida le resultaba más tolerable vivir.

Privada de toda posibilidad de comunicación (no ya con los extraños, sino con ella misma); desposeída de la libreta y del lápiz, y de lo que eventualmente pudiera reemplazarlos, hubo de aprender a redactar con el pensamiento, lo cual, por difícil, le permitía consumir gran parte de su tiempo. Una a una, con paciencia de prisionero que ya no aguarda el indulto y que habrá de cumplir condena de por vida, seleccionaba, organizaba, borraba, volvía a poner, sustituía, desechara las palabras con las que iba componiendo sus pequeños cuentos, sus relatos enfermos de fantasía — sus evasiones, que eran, ahora sí, abiertos actos de insurgencia contra el opresor. Cuando acertaba en una idea, o en una serie de ideas buenas, ocurría lo más arduo: fijarlas en el recuerdo, retenerlas en esa arena inestable que es el recuerdo. En los primeros años, la tarea resultaba superior a sus capacidades mnemóticas. Más tarde, facilísima, pues, a causa del dilatado aprendizaje, adquirió la notable maestría de imaginar en una décima de segundo, *páginas* enteras, y de *transcribirlas*, con no menos destreza y en no mayor lapso, a su memoria.

Pues lo que más pesaba ahora sobre su espíritu era la carencia absoluta de libertad — y la certeza de que jamás la obtendría, a no ser que Lázaro quisiera otorgársela; lo cual era muy improbable ya, Claudia comenzó a escoger, como personajes de sus fantasías, a los animales que más cabalmente simbolizaran esa libertad. Su mente creó un bestiario propio y, pensaba ella, muy poético, en el que había *uncus*, de alas ya inútiles para el vuelo; graciosos *yors* mutilados por sádicos captores; bicéfalos *ellus*, prisioneros en jaulas de oro; melancólicos *ábimes*, de ágil andar, reducidos por pesadísimos grilletes; *iyinos*, que aún presos conservaban la altivez despreciativa que los afamaba; y cuando no de esa particular zoología de la imaginación, los personajes con los que gustaba jugar en el pensamiento formaban parte de la modesta zoología común: arañitas de pupilas vivaces; moscas atrapadas en la tupida red de los celos; mariposas ciegas que perdieron la luz de sus colores; gusanos de fea catadura. A unos y a otros los amaba por igual y se identificaba con todos, por cuanto los unía el parentesco de ser víctimas de un destino enemigo y de un tirano invencible.

Cada una de esas criaturas era amiga queridísima de Claudia, confidente de sus cuitas, copartípe de su infelicidad. La designaba con un nombre eufónico (le encantaban los que tenían eles, porque le parecían líquidos, musicales, transparentes) y al crearla le determinaba una conducta acorde a su temperamento y destino. Las

había caprichosas, tímidas, agresivas, fachendosas, mediocres, rebeldes, sumisas, locuaces, histéricas, ninfómanas, frías, herméticas, y le gustaba comprometerlas en extrañas aventuras. Por ejemplo:

"Por no decir verdad, encerraron a Lomurina dentro de una tela de araña. Tres días la tuvieron así con las alas y las patas aprisionadas, para que reflexionara sobre lo inconveniente que resulta, también para seres como ella, incurrir en mentiras. A los tres días justos le preguntaron:

"—¿Qué es la verdad? —y como no pudiera responder, pues ignoraba qué era la verdad, dijeron—: Lomurina: la verdad es lo bueno y es lo malo. Son los días luminosos, y las noches de niebla, y la hoja que se mueve en el silencio del árbol, y el pájaro que vuela, y el sol que nos ilumina. Eso es la verdad. Seguirás en esta red hasta que lo aprendas o lo descubras por ti misma.

"Cinco días más tarde, luego de mucho luchar por conseguirlo, Lomurina logró poner en libertad cuatro de sus alas innumerables e intentó suicidarse con el trocito de hilo que pudo arrancar de la red. A punto de ahorcarse, Lomurina encontró, o creyó encontrar, su propia definición de la verdad, y dijo:

"—La verdad es llegar al final del día sabiendo que algo nos espera: que no estamos totalmente solos, ni totalmente olvidados...

"Le pareció muy lindo lo que se le había ocurrido y ansió que sus carceleros fueran a verla para asombrarlos con su talento. Siete días y dieciséis noches los aguardó pacientemente, y para no perder por completo el tiempo se puso a componer música mental y a elaborar grandes proyectos. A esa primera definición agregó otra, que la subyugó también, porque Lomurina sabía sentirse feliz conformándose con todo, fuese bueno o malo.

"—La verdad es el deber cumplido... —lo que sonaba muy marcial, pero que, no obstante, repitió tres veces consecutivas, y a punto de hacerlo una cuarta, lo que hubiese resultado excesivo, dio en inundar el espacio que la rodeaba con millones de huevecillos. Pero éstos, ve tú a saber por qué, nacían muertos, lo que era una verdadera pena, pues Lomurina deseaba tener muchos hijos, tantos como huevecillos había puesto.

"Al saberse también estéril y no sólo prisionera, la acometió una espantosa crisis moral y decidió no aplazar más su muerte. Desistió de enrollarse el hilito en torno al cuello, porque siempre había tenido mucho miedo de morir asfixiada, y optó por mejor cortarse las venas. Cuando brotó de ellas la primera sangre —que era verde como jugo de esmeraldas— Lomurina tuvo la revelación, y dijo:

"Más que buscar la verdad, que suele ser una mentira según nos convenga aceptarla o no, lo que importa es vivir; seguir fluyendo como el agua del venero, dejándose llevar sin oponer resistencia, y buscando, siempre buscando acomodarse en la finalidad desconocida. La verdad, en última instancia, es respirar, seguir respirando, sin olvidar que estamos presos y sin protestar porque pagamos una culpa que no es totalmente nuestra. . . —palabras que no entendía Lomurina pero que se le antojaban muy brillantes.

"Ahora había recuperado la esperanza y, como seguía teniendo motivos para vivir, olvidó las ideas del suicidio y, con trocitos de esparadrapo, detuvo el paso de la sangre que manaba de las heridas que se había abierto en las alas..."

No siempre los cuentos que inventaba Claudia en la soledad de sus delirios tenían, como el de la *yor* Lomurina, finales felices; finales de esperanza. Hubiera sido muy monótono. Le gustaba repetir con cierta frecuencia —porque era uno de los más imaginativos que había ideado— el del *Gulit* hambriento. (El *Gulit* es una criatura original, provista para su cómoda y rápida locomoción de dos sistemas

independientes de trece patitas cada uno, que le permiten desplazarse en múltiples sentidos sin obligar al cuerpo a innecesarios virajes o acomodos musculares. El *Gulit* tiene otra característica singular: una boca enorme, orlada de dientes formidables.)

"El *Gulit* —recitaba Claudia— perdió un día el amor de su compañera y, para castigarla, para que sufriera remordimientos, decidió irse comiendo poco a poco a sí mismo. Devoró primero sus trece patas izquierdas; después, las trece derechas. Más tarde atacó la masa de su cuerpo, empezando por el extremo opuesto a la cabeza. Siguió con el torso. Llegó al cuello, y se detuvo, antes de seguir, en espera de que aquella cuya atención buscaba ganar con tales sacrificios se apiadara de él. Como no lo hizo, el *Gulit* se enojó mucho y continuó mordiéndose. Con grandes esfuerzos, ahora, porque estaba casi muerto, logró clavar los colmillos en sus orejas, su nuca, sus ojos; en la poquísima carne que había alrededor de sus mandíbulas. Cuando no le quedó por tragar ni una brizna de pelo y escamas, de pluma y materia córnea, cuando era sólo un vacío circundado de dientes, el *Gulit* se resignó a morir de hambre. Cosa que ocurrió a la otra mañana..."

De los animales—verdugo (que también los había creado para vigilarse y no olvidar que a ella le estaba vedado el derecho de ser feliz) el más aterrador de los que visitaban el pensamiento de Claudia se llamaba Lázaró. Asumía, a veces, forma de hombre; pero normalmente se lo representaba como a un demonio cejijunto, de mirar oblicuo, de palabra cáustica, que espiaba sus actos, hendía su cuerpo y atormentaba sus sueños.

Sus sueños — especialmente.

Lo enfurecía que Claudia durmiera tanto ahora, quizá porque no escapaba a su torva suspicacia que era durante el sueño cuando Claudia quedaba libre de ataduras y dotada del maravilloso poder de evadirse de la cárcel que tenía por casa. Y así era, en efecto. No bien cerraba los ojos, olvidaba el mundo de cotidiana miseria y cruzaba el umbral de la no—realidad mágica; o de la realidad llevada a las consecuencias finales del arte. Allí era feliz. Allí estaba sola, o acompañada de seres que padecían y que le eran, por eso mismo, gratos y fraternos. En ese espacio sin fronteras, sin antes ni después, sin ayer, hoy o mañana, sin cielo ni infierno ni la zona intermedia de la tierra de la raza humana; sin barreras de lenguaje o distancia, sin leyes ni dolor; sin futuro comprometido por el presente del pasado; allí, en suma, adquiría Claudia la confianza de ser como quería y no como Lázaró determinaba que fuera. Era libre. Pura. Eterna. Era insensible a la injuria y al desdén; a la indiferencia y a la angustia de la soledad. Los poderes demoniacos no la alcanzaban en las interminables llanuras de los sueños, y ello le proporcionaba la mínima y gigantesca alegría de saberse al margen de la tristeza, así fuese sólo por unas horas, que eran milenios de siglos en aquel otro laberinto sin relojes.

Comprendió Lázaró, finalmente, que Claudia había encontrado por medio del ardid del sueño, el hueco, la brecha, la grieta por donde escapar a su vigilancia, y puso en práctica un plan para privarla también de esa libertad. Apenas ella caía en la intoxicación, él la despertaba, la secuestraba, la sujetaba al potro del interrogatorio:

—¿Con quién soñabas? ¿Qué soñabas? ¿Que G. te hacía el amor? ¿O tenías pesadilla, y era yo quien estaba contigo. ..?

Cada vez que ella abría los ojos —alarmada por las voces de Lázaró o por las sacudidas que éste daba al camastro para echarla al suelo— Claudia pensaba con horror que acababa de asesinar un sueño. Él poníase entonces a hablar de cualquier tema, y hablaba muchas horas, y sólo le permitía dormirse cuando

quedaba sin dudas de que ella estaba a tal punto débil de cansancio que no podría ya, aunque quisiera, soñar más por esa noche.

(Crueldad elaboradísima, más eficaz que la violencia y las agresiones verbales para someter a la rebelde y convencerla de lo infructuoso que era tratar de sustraerse a paciente y metódica venganza. Con el tiempo, la sistemática persecución a los sueños de Claudia dio el resultado que Lázaro esperaba. Claudia renunció a soñar y, al hacerlo, renunció a la última independencia del individuo.)

El silencio que amortaja la casa desde hace más de una hora, se llena bruscamente de cuarteaduras como un muro que amenaza desplome, porque, lejano aún e inconfundible entre los otros que arrastra la noche, han escuchado el ruido que produce una motocicleta que se acerca. Puede, sí, tratarse de otra motocicleta, pero ellos han aprendido a identificar el estruendo de la de Lázaro y por eso saben con tanta seguridad que la que viene, que la que penetra la apretada materia del silencio, es la del hombre al que esperan para asesinarlo dentro de siete minutos.

Desde el umbral (lleva allí un buen rato cazando los rumores que acarrea el viento) Momo grita:

—Es Lázaro. ¡Ya llegó Lázaro...! —y corre a comunicar la noticia a Job y a Yuri, a quienes el miedo ha paralizado, ahora sí, definitivamente. Va después al jardín y se sitúa frente al portón de la tapia para que sea a ella a la primera que Lázaro vea cuando entre.

El ruido acude, aumenta, aturde. Cesa. Lázaro —lo piensan Claudia, Job y Yuri, con sobresalto, y Momo con enorme alegría— está abriendo la puerta de la muralla exterior. El motor de la máquina maulla como un gato, mientras él despeja el paso. Lo escuchan, luego, ganar volumen porque Lázaro ha entrado. Disminuye otra vez, en tanto Lázaro cierra y empuja a fondo la barra de hierro que complementa la seguridad de la cerradura. Vuelve a atronar a pausas a medida que Lázaro va abriendo y cerrando las puertas de los tres muros sucesivos. Termina, saben todos que definitivamente, cuando Lázaro guarda el vehículo en el anexo del almacén que hace a veces de cochera.

El silencio otra vez, que absorbe como una esponja los ruidos que antes lo violaban. Los cuatro, y Claudia en especial, imaginan que de pronto, por razones que desconocen, todo ha muerto — el tiempo, la ciudad, ellos mismos. Así, hasta que escuchan el rechinido de unos goznes: los de la puerta del almacén (al que Lázaro ha entrado para guardar el obsequio que compró para Momo y que le entregará, piensa él, después de la cena, cuando la lleve a la cama del incesto.)

—Lázaro... —grita Momo, y su grito rompe el encantamiento del silencio.

Claudia y sus otros dos hijos vuelven a situarse otra vez en el tiempo, del cual fueron excluidos cuando el estrépito cesó. Como si apenas volvieran a la superficie después de una larga correría por las profundidades del mar, van recuperando ruidos y nociones y la conciencia de que se encuentran allí, tensos de angustia, galvanizados de pavor, inmóviles de indecisión. No están muertos, aunque crean estarlo. El viento continúa vivo y de la ciudad es posible ver, por encima de las tapias, el fulgor de sus luces. La noche respira por todos sus poros y, aunque aún es temprano, en no pocos lechos de no pocas alcobas de no pocos barrios habrá no pocas parejas que estén conjugando el deseo de los sexos en todas las formas conocidas, y quizás en algunas que no lo son tanto. Claudia alza el rostro y siente que lo cubre el polvo sonoro que se levanta en remolinos, que gira en el vacío cono del cielo y que desciende, igual a una llovizna, sobre los que esperan, sobre los que desesperan, sobre los que han perdido —¡pobres!— la esperanza.

Rápidamente se escurre al interior de la casa, y sin mirarlos, para no sufrir ella también el pánico que ha visto reaparecer en sus rostros, ordena a Yuri y a Job:

—Muévanse. Hagan algo...

Con lentitud, como si sus miembros fueran de plomo —o como buzos fatigados— comienzan a desplazarse pero no saben hacia dónde. Job se dirige hacia la protectora penumbra de su cubil. Con la voz lo detiene la madre:

—Quédate aquí... Cuando él entre —añade de prisa— debemos estar muy tranquilos...

Asiente Job y sigue de pie, vuelto estatua, en el sitio donde lo alcanzó la palabra de Claudia. Ésta dice a Yuri:

—Ayúdame... —y ambas, aunque ya lo han hecho lo menos dos veces antes, se aplican a reformar la distribución de los platos y los cubiertos que aguardan en la mesa.

El momento decisivo se acerca. Claudia se encuentra dueña de una lucidez que a ella misma asombra. Ha dejado de pensar en Lázaro y en que va a matarlo. Piensa en nada. Se mueve, habla, dispone, pero no se recuerda. Las manos que ve surgir y desaparecer delante de sus ojos, no son las suyas; tampoco los ojos que miran si todo está correctamente dispuesto como a Lázaro le gusta; ni las piernas que la llevan a la estufa y que se flexionan para que pueda alcanzar, con dedos que no tiemblan, el frasquito oculto que contiene el cianuro.

La última puerta, esa frente a la cual Momo aguarda a Lázaro, se abre finalmente y el chirriar de las bisagras exalta los nervios de Claudia, que nunca ha soportado los sonidos herrumbrosos.

—Mucha calma, todos... —es lo último que Claudia alcanza a recomendar, tanto para sus hijos como para sí misma.

La vida pende, ahora, de un hilo de segundos. Cinco, seis, siete, diez hace Lázaro desear, y temer, su aparición. Desde el umbral mira a los tres y a medida que sus ojos los tocan, cada uno va sintiéndose desposeído de toda defensa, absolutamente desnudo de corazas protectoras. Lázaro no sonríe. No demuestra sentimiento alguno de amistad o simpatía hacia los miembros de su familia. Los mira, pero sin cariño, sólo como a cosas que le pertenecen. El recorrido circular de sus pupilas concluye donde empezó: en el rostro de Momo: que ha entrado con él y que permanece casi en contacto con su brazo izquierdo. La mira en forma ostensiblemente distinta: envolviéndola con mil voraces manos, compartiendo con ella la sonrisa del secreto que los convierte en cómplices.

La casa, ahora, se *siente* completa, llena, viva, porque Lázaro ha vuelto. Lázaro, que la colma con su presencia. Lázaro, que le comunica su calor. Lázaro, que la anima con su voz. Lázaro, que hace que sus dimensiones —excesivas cuando él no está— se reduzcan a su justa proporción apenas entra. (Claudia se pregunta si cuando Lázaro muera, morirá también, como un cuerpo humano, esa casa que tanto se le parece: callada, hostil, aparentemente simple y espantosamente compleja. No sabe qué decirse y, en ese momento, poco le importa ignorarlo.)

—¿Está ya la cena? —pregunta él.

—Sí —responde Claudia y no le tiembla la voz ni sus ojos rehuyen enfrentarse a los muy deshumanizados de Lázaro.

Comprende, con alegría, que no tiene miedo, que ha superado el temor y que el arrepentimiento del último instante (ése que tanto le preocupaba; ése por el que la angustiaba ser traicionada en el momento mismo de la decisión definitiva) no se producirá ya.

—Sírvela —ordena Lázaro.

Todos se mueven en dirección a la mesa. Solícita como una novia, Momo se adelanta para apartar, antes de que Yuri lo haga, la silla que ocupará Lázaró, que la premia, al sentarse, con una nueva sonrisa muy tierna. Los otros toman sus lugares silenciosa, atemorizadamente.

—¿Qué les pasa? —interroga el padre, y aunque la pregunta no ha sido hecha a ninguno en particular, Job y Yuri farfullan embrolladísimas respuestas.

Lázaro no les presta atención. Se ha vuelto a mirar a Momo, que lo mira a su vez, embelesada.

—¿Qué hiciste, Lázaró?

—Oh. Muchas cosas —responde él.

—Cuéntame...

La mano de Lázaró toma la de Momo. Desde la estufa, de la cual en ese instante aparta la olla de la sopa, Claudia mira cómo los dedos del padre y de la hija se unen amorosamente (igual que sus ojos) en la anticipación de su acto incestuoso.

—Te lo diré después... —dice Lázaró, y la sonrisa que hay en sus labios presupone misteriosas promesas.

El primer plato que llena Claudia con la sopa de migas es el de Lázaró. A pesar de que se siente muy serena, muy segura de sus actos, comienza a temblar cuando, con dedos que agarrota el miedo que creía ya superado, retira el taponcito del frasco que contiene el cianuro. Al verterlo, se agita tanto su mano que precisa valerse de la otra para completar la operación. Así que remueve la papilla ardiente que huele a ajos, Claudia se plantea la duda que ha estado mortificándola desde que pronunció la sentencia: *¿Mata a Lázaró para salvar a Momo, para vengar a Job, para satisfacer el despecho de Yuri — o lo mata para impedir que otra mujer vuelva a arrebatárselo?*

—¿Ya? —escucha a Lázaró demandar impaciente.

—Sí. Ya.

Coloca ante el hombre el guiso envenenado. Luego sirve a sus hijos. Éstos la consultan con la mirada. Claudia parpadea, afirmativamente. Pues no quieren ver lo que va a ocurrir, se inclinan para que el viaje de la cuchara sea más corto. Lázaró come tranquilo y sonrío a Momo. Cuando, de pronto, se interrumpe, Claudia, Yuri, Job, lo ven, primero, remover la sopa como si buscara algo dentro de ella; en seguida olfatear el contenido del plato; por último proseguir gustando las migas.

Cuatro o cinco abundantes cucharadas después, lo escuchan comentar — y tiemblan:

—La sopa tiene un sabor raro...

—¿Sí? —dice Claudia, átonamente, y no obtiene respuesta.

Lázaro continúa comiendo.

Puntjak

Octubre 1963/junio 1964.